BOGOTÁ BICENTENARIO
de la Independencia de Colombia

talleres de crónica
Memorias del Agua en Bogotá

talleres de crónica

MEMORIAS del AGUA en Bogotá

ANTOLOGÍA

AGUA
Un patrimonio que circula de mano en mano
Banco de la República Colombia
Directo Bogotá
Facultad de Comunicación y Lenguaje
Pontificia Universidad Javeriana
Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.
Bogotá Positiva
Gobierno de la ciudad
Secretaría General

MEMORIAS del AGUA

en Bogotá

Este libro es resultado de **Talleres de Crónicas Memorias del Agua en Bogotá**, un proyecto realizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango, del Banco de la República, la Facultad de Comunicación y Lenguaje, de la Pontificia Universidad Javeriana, con su revista Directo Bogotá, y la Secretaría General de la Alcaldía Mayor de Bogotá D.C - Dirección Archivo de Bogotá.

Se publican 40 crónicas de autores que fueron guiados por los talleristas Melissa Serrato (Biblioteca de Suba), María Camila Peña (Biblioteca El Tunal), Pablo Correa (Biblioteca Luis Ángel Arango), Simón Posada (Biblioteca Julio Mario Santo Domingo), Germán Izquierdo (Biblioteca Virgilio Barco), Martín Franco (Biblioteca El Tintal) y Diego Montoya (taller de fotografía, BLAA). La coordinación académica del proyecto y la edición de la antología estuvo a cargo de Maryluz Vallejo.

En el año 2007, el Archivo de Bogotá publicó la primera antología Talleres de Crónicas Barriales, origen de este proyecto.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

BOGOTÁ POSITIVA
GOBIERNO DE LA CIUDAD

AGUA
Un patrimonio que circula de mano en mano

BANCO DE LA REPÚBLICA COLOMBIA

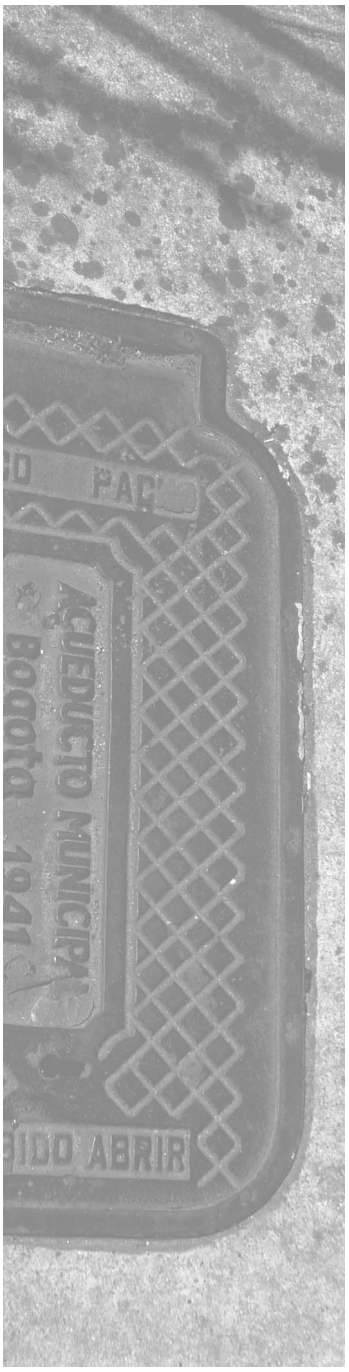
Directo Bogotá

FACULTAD DE Comunicación y Lenguaje
Pontificia Universidad JAVERIANA Bogotá

talleres de crónica

MEMORIAS del AGUA en Bogotá

ANTOLOGÍA



Alcalde Mayor de Bogotá D.C.
SAMUEL MORENO ROJAS

Secretario General
YURI CHILLÁN REYES

Director Archivo de Bogotá
FRANCISCO JAVIER OSUNA CURREA

Subdirector Técnico Archivo de Bogotá
GERMAN YANCES PEÑA

Subgerente Cultural
Banco de la República
ÁNGELA MARÍA PÉREZ MEJÍA

Autores
PARTICIPANTES EN TALLERES DE CRÓNICA
MEMORIAS DEL AGUA EN BOGOTÁ
Segundo semestre 2010

Talleristas
MELISSA SERRATO
MARÍA CAMILA PEÑA
PABLO CORREA
SIMÓN POSADA
GERMÁN IZQUIERDO
MARTÍN FRANCO
DIEGO MONTOYA (Taller de fotografía)

Editora
MARYLUZ VALLEJO
Facultad de Comunicación y Lenguaje
Pontificia Universidad Javeriana

Asistente editorial
JUAN DAVID TORRES

Revisión de textos
BERNARDO VASCO BUSTOS

Diagramación
Armada electrónica
Diseño de portada
JUAN SEBASTIÁN GUERRERO OTERO

Impresión
SUBDIRECCIÓN IMPRENTA DISTRITAL
D.D.D.I.

ISBN: 978-958-717-089-4

Primera edición
1000 ejemplares

© Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.
2011

Contenido

Presentación
El agua en la historia bogotana ***9***

Prólogo
Bogotá, zona húmeda patrimonial ***13***

Memorias

- Carrera de gigantes 29
- Las ‘abuelas de piedra’ de los muiscas 37
- Orojaijú o los recuerdos del agua 45
- La pila 49
- Batallas por la cuenca del Tunjuelo 55
- Torbellinos de nostalgia 59
- El agua en la historia de Las Ferias 65
- Réquiem por los escudos perdidos 71
- Una historia de burros y mangueras 81
- La culebra que se ahogó 85
- Recuerdos azules de una cachaca 89
- Con el agua no se juega 93
- Un famoso “chorro” de orines 97

Lugares

- El Arzobispo, más que un separador vial 103
- Los hijos de las ranas 109
- Los lavaderos del barrio Lourdes 117
- Un paraíso llamado J.J. Rondón 121
- Aguas termales en Bavaria 125

- El hedor serpenteante de El Tunjuelito 129
- Orquesta de trinos en Itzatá 135
- Aguas arriba, aguas abajo en el Tunjuelo 143
- Chorrillos, el humedal olvidado 151
- Sumapaz, metido en un frailejonal 157
- Agua que mitiga la muerte 161
- El lago que parece una sopa de espinacas 165

Personajes

- Para-aguas 171
- El loco del sombrero 179
- Las lavanderas del Diana Turbay 183
- Los amigos de La Vieja 187
- Mapa manos manantial mastodontes muiscas montaña mina mahal más manos mapa manantial mujeres muerte 195
- Chicha con agua de páramo 201
- Tres vidas y un sueño en la quebrada Santa Librada 205
- Desde las entrañas de las aguas bogotanas 213
- A 'el Diablo' no le asustan las aguas negras 219
- Evangelina y el agua 225
- El agua se comporta como las mujeres 229
- 'Agüita para mi gente' 235
- Sudar la gota 241
- Se alquilan lavadoras 245
- Aguacero en motocicleta 251

Presentación

El agua en la historia bogotana

En los mitos fundacionales de los pueblos aborígenes de América, Europa y Asia, el agua tiene una presencia simbólica ineludible. En todos ellos es un elemento relacionado con la fertilidad, es portadora de vida, es curativa pero, sobre todo, es el origen mismo de los dioses creadores.

En la cosmogonía sumeria, de un principio sin forma y acuoso nacieron el cielo y la tierra. A continuación, una serie de dioses que brotaron del agua dieron origen a la vida animal y vegetal. Nammu, Enki y Ninmah crearon al primer hombre, Enlil, a partir de una porción de tierra, es decir, barro. Luego Enlil consumó un incesto con su madre para engendrar a la humanidad.

Los primitivos australianos aseguraban que la "madre de todo" salió del mar en forma de una serpiente arco iris, y que traía dentro de su vientre los ancestros del hombre. Entre los muiscas existía la creencia de que Bachué había emergido de la laguna de lguaque, en cercanías de Tunja, trayendo consigo a un niño de tres años con quien luego se casó y de cuya unión surgieron los primeros seres humanos.

Otras creencias de los muiscas, como el mito de ese anciano de largas barbas blancas llamado Bochica, quien les enseñó a convivir con un rígido y estricto código ético, también tienen como escenario el agua. El altiplano cundiboyacense, al arribo de los españoles, era una fértil sabana de más de 32 mil kilómetros cuadrados; pero en realidad, como se percató Alexander Von Humboldt, en 1808, la sabana es el lecho desecado de un antiguo lago interior, quizás semejante al Titicaca, conocido como lago Funzé. De acuerdo con los muiscas, aquel mítico lago desapareció cuando el mismo Bochica golpeó con su vara mágica la peña de un cerro por donde salieron las aguas y formaron en su caída el Salto de Tequendama.

Naturalmente, los españoles encontraron un territorio surcado por numerosos riachuelos, humedales, quebradas y pequeñas lagunas, remanentes del mar interior. Y entre los cauces de los ríos Vicachá o San Francisco, y Manzanares o San Agustín –hoy terraplenados y por donde discurren la Avenida Jiménez y la Calle Séptima- erigieron ese villorrio que llamaron Nuestra Señora de la Esperanza y después Santafé. Así que en cierto sentido la historia de Bogotá es también la historia de su agua. Su desarrollo ha coincidido siempre con la ampliación y dotación de nuevas fuentes de agua. De no haberse construido la represa de Chingaza, la capital no tendría ahora siete millones de habitantes.

Más importante aún, el agua ha sido un factor de inclusión en Bogotá. Gracias a la solidaridad de las bogotanas y bogotanos, y a la adopción de tarifas que promueven la solidaridad y la justicia social, se ha logrado una cobertura extraordinaria del líquido: desde el año 2003 la cobertura de agua potable es del 99 por ciento. Sin embargo, el mismo crecimiento de la ciudad no ha sido muy generoso con la preservación de los recursos hídricos legados. En la década de 1950, Bogotá tenía cincuenta mil hectáreas de humedales, hoy tan sólo sobreviven 667.

Aunque desde hace veinte años las distintas administraciones distritales han intentado recuperar y conservar estos ecosistemas -vitales por su papel en el mantenimiento de la calidad ambiental y regulación hídrica de los ríos y quebradas- seguimos en deuda con la naturaleza, hay que reconocerlo.

El Gobierno de la Bogotá Positiva, dentro de sus planes y principios de política pública y de acción, concibe al agua como eje articulador del territorio. Los recursos hídricos, bien mayor en el marco de la protección y garantía de la vida, y el desarrollo económico y social, están siendo protegidos, garantizados y preservados. Se avanza en la recuperación del canal Torca, de las cuencas de los ríos Salitre, Fucha, Tunjuelito, Juan Amarillo y Bogotá, así como en la protección de los humedales, yacimientos de agua y de las reservas subterráneas. De igual forma, se trabaja para mejorar su calidad. En ese sentido, los trabajos de cuidado del ambiente que ha hecho el Acueducto de Bogotá con el concurso de la Secretaría Distrital de Ambiente como autoridad del sector, son meritorios: el saneamiento de los humedales, ríos y quebradas, la construcción de corredores ambientales a lo largo de los canales de la ciudad, los talleres de educación ambiental, la protección de fuentes, la adopción de indicadores de calidad, entre otras actividades, han sido reconocidos y premiados por organizaciones internacionales.

Sirvan estas reflexiones para presentar este excelente compendio de cuarenta y una crónicas sobre el agua en Bogotá, un proyecto de la Biblioteca Luis Ángel Arango, del Banco de la República; la Facultad de Comunicación y Lenguaje, de la Pontificia Universidad Javeriana, con su revista "Directo Bogotá", y la Secretaría General de la Alcaldía Mayor de Bogotá D.C./Archivo de Bogotá. Éstas son historias que dejan entrever esos vínculos de los capitalinos con el vital líquido; crónicas que rememoran lugares y oficios ya casi desaparecidos, leyendas y viejos usos del agua, rituales olvidados, como el que hacían los muiscas en los monolitos prehispánicos del humedal Jaboque, y que fungía, dicen los vecinos, como un gran observatorio astronómico.

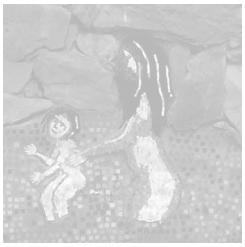
Sin duda, la preservación de la memoria colectiva es fundamental en ese proceso de afianzar nación que emprendimos hace 200 años, tras la Independencia de España. Lo que somos, lo que seremos, pero sobre todo lo que fuimos, descansa en ese bagaje de anécdotas, recuerdos, costumbres y tradiciones orales y escritas de todos los habitantes de la capital. ¡Somos memoria viva!

Los muiscas tenían una devoción única por los ríos, arroyos, lagunas y humedales. De ellos emergieron los dioses creadores y civilizadores, y sus divinidades acuáticas —Sie o Sia era la diosa agua- fueron adoradas en las lagunas de Guatavita, Guasca, Siecha, Teusacá y Ubaque.

En un mundo donde el agua escasea y los recursos hídricos están en la mesa de las decisiones geopolíticas globales, el ejemplo de los antepasados aborígenes es la perfecta alegoría de esa comunión indisoluble entre las culturas humanas y el agua.

El agua es dadora de vida; estamos hechos de agua.

Samuel Moreno Rojas
Alcalde Mayor de Bogotá D.C.



Prólogo

Bogotá, zona húmeda patrimonial

En el nuevo milenio, cuando se teme que las guerras mundiales serán por el agua, en la capital colombiana todavía hay miles de personas que libran una batalla diaria por acceder a este derecho indispensable. Cuando se creían superados los problemas de abastecimiento de agua potable, en los barrios periféricos de Bogotá todavía hay gente que se tiene que bañar con totuma y está lejos de ahorrar un recurso del que carece. Aunque la Carta Constitucional de 1991 declaró el derecho de todos al agua, en los últimos años varias organizaciones ciudadanas han intentado sacar a flote un referendo por el agua. Ante estas paradojas, con el agua al cuello por el invierno y con la creciente contaminación de las cuencas hidrográficas, urge conocer este patrimonio para aprenderlo a respetar. Conocimiento que empieza por la memoria de nuestra relación con el agua como individuos y como sociedad.

Tras la exitosa experiencia con *Talleres de crónicas barriales*, realizados en el marco de "Bogotá, capital mundial del libro 2007", tres de las entidades convocantes —la Subgerencia Cultural del Banco de la República, la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana y la Secretaría General de la Alcaldía Mayor de Bogotá DC / Archivo de Bogotá— decidimos retomar el proyecto bajo el título de *Memorias del agua en Bogotá*, con el fin de recoger historias que reflejaran las relaciones cotidianas de los capitalinos con este recurso indispensable. Historias sobre lugares, personajes, oficios, prácticas, ritos, leyendas y usos del agua en el pasado y en el presente.

Durante dos meses, ocho sábados consecutivos, se realizaron los talleres de capacitación en seis sedes de la Bibliored: bibliotecas Luis Ángel Arango, Julio Mario Santo Domingo, Suba, Virgilio Barco, El Tintal, El Tunal y el Archivo de Bogotá. Asistieron los 129 seleccionados y 60 de ellos concluyeron el proceso de escritura. De

ese material se tomaron las 40 crónicas que conforman esta antología, enriquecida con fotografías —otro componente de los talleres—, para darles el correlato visual a las historias y mostrar el antes y el después, con apoyo en las fotos del álbum familiar.

A diferencia de la anterior convocatoria, cerrada para jóvenes menores de 25 años, en esta ocasión se invitó a todas las personas interesadas y sensibilizadas por el tema, sin límite de edad. Se trató entonces de un público heterogéneo por edad, ocupación, estrato social, pero igualado por un mismo interés: el agua. En la mayoría de los talleres se entabló un diálogo generacional entre los mayores y los más jóvenes, que aprendieron de sus experiencias en un ambiente de cordialidad y de respeto.

Allí alternaron empleados de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá, profesionales especializados en medio ambiente, líderes barriales que han dado la pelea por el recurso hídrico en sus comunidades, estudiantes universitarios (con amplia participación de los futuros comunicadores-periodistas), amas de casa y maestros, entre otros. Hasta un guardián del Inpec participó en la Biblioteca Virgilio Barco y luego el tallerista llevó los talleres a La Picota.

Dado que el objetivo del proyecto era fomentar la lectura y la escritura en torno al agua, para avivar una conciencia ambiental entre los habitantes de Bogotá, se leyeron historias de los acueductos de Bogotá, de ríos, lagos, puentes, humedales, pilas, fuentes, chorros, prácticas, ritos y oficios, fuentes bibliográficas imprescindibles que los participantes consultaron en las sesiones realizadas en el Archivo de Bogotá y en la Biblioteca Luis Ángel Arango. Y más allá de los libros de referencia, algunos autores indagaron acerca de las leyendas indígenas sobre el agua, entrevistando a representantes de estas etnias, ecologistas por naturaleza.

Todas las crónicas se ubican en el perímetro urbano de Bogotá; sólo una se desmarca: la de Tocancipá, precisamente sobre un cartógrafo que levantó un mapa ambiental de riesgo de la zona. Sumapaz, la localidad 20, quedó en este inventario, aunque no figure en el mapa distrital por encontrarse en el sector rural.

Nunca fue mejor usado el término de “fuentes” en la reportería de estas historias, ya que los jóvenes buscaron las voces de la memoria mediante la realización de entrevistas en un notorio esfuerzo por recrear un mundo insospechado; mientras los adultos rebobinaron sus recuerdos para dejar testimonio. La mayoría de los autores

cumplió a cabalidad el proceso de inmersión en el tema hasta zambullirse en ese hondo pozo de la memoria para emerger con historias insospechadas de Bogotá, contadas desde los hechos festivos y conflictivos relacionados con "el precioso líquido" (expresión recurrente en este volumen).

Se podría afirmar que el "tubo madre" que conduce estos relatos es el testimonio, la autobiografía, la memoria individual que multiplicada se vuelve colectiva y crea vínculos de identidad y de solidaridad. La fuerza de estas crónicas está en las vivencias de los autores que las narran —al menos en la mitad de las piezas—, por lo que entramos en terrenos de la microhistoria urbana. De igual forma, se aprovecha el potencial del género periodístico más ligado a la mirada personal, a la vivencia, a la observación, al detalle revelador y al estilo literario: la crónica.

Aquí se reconstruyen sucesos y se recomponen pequeños mundos del agua ignorados por quienes no los habitan, y descubiertos gracias a estos talleres. Incluso hay revelaciones como la de los 19 monolitos que desde los tiempos prehispánicos estuvieron enclavados en el humedal Jaboque, a manera de observatorio astronómico, pero 17 de ellos quedaron sepultados por un tubo del Acueducto; una crónica de denuncia que recoge el legado ancestral muisca. O la noticia sorprendente de que en el Parque Bavaria, del Centro Internacional, se encuentra una fuente de aguas termales desconocida hasta para los vecinos del conjunto residencial.

Al igual que en la primera antología, aquí resurge la identidad barrial porque la memoria está demarcada por la vivencia del barrio, como lo demuestra la historia del agua en Las Ferias, originalmente una hacienda con dos lagunas que la gente fue contaminando con el paso del tiempo, según el investigador y docente Néstor Camilo Garzón. Otra habla del Timiza y de cómo los timicianos intentaron descontaminar su lago; y del J.J. Rendón, de la localidad de Usme, donde se celebra el festival anual del agua. Los personajes de estos relatos tienen un hondo arraigo en sus barrios y junto con sus vecinos sacan adelante causas medio perdidas. De hecho, se podría decir que en los barrios más pobres, las historias sobre el agua son más ricas, lo que da cuenta de una historia comunal de lucha y de supervivencia.

Aparecen también viejos usos del agua en la memoria de los abuelos, que la iban a buscar en los nacimientos de los ríos y la transportaban en múcuras sobre mulas por caminos destapados para destinarla al consumo y la producción de chicha; y los que también la cargaban por lomas embarradas de la periferia de la ciudad para cocer los ladrillos en los chircales. Y no faltan los lavaderos, que subsisten en la Bogotá

cosmopolita del siglo XXI, como los del barrio Lourdes y el Diana Turbay, donde las mujeres van a restregar la ropa al aire libre aprovechando los nacimientos de agua pura.

En estas crónicas, 'La Niña', que trajo las más intensas precipitaciones de agua en Bogotá y los desastres que encabezaron la agenda noticiosa, dejó su marca en muchas de las crónicas, como en la última pieza, donde un motociclista hace arriesgadas fintas por transitadas calles de la capital para llegar a su sitio de trabajo.

En honor a la paradoja, para los pobres que atesoran cada gota de agua lluvia porque no pueden pagar las facturas del Acueducto, la lluvia pasó de ser el recurso natural más preciado al más temido; el enemigo impredecible que arrasa con todo.

Muchas historias rinden homenaje o contienen testimonios de líderes populares de alto y bajo perfil, vivos y muertos, que lucharon en distintas épocas por conseguir agua potable para sus barrios, como la crónica sobre el 'Loco del sombrero' —Jorge Zamudio—, defensor del humedal Capellanía, escrita por su hija; o la "giganta" de un barrio de Cazucá que hace esfuerzos titánicos por conseguir la ración de agua del día. Hay relatos de tono épico sobre las vicisitudes de quienes compraron lotes a plazos en urbanizaciones ilegales y tuvieron que sortear todo tipo de obstáculos para acceder al servicio del agua. Un lugar común en la historia de la urbanización de Bogotá, y un derecho que en pleno siglo XXI todavía no disfruta parte de la población capitalina, como los habitantes del barrio Puerta del Llano, al sur de la ciudad, donde muchas familias recogen agua lluvia para bañarse con totuma porque no tienen para pagar las facturas del Acueducto.

A propósito, esta empresa centenaria es protagonista de varios relatos, o está ahí detrás, odiada y anhelada por los ciudadanos que exponen hasta su vida por defender su derecho al agua. En algunas crónicas empleados y contratistas de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá registran su experiencia y atestiguan la aventura de llevar el agua a barrios recién legalizados, de desalojar y reubicar poblaciones en peligro por situarse en las rondas de las lagunas.

Entre los lugares encontramos no sólo las reservas de agua naturales, también hay artificiales que brindan el efecto de sosiego, como el lago del Cementerio Jardines del Recuerdo. Para las nuevas generaciones este capítulo puede resultar sorprendente porque su idea de Bogotá es la de una metrópoli. Les costará imaginar la vida pueblerina en Fontibón, Bosa, Suba o Engativá antes de que fueran anexadas como

localidades a Bogotá, y creer que Kennedy o Lijacá fueron un remanso de paz hace treinta o cuarenta años, porque no vivieron el proceso de urbanización descrito en varias de las crónicas. Si acaso tenían referencia de esta memoria por sus abuelos. La Bogotá de ríos, monolitos (¡monolitos!) y cauces limpios no está en su geografía. Pocos jóvenes de hoy han tenido que salir a buscar el agua y llevarla en canecas. El agua sale del grifo y punto. En el imaginario, todos los ríos son caños y botaderos y el Tunjuelo nunca fue un lugar sagrado, sino un río miserable en el sur profundo.

Como se puede percibir desde los títulos, esta colección de crónicas se mueve en una gama de tonos que cubren lo trágico, lo tragicómico, lo irónico y lo indignante; tonos bien ajustados que anuncian una mirada inteligente sobre el tema. Los símbolos que acompañan esta historia son las mangueras (para hacer las conexiones "hechizas", que a medida que eran cortadas y conectadas a otras iban formando extrañas redes de araña), las ranas (que tienen su hábitat en los humedales y en las tapas de las alcantarillas), los peces (de ríos, estanques y peceras), las tuberías, los carrotanques, los tanques y las pilas de agua, los hidrantes, los timbos para recoger agua y, por supuesto, los paraguas ("para-aguas", como los llama la autora más joven de la antología, con 17 años), enaltecidos como objeto desde la crónica modernista a finales del siglo XIX (como "El paraguas del padre León" [1], del poeta José Asunción Silva, quien recrea ese apéndice del brazo en la lluviosa Bogotá), hasta la crónica contemporánea.

Pero sin duda la pobreza es una de las claves de lectura de estas crónicas porque hablan de un derecho por años escamoteado a los marginales. Y aunque en muchas de ellas es evidente la intención de denunciar desde la ironía ninguna cae en el "miserabilismo" ni en la "porno miseria". En la crónica que abre esta selección, "Carrera de gigantes", encontramos la descripción más conmovedora de la pobreza cuando la cronista pregunta por la calidad del agua de la motobomba en un barrio de Altos de Cazucá: " *A veces llega sucia, pero esperamos a que se asiente y luego la tomamos*. Entonces pregunto si no les da miedo enfermarse y ella, con una sonrisa, afirma: '¡*Nos enfermamos si la hervimos*!' ".

Otras crónicas de tonos tragicómicos nos muestran, como en "Los hijos de las ranas", que los burócratas y los constructores del siglo pasado confundieron los humedales con pantanos y por eso desconocieron el mito muisca según el cual descendemos de los batracios sagrados. Y debido a esos procesos descontrolados de urbanización

1 Pizano, Daniel, *Antología de grandes crónicas colombianas*, Aguilar, Bogotá, 2003, Tomo I, pp.254-25

y de contaminación en los últimos cincuenta años pasamos de tener 50.000 a 700 hectáreas de humedales en Bogotá.

Nos pasean estas crónicas por la geografía del agua en la ciudad, por quebradas como Limas, Yomasa, La Vieja, hasta llegar al reconocido Eje Ambiental, con sus espejos de agua empañados por la suciedad que tanto desilusionaron a Evangelina, personaje de una de las crónicas.

En fin, los sumarios de los textos, escritos a la manera de los antiguos cronistas — "*De cómo*…"— para meter de entrada al lector en la historia, dan cuenta de la biodiversidad temática de esta antología.

****

Los talleristas, seis jóvenes periodistas profesionales vinculados a medios escritos, formados en la Universidad Javeriana y en la escuela de la revista *Directo Bogotá*, no sólo enseñaron los rudimentos del lenguaje periodístico a sus pupilos, sino que después de las sesiones presenciales continuaron con ellos el proceso de escritura y la revisión de los textos. Para casi todos los participantes era su primera publicación y tenían la ansiedad de los autores noveles. Un séptimo tallerista dictó la sesión final sobre fotografía para que los autores registraran la otra memoria visual.

Prueba del ambiente de camaradería que se vivió en los talleres está en el paseo que armaron los de la biblioteca Luis Ángel Arango a la quebrada La Vieja. Así lo cuenta el tallerista, Pablo Correa: "*Luego de leer la crónica que escribió Andrés Plazas sobre la comunidad que se ha ido creando alrededor de la quebrada La Vieja —'Los amigos de la montaña'— en los cerros orientales, todos quedamos provocados y con ganas de conocerla. Así fue que uno de los talleres decidimos cambiarlo por una caminata quebrada arriba. Nos encontramos a las 6:00 de la mañana en la carrera 7ª con calle 72. Bajo la guía de Andrés, ascendimos por la montaña. Fue una caminata de casi cuatro horas. Sobre el mediodía nadie quería irse. Todos quedamos enamorados de ese rincón verde de la ciudad y añorando que existan más quebradas tan sanas como esta micro cuenca*".

Esta céntrica sede también tuvo un personaje, don Edgar Díaz, un pensionado que a sus 70 y pico de años fue el participante más entusiasta. No concluyó su historia sobre sus paseos de infancia al acueducto de Vitelma (quizá por su poca familiaridad con la tecnología), pero haciendo uso más de la oralidad que de la escritura mantuvo al grupo unido y animoso.

Para la tallerista Camila Peña, los talleres en la biblioteca El Tunal se convirtieron en un espacio de encuentro para compartir escritos y lecturas. "*Cada sábado los mayores nos encantaban con sus historias sobre cómo era Bogotá antes, cuando en lugar de redes de acueducto eran los burros los que transportaban el agua a los barrios más lejanos —la popularmente llamada Flota del Rebuzno en Altos de Cazucá— y cuando alrededor de las pilas de agua era común ver a grupos de mujeres chismorreando. Los más jóvenes aprendimos de los mayores y ellos a su vez se esforzaron por entendernos, y pese a las diferencias había algo que nos unía: la pasión por escribir historias. Recuerdo especialmente los relatos de doña Blanca —una de las líderes más reconocidas del sur de la ciudad— o el humor de Oscar Garzón y su prosa poética*".

Martín Franco volvió a tener como sede la biblioteca El Tintal, donde dictó los talleres de crónicas barriales en el 2007. Para él, lo más importante, además de compartir lecturas y ejercicios, fue conocer los problemas del agua en el suroccidente de Bogotá. "*Creo que muchas de las historias aquí consignadas reflejan una realidad que aún hoy es complicada para muchos. Sobra decir que las ganas y el empeño que pusieron los estudiantes del taller hicieron la experiencia mucho más valiosa. No queda más que un consejo: seguir escribiendo*". Seguir narrando historias urbanas, con o sin tutores.

Melissa Serrato, de la biblioteca de Suba, cuenta que una de sus alumnas quería escribir la crónica sobre su hijo; otra sobre su padre y una tercera resultó ser la madre de uno de los asistentes. "*¡Mejor dicho, estábamos en familia!*".

Del lado de los asistentes llegaron mensajes de agradecimiento, sobre todo de los seleccionados para esta publicación. Reproducimos el de Marisol Leal, quien asistió al taller de la biblioteca Julio Mario Santo Domingo: "*Me pareció súper pertinente el tema del taller, la metodología y el carisma de nuestro maestro Simón Posada. Su capacidad pedagógica para encontrar la voz de cada uno, en el complejo universo de creación escritural a través de la crónica (¡espectacular!). También el acceso a la biblioteca Luis Ángel Arango y al Archivo Nacional como lugares de aprendizaje y disfrute. Por otra parte, quiero resaltar la oferta de una Bogotá incluyente, creativa y amorosa. Ojalá continúen con esta labor de construir cultura ciudadana. Fue una experiencia tan especial, que me gustaría seguir participando en proyectos como estos, donde un grupo heterogéneo de habitantes de Bogotá vivimos con alegría y disciplina un proceso de producción personal, en el que aprendimos de nosotros mismos, del otro y de la ciudad […] Resultado: un milagro de convivencia, conciencia ambiental y logros... ¿para qué más?*".

Quedaron en remojo, quizá para futuras antologías, historias sobre el celebérrimo Mono de la Pila —depositario de quejas y reclamos durante años que fue instalado en la fuente de la Plaza Mayor cuatro siglos atrás—; la fuente del barrio Las Cruces, traída por Ramón Jimeno de Francia a finales del siglo XIX; el parque de Los Novios o de El Lago; el barrio Las Aguas, entre muchos otros escenarios húmedos conocidos o desconocidos por los bogotanos.

Igualmente, faltó explotar el filón de crónica policiaca, como los vándalos del agua (los que rompen los tubos del acueducto, los que abren los hidrantes por diversión, los que se roban las tapas de las alcantarillas y los contadores de agua, etc.), carteles de larga data en la ciudad. Así como los usos oscuros de los caños, botaderos de escombros y de cadáveres. En la *Antología de crónicas barriales* (2008), se publicó la crónica titulada "Bajo el concreto, bajo la luna", sobre la muerte de varios habitantes de la calle que vivían en el túnel del río Arzobispo, a la altura de la carrera 7ª.

En cuanto a las reservas forestales que hacen parte de este patrimonio húmedo, quedaron pendientes historias sobre la parte rural de Bogotá, que ocupa un 70% del mapa bogotano, pero fueron vivamente documentados los humedales Capellanía, Córdoba, La Vaca, Torca-Guaymaral (partido de un tajo por la Autopista Norte), La Conejera, Jaboque, Chorrillos (que no figura en el inventario de la Secretaria de Medio Ambiente). Y retomamos la crónica sobre el humedal El Burro de Kennedy, que se publicó en la anterior antología de crónicas barriales y que los lectores pueden leer en la versión digital del proyecto *(http://www.banrepcultural.org/cronicas-barriales/pdf/memorias-del-agua.pdf)*.

*****

Desde el siglo XIX, los cuadros de costumbres y las crónicas de viaje estuvieron pasados por agua. Los cronistas contemporáneos bebieron de esta tradición para revisitar lugares de la cartografía húmeda de Bogotá —humedales, lagos y ríos— y hasta revivir escenas en el siglo XXI de gente haciendo cola para recoger agua de los carrotanques, preludio de grescas y alborotos frente a las pilas de agua de las principales plazas.

Sirvieron de inspiración desde José María Cordovez Moure, con sus *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, viajeros y cronistas costumbristas del siglo XIX —el diplomático argentino Miguel Cané, la inglesa Rosa Carnegie-Williams y Salvador Camacho Roldán—, quienes coinciden en las descripciones de los caños malolientes que corrían por las calles de la ciudad y los pésimos hábitos higiénicos de sus habitantes,

pasando por escritores colombianos del siglo XX que ilustraron el paradójico cruce de la modernidad con la premodernidad en los usos del agua.

La mayoría de las haciendas sabaneras tenían lagos, ríos y humedales. Cuenta Daniel Ortega Ricaurte que la parte oriental de la hacienda Rosales "*hacía las delicias de los santafereños, por tener una magnífica alberca rodeada de altas y bien protegidas paredes, para que las niñas pudieran nadar con sus floreados chingues de tartán, sin ser vistas por los caballeros, quienes impacientemente esperaban su turno en el potrerito, ya jugando al pite, o comiendo diabolines […]*"[2].

J.A. Osorio Lizarazo escribió una de las crónicas más extensas y detalladas sobre los ríos y primeros puentes de la Bogotá colonial ("Ciudad vieja y ciudad nueva")[3]. Concluye Osorio Lizarazo que cuando el general Rafael Reyes y Ernesto Duperly trajeron los dos primeros automóviles de la ciudad a comienzos del siglo XX, expidieron la sentencia de muerte contra los ríos.

En esa misma época, cuando las familias bogotanas de clase alta comenzaron a instalar en sus quintas de Chapinero baños de inmersión, sanitarios, aguamaniles, bidés y tinas de agua caliente, el famoso cronista antioqueño Luis Tejada, contrario a la corriente —como era su estilo—, escribió contra la detestable costumbre del baño[4].

En los años cuarenta y cincuenta, las casas de los pobres carecían de servicios sanitarios. En una crónica titulada "La miseria en Bogotá", el autor admite que aunque el baño no era un hábito que los sedujera, miles de personas carecían de medios para lavarse. Por ello era común ver a los gamines y a los adultos bañándose en la fuente de la Rebeca, situada a la sazón en el Parque San Diego. Como en los inquilinatos no había baños, y los baños públicos eran inaccesibles a los pobres, éste era el estanque ideal (hoy la mujer de mármol se inclina sobre la plaza de cemento, sin más agua en su fuente que la que cae del cielo)[5].

2 "Apuntes para la historia de Chapinero", en *Miradas a Chapinero*, Archivo de Bogotá, Planeta, 2008, p. 51.

3 Revista *Eco*, Bogotá, vol. 34, marzo de 1971, pp. 493-500.

4 "La tiranía de la higiene", en *Gotas de Tinta*, Colcultura, 1977, p. 268-270

5 *Clarín*, Bogotá, 16 de noviembre de 1950

Otro reportaje del semanario *Sucesos*[6] demuestra que la capital en 1958 tenía más del millón de habitantes y la misma infraestructura sanitaria de comienzos de siglo: "*La población ha aumentado, el agua ha disminuido y no hemos podido conseguir un alcalde que nos invente un río*". Cuatro años antes, el 17 de noviembre de 1954, hubo un memorable aguacero en Bogotá, registrado por los cronistas y reporteros gráficos, que se conoció como "el cordonazo de San Francisco" e inundó gran parte de la ciudad. El centro quedó tan anegado que una lancha de motor navegó por la avenida Jiménez hasta San Victorino. Fue entonces cuando se canalizaron los ríos Arzobispo y el Salitre.

Pero los cronistas también hablaron de los usos festivos del agua, como Germán Arciniegas, quien recordaba las zambullidas de su infancia en el agua helada de las albercas y de los ríos. En otra de sus crónicas, Arciniegas evoca un personaje irlandés, Mr Cocklin[7], quien en la primera mitad del siglo XX "*descubrió algo que nosotros sabíamos de memoria: que no hay agua más pura en el mundo que la del Chorro de Padilla*".

J.A. Osorio Lizarazo[8] cuenta en la citada crónica que "l*os grandes paseos de nuestras familias y el recreo de nuestra infancia era subir hacia la Quinta de Bolívar, erguida en un recodo del camino, casi colgada sobre la profundidad del río, y llegarnos hasta el Chorro de Padilla, fuente de recursos de una muchedumbre de miserables, y símbolo de higiene, de aseo, de pulcritud de aquellas gentes, que ofrecían en sus medias agua de Padilla con más orgullo que champaña o vinos caros*"[9].

Era costumbre desde el siglo XVIII ir de paseo al Salto del Tequendama, a unos 30 kilómetros de Bogotá. José Manuel Groot, periodista y pintor bogotano, tiene una colorida crónica sobre una excursión al Salto del Tequendama que realizaron el virrey y su corte en 1789[10]. En el siglo XX, y sobre todo a partir de la construcción del Hotel del Salto, en 1928, las familias pudientes disfrutaban de los servicios del hotel turístico del Salto del Tequendama, con restaurante, bar y pista de baile, además del mirador incomparable. Los menos ricos disfrutaban por igual de la visión de postal

6 Octubre 31 de 1958.

7 Míster Cocklin, *El Tiempo*, 6 de agosto de 1998.

8 Revista *Eco*, vol. 34, marzo de 1971, pp. 493-500.

9 Op. cit, p. 496.

10 Samper Pizano, Daniel, *Antología de Grandes crónicas colombianas*, Aguilar, Bogotá, 2003, Tomo I, pp. 120-123.

de la catarata (calificada como la octava maravilla del mundo), con sus piquetes y su música. Y los desesperados se arrojaban a la otrora caudalosa caída.

En los albores del siglo XXI, el cauce seco del Salto quedó convertido en caño de alcantarilla y ya no sirve ni a los suicidas de los que tantas crónicas escribió José Joaquín Jiménez (Ximénez), antes de pescar una mortal pulmonía en 1946.

En la segunda mitad del siglo XX, Francisco Leuro publicó una antología de sus crónicas titulada *Siempre llovía en Bogotá*[11], en la que se remonta a las pilas públicas de finales del siglo XVI y hace un recorrido por las costumbres bogotanas asociadas al agua hasta finales del siglo XX.

Ortega Ricaurte también narra la historia del Parque Gaitán o Lago de Chapinero, que fue resultado de las corrientes subterráneas del norte de la ciudad. "*Este extenso lote fue adquirido por José Vicente Gaitán, en compañía de sus hermanos. Para regocijo de los chapinerunos y diversión de los niños, inició la construcción de un parque, con muchos atractivos, semejantes al Coney Island de los Estados Unidos, a fin de que en tan agradable lugar se pudieran pasar ratos de esparcimiento tan necesario y tan escaso en esta metrópoli […] Todos los bogotanos disfrutamos de ratos muy agradables en aquel sitio; y creo que ninguno se quedó sin remar en aquel lago, donde había regatas [...] Hasta hace pocos años el Parque Gaitán era el sitio predilecto del paseo dominical de todas las empleadas del servicio doméstico y de los policías en vacación*"[12]. Hoy se encuentra allí el centro comercial Unilago.

Esta historia del agua en Bogotá también da cuenta de las luchas "*a tubo partido*" por el derecho al agua, y las relaciones conflictivas de sus habitantes con las administraciones locales. Se podría decir que casi la mitad de los barrios que surgieron en el siglo XX en la capital eran ilegales, razón de más para organizar brigadas comunales con el propósito de construir redes clandestinas de acueducto y alcantarillado. Además, muchos de los barrios del sur se construyeron sobre lagunas que los urbanizadores piratas rellenaron como si se tratara de vulgares pantanos. Y detrás de esas aventuras siempre hubo líderes comunales que dejaron su testimonio en libros como *Bogotá historia común* de memorias urbanas[13].

11 "Las pilas públicas" (29 de abril de 1975) en *Siempre llovía en Bogotá*, 2001, p. 323.

12 Ídem, p. 110-111.

13 *Bogotá, historia común, Concurso de historias barriales y veredales*, volúmenes I y II, Acción Comunal Distrital, Imprenta Distrital, 1997 y 1998.

El autor de la crónica "El Libertador a los cuatro vientos", José Oscar Garzón —quien también participa en esta antología con una crónica nostálgica sobre el río Tunjuelito—, recuerda que alrededor de los chircales había numerosos charcos y en sus salidas al monte atravesaban los trigales para irse a bañar a las aguas cristalinas y frías del río Tunjuelito. Pero sus problemas llegaban en invierno, porque cuando llovía se desbordaba la quebrada La Albina, inundaba todas las casas y tenían que llamar a los bomberos.

Don Luis Ortiz, conocido como 'El viejo bucanero' —fundador de Isla del Sol—, recoge en el mismo libro testimonios de sus vecinos, que padecieron como él los barriales del barrio, porque "*aquí cuando llueve mucho se derrite el pavimento*". A falta de servicios públicos y de recolección de basuras, les tocaba salir de noche a tirar la basura al río Tunjuelito; pero cuando tuvieron acceso a los servicios se sintieron bien servidos, sobre todo por el agua, que surtía el acueducto de Vitelma[14].

*****

A partir de la lectura de estas crónicas, sobre todo los más jóvenes comenzarán a valorar ese patrimonio húmedo de Bogotá que se les está escurriendo de las manos, y los mayores a evocar otras épocas que se les habían evaporado en la memoria, cuando el agua era un medio de subsistencia, conflicto y diversión. Quizá quien mejor representa este sentimiento es un cronista bogotano que murió joven (1963-1995), y que recuerda en la crónica titulada "Adiós a las ranas": "*Se fueron para siempre las ranas, las tardes de viento, las cometas, las botas pantaneras y los pantalones cortos […] El lugar donde hoy se levanta el Bulevar Niza era el espacio de los safaris acuáticos de los niños de Niza. Desde muy temprano salíamos a la calle para iniciar la cacería de ranas y sapos […]*"[15].

Invitamos a los lectores a hacer su propio ejercicio de memoria en el curso de la lectura, porque podrían haber tapado la mayoría de los ríos que corrían libremente por Bogotá, pero no los recuerdos de sus habitantes.

Maryluz Vallejo Mejía
Coordinadora académica
Memorias del Agua en Bogotá

14 "*Relatos de la Isla del Sol*", en *Bogotá historia común*, volumen 1, pp. 88-8.

15 Chaparro Madiedo, Rafael, *Zoológicos urbanos*, Universidad de Antioquia, 2009.

Memorias

1. **Raquel en las piernas de su mamá**. *Carrera de gigantes*. Foto Cindy Barbosa Pérez
2. **Los monolitos del Jaboque**. *Las Abuelas de piedra de los muiscas.* Foto Nathaly Alexandra Díaz Cruz
3. **Las lavanderas de la memoria**. *Torbellinos de nostalgia*. Foto cortesía Archivo de Bogotá
4. **Agua por el aire**. *Una historia de burros y mangueras*. Foto Hugo prieto
5. **El Tunjuelo bajo las curtiembres**. *Batallas por la cuenca del Tunjuelo*. Foto Pedro Enrique Cañón Guerrero
6. **Esquina donde funcionaban los baños públicos**. *El agua en la historia de Las Ferias*. Foto Néstor Camilo Garzón Fonseca

❖ Carrera de gigantes ❖

Cindy Barbosa Pérez *
cbarbosa432@gmail.com

De cómo recoger agua en la pila de un barrio en la hoy localidad de Puente Aranda se convirtió para la familia de esta historia en una odisea cotidiana a mediados del siglo pasado. Y en el siglo XXI, en un barrio de Altos de Cazucá, se repite la historia.

Mal de ojo, competencias titánicas

Estimado lector. Sí, usted, que lee estas líneas. A continuación encontrará la historia de dos personajes: el primero sobrevivió a un mal de ojo, a las balas perdidas, a la violencia genocida de una mañana de abril de 1948 y a la carga de cuatro gigantes. El segundo vive en la mitad de la loma de Altos de Cazucá y sobrevivió al maltrato, al poder de la calle, a la falta de oportunidades y a algunas maldades.

Cincuenta y siete años después, Raquel sabe que aquella ciudad semirural en la que vivía se transformó. En la memoria quedaron los grandes pastos, las pequeñas quebradas a unos cuantos metros de casa, el camino enmarcado por "*cebadales*", las filas eternas del agua, el monopolio de la manguera y la carga de los cuatro gigantes en un particular vehículo de una sola rueda.

¿Cargar cuatro gigantes en un vehículo de una rueda? Suena extraño, pero es así. En 1953, Raquel tenía apenas ocho años de edad, vivía en un lote en un sector ubicado cerca de lo que hoy se conoce como el barrio Salazar Gómez, para ser exactos sobre la carrera 67 con calle 10. En aquella época los servicios públicos eran precarios: no se contaba con luz ni con agua en las casas y por tal motivo el uso de lámparas Coleman era una necesidad vital.

* Docente de español y francés
Taller biblioteca El Tintal

Tener agua, entonces, era la mayor alegría del día. Tanta, que para obtenerla, las familias del barrio debían estar listas a las primeras horas de la mañana; los niños corrían por los pisos de tierra buscando zapatos, pues los "*cebadales*" que se debían atravesar para llegar a la pila del agua eran extensos y si se quería evitar accidentes con roedores, lo mejor era estar protegido para evitar infecciones.

Raquel recuerda con nostalgia el momento en que doña María, su madre, la levantaba y le decía: "*El agua, apúrense a ir a la fila, armen los 'túmbilos'*[16]*, corran por la carretilla, llamen a su papá, los Cadena nos van a ganar*". Este era el grito de batalla diario con el que la familia iniciaba la lucha por la vida.

Y sí que era una batalla, y para Raquel más: "*Era una batalla poder alzar esos túmbilos, pues eran tres veces más grandes que yo; para mí eran como unos gigantes que me iban a devorar si me descuidaba. En ellos venía la manteca que se utilizaba para la cocina; mi mamá los lavaba con agua caliente y los utilizábamos para recoger el agua*", cuenta.

Y fue gracias a la recolección del agua que Raquel empezó a manipular todos los días a estos cuatro gigantes. Ya era una experta en su uso: sabía cuándo se mareaban, cuándo iban a caer, cuándo necesitaban más comida y la alegría que le provocaban a su familia. Como ya era una experta, le alcanzaba a su padre la mejor cabuya y el mejor vehículo para poder transportar a los gigantes. Le alcanzaba a Rocinante, que era como se llamaba la carretilla. Las niñas de la casa le habían puesto este nombre en honor a una palabra que Cecilia, la hermana mayor de Raquel, había aprendido en uno de sus viajes con doña María a las fincas de Las Granjas, cuando iban a lavar la ropa. A Cecilia le gustó esta palabra al escucharla de un sacerdote que iba a darle clase de literatura a uno de los niños de la finca.

Como podían, Raquel y su hermana tomaban a los gigantes, se los daban a su padre, un hombre de 30 años, fuerte, que los subía a Rocinante, los apretaba de tal manera que no había la posibilidad que alguno cayera, y así empezaba la carrera. Raquel recuerda emocionada la escena y comenta: "*Era maravilloso ver a mi papá con Rocinante y sus dos niñas, que caminaban a su derecha cuidándolo, entrando en los 'cebadales' con el solo objetivo de ir por el agua. Era muy cómico ver cómo los niños corríamos con las carretillas y con los gigantes*".

Y corría con su familia cuando a lo lejos se veía a los Cadena, que venían con la carretilla, y en especial corría cuando miraba a Josefina, una niña que como ella

16 Recipiente plástico para cargar agua.

estaba encargada de la tarea titánica de llevar a la casa el agua. Cuando las dos se veían, entendían que la batalla iba a empezar, y que la que más rápido actuara tendría mayor cantidad de agua.

Raquel cuenta: "*Mi mamá decía que cuando viera a Josefina, no me diera miedo, pues si había sobrevivido al mal de ojo que me habían hecho a los ocho meses podía ganarle perfectamente la carrera a la china*". Aquello del mal de ojo hacía referencia a un evento particular que vivió: "*Cuando tenía dos años, un día cualquiera resulté con unas manchas extrañas en el cuerpo. Me daba mucha fiebre y hacía movimientos extraños como desplazarme a lugares sin que nadie me llevara. Por aquella época lo que no se podía explicar inmediatamente era considerado como 'mal de ojo'; tiempo después nos enteramos de que lo que yo tenía era viruela, sin embargo, lo de los desplazamientos nunca tuvo explicación*".

Así que si Raquel se había sobrepuesto a un aparente mal de ojo, era casi seguro que ganaba la carrera con los gigantes. Hecho que le demandaría actuar.

♦ Gigantes enfrentados

Actuar significaba apresurar el paso, tener mejor pulso y equilibrio en el transporte de los gigantes. El gran problema era atravesar los "*cebadales*", así que la carrera comenzaba, las familias se miraban y se enfrentaban… ¡en sus marcas, listos, ya!

"*Atravesar el cebadal era un trabajo duro, sobre todo porque la pila de agua quedaba como a 400 metros de la casa, y la carretilla se volteaba fácilmente, así que Cecilia y yo sufríamos mucho todos los días*", afirma Raquel.

Un sufrimiento con ciertos tintes de diversión, que consistía en hacerles musarañas a los niños de las otras familias, en especial a Josefina. "*Cuando empezaba el camino por el 'cebadal', mi papá hacía su mejor esfuerzo para conducir la carretilla; sin embargo, las piedras la hacían tambalear y en algunas ocasiones el vehículo terminaba en el piso*", recuerda.

La marcha era eterna. Cuando se tiene ocho años y piernas cortas, cualquier distancia es enorme, y más aún cuando se hace parte de una carrera de titanes, de gigantes, que duraba entre 30 y 40 minutos. Las niñas siempre escoltando la carretilla, suspendiendo la respiración si había un tropiezo, sufriendo con el padre, riendo con él por los esfuerzos de los otros, siempre fieles, presentes.

Presencia que era reconocida en la fila, cuando le ganaban a Josefina y quedaban unas cuantas personas delante de ella. Esos puestos representaban unos litros extras que aliviaban la casa de Raquel.

El enfrentamiento continuaba de regreso: "*Después de ir hasta la pila, debíamos esperar casi una hora mientras el encargado le daba por llenar los túmbilos; empezaba con los Cantor y se gastaba con cada una de las familias entre 30 y 40 minutos. Mientras hablaba sobre los últimos acontecimientos del barrio, la gente se molestaba porque el tipo echaba mucho chisme, y era injusto con todo el mundo*".

La injusticia se olvidaba cuando los túmbilos quedaban llenos. Sin embargo, el reto continuaba: el más grande y complicado era regresar a la casa por entre el "*cebadal*". "*Cargar cuatro gigantes llenos era lo más difícil, sobre todo para mi papá que debía llevar la carretilla y hacer como 50 estaciones para que el agua no se regara y llegara completa a la casa, ya que mi mamá nos esperaba para poder empezar la jornada*".

El regreso era tortuoso. La familia deshacía el camino cuidando el líquido vital, sintiendo un fresquito por haber salido de la fila del agua y por haberle ganado a Josefina. Al respecto, Raquel dice: "*Sentíamos orgullo porque casi siempre le ganábamos a los Cadena, en especial a Josefina. Hoy, después de tanto tiempo, pienso que era una cosa de niños, una competencia infantil*".

Gracias a esa competencia, Raquel y su familia podían regresar a la casa con todo bajo control, experimentando el sentimiento del deber cumplido. La madre los recibía en la puerta de la casa y ayudaba a descargar el contenido; era la mejor manera de comenzar el día.

"*Cuando llegábamos a la casa, lo primero que hacíamos Cecilia y yo era quitarnos los botines y tirarnos en el suelo lleno de tierra, tomar un vaso de agua y rogar que las 24 horas que faltaban para que se repitiera esta misma escena, se demoraran en llegar*".

Raquel sabe que esa Bogotá donde el agua se recogía en "gigantes" desapareció. Las aventuras en los "cebadales" y las peleas en la fila quedan en el recuerdo. Ahora solo afirma: "*Fue una bendición cuando el acueducto entró al barrio; las filas desaparecieron, arrumados quedaron los gigantes. Me alegra saber que la gente ya no sufre por el agua como me tocó a mí, creo que ahora las cosas son más fáciles*".

¿Fáciles? Raquel se sorprendería al ver que en esa misma Bogotá vive Marcela y que, 60 años después, repite la historia.

♦ La gigante Marcela

Una y media de la tarde, tercer sábado de noviembre de 2010, en una loma de Altos de Cazucá. Los sonidos cadenciosos del *rap* dan la bienvenida. De la nada aparece Juan Carlos, un joven de 16 años que con una sonrisa sincera y un toque de ingenuidad me pregunta: "*¿Usted es la nueva profesora de inglés?*". A lo cual solo respondo con una sonrisa.

En la mitad del salón se entrelaza la vida de 10 muchachos, que hacen un análisis detallado de cada uno de las personas que llegan al lugar. Entre ellos está Marcela, la gigante, a la que no le gusta vivir en Cazucá, la que a los 14 años salió de la casa, la que vive en un hogar de lata con sus 10 hermanos, la que tiene que esperar ocho días para que el agua llegue al rancho, la que un día hace 14 años llegó a la loma, la que lucha por terminar el bachillerato, la que quiere sacar a su hijo adelante.

"*Cuando llegamos a la loma casi no había nada, una o dos casas. Se veía una gran soledad, las familias entraban a construirlas donde se pudiera y no importaba si quedaba cerca a un barranco*", dice. Ese rancho alberga una familia que ha luchado sin cesar por tener las mínimas condiciones para poder vivir con una dignidad que la loma no ofrece. "*Una de las cosas más difíciles siempre ha sido el agua*", dice mientras termina el ejercicio de inglés.

Marcela recuerda complacida una escena que marcó su llegada al barrio y su relación con el agua: el burro. Cuando se escucha decir "el burro", los muchachos inmediatamente recuerdan aquel manso animal que subía la empinada loma cargando cuatro timbos llenos de agua. "*Nos alquilaban el burro por $2.000 o $2.500* —dice—*. Nos demorábamos mucho en subir y muchas veces llegábamos con la mitad del agua*".

El barrio don de transcurre esta historia es el Luis Carlos Galán, ubicado en Cazucá, en la mitad de la loma. Es allí donde Marcela debe esperar a que el agua llegue cada ocho días para subirla entre calles llenas de barro.

"*Así como ve mi casa, así es desde hace 14 años* —me dice mientras se va ascendiendo a la loma—*. Llegar a Cazucá es una experiencia que altera los sentidos, quizás porque*

desde las alturas el viento se siente más frío, quizás porque la ciudad se ve inmensa y porque se está de frente a la pobreza".

Ahí nos espera su rancho, con un área de tres metros por dos; con un baño de madera y un calentador improvisado hecho con una extensión y un balde. Cuando entramos se aprecia cómo los humanos logran adaptarse a cualquier espacio. Dos camarotes y dos camas reciben a los invitados y sirven como sala improvisada.

En cuanto a los servicios, el agua es el que más dolores de cabeza causa a Marcela y a su familia. "*Después del burro, pensamos que las cosas iban a mejorar, pero entraron las mangueras de tierra que salían desde la motobomba bien adentro en la loma y eran llevadas a todas las casas. La mejoría no se notó porque el agua ya no sube por falta de presión*".

Sin embargo, una crisis se hizo evidente en la vida de Marcela y su familia: la crisis de la espera. "*Cuando se iba el agua, era más o menos por ocho días. Era terrible, teníamos que coger nuestros timbos e ir a Santo Domingo, el barrio más cercano*", recuerda.

Además de los timbos —pequeños galones para envasar el agua—, las familias también cuentan con canecas para recoger el agua lluvia, que utilizarán en el baño o para lavar la ropa. Al pensar en la calidad del agua que llega desde la motobomba, ella sólo acata a decir: "*A veces llega sucia, pero esperamos a que se asiente y luego la tomamos*". Entonces pregunto si no les da miedo enfermarse y ella, con una sonrisa, afirma: "¡*Nos enfermamos si la hervimos!*".

Otra historia se vive cuando el agua escasea y el presidente de la cuadra, que es el que se encarga de la mejoras de la comunidad, decide llamar a los carrotanques. "*Peleas, eso sí se ve cuando llega el carrotanque*", afirma Juan Carlos, vecino de Marcela. "*A las señoras del barrio les disgusta mucho que la gente se 'cole' en la fila y se empiezan a insultar y a decir cosas. Eso siempre termina en un tropel el tenaz*".

Tenaz: esa es la palabra que define la relación que tienen los habitantes del barrio Luis Carlos Galán con el agua, con el espacio y con la ciudad. "*Nos han dicho que van a poner el agua, pero eso significaría tener que pagar por la tubería y mejor deje así. Pagamos $5.000 pesos de servicio, y si hay acueducto, el servicio del agua subiría. Por eso preferimos seguir llenando los galones; quizás algún día tengamos una manera de tener el agua mucho más cerca de nosotros*", remata Marcela.

Así, Marcela se convierte en una gigante más en Bogotá, una gigante que lucha contra las inclemencias, una gigante que no se vence, que a pesar de no tener a mano el líquido indispensable, sabe que la lucha comienza todos los días cuando siente el agua por la tubería improvisada subir rápidamente para llenar el tanque y de paso calmar el hambre de su familia.

Raquel y Marcela logran encontrarse en un mismo lugar: en la memoria del agua en Bogotá.

❖ Las ‘abuelas de piedra’ de los muiscas❖

Nathaly Alexandra Diaz Cruz *
nohstally@gmail.com

De cómo en el humedal de Jaboque —localidad de Engativá— permanecieron durante siglos diecinueve monolitos —figuras de piedra— que los muiscas llamaban ‘abuelas’ por su sabiduría, pero parte de este observatorio astronómico terminó sepultado por un tubo del acueducto.

“*Íbamos caminando cuando Miguel, mi compañero de universidad, me dijo entusiasmado:—‘¡Mire, eso es un monolito!’, y más adelante ‘¡Allá hay otro!’, señalando un pedazo de roca que para mí era sólo una piedra en el humedal*”, el mismo que Jhon Muñoz había visto por más de 10 años al entrar y salir de su casa en Engativá.

Jhon llegó al barrio La Fontana cuando tenía 13 años. Su familia, como muchas durante la década de los noventa, había adquirido un lote por un millón y medio que, “*aunque no era muy barato, se podía pagar*”, comenta. Sin embargo, fue en su época de universitario cuando conoció realmente el humedal Jaboque. Hasta entonces desconocía la historia de uno de los centros ceremoniales más representativos para los indígenas muiscas mil años atrás.

“*Esa vez encontramos cuatro monolitos en medio de unos montículos de tierra bastante llamativos*”, cuenta Jhon, recordando cómo conoció el secreto del “charco maloliente” que ha sido su vecino desde hace más de una década. Con un dibujo, describe la singularidad de las formas encontradas en el espejo de agua, ese día del 2003, cuando comenzó un viaje al pasado que determinaría una nueva relación con su barrio, la naturaleza e incluso su pasado cultural.

* Docente de química y biología
Taller biblioteca El Tunal

♦ La cultura poética

"*Engativá era muy diferente a lo que es ahora*", dice Gonzalo Chaparro Cabiativa, líder del cabildo indígena de Suba, lanzando una mirada al vacío. Más indígena por su sentir y su actuar, que por aquello que de él se alcanza a ver: chaqueta, pantalón y zapatos de cuero amarillo. Sólo se delata por el collar de cuentas y las manillas no muy comunes en un hombre de mediana edad. Al encontrarnos me dice: "*Hacia el sur hay un poco más de silencio. A mí no me gusta el ruido de la ciudad*", y nos vamos buscando un lugar más tranquilo donde se pueda conversar; sobre todo, donde se pueda escuchar.

"*El universo muisca es un universo cósmico, como una pirámide en la cual se relacionan cosmos, madre tierra y hombre. El universo muisca es la unidad del hombre con el mundo al cual pertenece, la relación armoniosa y originaria con el pasado, el presente y el futuro, con los dioses espirituales que trascienden en tiempo y espacio*", dice.

En sus palabras, la muisca "*era una cultura poética*" donde la contemplación y el asombro le permitían a los nativos ser uno con su territorio, maravillarse con los acontecimientos de la naturaleza, despertar en las mañanas a saludar el nuevo día como un milagro y agradecer al sol por su trasegar en la tierra. Todo lo que existía en el universo indígena era digno de contemplación, adoración y culto: la belleza de los paisajes, la magia de la vida luego de haberse posado la lluvia en el campo, los incontables centelleos que iluminaban el cielo en la extensa noche de encuentros mágico-religiosos, de ceremonias, de preguntas sobre el mundo, sobre la existencia, noches de imaginación, sensibilidad y creación.

En una de esas luminosas oscuridades indígenas debió haber sido posible el mito como explicación del origen y, con él, la aparición de las deidades, de esos dioses al servicio del hombre; que el hombre, en agradecimiento, debía enaltecer y respetar, cuenta Cabiativa.

♦ Las piedras de los indios

Jhon estudiaba geología en la Universidad Nacional. Todos los días salía y llegaba a su casa en el humedal Jaboque sin mayores sorpresas. La curiosidad de su

amigo Miguel fue el motor que lo impulsó al rescate de ese tesoro perdido llamado por los habitantes del sector "piedras de los indios". "*Cuando exploramos la zona con Miguel, encontramos cuatro camellones o montículos de tierra, en cruz, que se reunían en torno a un anillo central, bastante ancho, por el cual se podía caminar bien*". Ese tesoro se encontraba a kilómetro y medio de su casa.

Estructuras similares se han descubierto a lo largo de ríos como el Bogotá y el Magdalena, y gracias a estudios arqueológicos se ha determinado un uso similar por diferentes grupos indígenas. Lo singular de estos patrones geológicos en el humedal Jaboque, que se conecta con el río Bogotá de manera directa antes de llegar al parque La Florida, son los cuatro monolitos que Jhon y su amigo hallaron en los camellones. "*Muy cerca al anillo central encontramos el primer monolito, especial y diferente a los otros porque tenía un hueco bien pulido en la parte superior*", recuerda.

Miguel estudió los cuatro monolitos y las formaciones del suelo en el posible centro ceremonial que encontraron. Jhon, movido además por su proximidad con el humedal que siempre había transitado, pero que hasta ahora empezaba a pertenecerle, completó unos meses más tarde la ruta de los monolitos, e identificó diecinueve figuras sencillas en piedra y un hueco donde posiblemente se ubicaba otro. "*Yo estuve con el agua hasta las rodillas*", dice con seriedad, recorriendo y reconociendo el mundo de quienes habitaron en la antigüedad "la tierra de los leños de Dios", como traduce Jaboque en lengua chibcha.

Pero el entonces estudiante de geología no sólo encontró estas huellas del pasado, también fue testigo de cómo los habitantes del lugar hacían arder esos leños con la quema de carbón vegetal en dos zonas del humedal. También vio la gran cantidad de escombros mezclados con el suelo que una vez fuera sagrado, y el volumen de los residuos sólidos que se agolpaban en las compuertas del cuerpo de agua, contaminando el hábitat de especies endémicas o forasteras que hacen de Jaboque un área de conservación de las aves reconocida en el ámbito internacional.

Después de 10 años de transitar por el lugar, Jhon descubrió la mayor reunión de figuras en piedra provenientes de la cultura muisca frente a su casa. Encontró los monolitos 12 al 17 flanqueando de suroriente a suroccidente el barrio La Faena, que le hablaban del pasado, develándole un secreto que le recordaría la relación de la tierra con el cielo, del hombre con los dioses, la existencia del cosmos y lo efímero de nuestro paso por el mundo.

♦ Espejos de agua, "úteros de la vida"

Cabiativa es contundente: "*Engativá era muy diferente a lo que es ahora. Si imaginamos a Jaboque sin las urbanizaciones y las construcciones que lo rodean, lo primero que se observa son los cerros ¿y detrás de ellos, sobre ellos? El cielo, su eternidad, el movimiento de las estrellas, la aparición y el ocultamiento de los dioses Sue (sol) y Chía (luna). El secreto del cosmos*".

El pueblo indígena muisca, sumido en la contemplación reverente de "*los poetas civilizadores*", como llama Cabiativa a los dioses creadores, encontró, al igual que los grandes filósofos de la historia, la necesidad de pensar el universo e interpretar los movimientos y mensajes de los elementos vitales.

Y es que para los indígenas, "*el territorio no es un terreno, una porción de suelo delimitada, es todo aquello sobre lo cual domina la vida. El territorio es un espacio de pensamiento y sabiduría*", reflexiona Cabiativa. En el vasto territorio, el agua, procreadora y poseedora de grandes misterios, constituyó el cimiento más fuerte de la cosmogonía. De ahí que los espejos de agua se hayan denominado "úteros de la vida", desde los cuales emerge la cultura y en torno a los cuales transcurre la existencia de los muiscas (los hombres), desde su nacimiento hasta su muerte.

"*Por el río corre el pensamiento de la tierra*", me cuenta el descendiente muisca. Jaboque se conecta con el río Bogotá, el de nuestros antepasados, que en lengua chibcha se llamaba Funze, el poderoso. Sentados en su margen los indígenas podían escuchar el pensamiento de la madre tierra, entender los fenómenos, el tiempo, los elementos y conectarse con el cosmos.

El humedal Jaboque, muy distante al presente que lo circunda, era un espacio de pensamiento y de sabiduría, un territorio que sirvió como observatorio astronómico, santuario ceremonial y asentamiento de la sociedad muisca. De ahí la existencia de las formaciones geológicas encontradas por Jhon y Miguel. Las terrazas, terraplenes y camellones cumplían funciones vitales y diversas en su vida cotidiana, como el manejo del abastecimiento y el exceso de agua hacia el antiguo pueblo indígena, la protección de los cultivos frente a las inundaciones y las heladas, el establecimiento de las viviendas, permitiendo la cercanía a las fuentes de alimento y al grupo social indígena.

Cabiativa me asegura que "*la sociedad muisca era altamente organizada y así como existía el grupo de agricultores o de sacerdotes, estaba también el grupo de los*

científicos, encargados de observar el cielo y darle significado a sus mensajes. Los astrónomos, que además eran videntes y manejaban la imaginación, la poesía, los sentimientos, la tradición oral y la sabiduría". De ellos y su conocimiento quedan sus "abuelas", los diecinueve monolitos encontrados por Jhon, las figuras que dan testimonio del pueblo fundador.

En la voz del líder indígena, "*las 'jicas' —piedras— son las abuelas, que estuvieron aquí desde el principio y han visto pasar muchas generaciones y por eso guardan la sabiduría, el conocimiento y la palabra de los ancestros*".

La piedra conserva la historia del territorio, de la madre, y en ella puede registrarse la memoria del hombre para la posteridad. Por esa razón, los monolitos no podrían haber sido elaborados en arcilla, aunque los muiscas fuesen alfareros y no muy hábiles en la estatuaria en piedra. Ningún otro elemento podría haber protegido el saber indígena durante los años, los procesos de urbanización, la desaparición de la cultura. Nadie mejor que las abuelas para contar los secretos.

El calendario muisca

De esos secretos, el mejor guardado es aquel que bien conocía el astrónomo Carl Sagan, en relación con el cosmos de los pueblos primitivos de todo el mundo: "*En los cielos había un gran calendario a disposición de quien tuviera dedicación, habilidad y medios para registrar los datos*". Los muiscas de la sabana contaron con la poderosa afluencia del río Bogotá, la habilidad de modificar el suelo de su territorio y la posibilidad de trasladar desde el cerro Manjuy las piedras para poder construir su observatorio astronómico, pues, según asegura Jhon, quien estudió además su composición mineral, "*en la sabana, por los procesos de desecasión de la gran laguna, no existían piedras como las de los monolitos y debido a la ubicación de Engativá, al occidente de la ciudad, el cerro Manjuy (Facatativá) quedaba más cerca que Monserrate y para los indígenas fue sencillo trasladar desde allí las piedras por medio del río*".

Carl Sagan aseguró también que "*la posibilidad de leer el calendario en los cielos era literalmente una cuestión de vida y muerte*". Y es que el movimiento de los astros determinó las costumbres de los pueblos indígenas del mundo entero y, por supuesto, el de los muiscas, que a partir de la ubicación específica de las 'jicas' en el territorio sagrado de Jaboque lograron determinar, como lo afirma Harry Marriner —arqueoastrónomo aficionado que acompañó a Jhon en la ruta de los monolitos—,

el día exacto de cualquiera de los amaneceres o puestas de sol en solsticio, mirando por encima del monolito adecuado y según la dirección que permitiera la alineación hacia los cerros precisos, para ver la salida del sol o establecer su distancia.

Al igual que otros pueblos indígenas de América, mediante la fijación de puntos de observación en los monolitos los muiscas del Jaboque determinaron las fechas para la siembra y la cosecha, pero teniendo en cuenta que la sabana permanecía inundada, dieron especial importancia a la determinación del comienzo de las épocas secas, en donde podían cultivar productos un poco más resistentes como la papa o el maíz.

El arqueoastrónomo que acompañó a Jhon en su reencuentro con el humedal, además de explicar el uso de los monolitos, encontró —para sorpresa de las generaciones actuales— una mítica relación entre la ubicación de las piedras en el espejo de agua y la constelación que hoy conocemos como Escorpio. Dice, basándose en registros de indígenas de Guyana, Brasil y otros pueblos de Colombia, como los kogui, que para los muiscas asentados en el Jaboque la constelación de Escorpio representaba "la gran serpiente" y específicamente una serpiente con dos ojos, los cuales estarían representados por los monolitos hallados junto al anillo central que encontraron los universitarios, Jhon y Miguel.

Marriner está de acuerdo con Cabiativa, aún sin conocerlo; reconoce como los muiscas que el agua es el elemento vital de donde proviene el origen y la muerte, el inicio y el fin de la cultura ancestral. Por eso, no duda en relacionar la formación de los monolitos con la imagen de la serpiente que significa para los muiscas la transformación final de su diosa creadora, Bachué, quien emergió de las aguas para poblar el mundo y después regresó a ellas convertida en serpiente. "*Nosotros esperamos el regreso de la laguna*", me dice Cabiativa con reverencia, tal como los cristianos hablan del regreso de Cristo a la tierra.

♦ El tubo contra los espíritus vigilantes

Diecinueve monolitos como espíritus vigilantes, diecinueve abuelas muiscas, permanecían hasta el 2004 en el humedal de Jaboque para proteger las aguas y los secretos del humedal. Así era, hasta la aparición del tubo Encor.

Jhon recuerda, indignado, cómo después de un amplio estudio hecho por la Universidad Nacional, a propósito de su trabajo de grado, la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá decidió atravesar un tubo Encor, en cruz, por el espejo de

agua del humedal, en la zona de los camellones, supuestamente para llevar las aguas residuales de Engativá a la planta de tratamiento Petar y así evitar la contaminación del río Bogotá.

"*Funcionarios del Acueducto le preguntaron a la Universidad Nacional cuál era el mejor lugar para hacer la intervención y nosotros inicialmente les propusimos un sitio alejado de la zona de mayores huellas prehispánicas, pero ellos no aceptaron por cuestiones presupuestales; entonces, les sugerimos poner el tubo en la parte alta de la zona que aparentemente fue ceremonial, haciéndoles la aclaración de que era necesario remover los dos monolitos que allí había para luego restituirlos*", explica Jhon.

Tras guardar silencio, el antropólogo levanta la mirada con expresión de repudio y afirma: "*No les importó lo que dijimos, ellos tumbaron prácticamente todo y pusieron el tubo. Ahora esos monolitos ya no existen*".

Desafortunadamente, la ONG que administra el humedal no ha hecho un seguimiento de las estatuas líticas y se desconoce si hay más monolitos aparte de los dos que se observan, asomados como lápidas por entre los pastizales.

❖ Orojaijú* o los recuerdos del agua❖

Iván Leonardo Cañon Vargas **
ivanleonardo56@hotmail.es

De cómo el padre del cronista construyó artesanalmente el tanque de agua que surtió a los habitantes del barrio Lijacá.

"Qué secreta quimera te arrastra, agua
Rumorosa y lejana. Vital.
Sangre diluida.
Agua de tierra. Agua de agua. Agua de pedernal."
Osvaldo Loisi

Desde muy pequeño supe lo que era el peligro cuando me di cuenta de que mi hermano Rubén se estaba hundiendo en las aguas claras de un tanque. Sabía que había caído dentro de él aunque no lo veía, tal vez por la escasa luz o porque el susto me nublaba la vista. Pasaban los segundos y ni yo, ni ninguno de los que estábamos alrededor, sabíamos qué hacer. Nuestras miradas de angustia se chocaban en la noche.

De pronto brotó a la superficie su cabeza, vimos brillar sus ojos y su boca abierta como un pez queriéndose tragar todo el aire. Soltamos todos un grito de alegría, yo primero, y estiramos las manos para ayudarlo a llegar el borde de ese tanque, que era inmenso, al menos eso nos parecía… ¡Tres metros cuadrados por dos y medio de fondo! Mi padre, su arquitecto y obrero. Mi madre, la asesora en detalles; y nosotros, los guardianes de la memoria.

El tanque tenía un diseño especial que garantizaba que no se fuera a reventar en la parte baja de sus paredes. Era un diseño propio de mi padre, pues no conocí tanques similares por ahí. En un barrio contiguo llamado San Antonio se utilizaba otro tipo

* Neologismo del guaraní, que significa quien todo lo ama, cercano a rojaijú.
** Estudiante de Ingeniería de Sistemas
Taller biblioteca Luis Ángel Arango

—seguramente más costoso—, circular, de aproximadamente unos seis metros de diámetro por dos metros de altura y montado sobre una torre de vigas de concreto de 12 a 15 metros de altura, del cual se surtía todo el barrio.

El ingenio de mi padre obedecía en gran parte a la formación técnica que recibió en la Marina, donde no solo prestó el servicio militar sino que se convirtió en suboficial de máquinas. Ese tanque era una prueba tangible de sus sueños y sus terquedades. A los 42 años todavía quería ser ingeniero civil, pese a su obligación con siete hijos y a su trabajo en una empresa de seguros. Aún así, entró a estudiar a la universidad. Terminó materias, pero no se quiso graduar.

Mi madre cuenta que una antigua hacienda sabanera se había dividido en lotes para vivienda; lotes para gente que quería construir barato y con suficiente espacio para una familia numerosa. Como nosotros. Cuando llegamos, cada lote tenía una estructura habitable que permitiría estar allí mientras se construía algo mejor. Una ventaja enorme que hizo nombrar de forma más precisa lo que se adquiría: una casalote ubicada en Lijacá, perteneciente a un municipio con nombre indígena, Usaquén, y ligado a la capital y a los otros destinos por la llamada Carretera Central del Norte.

♦ La fábrica de tubos

Nuestro barrio colindaba por el norte con una fábrica que producía tubos inmensos, algunos de 70 pulgadas por 12 metros de largo y otros de diámetros mayores para transportar el agua. Se trataba de la American Pipe, una empresa de Estados Unidos con aproximadamente 300 trabajadores, incluyendo los choferes de la flotilla de tractomulas que transportaban esos tubos a distintas partes del país. En el barrio hubo gran revuelo cuando un vecino murió en un accidente con una tractomula. Era un hombre experto en la conducción de estos vehículos, tanto que la confianza lo llevó a meterse debajo para reparar los frenos y no se dio cuenta de que la tractomula empezaba a rodarse.

La presencia de esta fábrica era paradójica, pues a su lado estaba el vecindario —donde transcurrió nuestra infancia— luchando por mantener su sencillo acueducto: un nacimiento de agua que había en un lote de la parte alta. Recién llegados mis padres al sector, ese nacedero se convirtió en una pequeña quebrada a la que acudía la mayoría de vecinas a lavar la ropa, y además servía de lindero con el sector de San Antonio. Allí se construyó un tanque, al frente de la casa de 'el Mayor', un señor

que al parecer había ostentado ese cargo en el Ejército y que nosotros de niños veíamos como una persona muy seria, cubierta con cierta sombra de misterio. Por la otra parte colindaba con el Grill Aída, un sitio muy elegante donde llegaba gente de plata a bailar y a disfrutar de comidas deliciosas preparadas por la mano mágica de doña Gilma, esposa del propietario, un alemán bonachón de apellido Barman o algo así. El sitio contaba con una extraordinaria pista de baile con piso de parqué, donde resbalaban suavemente los zapatos de cuero animados por el ritmo de dos orquestas que se turnaban buena parte de la noche con piezas de merengue, salsa y chachachá.

Recuerdo el sonido de los primeros pistonazos del motor Lister, al arrancar y hacer girar la banda ancha que la empataba a la bomba de agua, cuyo oficio era llenar el tanque abastecedor del acueducto, compuesto por una red de tubos galvanizados que hacía llegar el agua a todas las casas del barrio.

Cuando se iba el agua en el acueducto, teníamos que sacarla en baldes bombeando el agua del tanque casero con una máquina manual, moviendo su manija de un lado para otro con fuerza y buena velocidad. El balde se llenaba, pero uno quedaba exhausto. La ventaja era que para entonces el agua no nos valía mayor cosa. Sólo lo que de vez en cuando teníamos que aportar para el costo de las reparaciones. Muy poco en comparación con el primer recibo de Acueducto y Alcantarillado que cayó en nuestras manos luego de llegar a “vivir a la ciudad”, por allá en los años setenta.

♦ Regreso a Lijacá

Hace unos años regresé a Lijacá. Por curiosidad. Quería ver qué quedaba de mi infancia. Lo primero que noté fue que los sitios que conocí, como mi casa, no eran tan grandes como yo recordaba; además, todo había perdido su encanto. Ya no eran casalotes espaciosas, verdes, con siembras de maíz, papa, arveja y hortalizas. Sólo era una hilera de casas, de calles duras y de gente que no se saludaba como antes. Por supuesto, ya existía “acueducto y alcantarillado” como en el resto de barrios de la ciudad.

El acueducto de barrio que mitigó nuestra sed durante varios años ya no quedaba sino en nuestra memoria. También habían desaparecido los cerros por los que bajaban las quebradas, que escondían musgo para los pesebres, helechos para quemar los pelos del marrano sacrificado, uvas de monte, aguaviva y gran cantidad plantas, de pájaros e insectos. De esa montaña ya no quedaba nada, sólo casas y

calles empinadas. Y, sin embargo, allí seguía encerrado el recuerdo de mi padre, que falleció en 1990, después de pensionarse. También el de mi hermano Rubén, que aunque se salvó de morir en aquel tanque siendo niño, murió a los 24 años por culpa de una afección cardíaca.

Tuve que aceptar que con el agua del acueducto comunitario se había ido también mi feliz infancia.

❖ La pila❖

Natalia García Mora *
nataliagraciamora@yahoo.com

De cómo el barrio San Cristóbal Norte sirve de escenario a la muda protagonista de este relato, la pila de agua, testigo de las estratagemas de varias generaciones por surtirse de agua en medio de peleas cotidianas.

Agosto de 1965. Son las dos de la mañana; mi papá, José de Jesús García, entonces de 10 años, y mi abuelo Lisandro García, se bajan del Rápido Duitama; de allí saltan al tren, mientras el helado viento ataca sin contemplar los cuerpos que no conocen las bondades de una ruana. Mi papá toma fuertemente la bolsa de plástico en la que trae su equipaje y le da la bienvenida a ese carraqueo en sus extremidades que habría de acompañarlo por un largo periodo de vida.

Se bajan en la estación de San Antonio, en la calle 185 de Bogotá, próximos a un refugio: la casa de mis bisabuelos Ismael García y Anasilvia Montañés, lugar de pequeñas proporciones y grandes necesidades, que habitan con su hijo Serafín, Argenis, la esposa y sus siete hijos.

Mi abuela y mis siete tíos, aún en Santander, alargan un poco el tiempo para recoger la labranza de caña; poder vender a Mampiro, el caballo de carga y a Jaboncillo, el caballo de montura del abuelo, los zamarros, el revólver y la enjalma. El Jaboncillo equipado se vende a buen precio por ser para el compadre Paulino, mil pesos que nunca pagó. Dos meses tardaría la abuela; pero, por fin, se vio llegar por las calles destapadas de San Cristóbal Norte. Ella en la cabina con los dos más pequeños y el resto de mis tíos atrás del camión con el trasteo.

Así comenzó la historia de mi papá, mis tíos y mis abuelos en Bogotá, expulsados del cálido Páramo de la Salud (Santander) por ser azul su bandera y no roja como la cara

* Ecóloga, profesora universitaria
Taller biblioteca Julio Mario Santo Domingo

con la que tuvieron que huir dejando su finca —la del aljibe de agua bonita, cristalina y eterna—, según la describe hoy mi abuela. El tiempo pasó y la incomodidad creció, muchas personas para un espacio tan pequeño; así que fueron necesarios $13.000 para la compra del lote. Una pieza grande se convirtió en la habitación para todos, y una pequeña bastó para hacer de cocina. Además de esto se construyó parte de la fachada; las otras paredes tuvieron que esperar.

La luz salía de una fogata hecha con las astillas de leña que venían en el trasteo. Así calentaban la pieza, ardua tarea por las incipientes paredes de cemento y sobre todo por el piso de tierra. Todos tan juntos como les era posible espantaban eso que los llenaba de frío; abrazados a sí mismos invitaban la luz del fuego a iluminar sus caras.

El agua, el agua, el agua. Algunas veces la sacaban de los barrenos —así les decían por el barrial que se formaba—, supone mi tío Lisandro. Eran dos los barrenos del barrio: uno en la zona de Pantanitos y el otro junto a la fábrica de Planicol, la productora de Icopor y desechables. Como quijotes, los hermanos García o los 'califios o calentanos', como los llamaban, se enfrentaban al gigante, al molino desafiante de viento del que no sabían cómo, pero salía agua. Agua que se necesitaba para el pequeño cultivo de mi abuelo: cebolla, cilantro, acelgas, yerbabuena y poleo, vendido en atados para hacer morcilla; así como para cuidar los animales, las dos vacas —la chicharra y la normanda— y las cuatro ovejas, las gallinas y los conejos con los que llegó un día mi tío Evangelista. Eran ellos los encargados de aromatizar el lote y de propiciar las quejas de los vecinos.

♦ La diva asediada

La otra fuente de agua en el barrio, la que esperaba siempre en la esquina de la cuadra, la diva, la gestora de vida, era la pila. Sinónimo de cocina, aseo y, claro, como tiene que ser con lo deseado y escaso, la iniciadora de conflictos. Un chorro, un sólo chorro de agua salía de esta pila para todo el barrio. Mi papá, José de Jesús, mis tíos Elías, Evangelista e Ismael, todos con nombres proféticos y bíblicos, pero no milagrosos, pues como cualquier cristiano, valga la redundancia, tenían que hacer la fila, cada uno con una olla, para llegar al indispensable líquido.

—*Cuando doña Amparo termine de lavar la ropa la fila comenzará a moverse* —se comenta justo cuando aparece el Chitas y los Parada.

—*¡No se cuelen!… ¡Respeten, muérganos!…¡Chinos jediondos, vayan pa tras!...¡la fiilaaa!*

Mi papá, ya próximo a los trece años, tomaba el palo que siempre llevaba para ponérselo en la nuca sobre los hombros y como un levantador de pesas elevar en cada extremo una olla llena. Mas su imagen no era precisamente la de un deportista, sino la de alguien que bate un dulce de arequipe, encalambrado, meneando su báculo con la intención de intimidar a los Parada; pero éstos, derribando a quienes están a su paso, sabían que no descansarían hasta llenar sus garrafones de agua. Mientras el Parada mayor espantaba a todos lo que se interponían, el otro ordeñaba la pila. Otros más osados tiraban piedras, y aquellas mal dirigidas daban inicio a magníficas trifulcas.

De estos repetitivos episodios se obtuvieron rasguños, chichones, insultos, empapadas; pero también una lección valiosa para los hermanos García: hay que madrugar para no pelear. Fue así como por turnos, alguna pareja de los seis niños en edad de ir a la búsqueda salía a las cuatro de la madrugada a la aventura por el líquido. Como soldados de cascos plateados o de protuberantes sombreros de plástico, se ponían las ollas y los baldes vacíos en la cabeza. La técnica fue mejorando y además de despertarse antes de que el sol lo hiciera, el número de viajes se incrementó para llenar el barril que a la casa mi abuelo había llevado.

Para los que estaban cerca a la pila, una manguera hasta la casa podía ser un elemento esencial, pero con un servicio tan intermitente como las necesidades de los que desconectaban la manguera del lado de la pila; al otro extremo, algún enjabonado enfurecido o un cerro de ropa a medio lavar.

La fila colorida de recipientes hacia la pila se hacía día a día más larga y duradera; notoria era su reducción en época de invierno, cuando hasta la chocolatera y las bacinillas eran adecuadas para recoger lluvia sobre los andenes, así fuera cerca a la zanja que pasaba frente a las casas la que traía consigo el aporte de una centena de tubos conectados a los improvisados inodoros de cemento, que construyeron algunos en la cuadra. Los más avispados, a costa de hacer una pocilga tamaño barrio, buscaban el tubo madre que llegaba a la pila, lo rompían y ponían allí una manguera que llegara hasta la casa.

A pesar de que el terreno del barrio lo ocupaban casi todo la hacienda Villa Adelaida, parte de lo que es hoy Surtimax y la Hacienda La Pradera —terreno pleno de trigo y ceba en aquel entonces—, unos cuantos ranchos sobresalían, como la casa de don Carreño, mejor conocida como El Palomero. La población iba creciendo rápidamente: otros inmigrantes escupidos por la violencia política llegaban a la capital. Lejos estaban los del Acueducto de Bogotá de imaginarse que entre la

década del cincuenta y del sesenta la población multiplicaría su tamaño hasta llegar a 1'878.000 habitantes en 1964.

Así que el gran potrero que hacía las veces de baño público estaba cada día más abonado; allí se prefería ir de día, no por exhibicionismo, sino porque decían los chismes que en las noches asustaban y que cabezas con pelos desorbitados y miradas infernales asomaban por las ventanas de la casucha abandonada, todo para ahuyentar al que estaba en su labor. Así que no había oportunidad de leer alguno de los trozos de papel periódico que abundaban en el piso, por el afán de salir del "baño" y porque su anterior uso como papel higiénico no permitía una lectura clara.

Tampoco los hermanos García gozaban de una ducha, pero sí del charco frío, el humedal cercano a la casa que frecuentaban para llevar las vacas a pastar. Con el asomo del sol, se despojaban de toda la ropa y con movimientos eléctricos chapuceaban en el agua. El lugar también funcionaba como restaurante, pues entre la basura y los escombros del humedal no era difícil encontrar tarros, preferiblemente de avena, para coger lo que aún hoy no están seguros si se trataba de peces o renacuajos, comida apetitosa o no, pero comida. El mismo tarro era ideal para cocinar y ramas de eucalipto y pedazos de papel representaban la estufa. Si la suerte y la puntería estaban de su lado, mataban con la cauchera algún pajarito. A pollo chamuscado, a eso sabía. Nunca lograron el deseado pato migratorio, de esas grandes bandadas que visitaban el humedal. A eso se dedicaban mientras de vez en cuando se fijaban que al par de vacas no las espichara el tren o el veloz autoferro lleno de pasajeros.

A veces el agua venía pero de arriba, así que cartones o papel periódico eran el techo de un cambuche y los cimientos algún arbusto de lulo de perro, suficiente para acurrucarse y no perder de vista las vacas.

Esas lluvias borrascosas y aterradoras, no podían ser más que el indicio de buenas noticias. Una vez escampara, los hermanos García corrían a buscar a Ariosto y al negro; allí estarían ellos en la tarea de recoger la arena que bajaba por los canaletes del barrio. Así pues, la misión era empuñar una pala e ir juntando las preciadas partículas doradas que venían nadando desde las areneras de los cerros, para terminar todas ellas en una volqueta. El esfuerzo habría de convertirse en guarapo y mogolla, forma en la que era remunerada la labor del día.

♦ La llegada del agua

Un poco más de cinco años fueron necesarios para que el agua llegara a las casas. Las interminables vueltas a la empresa de Acueducto y sus alrededores

hicieron que mi abuela conociera el centro de la ciudad por la necesidad. Pero como en toda historia hay un super héroe, en este caso no es de capa, sino de carpeta, la que tenía bajo el brazo casi como una extensión de la extremidad. Él era el presidente de la acción comunal, el señor Leopoldo Jiménez, quien no con un Robin, pero sí con José Manuel Sarmiento, lucharon por la electricidad, pavimentación, la escuela y lideraron el proceso de adjudicación del acueducto.

Los comités en el barrio, las comisiones masivas de protesta ante el Acueducto, el papeleo, la ayudita política y la paciencia frente a la gastada frase "la opción está en estudio", desembocaron en que 80 años después de aquel 2 de julio de 1888 —cuando gracias al acuerdo 23 de 1886, aprobado entre la municipalidad y los empresario Ramón J. Jimeno y Antonio Martínez, se inauguró el primer acueducto de tubería de hierro en Bogotá—, los habitantes del barrio San Cristóbal Norte recibieran en sus casas el anhelado líquido.

En esta época en Bogotá se hizo necesaria la utilización y el mantenimiento de más de 100 kilómetros de nuevas tuberías por año, y muy seguramente la solicitud de mi abuela hizo parte de las más de 10.000 solicitudes de conexiones domiciliarias que se presentaban en el año.

Así es que hemos pasado por la época de las aguadoras, esos personajes de mediados del siglo XIX que a pulso transportaban el agua a domicilio en múcuras; la época de la Colonia y la República, que recuerdan las pintorescas pilas y chorros para acceder al agua hasta llegar a nuestros días, cuando basta abrir el grifo, sin dejar de recordar cómo mis abuelos y mis tíos llevaron las primeras totumadas de agua a su casa, salpicados por ese chorro que invitaba a celebrar.

❖ Batallas por la cuenca del Tunjuelo❖

Pedro Enrique Cañón Guerrero*
pcanon1605@gmail.com

De cómo uno de los líderes del grupo de Asamblea Sur, pese a las intimidaciones y amenazas, sigue luchando contra los elementos por la recuperación del río Tunjuelo y la quebrada Limas en Ciudad Bolívar. Crónica testimonial.

Evocando a Machado y a Joan Manuel Serrat, pareciera que el caminante ha hecho mella en lo más profundo de las almas de un grupo de pobladores de la cuenca del río Tunjuelo, que siendo oriundos y habitantes desde pequeños de los barrios vecinos a la cuenca han optado por defender los recursos naturales para el bienestar de toda la comunidad.

Recuerdo la tarde en que me tropezamos por primera vez con Oscar Barón, tal vez en enero de 1993, cuando estábamos preparando el paro cívico. Desde ese momento caminamos como Pedro y Jesucristo, a pesar de nuestras discrepancias; con él caminábamos 12 o más compañeros. Y caminando empezamos a conocer la mayoría de los rincones de Ciudad Bolívar, y al mismo tiempo a reconocer sus problemas. Entre una y otra asamblea barrial, a las que líderes comunales, culturales y sociales nos invitaban para compartir sus problemas y conflictos, dábamos posibles soluciones.

Pero fue en septiembre de 1997 cuando se puso a prueba nuestra naciente organización. La causa fue la anunciada catástrofe del relleno sanitario Doña Juana, cuando miles de toneladas de basura se vinieron abajo taponando el Tunjuelo. Esa vez, mediante un plantón de habitantes de las localidades de Usme y Ciudad Bolívar, en la entrada del relleno, forzamos a las autoridades para que nos dieran la cara.

* Líder ambiental, vigilante, empleado en un café internet
Taller biblioteca El Tunal

Desde ese momento se constituyó una asamblea abierta y permanente para hacer seguimiento a todas las actuaciones de las autoridades locales y distritales con respecto a este problema. Nosotros caminábamos de barrio en barrio, de localidad en localidad e inclusive de esquina en esquina encontrando a nuestro paso víctimas y dolientes, tomando forma como grupo cual mitosis en la reproducción celular.

♦ El que sepa que enseñe y el que no, que aprenda

Recuerdo cómo después de cada recorrido —que podía ser entre semana o un fin de semana—, por lo general los domingos, llegábamos a la sede de la escuela Simón Rodríguez, en el barrio San Francisco. Allí nos autoevaluábamos y analizábamos las situaciones en que habíamos cometido alguna falla; era un autoaprendizaje continuo.

Por esa época también comenzaron a llegar académicos, universitarios y profesionales, como Miriam Gutiérrez, ex asesora de la Agencia de Cooperación Técnica Alemana (GTZ), a enseñarnos ese cuento de la planeación participativa y del presupuesto participativo. Y así, cada académico que asomaba su cabeza en las asambleas, nos aportaba "ad honorem" sus conocimientos y nosotros los replicábamos en los barrios o en cualquier lugar a donde nos invitaban. Que recuerde, en este proceso han participado Hernando Gómez, Orlando Navas Camacho (de la Sociedad Colombiana de Geología), el profesor Alberto Méndez Morales (de la Sociedad Colombiana de Geografía de la Universidad Nacional), Alberto Loboguerrero (hidrogeólogo de Ingeominas), entre otros.

Hoy, como ayer, la convocatoria sigue abierta para que quien sepa algún tema lo enseñe y para que quien no lo sepa lo aprenda en el aula abierta de toda esta cuenca.

♦ Quebrada Limas: territorio de participación

Esta forma de vida nos convirtió en referente local. Un día llegamos a los barrios Marandú, Nueva Colombia y Juan Pablo II, y desde allí visualizamos la problemática de la quebrada Limas. Era tiempo de poner en práctica lo aprendido. Un domingo del 2000, no recuerdo el mes, decidimos ir a explorar el nacimiento de la quebrada, que se encuentra entre la vereda Quiba Alta de Ciudad Bolívar y la vereda Fusunga del municipio de Soacha. Bastaron tres o cuatro recorridos para que caminárамos los 10,4 kilómetros serpenteantes que tiene esta microcuenca desde su nacimiento hasta su desembocadura en el río Tunjuelo, entre los barrios Arborizadora Baja y Protecho.

Así reconocimos los problemas de la Limas. Encontramos a su paso barrios enteros enclavados en su ronda con el peligro de ser arrastrados, viviendas en cuyo interior pasaba la quebrada y basureros que generaban represamiento y evitaban el libre paso de su corriente. Realizamos asambleas participativas en las que tratábamos de sensibilizar y de comprometer a los funcionarios de la administración distrital. Los recursos siempre eran escasos.

Pero fue en el 2005, cuando una catástrofe anunciada dejó tres víctimas mortales y cientos de personas en la calle, que el gobierno distrital decidió invertir en la recuperación de la quebrada. Hoy, la Limas cuenta con 2,4 kilómetros recuperados.

El relleno nos arrastra al río

Del relleno sanitario pasamos al río Tunjuelo, que nos deja ver en sus profundidades y en su caudal infinidad de problemas. Al igual que en la Limas, comenzamos a recorrer todos los barrios de su ronda, y nos encontramos con perlitas como las de la minería, donde multinacionales como Cemex y Holcim, aferradas como dueños de la cuenca media del Tunjuelo, ponían obstáculos a nuestro trabajo.

Fue así como descubrimos que estas empresas querían cambiar el curso del Tunjuelo para situarlo sobre la avenida Boyacá. También descubrimos que estas empresas y otras, como la Fundación San Antonio, estaban utilizando las aguas subterráneas. Una de estas empresas, en su planeación estratégica, buscaba apoderarse de barrios enteros, como el México. Supimos que había funcionarios estatales y distritales que defendían los intereses de estas multinacionales.

Evitar la expansión del relleno Doña Juana, la explotación minera en la cuenca del Tunjuelo, lograr la recuperación de la microcuenca de la quebrada Limas y el cierre temporal (*Resolución 4626 de 2010*), que esperamos que sea definitivo, son algunos de los resultados obtenidos después de años de marchas, plantones, negociaciones y persistencia.

Pese a que algunos de los integrantes del colectivo se encuentran amenazados y de que nos ha tocado tomar posiciones un poco pasivas —sin callarnos—, queremos constituirnos en un movimiento inspirador para las nuevas generaciones interesadas en defender el medio ambiente y los recursos naturales.

"*Vamos para la Asamblea del Sur*", así se fue bautizando este proceso, y así fueron quedando el nombre y el apellido de este afectivo colectivo: Asamblea Sur.

❖ Torbellinos de nostalgia❖

José Óscar Garzón Ramírez *
ogarzonramirez@yahoo.es

De cómo las "fuentes" de esta poética crónica vivieron su infancia en festivo contacto con el agua, desde la llegada de los gitanos al Tunjuelito —hoy localidad de Bosa— hasta los paseos de olla al río donde se lavaba ropa y se aireaban amores.

¡Oh mi gran río Tunjuelito!
al verte hoy me da nostalgia
quisiera ser jovencito
para vivir esa magia
de encontrarte limpio
y mirar como ayer
mi rostro en tus aguas claras
José Óscar Garzón

Después de comer un poco, los gitanos tomaban vino en cantidad. Luego, salía un patriarca del toldo y bajo la radiante luna comenzaba a tocar. De los acordes de su guitarra emanaba una melodía tan bonita, como entre polka y flamenco, y tal vez quedó impregnada en el viento, porque no la hemos podido olvidar. Tampoco se nos aparta del recuerdo el bullir del río, que en impetuoso brío acompasaba en música sin pretenderlo.

Los hombres hacían un círculo entrelazando sus brazos y ¡con qué gracia las gitanas entraban y salían del ruedo, mientras iban danzando! De pronto, gritaba Mauro, el gitano mayor: "*¡Rumba e´ Flavia!*" Y de la carpa salía una hermosa gitana de grandes ojos negros que con sus morenos pies descalzos, bajo las coloridas enaguas, iba marcando el paso, y al vaivén de las candongas que se deslizaban por su cuello, Flavia empezaba a bailar con un fino movimiento: contoneando las caderas hacía brincar sus senos y con su alborotada cabellera arremolinaba el viento. Y otra vez Mauro, ya emocionado, con garbo de trovador gritaba: "*¡Rumba e´….Rumba e´ Flavia!*"

* Pensionado
Taller biblioteca El Tunal

Y era que todas las noches, después de sus labores, arrimaban los gitanos para refrescarse y refrescar sus caballos y visitaban a las gitanas en busca de sus amores. Claro, porque contaban con las cristalinas aguas del río Tunjuelito cuando estaban sedientos. Por eso fue que hicieron allí su asentamiento y por mucho tiempo lo disfrutaron, puesto que se encantaron con el paraje tan bello.

A mediados del siglo pasado —cuenta don Alfredo Garzón— cuando tendríamos entre diez o doce años, de verriondos, los niños de estos barrios a veces capábamos escuela, y nos íbamos a caminar atravesando bosques, sembradíos, riscos y praderas. Como el trayecto era largo, y para coger fuerzas, comíamos melcocha, mogolla negra, panela, o alguna fruta robada en cualquier parcela.

Por el camino nos encontrábamos con los cachifos** del barrio Santander, del Libertador, del Inglés, de Santa Lucía o del San Carlos; todos rumbo a nuestro río, el Tunjuelito, con el propósito de bañarnos. Después de brincar por los potreros y las laderas, por los tunales, las cascadas y las praderas, sentíamos un alivio porque allá estaba el Tunjuelito al fondo de la colina. Y ahí sí la pasábamos requeterrico, nadando y chapaleando en sus aguas cristalinas.

Jugábamos con los curíes, con las ranas, con las lagartijas, los tinajos, las comadrejas y las tinguas. De pronto nos tirábamos en picada al río, hijuepucha, apostando al que primero agarrara un pez capitán o una trucha.

Algunas veces llegábamos hasta el quinto monte, otros días nos bañábamos en el lago de La Pichosa y cuando teníamos para el transporte nos íbamos a bañar al mismo río Tunjuelito, pero allá, en el pueblito de Bosa. Antes de coronar el primer monte, bebíamos agua de un "maná" que construyeron en la falda del cerro. Era una caja de más o menos un metro cúbico, hecha en ladrillo y cemento para apilar el agua que emanaba del río Seco, y de ahí la llevaban en burro los labriegos atravesando los trigales e iban desde el barrio Olaya hasta Santa Lucía, o sea, lo que abarca el barrio Quiroga hoy en día. Así la cargaban hasta llegar a sus terrenos.

♦ Lavanderas y soldados

Doña Lucía Sáenz, vecina y contemporánea mía, cuenta que, "*entre semana llegábamos las lavanderas con 'platonaos' de ropa y muy juiciosas nos disponíamos a lavarla a la orilla del río Tunjuelito, sobre una piedra. Algunas también lavaban ropas ajenas, porque así sacaban su sustento, lavando y planchando la ropa de los*

** Cachifo: bogotanismo para referirse a un niño o muchacho.

señorones de Chapinero y de los 'dotores' del centro. Y al mismo tiempo, también arrimaban los soldados del batallón, que con sus miradas y piropos nos alegraban el corazón. Nosotras quedábamos embobadas y cuando una menos pensaba: ¡Pum! El río se había llevado, la ropa con tó... y platón.

Era que esos muchachos de la escuela de artillería, tan güenas gentes, nos protegían, sí, porque en ese entonces estaba prohibido lavar en los ríos; ellos nos 'hacían cuarto' y nos avisaban cuando por ahí cerca venía la Policía; también hablaban con los agentes para que nos dejaran trabajar tranquilas. Cuando la cosa se ponía muy fregada y definitivamente nos corrían, o por celos o por cualquier otra bobada se presentaban disgustos, uno cogía a la comadre o las amigas y se las llevaba a lavar allí a la Toma del Punto. Ese era un riachuelo de aguas limpias que pasaba como a seis cuadras del Tunjuelo, muy angosto y profundo. Ahí teníamos hasta cuerdas para colgar la ropa, y mientras se secaba, ¡que carajo!, nos sentábamos a 'garlar' y..... a rajar de to´ el mundo.

Y tercia don Alfredo: "*¡Ah!, pero es que en los fines de semana el río Tunjuelito era un lugar de paseo; venía mucha gente de la sabana y, por supuesto, los cachacos de Chapinero. También en flamantes carros llegaba la* high *de Teusaquillo. De esos autos bajaban las señoritas, los señorones, las niñas y los niños, que en chingue o en pantaloneta, con qué hazañas se lanzaban a las frías aguas del río; pero cuando no traían traje de baño, se metían bien agachaditos, porque les tocaba bañarse en solo calzoncillos*".

♦ Banquete al aire libre

Después de bañarse, cada familia se aglutinaba alrededor de su olla, así fuera pobre o fuera rica, eso sí, carrasqueando de frío. Tendían un mantel en el pasto, encima colocaban un canasto y un gran charol; comían papas chorreadas de 'ogo' con rabos de cebolla, acompañada de aguacate con ajicito, y otros hacían chirriar la muelamenta mascando cocho de chicharrón.

Unos pasos más adelante, bajo la sombra de los sauces, otras familias comían papas, yuca y carne sudada. Hacia la orilla del río muchos degustaban presas de gallina con papas saladas. Y al pie de los eucaliptos se veía a los niños y a los jóvenes acompañados por los ancianos, que untados hasta los codos de una salsa amarillenta que bajaba desde sus manos, y algunos mostrando sus dientes de oro, mordían con qué ganas unos provocativos huesos de marrano. Y del calabazo, que también estaba en el suelo, sacaban chicha o 'guastuche', para "pisar" ese rico piquete santafereño.

Las sobras se las dejaban a los gozques, que con la lengua afuera y sus miradas inquietas batían la cola merodeando impacientes hasta que sus amos terminaran, para ahí sí ellos empezar a darse tremendo banquete.

La gente de a pie recogía sus corotos y los arrumaba en la pata de un árbol, mientras los ricos metían el menaje en el baúl de su carro. Después, al abrigo del sol de los venados, se iban río arriba, o río abajo, caminando y jugando por entre los eucaliptos y los sauces, a la vez que se iban deleitando con el suave canto de mirlas, toches, azulejos y cardenales. Recogían geranios, hortensias y margaritas, los niños las ofrendaban a sus madres, y los muchachos halagaban a las señoritas; y ellas, dándose su toque, miraban hacia el cielo sin darles importancia, simulando admirar el lento pero majestuoso vuelo del cóndor y la rapidez del águila

En el "Motorola" de algún auto, ya fuera Pontiac, Ford o Chevrolet, se escuchaba, ya al atardecer, ese programa que estaba de moda, ¿se acuerdan?, "La hora de los novios", transmitido por Radio Santa Fe. Llegando la nochecita, bien 'chapiaditos' después de las seis, se iban muy contentos para sus ranchos, unos en mucho carro y, claro, los más vaciados a pie.

Por la polvorienta carretera o por el camino a casa se atravesaban los venados; unos eran soches, otros de cola blanca, y en los troncos colgados, o más bien, agarrados se podía ver a los ositos con los "ojos pintados". Era de lo más curioso, pues tenían blancos los anteojos, y si el pelaje era blanco, entonces tenían negro el contorno de sus ojos.

♦ Misterios gitanos

Y volviendo a los gitanos, cuando en el día íbamos a mirarlos, veíamos que ellos martillaban unas láminas de cobre sobre los yunques de acero y de ahí sacaban unas pailas y otras vasijas muy bonitas que después las gitanas vendían por las calles. También domaban potros y amaestraban caballos, dizque eran de la Policía y del Ejército; eso decían ellos.

Cuando los gitanos corrían los corceles, montándolos a puro pelo por entre los sauces y los eucaliptos, dejaban una impresión óptica tan extraña que no hemos podido descifrar desde cuando éramos niños. Algunos dicen que los potros se alargaban, otros comentan que los veían como partidos; en fin, es algo que después de cincuenta años no hemos definido, pero lo que sí sabemos es que era muy divertido.

A eso de las cinco de la tarde armaban una hoguera con leña y ladrillos, colocaban encima un fondo de metal grandísimo que, además de agua, llevaba tres gallinas despedazadas, papas, ahuyama y especias, porque cuando hervía expedía una aroma a albahaca y a tomillo. ¿De dónde salían las gallinas? Nunca supimos, dizque eran mal habidas, decía la gente. Lo cierto es que un gitano bastante alto y fornido, con botas y pantalones ceñidos, a veces gritaba: "*¡Fermín, tráigase otra gallina, ya sabe cómo, pero ligero!, cuida que no sea negra, ya sabes, trae mal agüero*".

Tal vez tendría razón, porque una noche que había un reguero de plumas negras en el suelo llegó la Policía y se llevó preso al 'guaimarón'.

Adentro del toldo se alumbraban con grandes velones, y por fuera de la carpa colgaban varios faroles. Los amarraban bien para que el viento no se los fuera a tumbar y en el suelo colocaban lámparas de kerosene, marca Coleman.

Luego de comer tomaban mucho, pero mucho vino y cuando no tenían, acudían a la chicha, que compraban por totumadas en la chichería más cercana. Y otra vez sacaban su guitarra, tocaban, bailaban y cantaban formando la algarabía.

Nosotros los niños cogimos tanta confianza que cuando Mauro 'el trovador' gritaba: *¡Rumba e´ Flavia!*, nosotros aplaudíamos con nuestras pequeñas manos y a la vez coreábamos: *¡Rumba e´….Rumba e´ Flavia!*

Y vuelve doña Lucía: "*De esos amores ribereños nacieron varios hogares, como el de mis compadres, entre muchos de ellos. También matrimonios felices y como en todo, no faltaron los deslices, y por ahí quedaron hartos niños sin papá y muchas mujeres infelices, no tanto por irresponsabilidad, sino que unos militares se fueron pa' la guerra de Corea y a otros se los llevaron a las batallas fratricidas, peleas donde, y sin saber porqué, ellos mataban o morían*".

♦ "Cuando se jodió la cosa"

El Huncha, Juncha o Hunza, como lo llamaron nuestros ancestros, es el río más largo de Bogotá, pues mide 75 kilómetros y alberga en su cuenca unas dos millones de personas. También fue llamado el río de las Faobas (nubes) por los Husmes, y sus aguas parieron el primer acueducto de la ciudad.

En 1886, don José Peña, un ingeniero que sí pensaba en la gente, propuso que el río nos abasteciera, en vez de que sus aguas se desperdiciaran inútilmente, y a la

vuelta del siglo XX, la comisión de aguas solicitó al municipio que se represaran los manantiales del Tunjuelo, del río Blanco y del Teusacá, y así fue que en 1938 se construyó el embalse de La Regadera y por ahí derechito el acueducto de Vitelma, el primer acueducto moderno de Bogotá y del país.

El río permaneció limpio y "nadable" hasta la década de los cincuenta, pero llegaron los Pardo, los Koppel, los Ospina y otras ambiciosas familias y comenzaron la devastación de las colinas y el dragado del lago de La Pichosa para sacar arena, cascajo y gravilla y, como si fuera poco, comenzó la industria de las tenerías (curtidos), y ahí fue cuando se jodió la cosa.

Sumado a esto, aparecieron los 'Fetecuas' a lotear y vender a diestra y siniestra, "tumbando" a los más pobres de estas tierras, quienes a la pobreza construyeron en el más completo desorden sus casuchas, completando así el caos en el otrora paisaje; llenando al Tunjuelito de carroña, basura y chicuca.

Pero a finales de los ochenta unos gobernantes de alto turmequé, con una mentalidad perversa, tal vez, y llevados por su avaricia, dejaron que el río fuera utilizado como una alcantarilla gigante, y esto les sirvió de pretexto para después instalar el relleno de Doña Juana, con socios españoles, sin importarles el daño ambiental que ocasionaría. Y en estas últimas décadas han sido devastadores los daños ocasionados al río Tunjuelito, a la misma cuenca, a sus habitantes, a los barrios aledaños y a sus vecinos.

❖ El agua en la historia de Las Ferias❖

Néstor Camilo Garzón Fonseca*
nestorcamilo12@yahoo.com

De cómo antiguos habitantes de Las Ferias rememoran los orígenes del barrio, cuando era una enorme hacienda y se surtían de agua en dos lagunas, hasta que las contaminaron.

"*En casa nunca ha faltado el agua. Tampoco en el barrio Las Ferias. Por las tuberías de la vivienda, aún en los días de racionamiento el agua, ha corrido como un hilo delgado que, gota a gota, va llenando los recipientes. Antes de urbanizarse, el barrio era terreno dedicado al cultivo de cebada y al cuidado de ganado, y tenía dos lagunas. Pertenecían a la finca La Esperanza, propiedad de los hermanos José Joaquín y Miguel Castro, quienes le vendieron al señor Hernando Villa. Para ese año la finca hacía parte del municipio de Engativá, que aún no se había anexado a Bogotá*", cuenta Adelaida Rojas viuda de Moyano, una de las antiguas habitantes del barrio, quien vive aquí desde 1941, hace setenta años.

♦ De la ruralidad al barrio

La finca La Esperanza tenía una casa típica sabanera, de teja de barro, vigas de madera, un patio cuadrado, un corredor que daba a la avenida principal y una bajada con gradas en ladrillo. "*Era muy antigua y linda*" —evoca doña Adelaida con nostalgia—, y agrega que ya ha perdido la memoria, pero todavía se acuerda un poquito.

Este lugar fue denominado por los que llegaban a vivir a Las Ferias como La Hacienda. Allí vivían los cuidadores de los terrenos, dedicados a atender el ganado que pastaba en los lotes que aún no se habían vendido para urbanizar. La Hacienda era administrada por el señor Joaquín Villegas.

* Docente e investigador
Taller biblioteca Virgilio Barco

Los terrenos de la finca tenían dos lagunas que fueron importantes en el desarrollo del barrio, pues de allí se podía tomar el agua pura. Una quedaba en cercanías de la calle 80, donde años más tarde se construyeron los colegios Juan del Corral y Magdalena Ortega. Era la más grande. "*Yo iba allí con la señora Mercedes de Palacios a lavar; iba mucha gente porque se podían hacer lavaderos y el agua era limpia*", cuenta Adelaida. "*La otra laguna era más pequeña y tenía hasta tinguas; en la mitad había una especie de isla, con una mata de cerezo en el centro*". Quedaba en los terrenos en donde luego se edificó el colegio distrital Naciones Unidas.

En ambas lagunas las mujeres llegaban a lavar arrodilladas. Restregaban la ropa contra piedras lisas. Algunas usaban jabón casero, elaborado con lejía, una especie de polvo que era resultado de unas brazas y al que añadían sebo para compactarlo; otras empleaban jabón 'dado', jabón 'bola' y de 'tierra'. Una vez terminaban de lavar introducían las prendas mojadas en los cestos, los cargaban al hombro y se dirigían a sus casas en donde las extendían en cuerdas de alambre para que se secaran con el aire y el sol; ya secas, las recogían y desarrugaban ayudadas por planchas de carbón.

Por este uso intensivo de lavado de ropa, el agua de las lagunas empezó a contaminarse y dejó de ser cristalina; ya no servía para preparar los alimentos, asearse y lavar. Los habitantes del sector tuvieron que salir a buscar agua limpia, recurso que encontraron en la pila comunal situada en el barrio vecino de San Fernando, en el sitio conocido como "La Isla". Para transportar el agua hasta las casas, "*se hacía un eje con dos ruedas, un madero y un gancho para ensartar las canecas, y a falta de caneca se empleaban tarros*", indica Pedro Moreno, quien llegó al barrio en 1938.

Pedro es natural de Soracá (Boyacá) y ha vivido casi toda su vida con una cicatriz en la frente debido al agua —cuenta, subrayando la ironía—, pues en 1936, cuando vivía en El Pedregal, cerca de Usaquén, se fue por la noche con un amigo a ayudarle a traer agua y al pasar por un desagüe se cayó y rodó hasta dar contra una piedra que le rompió la frente.

Otros habitantes aprovechaban las aguas subterráneas, perforaban el suelo, y una vez hecho el hueco, sacaban el agua mediante baldes. A estos depósitos de agua los llamaron aljibes, y gracias a ellos obtenían agua para cocinar y para otros usos domésticos. Algunos vecinos que contaban con abundante agua construyeron lavaderos para alquilar.

Siguiendo con la historia de conformación del barrio Las Ferias, Hernando Villa constituyó una sociedad para la venta de los lotes, la cual se denominó Compañía urbanizadora del barrio Las Ferias S.A. De manera que el bautizo del barrio corrió

por cuenta de los urbanizadores, que pensaron que con el tiempo podían establecer en el lugar una plaza de ferias para la comercialización de ganado; proyecto que se vino a tierra años más tarde cuando el municipio de Bogotá estableció la plaza de ferias en otro sector de la ciudad.

Lotes por cuotas y sin servicios

La venta de los lotes se hizo por cuotas, pero a pesar de las facilidades que se daban a los compradores, varias familias se vieron en aprietos para cancelar los pagos, ya que costaban más los intereses que el lote. En ese tiempo era difícil pagar porque el salario mínimo era de tres pesos, y no alcanzaba para mantener a los hijos y pagar las cuotas. "*Por eso la gente se retrasaba en los pagos*", anota Pedro Moreno.

Con el tiempo, el barrio empezó a crecer gracias a la ampliación de vías y la expansión de los límites de Bogotá, lo cual permitió la llegada de transporte urbano. Las Ferias se convirtió en un barrio obrero, llamado así no porque sus habitantes trabajaran en fábricas, sino porque bajo ese nombre se denominó a los barrios no residenciales, donde sus habitantes —contando con buena suerte— laboraban como ayudantes de construcción, maestros de obra, choferes y empleadas de servicio; también, porque a diferencia de otros barrios de la ciudad carecían de servicios públicos y se encontraban en condiciones de marginalidad, tal como lo divulgó el diario *El Tiempo* el 26 de septiembre de 1940:

"*El barrio Las Ferias, con la población que tiene (3.000 habitantes), con centenares de casuchas que lo integran se encuentra abandonado. No tiene ningún servicio público. Ni agua, ni luz ni alcantarillado, ni calles, ni servicio de vigilancia. Allí vive una sufrida masa obrera que todas las mañanas acude ansiosa a una de las esquinas de la barriada, para recibir una ración de agua que le suministra el ramo del aseo y que es conducida en una pipa*", escribió un cronista anónimo

Corría el año 1941, y la solución a la falta de agua a través de la "pipa" fue insuficiente; entonces, la empresa de acueducto municipal instaló pilas de agua en determinados lugares del barrio. Las pilas no eran otra cosa que grifos a donde llegaba el servicio de agua y se convirtieron en un espacio de encuentro social, pero también en lugar de conflictos, ya que como eran insuficientes para abastecer a la comunidad había que llegar desde las primeras horas de la noche a hacer fila para obtener el líquido, pero no faltaban quienes irrespetaban los turnos y entonces se producían peleas a puño limpio y con los mismos recipientes. Las desavenencias por el agua en las pilas se

agudizaban cuando algunos habitantes ponían mangueras en la pila y no permitían que otros cogieran agua hasta que ellos llenaran sus tarros. Así se armaban trifulcas en las que intervenía la Policía y más de uno iba a parar a la comisaría, incluso con la cabeza rota.

♦ Esfuerzo comunitario y baños públicos

Con la instalación de pilas públicas en el barrio, el problema no quedaba resuelto; por lo tanto, los pobladores le solicitaron al urbanizador la dotación de este servicio para el barrio. De esta forma, Hernando Villa, como representante de la compañía urbanizadora y la empresa de acueducto municipal de Bogotá, firmó un contrato el 27 de septiembre de 1940 por medio del cual se comprometió a cubrir los gastos de la instalación del servicio de acueducto por partes iguales. En febrero de 1942, la empresa informó a Hernando Villa que había instalado en el barrio piletas o pilas en varios lugares. Las tuberías que conducirían el agua al barrio estaban lejos y, de otra parte, Las Ferias, como ya se señaló, estaba dentro de la jurisdicción de Engativá; por lo tanto, fuera del perímetro urbano de Bogotá, lo cual dificultaba la pronta instalación. Además de las pilas, al barrio continuaron llegando ocasionalmente carros llamados "pipas", que se encargaban de repartir agua.

Gracias a la presión de la comunidad, que envió memoriales, la Junta de Mejoras organizó pequeñas manifestaciones que se congregaban frente a la Alcaldía de Bogotá a gritar: "*Queremos agua*", "*Morimos de sed*", "*No podemos alimentar a nuestros hijos*".

La Empresa de Acueducto Municipal escuchó muchos años después las peticiones y accedió a instalar las redes en el barrio. Durante meses se vieron obreros que, con la ayuda de algunos habitantes, cavaron zanjas para luego depositar los tubos de las redes. A partir de aquel momento, quien tuviera medios económicos hacía la solicitud a la empresa y le instalaban el agua en la casa. Con el agua domiciliaria se colocaron los medidores en las casas y empezaron a llegar las cuentas. Todo esto lo cuenta Oswaldo Moreno, quien, como la canción de Piero, tiene los ojos buenos y una figura pesada; con apariencia del abuelo que es. Oswaldo cuenta que llegó a ser cabo segundo del Ejército, y desde 1951 comenzó a conocer el barrio, cuando venía con soldados de caballería en comisión. Le gustó el lugar y luego se vino a vivir aquí.

Oswaldo recuerda también que en 1951 el señor Fabriciano Albarracín, dueño del almacén La Miscelánea (uno de los primeros del barrio), se ideó un sistema para ofrecer baños públicos con agua caliente que calentaba en unos hornos de leña

y carbón. En su negocio instaló unas regaderas y recolectaba el agua en tanques. Venía mucha gente, incluso de otros barrios.

A partir de 1961, en Bogotá se iniciaron obras de ensanche de las redes y plantas mediante la realización de programas a corto y largo plazo. Con estas obras el barrio se vio favorecido, pues se instaló el alcantarillado. Nuevamente se vio a los obreros que ayudados de maquinaria pesada abrieron las vías para luego introducir, con la ayuda de poleas, unos enormes tubos que fueron enterrados a casi un metro y medio de profundidad. Estas obras las realizó la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (EAAB), que atendió las necesidades de los barrios de los municipios anexos, como Engativá.

♦ Los racionamientos y los bomberos

En los años en que Bogotá ha padecido restricciones al consumo de agua, como en 1961, 1984 y 1997, los habitantes de Las Ferias se han visto favorecidos gracias a un hidrante que fue instalado junto a la Estación de Bomberos. Mujeres, hombres y niños solían llegar con bidones, ollas y otros recipientes, transportados en carros esferados y allí los bomberos instalaban una manguera en el hidrante y obsequiaban agua al que la solicitaba. Las personas se iban felices y agradecidas y por el camino algunos dejaban caer parte del líquido, dejando huellas del preciado tesoro. Pero como lo bueno dura poco, la EAAB prohibió al cuerpo de bomberos de la ciudad que regalara el agua y la empresa se reserva el derecho a suministrarla y a surtir agua de los hidrantes.

"*¡Cuidado con el Sagrado Corazón!*", gritó el padre Pedro Mateo apenas vio al bombero que manguera en mano ayudaba a limpiar la fachada de la parroquia San Joaquín, una construcción que además de ser centro de culto engalana el parque del barrio Las Ferias con sus dos torres de 25 metros de altura. La imagen del Sagrado Corazón se encuentra a más de siete metros de altura. Esto sucedió en una ocasión en que la comunidad se organizó y junto con la parroquia lideró jornadas de aseo en el barrio. Durante estas actividades se solicitó la colaboración a los bomberos, que instalaron las mangueras en los hidrantes para limpiar las fachadas de las viviendas.

♦ Ahorro voluntario y por el costo de tarifas

El ex alcalde Antanas Mockus, un hombre de barba sin bigote y enredado al hablar, invitó en 1997 a los bogotanos a ahorrar voluntariamente agua. Para

invitarnos a tomar conciencia del ahorro del agua recurrió a la imagen del arcángel San Rafael. En aquella ocasión proponía soluciones para economizar agua como bañarse en pareja. Aquella campaña ayudó a crear comportamientos de control del consumo de agua en los hogares. Pero trece años después, los habitantes del barrio racionan el agua debido a las altas tarifas que se cobran. Cada dos meses ven llegar a las casas un recibo, que como el aceite es "tres en uno", pues incluye el cobro de los servicios de acueducto, alcantarillado y aseo. Como las tarifas del servicio de acueducto y alcantarillado se cobran de acuerdo con el consumo de agua y su valor depende del estrato socioeconómico, al estar clasificado el barrio como estrato 3, y aunque muchos consumen menos de 40 metros cúbicos, debido al cobro del aseo en el mismo recibo se ven obligados a pagar tarifas de consumo suntuario, por encima de los $300.000 y $400.000, es decir, como si permanecieran todo el tiempo en la ducha o lavando a cada momento.

Posiblemente, cuando se alistan a hacer fila para cancelar el recibo del agua, los recuerdos de las lagunas, las pilas públicas y los carros repartidores invaden la memoria de los antiguos habitantes de Las Ferias.

❖ Réquiem por los escudos perdidos❖

Camilo Roa Peñarete*
camilo_roa@hotmail.com

De cómo una operación metafórica convierte los aguaceros de antes en combates épicos donde los paraguas servían de escudo. Hoy, reemplazados por las "sombrillas" chinas, dejaron de ser un símbolo del cachaco.

El día en que nací, 18 de diciembre de 1979, los guerreros lanzaron una ofensiva salvaje sobre toda Bogotá; cada quien se refugió como pudo en su casa. Ante las primeras señales de batalla la gente huía despavorida con sus gabardinas largas y sus paraguas de mango curvo. El enemigo no daba espera, no avisaba, simplemente atacaba con todo; los bogotanos lo sabían. El embate duraría unas dos horas, de las cuatro a las seis de la tarde, justo las horas de mayor agitación en la ciudad; el 70% se vio afectada.

Treinta años después nadie lo recuerda, es normal; Bogotá era asaltada casi a diario en esos tiempos. Para el año en que nací, los bogotanos llevaban cerca de 120 años usando paraguas. Sin embargo, fue sólo hasta principios del siglo XX cuando el paraguas se volvió un artículo de uso cotidiano masculino; la élite bogotana copiaba modas y estilos de Inglaterra, y así se consolidó la imagen del cachaco clásico y su paraguas.

Los goterones caían grandes, como bolas de vidrio recién soplado, en el suelo de tierra del patio de la casa de mi abuelita, un caserón en el barrio Nicolás de Federmán, de los primeros de la zona, grande y amplio. Hacían unos hoyitos en la tierra y yo imaginaba que eran naves espaciales transparentes, de diseño futurista, que se estrellaban en franco ataque contra el inmenso muro de tierra frente a ellas. Nunca lograban derribar el muro (piso), pero las marcas que dejaban parecían ser eternas.

* Ingeniero
Taller biblioteca Virgilio Barco

Los agujeros —de unos tres centímetros de profundidad, cilíndricos, de fondo curvo, en donde me gustaba meter los dedos cuando estaban secos—, formados por la acumulación de tropas en el techo que daba al patio al desparramarse en chorros violentos, perduraban por unos cuatro o cinco días; en realidad, nunca los vi desaparecer, ya que en Bogotá llovía con tanta frecuencia que la flota atacante nunca estaba desprovista de recursos y sus marcas eran constantemente repasadas.

A veces me concentraba en una sola gota intentando aislarla del resto, trataba de verla desde bien arriba y la seguía con la mirada hasta que se estrellaba. Me gustaba que pasara limpia por entre todo el tropel, sin tropezar con nada; no era tarea fácil, estas gotas eran muy veloces y esquivas, y en el tumulto cualquier cosa podía pasar. Las gotas más gordas, que vendrían a ser como las naves madre de la flota, caían desde las hojas del pero, del brevo, del papayuelo y del durazno, desde las canaletas de agua y desde los bordes de las ventanas donde escurrían, caían, también, del techo de tejas verde botella con visos negros, que parecían una prolongación de la tierra del suelo; caían todas al unísono.

Me encantaba la lluvia, era tan elegante, tan estoica; su rumor era un grito de guerra. Creo que hasta ahora lo veo: el cielo bogotano lleva siglos intentando deshacerse de nosotros; fiel a su causa, se desplomaba regularmente.

♦ Los nombres y los géneros se mezclan

La sombrilla se conocía en el mundo desde hacía varios siglos. El paraguas, no. La diferencia etimológica es evidente en español: las sombrillas son para dar sombra, los paraguas para protegerse de la lluvia. Esta diferencia tiene su raíz en las historia de estos dos objetos similares pero distintos. La sombrilla fue inventada en China y era usada por los emperadores en sus procesiones para protegerse del sol, convirtiéndose así en símbolo de estatus. Hacia el siglo XVII se llevó a Europa y fue adoptada por algunas mujeres aristócratas con el mismo fin (como requería la ayuda de un criado para su transporte sólo las familias adineradas las tenían). La estructura estaba hecha en madera sólida y no se podía plegar, su cubierta era de papel decorado, para las chinas, o de seda y algodón, para las más recientes europeas.

El paraguas, como tal, apareció en Europa en el año 1730; aún no tenía varillas plegables y era bastante incómodo de llevar por lo que su uso no se extendió, pero ya tenía materiales impermeables y se podía usar para protegerse de la lluvia. Hacia 1800 su construcción cambió un poco; se incorporaron las varillas plegables de

hueso de ballena y se conservó parte de la estructura central en madera; su peso seguía siendo aparatoso: 5 kilos. En la segunda mitad del siglo XIX, el paraguas por fin adquirió la forma, estructura y materiales con los que estamos familiarizados; esto gracias al británico Samuel Fox, quien en 1852 reemplazó la estructura de madera por una de acero, alivianando así el paraguas.

Algunas décadas antes, R. M. Cazal había inventado la forma de mantenerlo cerrado y enrollado por medio de una cinta y un botón, que se conserva hasta nuestros días. El particular clima de Inglaterra favoreció la popularidad de este invento. Resulta curioso que, actualmente, nos refiramos indistintamente al mismo objeto por cualquiera de los dos términos; nadie diferencia ya una sombrilla de un paraguas.

En la ciudad solíamos temerle a la lluvia; con las primeras gotas la gente se escondía, corría buscando escampadero. La lluvia podía durar horas, el cielo amenazante se dibujaba de gris casi todos los días. En la calle, por los bordes de los andenes, solían hacerse unos arroyos grandes, salía al porche de la casa y los veía correr, limpios, apenas con pastico. Sus afluentes bajaban desde el porche de lozas rojas enceradas de la casa, se hacían lagunas en la acera rota, se filtraban por la grietas, recogían un poco de polvo y al final caían al gran cauce; yo les ponía un barquito de papel que hacía con las envolturas de chocolatinas Jet y veía cómo se iba hasta la alcantarilla; eran más grandes las alcantarillas en ese tiempo. Cuando los arroyos disminuían quedaban aún los charcos con fondo de tierra. Podía uno imaginar fácilmente que eran lagos en miniatura, algunos incluso tenían maticas. Ya no hay muchos charcos de tierra, las calles están mejor pavimentadas, los charcos en el asfalto no tienen tanta gracia, ningún barquito navegaría en las aguas de ahora.

Por estar tan asociado a la sombrilla y ser esta un artículo femenino, en sus inicios el paraguas encontró resistencia entre los hombres y era muy mal visto que un caballero usara uno. Tanto en la sociedad inglesa como en la bogotana quien lo usara corría el riesgo de verse afeminado. Su aceptación en Bogotá puede situarse en la década de 1860. Es así como vemos en varias acuarelas de la ciudad de mitad de siglo XIX que sólo las mujeres aparecen con sombrillas para cubrirse del sol, pues no eran impermeables; mientras que en las primeras fotos de la ciudad, alrededor de 1870, se ven hombres con paraguas.

A finales del siglo, el paraguas convivió con las capas y con los bastones. No era usado todos los días y no era un objeto obligatorio de la vestimenta capitalina; los bogotanos más tradicionalistas preferían las capas para protegerse de la lluvia. José Asunción Silva (1865 – 1896), en su crónica “El paraguas del Padre León”, expresa la impresión que le causaba dicho artículo, sobre todo en ese vistoso color, llevado

por un personaje como el Padre. "*…en la calle, diez pasos adelante de la lámpara incandescente, esta silueta inverosímil: abajo un paraguas enorme, un paraguas rojo de colosales dimensiones, un duende negro, de un metro de alto, con vestido talar y sombrero planísimo de anchísimas alas, que lleva en la mano una linterna de vidrios verdes... ¿De dónde venía, a dónde iba el Padre León protegido por el enorme paraguas rojo, alumbrado por la diminuta linterna verde?...*".

Sin embargo, a principios del siglo XX, ya eran ampliamente usados por los cachacos de la época, como atestiguan algunas fotografías en las que se pueden apreciar estos adminículos, haciendo juego con sombreros de copa alta.

El giro es algo irónico, porque cuando los hombres los empezaron a usar se volvieron exclusivos de su género y fue entonces mal visto para la mujer que los usara. El código de conducta era estricto. Una mujer no podía usar un paraguas para hombre. Para ellas, la costumbre aceptó el uso de paraguas más pequeños (los paraguas no tienen tallas, se miden sólo por el diámetro de la cubierta); la misma forma de las sombrillas que utilizaban anteriormente pero de material impermeable. Los paraguas femeninos eran de mango recto y colores, si bien más vistosos, de un solo tono; los de los hombres eran largos, muchas veces usados como bastón, más pesados, de mango de madera curvo e, invariablemente, negros.

♦ De vuelta al fragor de la batalla

Una de las cosas que más me gustaba hacer después de un ataque era salir al patio a ver a los caracoles. Al cabo de unos minutos las paredes del patio estaban llenas de caracoles de todos los tamaños, los pequeñitos me causaban particular curiosidad, eran blancos, casi transparentes, y parecía que se iban a romper. La abuela, que en ese tiempo era más permisiva, los dejaba merodear por todos lados siempre y cuando no se subieran a la mesa. Hace poco fui a la casa de la abuela y abrí la nevera para tomarme una cerveza. (*Ya no es la casa de la abuela sino la de una tía con la que vive mi abuela; la casa de Federmán tristemente fue vendida hace algunos años*). La abuela, al verme, me regañó, alegando que esa era la cerveza de los caracoles.

—"¿Los caracoles toman cerveza, abuela?"
—"Sí, yo les doy cerveza para que se emborrachen".

La idea de caracoles borrachos pendencieros me pareció genial, pero no era a eso a lo que se refería la abuela. Resulta que en la casa de mi tía, que queda en Guaymaral,

virtualmente en las afueras de Bogotá, la abuela tiene un patio grandísimo donde cultiva flores y un pequeño huerto, y los caracoles se lo comen; ella leyó en alguna revista de consejos y remedios caseros que la cerveza es buena para los caracoles, que les encanta, así que todos domingos les pone un vaso de cerveza al borde del huerto y los caracoles van a beber, cuando están borrachos y tirados en el piso, la abuela los recoge, los echa en una bolsa y los bota.

—"*¿Y no te da pesar matar a los pobres caracoles, abuela?*"— le pregunto consternado.
—"*Yo sólo los emborracho y los echo a la basura, ahí verán ellos qué hacen*"— responde ella.

♦ Una constante, íntima, casi etérea lloviznita

Durante toda la primera mitad del siglo XX en Bogotá, la tradición dictaba que el hombre debía salir con gabardina, sombrero, guantes y paraguas; los bogotanos vivían en una ciudad con escaso sol y una constante, íntima, casi etérea, lloviznita intercalando fuertes aguaceros. Era este un objeto tan indispensable en la vestimenta citadina que los hijos heredaban los paraguas de sus padres como si de una joya de la familia se tratase. Las familias menos pudientes ahorraban por meses para poder comprar un paraguas digno; no existía, por supuesto, la gran oferta de paraguas desechables que hay ahora. Los de marca *Brigg* (usados, aún hoy, por la realeza inglesa) eran los más apetecidos, por ser considerados los más finos del mundo.

El oficio de reparador de paraguas era reconocido y bastante solicitado. De hecho, hasta hace unos treinta años, se podía encontrar en Chapinero una gran colonia de reparadores de paraguas. Hoy sólo hay una tienda sobre la Caracas y otra cerca del Parque Lourdes, ninguna heredada de los viejos reparadores. Abundaban las tiendas especializadas en paraguas y hasta había reparadores que iban puerta a puerta por los principales barrios de la capital para cambiar una varilla o arreglar un soporte. Los paraguas más antiguos y los más costosos tenían el cuerpo central en madera; los más modernos en metal. La cubierta, casi siempre negra, variaba muy poco en sus materiales. El mango, en el paraguas masculino, era como la corbata del traje actual; todo el resto tenía que verse igual, pero las variaciones sutiles en colores o tipos de madera del mango representaban el pequeño margen con el que se podía jugar. Así se daba un poco de personalidad a la rígida vestimenta.

Lo de predicción del clima, que sería algo así como evaluación estratégica del conflicto, siempre me pareció una vaina extraña, no entendía (y aún no lo entiendo muy bien) cómo hacían para adivinar el futuro. Una vez en el colegio un profesor nos

habló de Max Henríquez; decía que antes, cuando Max pronosticaba lluvia, la gente le creía y sacaba el paraguas y cuando pronosticaba sol la gente también le creía y no sacaba nada; después, con el tiempo, Max empezó a errar mucho, de forma que cuando decía que iba a hacer sol la gente le decía: sí, Max, pero igual sacaba el paraguas. Max tuvo que cambiar su discurso y decir que había "*probabilidad de lluvia*", para no equivocarse; antes simplemente decía, con certeza y arrogancia: va a llover. Precisamente, este era el punto que quería exponer el profesor, el de la probabilidad y de cómo, si decimos que hay probabilidad de algo, no estamos afirmando categóricamente que sucederá, digamos que nos curamos en salud; pero lo que más me quedó de la explicación del profesor fue la temprana idea de que el clima estaba cambiando. Hasta ese momento había creído que era inmutable.

♦ La mafia de las sombrillitas de mentira

A finales de los 80, las sombrillas de cartera invadieron el mercado, ya se había desplazado a los paraguas finos con otros de menor calidad, pero el impacto de estos paraguas fue más grande. Los jóvenes las utilizaban por su practicidad y economía, las mujeres por su vistosidad y los viejos porque no se podía conseguir ninguna otra cosa. Los vendedores ambulantes proliferaron, se convirtieron en una imagen típica bogotana. Las sombrillas resultaban algo insuficientes para las lluvias más duras pero la gente se aguantaba; eran tan baratas. Se volvieron un elemento omnipresente y desechable a la vez. Todos las dejábamos olvidadas en cualquier parte, no importaba, en la esquina se compraba otra.

Sólo hasta entrar a la universidad fui consciente de cómo la gente establece diferentes relaciones con los guerreros. Lo pensé cuando una tarde gris, de mediados de abril (serían mis primeros semestres en la Universidad Javeriana, en el año 1998), oí a Jorge Torrado, un compañero de carrera que venía de Valledupar, quejarse de la forma injusta en que lo trataba la ciudad: —"*Erda, qué frío hace en esta nevera*". Me limité a suspirar diciendo, —"*sí, así es la vida*". Jorge se encasquetó en su chaqueta roja, delgadita, comprada en clima caliente, tan impermeable al agua como él al sarcasmo, y agregó a su lamento. —"*No joda, ¿y también va a llover?*". Para mí era algo muy natural; pero algo había de razón en la molestia del costeño, la lluvia en la década de los noventa era más bien impredecible, un día podía hacer un sol sabanero endemoniado, de esos que dejan los cachetes colorados, y al otro caer un aguacero, como diría mi abuelita, de Amo y Señor mio.

El elemento sorpresa, estrategia acertada de los guerreros, obligaba a muchos a salir todos los días con chaqueta, impermeable y sombrilla, así el día anterior hubiera

hecho sol; la incomodidad de las prendas se justificaba ampliamente al sopesarla con la incomodidad de asistir a clase con los pantalones mojados. Algunos aprendimos esto de la forma dura; en tan solo cinco minutos, lo que se demora uno en correr a toda velocidad desde el edificio de Básicas, en la calle 45 con carrera 7ª, hasta el de Ingeniería, en la 40 con 5ª, la lluvia nos podía dejar ensopados. Me prometí muchas veces meter la sombrilla en la maleta, así hiciera bulto, pero siempre se me quedaba. Un día estuve de suerte y me encontré una, de las que se compactan, abandonada en un pupitre, por fin podía defenderme de la lluvia. La cargué mucho tiempo en el morral, sin sacarla ni para que se secara; una vez, llegando al túnel de la 7ª con calle 41 y ante la risa de los hippies que venden chucherías en el lugar, el viento la volteó al revés y tuve que botarla a la basura; estaba indefenso nuevamente. No volví a tener esas sombrillas de juguete, no sirven; ahora cargo paraguas como los de mis abuelos.

Hoy en día conseguir un paraguas *Brigg* es tarea casi imposible, las probabilidades de que su paraguas, si lo tiene, haya sido comprado en la calle son de casi 95%, de ese 95%, el 100% es hecho en China. Las marcas ya no importan, como afirma doña Clara, vendedora ambulante de paraguas: "*Alentino, Yarumar, Yarumara, Y&K, Bellucci, todos son lo mismo, los mismos materiales, el mismo precio*", dice mientras extiende su mano y muestra la mercancía, dispuesta de forma colorida en un carrito de mercado, metálico y viejo, parado en la esquina de la carrera 13 con calle 60; así como ella, otras dos cuadras de vendedores ofrecen los mismos paraguas, arrumados igual: las sombrillas largas adentro, las de cartera, con sus colores, colgadas afuera.

En otras partes de la ciudad el arreglo es diferente. Por ejemplo, en el puente peatonal de la Universidad Nacional, sobre la carrera 30, ponen las sombrillas en el piso formando un edificio de Jenga; en algunas partes del centro las ponen sobre una cobija, unas al lado de las otras, en formación militar; en San Victorino o en los remates del centro, de donde salen todos los paraguas que se reparten a los vendedores ambulantes, las apilan en montones sin orden ni estrategia, cual fosas comunes, para que cada quien se lleve lo que pueda.

♦ Cambio lento pero constante

Una tarde, hace poco, estaba tomando un café en el centro de la ciudad y la lluvia me sorprendió (mentiras, no era un café, era una cerveza, pero café suena más elegante). Me alegró encontrarme con el viejo enemigo. No era lo mismo, la guerra está perdida. Los dos contrincantes han cambiado. La lluvia ahora empieza con pequeñas gotas, goticas, las ignoramos por un tiempo; después la intensidad

aumenta y sólo entonces vamos a cubierto. La batalla dura unos cuantos minutos y termina, es un espantabobos. Salimos tranquilamente y seguimos con nuestras vidas. Pasamos de una lucha frontal con un glorioso ejército de grandes naves-goterones a una guerra de guerrillas con goticas de alfiler. No quiero subestimar al enemigo, así que no canto victoria. Antes si llovía y te mojabas tenías que cambiarte, ahora si llueve, con esas lloviznitas de mentiras, quedas medio mojado y no te cambias… hay que trabajar. Dejamos que la ropa se seque así, puesta, luego nos da gripa y se la pegamos a todos, guerra biológica. El cielo incluso nos engaña haciéndonos creer que estamos en otra ciudad, poniendo un cielo azul por la mañana. Calienta lo suficiente para que nos dé pereza llevar nuestros abrigos. Ya ni sombrillas llevamos. Por la tarde suelta esa lluviecita guerrillera y nos va hiriendo uno a uno. De vez en cuando el cielo lanza un ataque estratégico: llueve a cántaros por varias horas en los nacimientos de agua, la ciudad se inunda y vemos a la gente flotando en colchones por los noticieros. La guerra se ha vuelto más sofisticada.

"*Ahora es bien visto que una mujer use paraguas con pepitas*", responde doña Clara a mi pregunta sobre el cambio en los estilos, "*antes eso se veía feo*". Doña Clara sabe bien de lo que habla, pues lleva siete años en el negocio de la venta ambulante de paraguas, después de heredárselo a su madre que vendió en la misma esquina por 23 años; doña Clara la acompañaba desde chiquita. En un buen día puede vender unos 20 paraguas, $100.000, "*el mejor momento es antes de que llueva, cuando se siente en el ambiente que va a llover, durante el aguacero la gente no compra, cree que uno les cobra más, pero se cobra lo mismo, $5.000 pesitos*". Me dice que tanto hombres como mujeres compran por igual, que los hombres tienden a comprar paraguas largos y negros y que a las mujeres les gustan más los de cartera, pero que la diferencia se va haciendo menor con los años, ahora un hombre puede usar paraguas de colores y no pasa nada; lo que queda del cachaco tradicional se diluye en un mar de sombrillitas de juguete.

En la primera década de este nuevo siglo la tendencia es el ataque lateral. Los guerreros mandan a un primer bloque de goticas inofensivas y esparcidas. Es más una advertencia que una amenaza. Las goticas caen por unos 15 minutos y luego son seguidas por el grueso del ejército. Esta advertencia me parece valiosísima, juego a medir mi tiempo y llegar justo antes de que se suelte el chaparrón. El ataque es rápido y sin mayores contratiempos. Somos indiferentes a él.

Según el Departamento de Geografía de la Universidad Nacional, el promedio de lluvias anual disminuye en Bogotá a razón de 3% cada decenio. En 2100 habrá disminuido 50% con respecto a 1990. Algunos podrían discrepar al ver las catástrofes que la lluvia ha ocasionado en todo el país en los últimos meses, pero se debe

recordar que este año estamos siendo afectados por el fenómeno de La Niña. Estos fenómenos cíclicos, el de El Niño (disminución de las lluvias) y La Niña (aumento de las lluvias), seguirán afectando, con mayor intensidad a la Sabana. Como se presentan cada 11 años, en promedio, en años sin ninguna de estas condiciones se podría sentir una pequeña pero incrementada reducción en la pluviosidad. El cambio es sutil.

Muerte por olvido

Doña Clara me responde, con seguridad, que el clima no ha cambiado desde que ella recuerda, pero después duda un poco: "*Sabe que sí, hace mucho que no veo una granizada como las de antes o un aguacero como los que veía con mi mamá*". La sensación es generalizada pero el cambio no es evidente. Por esto, tal vez, Julio César Pérez, dueño de un anticuario en la esquina de la carrera 7ª con 60, en donde encuentro ocho paraguas viejos empolvados, defiende vehementemente la tesis de que a los paraguas los mató la falta de cultura de los bogotanos y el poco aprecio que sentimos por nuestras tradiciones. "*La élite bogotana copiaba a Inglaterra en el modo de vestir y de actuar, también en los paraguas, pero perdimos esa tradición, ahora compramos las sombrillas hechas en China*".

Yo discrepo, no creo que la evolución de los paraguas (utilizo la palabra evolución con el único propósito de molestar al anticuario, pues en realidad no sé si sea un avance o un retroceso) sea simplemente moda; basta ir a Londres para darse cuenta de que allá tampoco usan paraguas todo el tiempo. Sólo cuando el clima es muy malo, los usamos más nosotros. Debe haber un cambio de fondo, si la lluvia atacara como hace setenta años, no creo que a las sombrillitas de la mafia de vendedores ambulantes, como los llama el anticuario, les fuera tan bien. Además, ¿dónde está la tradición si antes le copiábamos a los ingleses y ahora a los gringos?, ¿cuál estilo es realmente nuestro? No le presento este argumento a Julio pues quiero que me muestre un bonito paraguas con mango *whangee* de los años 30 que tiene en su tienda y que esconde recelosamente. El *whangee* es una especie de bambú chino, café, más bien clarito, de pequeños segmentos cilíndricos separados por nódulos, parece el fósil de un gusano prehistórico curvándose sobre la mano. Me lo muestra pero no me deja tomarle fotos, no le caí bien, y eso que me fui de gabán y sombrero.

El que los bogotanos usen o no usen paraguas es tema de debate con el anticuario. Ciertamente usan menos que antes y de menor calidad, sin embargo, aún hay gente que los carga: de 50 personas que vi pasar, mientras caía un aguacerito, 11 tenían paraguas. Esto depende, claro, de cuándo y en dónde se mire. No creo que tan sólo

el 20% de los bogotanos tengan este adminículo; en mi casa, por ejemplo, todos tenemos, pero a veces, como hoy, se nos queda. Este es el punto clave, ya no es imprescindible, muchos prefieren mojarse un poco a cargar el bultico en la maleta.

Salgo de la casa de antigüedades cubriéndome como puedo y bajo hasta la 13, le compro a doña Clara un paraguas largo, con mango plástico de bastón, estructura metálica, varillas reforzadas y apertura automática, pero eso sí: negro; ella me dice que se me ve bien. Sé que para nuestros estándares es incómodo y que me hará estorbo en la buseta, sé que la gente me mirará al llevarlo; pero de eso se trata, de apropiarme de este humilde objeto. Caminaré apoyándome en él y lo balancearé de vez en cuando como sé que hicieron mis ancestros. Si en esta ocasión el ataque se ha quedado en advertencia, no me confío. Volvió a hacer sol pero llevo gabardina y el paraguas de doña Clara; es mi forma de mostrar respeto entre guerreros.

❖ Una historia de burros y mangueras❖

Miguel Camacho*
miguelcamacho91@gmail.com

De cómo los habitantes de Altos de Cazucá luchan desde hace 17 años para que a sus ranchos llegue el servicio de agua. Empezaron con burros ('la Flota Rebuzno'); siguieron con carrotanques del Acueducto, y hoy descubren que de los grifos instalados sólo sale aire.

"*Esto del agua no ha sido fácil, es producto del trabajo de la comunidad. Acá se han hecho las cosas con amor y con unión, no han faltado las discordias o las tensiones, hasta muertos, pero lo hemos logrado poco a poco*", narra Hugo Prieto, líder comunal e historiador de Altos de Cazucá, al sur de Bogotá, una zona de montañas áridas donde alguna vez hubo verde, naturaleza y paz.

Desde los años noventa la zona, limítrofe con el municipio de Soacha, comenzó a poblarse. Los lotes se parcelaron y empezaron a llegar personas de otras ciudades, la mayoría, víctimas del desplazamiento forzado. Cientos de familias levantaron sus ranchos en la cima de la montaña. Paralelamente, por las circunstancias políticas del momento, los grupos armados impusieron su orden, con el que de una manera u otra ayudaron a organizar esta comunidad sedienta y desamparada.

A burro transportaban el agua desde la civilización hasta sus ranchos recién levantados. El traslado del agua desde el barrio El Perdomo hasta aquel lugar sin nombre tardaba media hora de camino y costaba $4.000, aproximadamente. Hacían este recorrido cada tres semanas, así que cuidar gota a gota era la única forma de garantizar que duraran las cuatro canecas que a lomo de un burro sediento y flaco llevaban a sus familias.

La odisea por el agua despertó en los habitantes de Cazucá, Santa Viviana, Santo Domingo y otros barrios del municipio de Soacha la idea de formar juntas de acción

* Estudiante de Comunicación Social y Periodismo
Taller biblioteca El Tunal

comunal desde las cuales se luchara por los servicios de luz y de agua. Este último se convirtió en el objetivo principal de varios líderes comunitarios, como Hugo Prieto, Luz Marina Salgado y José Muñoz, además de algunos líderes políticos del M-19 y de la Unión Patriótica, que formaron en los nuevos habitantes la conciencia del derecho al agua.

Luego de la organización, la lucha ya no era individual sino colectiva. Día a día tomaba más fuerza, por esto, fueron llegando los carrotanques de la EAAB y de la Policía Nacional a cada barrio. Al mismo tiempo, fue desapareciendo el negocio lucrativo del transporte de agua en burro. Hacia 1994, la población de Altos de Cazucá ya era muy grande y los carrotanques no daban abasto; se necesitaba una solución de fondo. Así lo entendían los habitantes cada vez que les tocaba decidir si bañarse o lavar la ropa, si comer limpio o ahorrarla para el otro día.

La rebelión se alimentaba de las adversidades. A comienzos de los noventa empezaron los conflictos entre la EAAB, la Policía y los habitantes. Eran batallas que duraban noches enteras, en las que la comunidad vigilaba que no llegara la Policía a quitarles los acueductos hechos por ellos mismos con mangueras, con las que sacaban el agua de contrabando para sus casas. "*Era la única opción que teníamos en ese momento*", dicen don Hugo Prieto y doña Luz Marina Salgado, quienes participaron en una manifestación que comenzó el 23 de enero de 1995 y bloqueó la Autopista Sur por tres días. Los manifestantes exigían el acceso a los servicios públicos para toda la zona de Cazucá.

♦ Agua por ellos, agua por otros

Un día, hace 17 años, llenos de valor para no seguir mendigando agua de los carrotanques, los habitantes de Ciudad Bolívar decidieron tomarse un tanque gigantesco para que, desde allí, se surtiera agua al sector alto de su localidad. "*Nos fuimos a las dos de la mañana armados de ruana, pica, pala, planos y mangueras; nuestras mujeres nos llevaron tinto y hasta los policías nos ayudaron a abrir un hueco por el cual pretendíamos sacar el agua pal' barrio; lo que nunca calculamos fue la potencia del chorro, todos terminamos lavados y al final no se pudo hacer nada*".

Por esos días los líderes comunales e ingenieros empíricos diseñaban a mano alzada lo que sería su propio alcantarillado, la comunidad era la que decidía quiénes serían los fontaneros, por dónde iría la red de mangueras (que diseñaron para ir por el aire y no por debajo de la tierra), quiénes abrirían las calles para meter las mangueras y quiénes conseguirían la maquinaria necesaria. "*La organización comunitaria*

funcionaba mejor que ahora que tenemos ingenieros y legalidad", dice doña Luz Marina, quien espera su primer recibo de agua.

Actualmente, la EAAB tiene presupuestados $21.253 millones para la construcción de la red de alcantarillado en toda la zona de Altos de Cazucá, donde la participación de la comunidad será fundamental. Se estima que a principios del año 2011 estará en funcionamiento la red que llevará el líquido. Este proyecto tiene como finalidad cerrar un capítulo de conflictos y discordia entre los habitantes de Altos de Cazucá, y sus alrededores, quienes se han asentado en estos territorios de una manera informal y hoy luchan por el mínimo vital de agua.

Según Fabiola Triviño, ingeniera de obra del Acueducto, inicialmente se instalarán redes en polietileno, se acoplarán los accesorios respectivos y se realizarán las acometidas a cada una de las viviendas que se beneficiarán del proyecto; además, se construirán tanques de almacenamiento. Según el Acueducto, durante el proceso de instalación de las redes en Ciudad Bolívar las pérdidas por facturación, contrabando y fugas han sido gigantescas.

Los contadores y los registros ya están distribuidos proporcionalmente en el sector; barrios como Santa Viviana, Santo Domingo y Luis Carlos Galán cuentan con las instalaciones (contadores, mangueras, etc), pero aún falta que llegue el agua. La razón de la demora es que el consorcio que realizó las obras y los representantes de la comunidad aún no se han puesto de acuerdo sobre quienes serán los encargados de abrir y cerrar las válvulas del agua, con el fin de hacer uso racional del recurso. Lo paradójico es que actualmente los habitantes de la parte alta de Cazucá pagan el servicio de acueducto y tienen las instalaciones, pero de sus grifos sólo sale aire desesperanzador.

❖ La culebra que se ahogó❖

Jully Katherine Pinzón Morales*
lp_fiml@hotmail.com

La culebra sabanera es una de tantas especies que no sobrevivió a la destrucción de la naturaleza en el humedal Chucua La Vaca, de la localidad de Kennedy.

"*Mira, mamá, lo que traje a casa*". Mi abuela miró con intriga y enseguida gritó: "*¡Una serpiente, no, sácala de aquí!*", a lo que mi tío con una sonrisa pícara obedeció; sin embargo, siguió jugando con ella en el patio de la casa. Mi mamá, quien le teme a estos animales, miró con curiosidad, manteniendo la distancia, de qué manera fue atada por la cola para que no se soltase.

Este reptil es la culebra sabanera, que mi tío solía atrapar en la "laguna" o "potrero", como era conocido el hoy denominado humedal Chucua La Vaca, en la localidad de Kennedy.

Cuando mi mamá llegó junto con su familia al barrio Estados Unidos, en los años sesenta, el humedal tenía una gran extensión, tanto que si se miraba desde la orilla de lo que hoy es el Polideportivo Cayetano Cañizares, no se alcanzaba a delimitar dónde terminaba el agua, además, se observaban bosques alrededor. La reserva hídrica empezaba en la parte trasera del Polideportivo hasta la avenida Ciudad de Cali y la avenida Villavicencio. Entonces no existía la Central de Abastos.

Un pequeño parque, con poco pasto, hacía parte del humedal. Dicen que allí instalaron los juegos mecánicos del Parque Nacional, pero como ya estaban tan viejos se dañaron y los reciclaron.

Ciudad Kennedy fue creada en 1961 con la ayuda de Alianza para el Progreso, un programa de asistencia económica y social de Estados Unidos para América Latina.

* Estudiante de licenciatura en Educación Básica
Taller biblioteca El Tintal

Antes se llamaba Ciudad Techo, pero tras el asesinato de John F. Kennedy sus habitantes decidieron cambiarlo para rendirle homenaje al presidente benefactor.

Las viviendas se destinaron a las personas más pobres de la ciudad y preferiblemente con hijos, quienes tenían que trabajar en la construcción de las casas de una manzana sin saber cuál iba a ser su casa; cuando las terminaban se hacía una rifa y les decían cuál era la asignada. Las casas, con una extensión de 6 metros de ancho por 19 metros de largo, se pagaban al Instituto de Crédito Territorial (ICT) con una cuota mensual de $59.000 durante 15 años. En el barrio también se construyeron escuelas, colegios, iglesias y centros de salud.

Lo que más recuerda la gente que ayudó en la fundación de Kennedy es que no había paredes que dividieran los patios de las casas y, sin embargo, nunca se perdía nada. Los niños podían jugar en las calles sin temor y no había drogadictos ni ladrones.

♦ La fauna de La Vaca

Mi mamá y sus hermanos disfrutaban del humedal no sólo por el agua, sino por su variedad de animales: garzas, pichones, patos, tinguas, águilas de cabeza amarilla, lechuzas, búhos, comadrejas y curís. Los árboles tenían nidos con huevos y pajaritos, y durante todo el día se escuchaba su canto melódico. Se respiraba aire puro, corría el viento, existían muchas plantas, particularmente la sombrillita de agua, helechos, y otras plantas acuáticas, además de insectos como libélulas, grillos, caracoles y mariposas.

Los niños saltaban entre las islas del humedal y atrapaban las ranas, que envasaban en frascos, para hacer la típica tarea de biología.

Entonces el humedal no tenía problemas de contaminación, ya que las personas no arrojaban basura ni escombros fuera ni dentro del reservorio, limpio y de olor agradable.

♦ Contaminación que no da abasto

Pero con la construcción de la Corporación de Abastos de Bogotá (Corabastos) comenzó el proceso de ocupación alrededor del humedal Chucua La Vaca. Con la apertura de Corabastos, el 20 de julio de 1972, llegaron los urbanizadores piratas, quienes rellenaron el humedal con escombros para lotear los terrenos donde

construyeron las viviendas de los trabajadores de la central, en su mayoría personas desplazadas con escasos recursos.

La gente empezó a construir sus viviendas y —como el agua vuelve y toma lo que le han quitado— se inundaban constantemente porque todavía existía gran parte del humedal. Pronto los urbanizadores terminaron de llenarlo de escombros y Chucua La Vaca quedó reducido a su mínima extensión.

El desorden de casas y edificios terminó por ocultar el paisaje bucólico, invadido también por bodegas (cerca de la avenida Villavicencio) hasta parqueaderos ubicados en las márgenes del menguado humedal. A la zona fronteriza con Abastos le dicen "la pared de Abastos", que se identifica por su mal olor; mientras en los barrios ubicados en la parte trasera del polideportivo se presentan las peores inundaciones.

Para contrarrestar el daño ecológico, desde el año 2006 un grupo de personas de la comunidad —con apoyo del gobierno distrital— comenzó a recuperar el humedal para que no siguiera siendo el desagüe de Corabastos: retiró escombros, sembró más de 1000 árboles y reubicó a cerca de 150 familias que estaban asentadas en este lugar.

Hoy, de nuevo se escucha el canto de las aves sobre el espejo de agua y han disminuido la inseguridad y la contaminación. Y desde el 2002 comenzó a realizarse el festival Chucua La Vaca con el fin de integrar a la comunidad cercana al humedal, conformada por 14 barrios. En el festival se presentan grupos de danza, teatro, poetas, músicos y demás artistas que invitan a proteger los recursos naturales.

Desafortunadamente, la frontera del humedal que limita con Corabastos está invadida de malos olores y es visible la contaminación por basuras. Desde la avenida Agoberto Mejía, se ve cómo las aguas negras se van mezclando con el agua del humedal y se aspira un olor repugnante, pero las personas que viven y trabajan allí parece que se acostumbraron al ambiente malsano y venden ollas, frutas, platos, coladores, salpicón y dulces.

En su proceso de deterioro, el humedal perdió innumerables especies. Por eso la culebra sabanera se ahogó entre tantos escombros, como muchos otros animales desalojados de su hábitat.

❖ Recuerdos azules de una cachaca❖

María Victoria Correa Gómez*
vikycorreag@yahoo.com

De cómo en los tiempos que recuerda la autora se creía que el agua era un recurso inagotable y desperdiciable. Un retrato doméstico de los usos del agua en una casa de clase media bogotana primero del barrio Ricaurte y luego de Galerías.

"*No me ofrecieron ni un vaso de agua*", era la expresión que los bogotanos utilizábamos hace 45 años para indicar que en alguna parte no nos habían ofrecido nada: ni siquiera un vaso de agua. Esta frase refleja el mínimo valor que se le otorgaba al agua. Nadie hubiera podido imaginar en esa época lo que los jóvenes de la actualidad saben: que la próxima guerra será por el agua.

Viví en una enorme casa del barrio Ricaurte hasta que cumplí cuatro años. Eran casas de muchos patios, amplias, enchapadas en baldosín, de aproximadamente doce metros de ancho por cuarenta de fondo, con un portón de doble puerta de madera con aldabón de bronce, que hoy no se colocaría en ninguna puerta, por lo pesado y porque se lo robarían. Bajo aquel portón se paró aterrada mi mamá cuando apenas tenía veinte años, el 9 de abril de 1948, día en que mataron a Gaitán. Desde allí vio las llamas y el humo flotando sobre el centro de la ciudad. Tenía pánico de que se extendieran hasta su casa, donde ella se encontraba con su esposo asmático tendido en una cama, y con sus dos pequeños hijos y las empleadas del servicio. Este portón era la entrada a un zaguán que conducía al primero de los tres patios con piso de baldosín.

♦ Los tres patios

De los tres patios que servían de columna vertebral a la casa, éste era el más hermoso. Tenía un estanque de unos cinco metros de ancho por tres de largo

* Maestra
Taller biblioteca Virgilio Barco

y cincuenta centímetros de profundidad en el que nadaban a su antojo peces bailarinas, que vendían en ese entonces en cada esquina del centro de Bogotá, especialmente en el Parque Santander.

Alrededor de este patio se encontraba la sala, la habitación de las niñas mayores y el comedor, más la puerta que conducía del primero al segundo patio. La pared del comedor que daba al primer patio había sido reemplazada por una reja ornamental de hierro forjado que permitía a quienes estuvieren en la mesa observar las bailarinas nadar por todo el estanque y esconderse debajo de las rocas y las plantas acuáticas.

Sobre el segundo patio se encontraban los baños, otras habitaciones y la cocina con estufa de carbón que mantenía el agua de la casa caliente todo el día. La cocinera se levantaba a prender la estufa a las cuatro de la mañana para así tener el desayuno listo a la hora de irse el patrón a trabajar y los niños al colegio. Muy pocas señoras de clase trabajaban porque no estaba bien visto. Sólo las mujeres de clase obrera y las ilustradas trabajaban fuera de casa.

Pero volvamos a los patios de la casa. El tercero y último era la zona habitacional del servicio. Allí vivían dos o tres muchachas campesinas que llegaban a la ciudad buscando un mejor porvenir y se empleaban con una familia en cuya casa trabajaban casi toda su vida. El tercer patio era también el hogar del lavadero, una inmensa mole de piedra sin pulir, sobre la que se subía al perro "chandoverman" (léase gozque) para lavarlo, o se depositaban los edredones, las sábanas y todo lo que hubiera para lavar en la casa. Todo se refregaba con un cepillo de alambre sobre esta mole de piedra para quitarle el mugre. Se utilizaba el agua para todo. Los tres baños —los dos de la familia y el de las empleadas—, se lavaban a diario; semanalmente se limpiaban las paredes con agua y jabón, ya que la cocinera se encargaba de la cocina, la niñera de los niños y la tercera empleada de mantener la casa aseada con la ayuda y supervisión de la señora de la casa.

Todo debía verse impecable para que los vecinos se dieran cuenta de que éramos "gente decente", que nos gustaba vivir bien. El estanque se desocupaba cada semana, sin ninguna técnica, sin buscar mantener a los peces a una temperatura adecuada; simplemente se llenaban baldes con agua, se sacaban los pescados con un colador, se desocupaba el estanque que se refregaba con escoba y abundante agua y se volvía a llenar. El agua era el limpiador mágico; eran tiempos en que no embotellábamos limpiadores químicos, ni utilizábamos silicona para quitar el polvo: todo era a punta de agua.

El agua lo limpiaba todo, lo curaba todo. Quien se encontrara con deseos sexuales, se daba un baño de agua fría para calmar los calores; los niños con fiebre se sumergían en agua fría (práctica que se mantiene); los que se portaban mal eran sumergidos entre la gigantesca alberca, como una piscina, para que aprendieran a comportarse bien; los ratones se ahuyentaban a punta de baldados de agua.

Nada de secadores de pelo, ni planchitas, ni encrespadores; uno salía con el pelo lavado, chorreando, para que se notara que se había bañado. Cuando las empleadas, agobiadas por esa dependencia que produce vivir en el sitio de trabajo y estar con el patrón 24 horas del día, se ponían de mal humor, la patrona, sin ningún reparo, les decía: "*—Vaya, mijita, dese un baño de agua fría en el lavadero a ver si se le pasa esa calentura*".

♦ El carrotanque

Mi padre tenía un carrotanque que él mismo trabajaba, en el que transportaba agua que la EAAB enviaba a los barrios populares para evitar las protestas de sus habitantes por las frecuentes suspensiones del servicio. Un día decidió que estábamos creciendo y debíamos mudarnos a un mejor vecindario, porque mis hermanas ya iban a ir a la universidad y el barrio se estaba llenando de talleres y no era más el sitio apropiado, según él, para las niñas. Mi padre, que era una persona casi iletrada, buscó siempre que sus hijos avanzaran académica y socialmente. Sentía que íbamos a ser discriminadas por el hecho de que él manejara un carrotanque. Sólo estábamos autorizadas a decir que era "transportador", lo cual, en parte, no era mentira, pero nunca entendí cuál era el problema de decir que manejaba su propio carrotanque.

Nos mudamos al barrio Galerías, que entonces se llamaba *Sears*, porque en ese sector se hallaba el primer almacén por departamentos importado de Estados Unidos. En *Sears* teníamos una casa gigantesca, de tres pisos, pero a diferencia de nuestra casa del Ricaurte, ésta contaba con más madera que baldosas. Sin embargo, también tenía patio, y los llamados *halls* —ya no corredores—, por la influencia del inglés en nuestra cultura. Había un gigantesco comedor auxiliar alrededor del cual se construyó un estanque con peces, no tan grande ni tan lindo como el del Ricaurte, pero seguía siendo hermoso. Era muy relajante observar a las bailarinas ir de un lado a otro alrededor del comedor auxiliar. Aún abundaba la baldosa y el granito, por lo tanto seguimos viendo correr agua en los baños, la cocina, la terraza, el comedor auxiliar, los *halls*, el garaje, la entrada, las escaleras auxiliares. En todas

partes había una llave. Usábamos el agua sin complejos y sin remordimientos, y sin siquiera cuestionarnos que había comunidades en la ciudad y en el mundo entero sin acceso al agua potable; estábamos lejos de pensar que el agua se agota.

Asumíamos que el agua estaba siempre al alcance. Cuando llegaban noticias de Europa, nos parecía absolutamente irracional que en un hotel cobraran por un vaso de agua y hubiese apartamentos y casas con baños comunales. Eran situaciones que nuestra mentalidad no alcanzaba a asimilar. Llegamos a decir que por eso los franceses habían desarrollado una perfumería tan exquisita, porque necesitaban esconder el mal olor que, por falta de baño, sus axilas producían. Al contrario del viejo continente, en Bogotá se podía pedir prestado el baño en cualquier parte. Recuerdo que en ningún lugar de la ciudad existían baños públicos (aunque aún hay muy pocos). En cuanto al agua para beber, nadie se atrevía a negar un vaso, y mucho menos a cobrarlo.

Los años han pasado y mucha agua ha corrido bajo los puentes. Los espacios habitacionales se han reducido considerablemente, los apartamentos modernos, de tres alcobas, un estudio y servicios, para una familia de clase media, se construyen en un espacio como el que ocupaba el zaguán y el primer patio de mi casa del barrio Ricaurte. Los apartamentos de estratos más altos son otra cosa. No puedo imaginar ninguna casa de una familia de clase media que tenga estanque de peces, ni una alberca tan grande como una piscina. De pronto, una familia de estrato alto pueda tener una casa como la que tuve alguna vez, pero no una familia de clase trabajadora.

La mentalidad de los bogotanos ha cambiado radicalmente. Ya nadie se atreve a pedir un baño prestado; ahora pagamos la entrada al baño en todas partes. Ni se nos pasa por la cabeza, que nos regalen un vaso de agua. Ahora lo compramos.

❖ Con el agua no se juega❖

Diana Mayerly León Avendaño*
dianaleon_1@hotmail.com

De cómo emergen los recuerdos de infancia a propósito de una pila de agua contigua a la antigua estación de ferrocarril de Fontibón.

Me gustaría hablar de cómo el agua es una maravilla en Fontibón, pero no soy mentirosa. Todo empezó con la pila de agua. Siempre supe que era demasiado extraño ver intacta la fragilidad de los peces en un lugar público. Y no me equivoqué, tenía los días contados.

Yo tenía siete años y, en ese entonces, retaba a mi hermana a cruzar la carrillera de Fontibón sin pisar los rieles. Cuando terminábamos, atravesábamos el CAI (Centro de Atención Inmediata) y ahí, al lado de la antigua estación del ferrocarril, quedaba una pequeña pila de agua, hecha en piedra, con la imagen de la Virgen del Carmen vigilando y, lo más increíble, con peces de todos los colores nadando tranquilamente.

Hace poco volví a la pila. No sé cuánto lleva así, pero ya no hay agua, no hay vida, no hay peces. Se convirtió en un sucio tanque donde sólo hay escobas, recogedores y, por supuesto, mugre. Tampoco hay colores, ni tranquilidad. Hoy la pila no tiene gracia y, en cambio, el agua en Fontibón sólo significa charcos, barro, goteras, inundaciones y problemas.

Son las 6:30 de la tarde. El bus está lleno, pero todos los pasajeros se sienten acogidos y protegidos de la lluvia que está cayendo en las calles. El conductor frena al ver la larga fila de luces que le indica que el trancón que está por delante le va a exigir largos minutos de paciencia. Él lo sabe porque todos los días hace esa ruta entre la localidad de Usme y la de Fontibón. También lo saben los habitantes del barrio que ya están resignados a esperar, e intentan conciliar el sueño, recostados

* Estudiante de Comunicación Social
Taller bibliotecaVirgilio Barco

en las empañadas ventanas del bus. En cambio, los que siguen con la esperanza en los ojos, mordiéndose las uñas, esperando que la congestión vehicular se solucione pronto, son los pasajeros casuales, los que no viven cerca de ahí. Pero en los próximos minutos ellos también van a tener que esconder esas expectativas detrás de los párpados. Cuando llueve en Bogotá, Fontibón se vuelve un caos. Eso ya nunca lo van a olvidar.

Yo también viajo en el bus. Pero soy de aquellas personas que tratan de dormirse y olvidar lo que está al otro lado de la puerta. Estamos sólo a unos metros de llegar a un conjunto de edificios que seguramente fue creado por unos arquitectos que no conocían Fontibón. La Agrupación de Vivienda Familiar Valparaíso queda en el barrio Villemar y está ubicada sobre la calle 22. Es famosa porque ha salido en televisión varias veces cuando llueve y los parqueaderos y los primeros pisos de los edificios quedan cubiertos de agua. Siempre he pensado que está construida sobre el subsuelo y no sobre el suelo normal, como el resto de las obras. Con razón se inunda tan frecuentemente.

Las cámaras de televisión muestran cómo los buses sortean los aguaceros y se meten en medio de tanta agua, que ya no se ve sino la mitad de la carrocería. Los dueños de las tiendas y locales que quedan en los primeros pisos luchan con escobas para evitar que se dañe la mercancía. Algunas casas cercanas tienen techo de tejas y, adentro, se escucha más fuerte la lluvia de lo que está afuera. En días como éste, el agua no da tregua y pasa de ser el recurso más preciado del planeta, a ser el enemigo de la tranquilidad y calidez de hogares como los de los conjuntos de Villemar.

Con esa particular característica de los colombianos de sacarle chiste a todo, algunos ironizan sobre la situación, pero sin llegar a la burla despectiva. A ellos también les duele, son hijos de la localidad: "*Las cataratas de 'Fonti', nuevo destino turístico... Con piscina y todo*", comenta Camilo Cantor en una de las fotos del grupo de '100% hecho en Fontibón' de *Facebook*, refiriéndose a las cascadas improvisadas que se forman por la acumulación de agua de lluvia. "*Niágara Falls*", dice Manuel Tibocha. En cambio, hay personas como Juliana Pacheco y Carlos Alfonso que afirman que hay personas que están rellenando el humedal Capellanía o que están desviando el cauce del canal del río Fucha para permitir la construcción de casas y apartamentos, y por eso se genera el caos.

Pero el bus no me quiso dejar ver esas escenas. El conductor decide hacer un desvío, se las arregla para abandonar la calle 22 y tomar la otra alternativa de 'La Variante', la que conduce a la Zona Franca, a Mosquera y Madrid. Ese camino no me sirve, me

toca bajarme en medio del aguacero. Mientras abandono la cara de sueño, cierro la cremallera de la chaqueta y realizo la odisea de llegar a la puerta de un bus lleno, que avanza algunos metros de más. El clima hace que la localidad esté más oscura. Apenas cruzo la puerta, me abandona el calor humano, y la fría y lluviosa tarde me recibe con un terreno lleno de barro y, por supuesto, me produce un inevitable resbalón. Con los pies húmedos y aprendiendo a mantener el equilibrio, empiezo a caminar rápido en búsqueda de otro bus que me resguarde de nuevo.

Las motos van por los andenes y agradezco que no haya decidido usar el pantalón blanco para ese día. Ya estaría gris. Llego a la vía principal, pero no pasa ninguna de las rutas que me sirve. Al fin veo un bus grande, viejo, pero que me deja cerca de mi casa. Normalmente esperaría un colectivo o un carro más bonito, pero cualquier cosa es mejor que el exterior en este momento. Me siento en el bus que toma la carrera 99 y me deja divisar el parque de Fontibón, que nos recuerda inevitablemente que alguna vez este lugar era un pueblo y no un barrio de Bogotá. La Iglesia Santiago Apóstol está ubicada en un extremo de la plaza, al lado del Colegio San Pedro Claver y los muros del colegio están decorados con dibujos de indígenas acompañados por lagunas. Un monumento al agua justo cuando la estaba odiando, muy curioso: en algún momento el agua en este lugar no era una amenaza.

Las calles, al otro lado de la ventana, están limpias, pero deshonradas. Así como cuando alguien termina de llorar: hay calma, pero un corazón roto; hay una cara limpia, pero unos indicios inocultables de una tragedia que acaba de culminar. La carrera 99 desaparece a la altura del ferrocarril. Entonces, el bus tiene que tomar la carrera 100 hacia el norte, pero para eso hay que pasar por el lado de la Virgen del Carmen; ella no se mojó su manto azul; alguien pensó en eso y le puso un techo para protegerla mientras cuidaba la pila. En ese último trabajo sí fracasó, pero no fue culpa de ella. En todo caso, pasar por la pila de piedra, al lado del CAI, es el cierre de mi travesía, la señal de que las incomodidades que nos ha provocado el agua no son gratuitas. Alguien, sin hablar, me lo está haciendo entender: "*Ahí había una pila con agua, con peces y con vida. Ustedes no la cuidaron y ahora se aguantan la lluvia, las incomodidades y la angustia*".

El pasado me abruma. Y no lo digo por mi niñez al lado de la pila, sino por esos indígenas de la pintura que también evocan un tiempo en el que el agua, además de ser un recurso vital, era defendido como tal. Juliana vive en la localidad y mientras observa las fotos de las inundaciones, dice: "*El cacique 'Ontibón' sí respetaba la naturaleza y no rellenaba humedales para construir apartamentos*". Si ella y sus vecinos tienen la razón, seguramente el cacique —uno de los primeros habitantes

de la localidad— no debe estar muy orgulloso de sus descendientes por desviar el caño, por botar basura al Fucha y por dañar la pila y convertirla en un depósito de elementos de aseo. Con el agua no se juega y Fontibón es una prueba indiscutible de eso.

❖ Un famoso “chorro” de orines❖

María Vesga Lema*
mariitavesgalema@hotmail.com

De cómo el tradicional chorro de origen clerical terminó nombrando una plaza profana en el barrio La Candelaria, aliviadero de todo menos de pecados.

¡Ah, chorro bendito, el de Quevedo! Sí, el de la plazoleta de la carrera 2ª con calle 13, en el corazón del corazón, del país del Sagrado Corazón de Jesús, habría dicho Tisquesusa; claro que no por lo de Jesús, sino por lo de ¡Bendito! En fin… Este era el gobernante muisca del altiplano cundiboyacense antes de la llegada de los españoles y ‘El chorro’ era su sitio de descanso en épocas de lluvia ¡Bendito!, exclamó Gonzalo Jiménez de Quesada cuando montó allí mismo las doce chozas que luego darían origen a la cosmopolita, ruidosa y mojada Bogotá. ¡Bendito!, gritaban las gentes de 1600, cuando bajaban a la quebrada de San Bruno, afluente del río San Francisco que rodeaba el lugar, para cargar las totumas que luego las mulas maltrechas llevaban montaña arriba con agua para toda la familia y para toda la semana. ¡Bendito!, y acto seguido se persignó el padre Quevedo, profesor del colegio de los Agustinos Recoletos cuando en 1832, tras adquirir por $50 este solar, instaló un chorro para proveer a las familias del sector. Pero sin duda, al que más ¡Bendito! le pareció, fue al misionero que acompañaba al noble de Jiménez de Quesada —que de noble debía tener sólo el título— cuando no podía aguantar su chorrito natural al salir de misa de gallo en la capilla de ‘El Chorro’ y que se hizo acreedor a ese título por ‘mión’.

¡Pues sí! Las versiones populares atribuyen el origen del nombre del famoso Chorro de Quevedo —lugar de visita imprescindible para extranjeros de bermudas y chanclas acompañados, por lo general, de guía turística; también de ‘mechudos’ que venden la pulserita de la buena suerte y otros que venden marihuana; otros que van escuchar cuenteros, a tomar vino en bares circunvecinos y de algunos más que

* Periodista
Taller biblioteca Virgilio Barco

pasean en carruajes como los de don Gonzalo y que están celebrando un aniversario 'de época'—, a la necesidad fisiológica de un evangelizador que por cierto debía 'expirar' con potencia para que sus orines ganaran el alias de "chorro".

Y que agua más bendita que esa ¡más ilustre! para darle origen al sistema hidráulico de la ciudad. Y aquí vale la pena recordar un documento encontrado en India con 5.000 años de antigüedad, que describe como práctica frecuente la orinoterapia, elemental método que consistía en beber orina para rejuvenecer. En la actualidad médicos homeópatas lo recomiendan hasta para la cura del cáncer y se han escrito libros de náufragos que al beber sus propios orines resistieron varias días sin alimento ni líquido externo, o ni qué decir de cuando uno está en la piscina, el río o el mar y cruza la piernas para no hacerse "chichí" diríamos 'las niñas', porque ahí sí funciona el vaticinio de las abuelas que dicen "ábrale la llave al muchachito para que orine'. Es que no es sino ver agua caer para que "¡guácatela!" a uno le den ganas de hacer lo mismo que al incontinente de Quevedo.

0.35% de iones de sodio, 0.6% de iones de cloro, 0.15% de iones de potasio, 0.015% de iones de calcio, 0.18% iones de sulfato, 0.15% iones de fosfato, 0.04% iones de armonio, 2% de urea, 0.075% de creatina, 0.05% de ácido úrico, y para corroborar las anteriores teorías ¡95% de agua! Esa es la composición química de la orina, entonces queda claro que sacar todo eso del organismo ¡Bendito! , sí es.

Y 500 años después… la fuente en el corazón, no la del Sagrado de Jesús, repito, sino la del centro que aún hoy permanece en la plazoleta, ya nunca jamás volvió a escurrir ni una gotita del chorro. La quebrada de San Bruno se secó y el caudaloso río San Francisco ya no se ve, al menos no por encima porque se dice también que Bogotá está construida sobre agua —al menos sí la Avenida Jiménez— por eso, por más que los contratistas del Distrito cambien las lozas de concreto estampado, los Transmilenios caminan "chonetos" y ¿por qué? Por el agua sobre la que flota la ciudad. Bueno, regresando a lo del agua extinta, en la plazoleta brota de todas partes y esta no es una contradicción, es más bien una metáfora, porque este es el lugar junto al barrio La Perseverancia (construido por la empresa Bavaria), el mayor expendedor de chicha, guarapo y cuanta bebida amarilla, que dicen trae maíz entre sus ingredientes —seguro que unas sí, pero otras claramente no— y que han sido maduradas en totumas muy parecidas a las del año 1600; son puestas a la venta también en totumas, que en realidad corresponden a la parte trasera de la botella plástica de Coca-cola, que se consiguen desde $1.000. Volviendo al cuento, que digo, a la crónica, a la hora de evacuar esa chicha, la atmósfera se transforma y la fuente se reactiva con miles de chorros, pero estos no son los de Quevedo que ha resuelto aparecer como una alucinación de los que consumen la chicha y la marihuana,

sino los de Ramírez, González, Sánchez, Pachón y Muñoz, que no son otra cosa que el sistema hidráulico de los cuerpos humanos que necesitan evacuar. Apellidos comunes de personas que al igual que el misionero no se aguantaron las ganas, ni les valió la cruzada de piernas, ni contar hasta tres y sucumben con sus frenéticos y otros con sus torpes chorros, en el mismo lugar origen de la cosmopolita, ruidosa y mojada Bogotá.

Lugares

1. **La Conejera, el 'pantano' de los burócratas**. *Los hijos de las ranas*. Foto Héctor Darío Gómez Ahumada
2. **La garza real.** *Chorrillos, el humedal olvidado*. Foto Jaime Andrés Benavides Espinosa
3. **Agua termal**. *Las aguas termales de Bavaria*. Foto Wanda Vargas
4. **Sin Título**. *Sumapaz, metido en un frailejonal*. Foto Johanna Pérez Vásquez
5. **La llama mojada**. *Los lavaderos de Lourdes*. Foto Laura Cárdenas
6. **Los residentes de Isla del Sol caminan por esta zona**. *Aguas arriba, aguas abajo en el Tunjuelo*. Foto Juan Carlos Soto

El Arzobispo, ❖ más que un separador vial ❖

Nicolás Sandoval González *
nasg91@hotmail.com

De cómo el Arzobispo llegó a ser más conocido como caño que como río por los habitantes de Teusaquillo y de La Soledad afectados por sus niveles de contaminación y por obras de valorización que no comparte la comunidad.

El viaje del río llamado Arzobispo finaliza después de atravesar el barrio Belalcázar, en la avenida NQS. Allí su nombre cambia a canal El Salitre, debido a una decisión de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado. En un límite del barrio, en la calle 45 con carrera 24, aproximadamente hace un año fueron puestas las polisombras o mallas de plástico verde en un fragmento de la diagonal 42 A, desde la carrera 19 hasta la carrera 24. En aquel lugar, el Instituto de Desarrollo Urbano (IDU) realiza una obra de valorización.

Sin vacilaciones, Juan Melgarejo, un comprometido promotor del Comité del Río Arzobispo, asegura que esta obra fue un capricho de un diseñador contratado por el IDU para realizar la avenida Mariscal Sucre. Al parecer, el IDU no contempló en el proyecto al Arzobispo como la principal estructura ecológica de Teusaquillo, y por ello son más las pérdidas que las ganancias.

Antes de llegar a la obra, la corriente del río Arzobispo nace a 3.200 metros sobre el nivel del mar, en la Laguna El Verjón, ubicada en el Páramo de Cruz Verde. Cuando ingresa a la metrópoli, atraviesa la avenida Circunvalar de sur a norte sin ser percibido entre una enredada vegetación de intenso color verde. Luego, cruza la carrera 5a, para llegar a un pequeño canal en el Parque Nacional, que posiblemente en tiempos pasados no resistiría su turbulencia.

* Estudiante de Psicología
Taller biblioteca Luis Ángel Arango

Tiempos pasados

En el siglo XIX, el río hizo parte de la definición del paisaje urbano y suministró agua potable, leña y materias primas a los santafereños para la construcción. A finales de ese siglo, delimitó a Santa Fe de Bogotá en el extremo norte sin canalización alguna. El río reunía a los pescadores que iban tras el pez capitán y a los habitantes que anhelaban un baño. Además, fue un recurso hídrico potable para alimentar las principales pilas y chorros de agua de Bogotá, como las pilas de San Francisco, San Victorino y Las Nieves, así como la recoleta de San Diego y el panóptico de Cundinamarca.

En las *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, J. M. Cordovez Moure afirma que en esa época los vecinos arrojaban las basuras e inmundicias a los caños, en donde permanecían estancadas hasta que un fuerte aguacero las arrastraba a las afueras de la ciudad. La ciudad carecía en absoluto de servicio de aseo y por ello los ríos permanecían contaminados.

En los años treinta se realizaron los primeros proyectos urbanísticos en Bogotá con motivo del cuarto centenario de la fundación de la ciudad: el Parque Nacional, la Ciudad Universitaria, el estadio Nemesio Camacho El Campín y el barrio Teusaquillo.

Germán Ferro, antropólogo y magíster en Historia, escribió en su libro *Árboles ciudadanos* que el gobierno encabezado por el presidente Enrique Olaya Herrera, consciente de la necesidad de proteger las cabeceras y orillas de algunas fuentes principales de agua de la ciudad en 1934, creó el Parque Nacional Olaya Herrera por donde atraviesa el Río Arzobispo.

En el parque, el río pasa cerca a las casetas cafés que animan los antojos, al mapa físico de Bogotá y sus alrededores y, finalmente, cruza por debajo de las piernas pintadas con grafitis de Rita, un monumento en metal de Enrique Grau para la regeneración étnico-urbana. Pero, en medio de un supuesto ambiente natural y puro, como el que transmite el parque, se acentúa la fuerte contaminación que caracteriza a este impaciente río, pues en la carrera 5ª se identifica el primer vertedero de aguas negras al río.

Luego la carrera 7ª oculta el río. Por la avenida 39 reaparece y corre en un intento fallido por huir de la contaminación. Si uno se detiene y deja de ser un transeúnte desprevenido, se da cuenta de que en ese punto del río hay un letrero que dice: “Río Arzobispo Transite con Precaución”. Parecería un llamado a detenerse para admirar

el río, pero quizá hace referencia a la peligrosidad de la zona; sin embargo, por esa vía se encuentra una estación de Policía. Entonces ¿cuál será el significado preciso de la valla?

Al llegar a la carrera 13, el río se desvía para bajar detrás del edificio UGI (Unión General de Inversiones) en la localidad de Santa Fe, en donde las orillas del río son un completo basurero y nido de ratas. Luego sigue su recorrido por la carrera Caracas y desciende por la diagonal 40A Bis, ingresando a la localidad de Teusaquillo. Hoy en día está desolado y ya no se encuentra la valla para advertir que el río Arzobispo corre por ahí y debemos transitar con precaución. Entre las localidades de Teusaquillo y Santa Fe, en los años treinta, el arquitecto vienés Karl Brunner diseñó la antigua avenida 39, la cual seguía la sinuosidad del río sin guardar el espacio de ronda.

Cuando llega a la carrera 16, se identifica el primer anuncio que señala algo sobre el río, pero desafortunadamente es imposible leerlo porque está oculto por el asfixiante óxido y por un poster que reza: *¿Santos Presidente? Yo pienso diferente*.

En el descenso de oriente a occidente, se identifica un angosto río embellecido con inmensos árboles que irradian tranquilidad y ocultan la contaminación: la masiva producción de basura, el habitante de la calle que deja desperdicios, el taxista que orina en las orillas, la creación de vertederos y las obras que se realizan a las orillas.

♦ La obra en disputa

En la carrera 19 inicia la obra. Una obra costosa impulsada de forma impositiva. En una reunión con representantes del IDU, un ingeniero afirmó —según Melgarejo—, que sin importar lo que hicieran los ciudadanos, se debía realizar, argumentando que "*desde que existe la participación ciudadana las obras se retrasan*".

Aunque al comienzo el IDU no promovió la participación ciudadana, se han realizado varias reuniones con ingenieros, quienes evidenciaron no haber tenido claridad de lo que iban a hacer, además de no conocer el sector. Las reuniones demostraron que la avenida Mariscal Sucre fue prevista para la descongestión vial sin tener en cuenta la contaminación del barrio.

La avenida compromete toda posibilidad de mejora integral paisajística, urbanística y ambiental del Río Arzobispo y cambia la fisonomía del sector, además de aumentar el tráfico vehicular, según afirman algunos miembros del Comité del Río Arzobispo. En el tiempo que lleva la obra se han incumplido ciertas normas. Las leyes contemplan

que hay que dejar un espacio natural a orillas de los ríos, las rondas; además, debe haber una zona de preservación y manejo ambiental que es adicional a la ronda. Ninguna se contempla en las obras realizadas a orillas de los ríos. Esto indica que los ríos en Bogotá se volvieron separadores viales.

Haber cruzado las polisombras (mallas de plástico usadas en las obras de construcción) me permitió hablar con un trabajador de la obra. Él sabía poco del barrio, no reconocía el río, pero algo sabía del proyecto. La idea es que las aguas negras terminen en el río Arzobispo si el alcantarillado paralelo rebosa su capacidad, además de crear una vía que resista el tráfico vehicular constante. Actualmente, la pavimentación se está haciendo con losas similares a las utilizadas en las vías de Transmilenio para resistir el paso de transporte pesado.

Ha sido claro para los habitantes de la Localidad de Teusaquillo que el IDU, de manera unilateral y contraria a la voluntad popular, determinó cubrir de concreto lo que debía ser la recuperación de la ronda del río.

Para demostrar la conveniencia del proyecto, las autoridades distritales trazaron una ciclorruta en el pequeño tramo de cinco cuadras como alternativa de movilidad, pero al no mantener una ruta ni una conexión vial no cumple su propósito.

En contraposición a lo que muestra el IDU como “desarrollo”, se han provocado y se provocarán considerables afecciones al río y su entorno. En esa medida, no se puede tener transporte público ni transporte pesado por la vía, además de mayor iluminación, porque afectaría las especies existentes. Por otra parte, los habitantes del sector ya no aguantan el incesante ruido, el enredo para ingresar a sus casas y esperan que no se rompa un tubo más ni del agua ni del gas. Sin duda, anhelan la tranquilidad y orden que los cautivó para vivir en esa zona cercana al Park Way.

♦ Árboles en peligro

A las orillas del río —ya canalizado—, acacias, urapanes, mimbres, jazmines, saúcos y cauchos fulguran por su entereza y vivacidad. Estas fueron las especies de árboles identificadas por el antropólogo Germán Ferro. Con la obra, el mayor impacto se presenta con la habitual tala de árboles. El IDU desapareció 18 árboles del sector. Además, con las excavaciones se han cercenado de manera definitiva una parte importante de las raíces de los árboles de alto porte, lo que puede provocar su sequedad en un futuro no lejano.

Melgarejo recordó que en una audiencia pública del año 2009 en el Colegio Americano, un miembro del Comité del Río Arzobispo aseguró que las excavaciones dañarían las raíces de los árboles. Como respuesta, uno de los ingenieros del IDU afirmó que los árboles no se verían afectados, porque no habría excavaciones, pues sólo se haría el cambio de la carpeta asfáltica. Hoy es evidente que no fue así.

Sería importante que el IDU tuviese en cuenta que con la reforestación se mejora el abasto de agua para la ciudad, como lo asegura Julián Osorio en el libro *Los cerros y la ciudad: crisis ambiental y colapso de los ríos en Bogotá al final del siglo XIX*, al contrario de lo que provoca la deforestación que promueve la obra del IDU.

Aún con proyectos que excluyen a los ríos, como el que en estos momentos está ahogando al río, se han conseguido tres logros gracias al Comité del Río Arzobispo: el IDU aseguró que no va haber transporte público por esa vía, no van a construir el puente vehicular sobre la carrera 20 y se logró que la ciclorruta fuese hecha al lado del río para ganar un indicio de ronda.

Ahora, el incomprendido Arzobispo —más conocido como un caño que como un río— recorre la ciudad impaciente por reencontrarse con la pureza, con la intensidad de los colores de la naturaleza de su nacimiento. El río seguirá huyendo refugiado entre inmensos árboles para ocultar la tristeza con la que corre, dejando rastros de la contaminación que lo agobia; esperando su recuperación con la ayuda ciudadana, alentado por la quebrada La Vieja, ya rejuvenecida.

❖ Los hijos de las ranas❖

Héctor Darío Gómez Ahumada *
liebremarzo@gmail.com

De cómo en busca de nuestro origen húmedo, el autor intenta refrendar la teoría muisca de que somos descendientes de las ranas en una visita de reconocimiento al humedal La Conejera, en la localidad de Suba.

Los bogotanos provenimos de la rana, así como el resto de los mortales desciende del mono. Al menos eso creían nuestros ancestros muiscas, cuya lírica genealogía, según cuenta el reconocido etnógrafo Miguel Triana, atribuía el origen de la especie humana a las lagunas de donde ellos veían emerger las ranas que se escabullían saltando entre los juncos. La ciencia vino a confirmar después su observación intuitiva y alucinada: la vida se gestó en el agua.

Será por eso que los habitantes de la sabana vivimos dando brincos para esquivar los charcos en las temporadas de lluvia, y para hacerle el quite a los automóviles que inundan nuestra urbe frenética.

Lo cierto es que somos descendientes de los muiscas adoradores del agua y, de rebote, parientes lejanos de los batracios. Sin embargo, este árbol genealógico levantado en los juncales no halaga mucho a ciertos bogotanos que se creen de mejor familia. Muy a su pesar, en Bogotá abundan los sapos de saco y corbata, y algunos hombres del altiplano cundiboyacense tienden a desarrollar un abdomen batraciano sobre sus piernas macilentas, a manera de ancas de rana. Para reafirmar esta hipótesis, me remito a las pruebas: en las tapas de los contadores de agua de la ciudad se encuentra la imagen de un sapo aplastado, que, como un bizarro blasón, nos recuerda nuestro origen anfibio. Somos gente de agua.

* Abogado e investigador en Seguridad Social
Taller biblioteca Santo Domingo

Con tal conjetura acomodada en la mente, como un matalotaje desorganizado de imágenes, me dirijo hacia el humedal de La Conejera, ubicado en la localidad de Suba, en busca de la humedad ancestral.

Todo parece indicar que el paisaje que encontró don Gonzalo Jiménez de Quesada a su llegada a Bogotá estaba cundido de lagunas. Fray Pedro Simón, decano de los cronistas de Indias, consignó en sus memorias que el general Quesada entró a la sabana por el pueblo muisca de Suba un "domingo de Cuasimodo" del año del señor de 1538, donde fue recibido por los naturales con hospitalidad inusitada. Si nos atenemos al santoral católico, eso vendría a ser el segundo domingo de Pascua, es decir, finalizando el mes de marzo.

El fundador de la capital permaneció allí con sus huestes durante ocho días, tiempo suficiente para catequizar al cacique del lugar, quien, *in articulo mortis*, abrazó la fe del Dios trinitario de los invasores, ganando así el dudoso mérito de ser el primer converso del Nuevo Reino de Granada. No alcanzo a imaginar cómo un hombre agónico pudo comprender tan rápido el misterio de la unión hipostática de padre, hijo y espíritu santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, acto de fe que a muchos teólogos les lleva toda la vida entender. Curiosidades de la historia.

Vale mencionar que a su salida de Suba, don Gonzalo tuvo que salvar, entre otras, la laguna de Tibabuyes y la quebrada de Juan Amarillo, crecidas por las lluvias del invierno que se inicia en "la menguante de marzo", de modo que el agua se convirtió en el último reducto de la resistencia de nuestros aborígenes al invasor. Por cuenta de la sustancia vital, los españoles se demoraron varias semanas en llegar hasta el centro fundacional de Bogotá, distancia de quince kilómetros que hoy salvamos fácilmente en cuarenta minutos de viaje en el expreso H15 del Transmilenio.

Y es precisamente el expreso H15, que de regreso a Suba adopta el mote de C15, el que me llevará hasta la estación de Niza-Calle 127, donde se inicia mi romería hacia el humedal de La Conejera, en busca del origen. Siguiendo las instrucciones de un amigo baquiano, abordo en Boulevard Niza un colectivo de la ruta Suba-Compartir que me acercará, según él, hasta la entrada. Es un microbús incómodo, de esos que se desplazan como bestias encabritadas por las callejuelas a medio pavimentar de los barrios periféricos. Una vez coronado el cerro de Suba, nos perdemos hacia el occidente en una colección interminable de urbanizaciones con casitas de tres pisos y conjuntos de edificios con fachadas de ladrillo a la vista que no prefiguran ningún remanso de naturaleza. Es fácil para el viajero ignorante extraviarse en los meandros de esa ruta, porque la densidad de las construcciones impide ver el horizonte.

Así pasamos Tibabuyes, Ciudadela Cafam, Compartir, seguimos al norte, luego al occidente y vuelta al norte… Hace falta una brújula.

—*¡Ya casi llegamos!* —me dice, sin haberle preguntado, un pasajero con apariencia de jubilado, que resuelve el crucigrama de *El Espacio*. Luego me indaga como reafirmando su hipótesis:
—*¿Va para el humedal, no? Yo le aviso cuando lleguemos.*

♦ Peregrinación profana

Mientras discurre por la ventana del microbús el paisaje urbano, recuerdo mis lecturas sobre la ceremonia de "correr la Tierra". Era una suerte de rito de iniciación que realizaban nuestros ancestros muiscas en honor al agua, y que consistía en una peregrinación de veinte días por las lagunas del altiplano, en particular las de Ubaque y Guatavita, arrellanadas en los cerros orientales, rito que, según el cronista Juan Rodríguez Freyle, era "*de donde le venía al demonio su granjería, demás que todo lo que se hacía era en su servicio*." En contraste, resulta irreverente mi peregrinación hecha en un colectivo de la ruta Suba-Compartir, que atraviesa torpemente los barrios edificados sobre los terrenos donde alguna vez hubo arrayanes, cedros, alisos y otras especies nativas que convivían con encenillos y sauces, e incluso con los agresivos eucaliptos que fueron importados de Oceanía para secar los pantanos, merced a su capacidad de almacenar grandes cantidades de agua en sus raíces. A esta altura de mis reflexiones, el espontáneo del crucigrama las interrumpe para advertirme:

—¡*Bájese aquí, ya llegamos al humedal!*

Obedezco. El colectivo se aleja dejando el ambiente impregnado con el aliento de su motor diésel, y después desaparece en una bocacalle. No veo el humedal por ninguna parte. Sólo casas en serie con locales comerciales en el primer piso. Las recorro con la vista como en un "plano secuencia": *líchigo, panadería, droguería, cigarrería y cafetería, salón de belleza*, pero sigo sin ver nada. ¡Ni una vaca, ni un potrero, ni un ranchito bucólico! Estoy perdido.

El pueblo de Suba se extiende hacia el poniente por las laderas de los cerros, como una cobija cuadriculada puesta a secar al sol. En sus casi quinientos años de vida, Suba pasó de ser un resguardo indígena a una periferia marginal. Y en el interregno, según afirma el historiador Roberto Velandia, el pueblo fue erigido como municipio

de Cundinamarca en 1875, y sólo tuvo tal condición en 1954, cuando fue anexado como hijo espurio al Distrito Especial de Bogotá; eso, hasta 1977, año en que fue designado Alcaldía Menor. Desde 1991 es conocido como la localidad número once de la capital.

Pero este pueblo, cuyo nombre proviene, a juicio de los investigadores del lenguaje chibcha —los muiscas pertenecen a la gran familia lingüística chibcha—, de los vocablos "Sua" (sol) y "Sia" (agua), siempre ha tenido vocación acuática. No en vano brotó en sus ejidos el lago de Tibabuyes, donde nuestros ancestros realizaban abluciones sagradas con ofrendas doradas a la diosa del agua, Sia (o Sie).

En la actualidad se lo conoce de forma más prosaica como el humedal de Juan Amarillo, y las ofrendas de los descendientes postmodernos de los muiscas, más faltas de elevación aún, consisten en 160 toneladas de biosólidos al día, y de ñapa, 50 toneladas más de basura gruesa que, si le creemos a las cifras de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá, producen cerca de 18.000 metros cúbicos diarios de metano, después de pasar por el cedazo de la planta de tratamiento de aguas residuales del Salitre. Y a juzgar por la insoportable fetidez que produce la flatulencia de esta planta, uno termina por creer en las estadísticas oficiales. Los niños que hoy habitan las orillas de la laguna y que soportan su olor ofensivo, nunca se imaginarían que alguna vez hubo allí un espejo de agua cristalino y mágico.

Pero esta degradación masiva proviene, entre otras cosas, del escaso valor que le otorgaban nuestros burócratas a los humedales. En el año de 1887, el señor Rufino Gutiérrez, funcionario de la Gobernación de Cundinamarca, informaba al secretario de Gobierno que: "*Los terrenos planos del Distrito* (de Suba) *son ricos en pastos y muy feraces, pero una gran parte de ellos, al oeste, está perdida por los pantanos*". Y, en efecto, la insensata actividad antrópica de los últimos cincuenta años se encargó de secar, rellenar y tugurizar los "pantanos" que tanto estorbaban al burócrata de marras. A partir de la década del sesenta del siglo pasado, Suba fue perdiendo su vocación rural y comenzó a ser loteada con fines urbanísticos, hasta adoptar la fisonomía enladrillada que tiene ahora.

El humedal de La Conejera se encuentra en la localidad once, distinguido con el número 141 A Bis de la calle 150. Tener nomenclatura urbana es indispensable para un ciudadano en ejercicio, y es sin duda un problema para el deudor moroso o para el que está fuera de la ley, como el sujeto del tango de Discépolo. Sin embargo, para un humedal es un hecho intrascendente. En todo caso, resulta paradójico que un santuario del agua tenga domicilio legal donde, con seguridad, recibirá la factura bimestral del acueducto. No quiero ni pensar lo que pasaría si las tinguas bogotanas,

o sus amigas las monjitas pechiamarillas que anidan entre los juncos, olvidan pagar oportunamente el recibo del agua.

Paraísos perdidos en las guías turísticas

El hecho es que el humedal queda a espaldas del sitio donde me dejó el colectivo, a un tiro de piedra cruzando la vía peatonal. El pasajero del crucigrama tenía razón. Pero es que nadie espera encontrarse al rompe con un bosque que nace de manera abrupta, como la cola de un pavo real, en el patio interior de la ciudad. Los bogotanos estamos habituados a encontrar el paisaje sólo después de recorrer decenas de kilómetros por la autopista del norte a través de los pastos verdes de la sabana, convertidos en campos de golf y asiento de mansiones campestres. Ahora bien, a mi modo de ver, el encanto de una ciudad reside más en las cosas que esconde que en las que pretende mostrar. Ella sólo revela sus secretos al ciudadano curioso. En el amor, como en la vida, hay que saber porfiar y se obtendrán resultados halagüeños.

De tal suerte, el humedal de La Conejera nos demuestra que Bogotá no sucumbió por completo a la contaminación y al vértigo; en su seno, la ciudad aloja doce humedales más. Son en total trece ecosistemas intermedios entre el ambiente acuático y el terrestre, donde aun se crían diferentes especies de plantas, pequeños mamíferos, aves, reptiles y anfibios; donde todavía circulan los sueños sin restricción de placa. Estos humedales han sobrevivido al crecimiento desordenado de la ciudad, y subsisten con precariedad gracias al esfuerzo, en muchos casos heroico, de la sociedad civil organizada que, como es el caso de la Fundación Humedal La Conejera, recuperó en beneficio de la vida silvestre cerca de 65 hectáreas, incluidas 35 del cuerpo de agua. Desde luego, los humedales de Bogotá, como otros tesoros ocultos de la ciudad, no aparecen en las guías turísticas. Pero eso no es raro, porque se encuentran en otra dimensión, lejos de las tiendas de marca, del esnob y del esmog.

Regresemos, entonces, al periplo por La Conejera en busca de los lazos atávicos que nos unen al agua, y que compartimos en común y pro indiviso con las ranas bogotanas. "*Hyla labialis es el nombre científico de la rana sabanera*", me dice el guía del humedal, perteneciente a la fundación que lo administra, al enterarse de mi interés en el asunto. No soy bueno para el latín, pero alcanzo a comprender el resto de su explicación dicha en buen romance. Que es de color verde y relativamente grande —de 4 a 7 centímetros de longitud— ya lo sabía, pues en mi infancia, cuando en Bogotá aun había potreros, tuve más de una rana entre el bolsillo, sobre todo en

las temporadas lluviosas de abril y octubre. Pero ya no se dejan ver. Y es que "*estos animalitos son vulnerables a los más sutiles cambios climáticos*", sentencia el guía. Aún así no pierdo la esperanza de encontrar una rana en el humedal. Continúo el recorrido por la orilla del cuerpo de agua y me siento en un tronco a contemplar el paisaje.

—"*¿Habéis adorado en las lagunas?*" Tal es la pregunta del catecismo para la confesión de indios chibchas que, según refiere el padre Fray Pedro Simón, hacían los curas doctrineros a los aborígenes que se bañaban en las lagunas del altiplano, para obligarlos al arrepentimiento por sus ofrendas impías a la diosa Sia. Y yo me repito esa pregunta con la mirada perdida en el lago, cuyo sosiego invita a la reflexión. Uno se abandona a la fascinación del agua, se adormece en su presencia, para luego comprender que ese gozo sin mesura es apenas una ilusión momentánea. Nuestra relación con el agua está signada por el utilitarismo brutal. Los muiscas que adoraban a esta diosa, matriz de la vida, no podrían comprender nuestros actos hostiles en su contra. Ante sus ojos seríamos pecadores, habríamos cometido las faltas imperdonables de envilecer, contaminar, embotellar, comprar y vender la sustancia vital.

Una tingua de pico rojo camina entre el lodo con la gracia reverencial de una gallina anfibia; y a lo lejos, en la mitad del lago cundido de vegetación flotante, se oye un ruido como de piedra que cae al agua rasgando el velo vegetal: es una tingua de pico verde que arremete contra los buchones. Con algo más de paciencia alcanzo a distinguir en una pequeña isla a una monjita que se balancea en los juncales. Es un macho que luce con orgullo su inconfundible capucha amarilla. La hembra, mucho más sobria, se mimetiza en el paisaje, acaso para proteger el nido de los depredadores. Lo sé por la guía de aves de la sabana de Bogotá que cargo con devoción en el bolsillo de mi chaqueta. Y aunque no logro verlo, escucho entre los saucos el canto ceremonial de un cucarachero de pantano que enaltece mi romería. Es el ritual de la vida, "*la afirmación de la existencia frente al horror*", diría Camus. ¿Quién podría creer que a mis espaldas respira con dificultad la periferia urbana?

♦ La rana de tienda

Después de dos horas de peregrinación por La Conejera, donde soporté con estoicismo la mortificación de los mosquitos que, "*parece que los cría la naturaleza para castigo y tormento de los hombres*" —al decir de Fray Pedro Simón—, inicio el regreso sin haber visto a mi pariente, la rana bogotana, pero albergando nuevas inquietudes en el alma. Mas el destino suele burlarse de nosotros cuando nos

tomamos la vida demasiado en serio. De esta suerte, al entrar a una cafetería para tomar un tinto, veo que tienen un "juego de rana" para el entretenimiento de la clientela. ¡Qué ironía! La ranita siempre estuvo allí, esperándome con su broncínea rigidez y su boca abierta dispuesta a recibir las argollas de mi perplejidad.

Entonces comprendo lo obvio, lo que los peregrinos en tránsito pasamos inadvertido por evidente: que lo importante no es encontrar la verdad revelada, sino mantener los ojos bien abiertos, como la rana, para no perder de vista durante la búsqueda, el encanto agridulce de los accidentes del camino. Y, claro, aprender algo en el intento, como hizo aquel despistado piloto inglés que, según cuenta Chesterton, habiendo calculado mal su rumbo, descubrió nuevamente la antigua tierra británica, creyendo que era una isla inexplorada de los mares del sur.

Basta contemplar con capacidad de asombro la quietud del humedal para entender que, al igual que los muiscas, somos gente de agua. Que el agua es la fuente de la vida, y como tal, debemos defenderla. Quizá sólo así podamos recuperar algo del paraíso extraviado. Y hablando de pérdidas, ya hemos disipado en Bogotá, según las estadísticas oficiales, cerca de 49.000 hectáreas de lagos y humedales. Parece que aún quedan cerca de 800 hectáreas que debemos proteger de la insensatez. Por mi parte, me declaro converso a la causa del agua, y confieso haberla adorado en el humedal de la Conejera. Y no me arrepiento.

❖ Los lavaderos de Lourdes❖

Laura Cárdenas *
lautecar@hotmail.com

De cómo en los 32 lavaderos del barrio Lourdes, abastecidos por uno de los pocos pozos de agua natural de la ciudad —inaugurados en 1936, en la alcaldía de Jorge Eliécer Gaitán—, subsiste la ancestral costumbre de lavar la ropa al frío aire libre.

Durante los últimos 22 años, Blanca Lilia Mora, de 79 años de edad, ha sido la administradora de los lavaderos ubicados en la calle 3ª con carrera 2ª. A cambio de vigilar y cuidar este patrimonio de la ciudad, Blanca Lilia recibe mensualmente $100.000 de la Alcaldía Local y el derecho a vivir en una casa dentro de las instalaciones de cemento.

Los usuarios portan un carnet que los acredita como vecinos del barrio y pagan $1.000 por el servicio, dinero que se destina al mantenimiento del lugar. Cuando Blanca Lilia se hizo cargo de la celaduría, en 1988, por iniciativa de su hijo Luis Alberto —actual presidente de la junta administrativa de los lavaderos—, se pagaban sólo $50 por la lavada de ropa. "*Actualmente, en promedio vienen siete personas a lavar, pero cuando llueve a la gente le da pereza venir*", dice Blanca Lilia.

♦ La ropa de los soldados

Hace muchos años las mujeres que acudían a lavar ropa a los lavaderos lo hacían como una actividad económica. Eso cuenta María de Jesús Velázquez, una de las antiguas habitantes del barrio, quien desde los ocho años empezó a lavar los uniformes de los soldados para ayudar a su mamá con los gastos de la casa. Como ella, muchas mujeres se dedicaron al oficio de lavanderas para paliar la pobreza.

* Estudiante de Mercadeo
Taller biblioteca Luis Ángel Arango

Así le ocurrió a María de Jesús, hija de Ernestina Gómez, quien tenía que ayudar a sostener a sus siete hermanos. María y su mamá se levantaban a la una de la mañana para empezar a lavar la ropa de los soldados y cuando estaba seca, María la entregaba frente al Palacio de San Carlos. Elegían esa hora para lavar porque era cuando más vacíos se encontraban los lavaderos, cuenta María, mientras se frota las manos para combatir el intenso frío que impregna el lugar. Recuerda que a las siete de la mañana le llevaba tinto a su mamá, antes de que se fuera a dormir, y su obligación era cuidar la ropa para que no se la robaran.

No es casualidad que la señora Blanca Lilia, guardiana de los lavaderos, sea su tía por parte de mamá. La pobreza de la familia de María era tan extrema que la mamá mandaba a los niños hasta la Cuarta Brigada del Ejército, ubicada en el barrio Santa Bárbara, para que les dieran de comer. Desde allí subían los niños con las ollas llenas de comida.

Por estar trabajando y ayudando a su mamá sólo cursó hasta tercero de primaria. Y aunque ya tiene otras fuentes de ingresos económicos y no tiene que lavar ropa para sacar adelante a sus seis hijas, continúa yendo a los lavaderos para lavar su propia ropa. Sus hijas insisten en darle una lavadora, pero ella no cambia por nada estos lavaderos de Lourdes y el contacto con la fuente de agua inagotable.

Una costumbre que tampoco abandonan algunas otras mujeres que llegan desde temprano al lugar. También son asiduos los habitantes de la calle que viven en estos barrios, como la Antigua Fábrica de Loza, Belén, Lourdes y Egipto. Ellos pagan por bañarse con el agua de los lavaderos.

♦ Las llamas pasadas por agua

Pero el agua de estos lavaderos no sólo le da cabida a seres humanos, también es generosa con los animales, como es el caso de las llamas, que sirven de atractivo fotográfico para niños y turistas en la plaza de Bolívar. Cuando llueve, las paticas de las llamas se llenan de barro y las personas que las cuidan tienen que ir a los lavaderos para limpiarlas. Ellas esperan amarradas, con su cría al lado, el momento en que la joven que las cuida procede a quitarles el barro de las patas con jabón de barra y cepillo de refregar la ropa. El baño de una llama de pies a cabeza se demora una hora y es todo un acontecimiento.

Los personajes que uno se puede encontrar en los lavaderos de Lourdes varían dependiendo del día y la hora que uno los visite. Por ejemplo, un miércoles en la

tarde, a eso de las cuatro y media, llega un grupo de muchachos jóvenes. "*Son los monaguillos de la iglesia del barrio Belén, que vienen cada ocho días a lavar sus pertenencias*", explica Blanca mientras los señala.

Antes de habitar la casa de los lavaderos, Blanca Lilia vivía en el barrio vecino, Antigua Fábrica de Loza, que prácticamente fue demolido cuando se construyó la nueva avenida Los Comuneros.

En Bogotá son escasos los pozos de agua natural que aún quedan para uso y provecho de la comunidad. Día tras día, desde los tiempos de Jorge Eliécer Gaitán —cuando la ciudad no había sido arrasada por los incendios— el agua sigue brotando de este pozo donde los bogotanos lavan la ropa como en los viejos tiempos.

❖ Un paraíso llamado J.J. Rondón❖

Pilar Rendón Rodríguez *
pillynb1@hotmail.com

De cómo en este barrio de la localidad de Usme se realiza anualmente un festival del agua cuyas actividades concluyen con una caminata hasta la quebrada Yomasa.

Hace dos años los habitantes de Juan José Rondón me abrieron las puertas del barrio, un pequeño y frío lugar apartado de Bogotá en donde el sol no es más que en un bombillo intermitente; los perros, guardianes de la calle; los niños, el pequeño tesoro que hace resplandecer la zona con sonrisas y picardías, y el agua, un bien sagrado al que cada año se le rinde homenaje con pitos y maracas, gritos, disfraces y canciones. El agua es el tesoro que mantiene unidos a los habitantes del J.J. Rendón.

En este paraíso terrenal se encuentra la humilde morada de un guerrero, Chepe, construida con trozos de tablones y latas que sirven de techo. A ese hombre de estatura media, mejillas rojas, piel reseca, cejas pobladas, labios morados —quizá por el frío— ojos cafés y calva resplandeciente, la vida le dio la espalda desde muy temprana edad, cuando a los doce años le confesó a su padre que era homosexual. "*No fue fácil recibir esa mirada de desprecio ni mucho menos ver a mi madre suplicándole de rodillas que no me echara de la casa, pero era tanta la vergüenza que sentía por mí, que me botó a la calle como a un perro que ya nadie quiere porque ha perdido su encanto, porque es feo, huele mal y está enfermo… Así me sentí el día que me quedé sin hogar…*", confiesa entre lágrimas y mordiendo sus labios con los pocos dientes que aún le quedan. "*Aún recuerdo su voz aguda gritándome una y otra vez: 'Yo no crié hijos para que me salieran maricas...' Pero nunca dejé de quererlo porque fue él quien me hizo lo que soy hoy en día, una loca echada pa' lante, una persona de bien, que pese a lo vivido en la calle, lucha por el bienestar de los demás sin esperar nada a cambio...*"

* Estudiante de Comunicación Social
Taller biblioteca Virgilio Barco

♦ Un festival hecho con las uñas

"*Vivir en la calle es pesado, hay que enfrentarse a todo tipo de cosas, saber manejar un sinnúmero de situaciones, aprender a convivir con la droga, la prostitución y las ratas de alcantarilla; sin embargo, hay ciertas ratas con las que no he podido*", dice Chepe al hacer alusión a los funcionarios públicos de la localidad de Usme, "*esos incompetentes que prometen y prometen cosas, pero nunca cumplen*".

Cada año, durante el mes de abril, Chepe organiza el Festival del Agua, un evento en el que participan niños, jóvenes y adultos de los barrios aledaños a J.J Rondón y que pese a los pocos recursos para su realización siempre sale adelante. "*Lo empiezo a planear desde mediados de febrero, la gente hace sus contribuciones con elementos que tengan en sus casas y que ya no utilicen, como telas viejas, tubos de papel higiénico, serpentinas de fiesta, etc. Lo único que le pido a la Alcaldía Local es ayuda con la promoción del festival, pero es tal el descaro de estos personajes que me dan unos afiches grandes, de colores muertos y letra diminuta, con un montón de información sobre las actividades del mes y en el último rincón aparece mi festival… ¡Qué vergüenza! Es obvio que nadie va a asistir porque a la gente uno le llega con cosas llamativas*", explica Chepe con un gesto de indignació. "*¡No entiendo que les cuesta hacer algo bonito que muestre la importancia que tiene el Festival del Agua!*"

Pero pese a la poca ayuda que brinda la Alcaldía, Chepe se las ingenia para conseguir un megáfono e ir barrio por barrio vociferando los días en los cuales se llevará a cabo; la gente sale de sus casas y de manera entusiasta se acercan a preguntar si pueden ayudar en algo. Chepe sólo sonríe y con una palmadita en la espalda les dice: "*Tranquilos, lo que falta es que ustedes vayan. ¡Los espero!... Inviten a todos en la casa que este año la fiesta va a ser en grande*".

El primer fin de semana feriado del mes de abril da inicio a la festividad. El sábado, a las ocho de la mañana, los niños del J.J. Rondón hacen su aparición en el parque central; las niñas visten faldas de colores hechas a mano y en sus mejillas tienen dibujadas pequeñas gotas de agua; calzan sandalias blancas y en sus manos sostienen pitos color azul cielo. Los niños visten jean, camiseta roja y alpargatas, y en sus espaldas cargan las armas hechas de latas, madera sucia y papel reciclado con las cuales defenderán su tesoro, el agua.

Ritual bajo la lluvia

A las 9:30 de la mañana, Chepe, como si fuera el director de una orquesta, tan sólo hace un gesto con la mano y de inmediato sus pupilos, los niños, empiezan a cantar las coplas del agua que durante semanas estuvieron practicando. Al término de cada canto las niñas pitan cinco veces; los niños, por el contrario alzan sus armas al cielo y como si fuera un ritual de la naturaleza empieza una fuerte llovizna que no baja los ánimos de niños y adultos. "*Es como si Dios tratara de decirnos: acá estoy acompañándolos en su fiesta, es tan bonito*", indica Javier, uno de los niños.

El recorrido es largo y la llovizna no cesa, pero entre más avanza la caminata, más gente se une a ésta. "*El punto clave al que debemos llegar es la quebrada Yomasa, un lugar en donde el agua es tan cristalina que perfectamente podemos reflejarnos en ella*", indica Martha Ramírez, madre de familia. "*Es extraño, pero siempre que llegamos a la quebrada deja de llover* —dice Chepe— *como si llegar a ésta tuviera algún poder en la naturaleza*".

Conociendo a Yomasa

Llegar a J.J. Rondón es ser bienvenido por un fuerte ventarrón y conocer el calor humano de humildes guerreros que luchan incesantemente por conservar un bien preciado: el agua. Este paraíso terrenal es dueño de una fría quebrada rodeada de un sinfín de rocas que la protegen, algunas grandes, otras pequeñas, pero que enamoran a simple vista.

Sin embargo, llegar allí no es tarea fácil. El camino es todo un desafío porque hay que recorrer una vía estrecha y en picada, cubierta de pequeñas piedras que pueden convertirse en diminutas trampas mortales. Pero vale la pena porque la paz que se siente al llegar es inmensa, escuchar el canto de uno que otro pájaro entonando leves melodías al oído que de inmediato nos hace olvidar del trajín de la gran ciudad, el choque del agua pura, transparente, cayendo contra las rocas.

"*Para nosotros el agua es un elemento sagrado porque como somos uno de los sectores más pobres de la ciudad, nos vemos afectados por los cortes de servicios; por eso le hacemos tal homenaje cada año, porque un día tenemos con que bañarnos;*

otro no, y la situación puede durar así por meses...", asegura Rosa Vásquez, habitante del barrio.

En ocasiones el agua es un escape para los problemas que agobian a los niños de la zona, así lo expresa Dayana Gómez, de 11 años, piel blanca y reseca, pelo negro y ojos color miel: "*La quebrada es el lugar en donde puedo ser niña. Allí me encuentro con mis amigos y sólo pienso es en pasarla chévere, me olvido de las tareas, de los oficios que tengo que hacer en la casa, las peleas de mis papás, las pandillas que sacuden el barrio, los muertos de hoy y los que vendrán mañana... Ir a Yomasa es dejar de jugar a la niña grande...*"

❖ Aguas termales en Bavaria❖

Jaime Alfonso Vargas Salcedo *
javargas@acueducto.com.co

De cómo el autor descubre que en Bogotá hay un manantial de aguas termales en el conjunto residencial Parque Central Bavaria. Un patrimonio hídrico que deberá protegerse.

En el mismo lugar donde el "milagroso" judío alemán Leo Kopp —que convoca una de las devociones más multitudinarias en el Cementerio Central de Bogotá— fundó la cervecería Bavaria a finales del siglo XIX, se construyó el conjunto residencial Parque Central Bavaria, entre las calles 31 y 32 y la carrera 13 A y la avenida Caracas, edificaciones que dieron inicio a un nuevo proyecto de renovación urbana del centro de Bogotá, el cual no se veía desde la construcción de la carrera 10, concluida en 1952.

Los dos bloques de apartamentos de este conjunto residencial están separados por un parque donde se encuentra la pileta de concreto que protagoniza esta historia. Conformada por dos anillos y un canal; el primero es de 4 metros de diámetro, con una altura de 40 centímetros, y está cubierto por una maraña de buchón de donde brota agua termal de forma lenta pero ininterrumpida. En el segundo anillo, que bordea y se separa del primero unos 30 centímetros, van a caer con coqueto chapuceo hilos gruesos de agua termal. El canal de ladrillo, a ras de piso, de unos 12 metros, atraviesa el parque por toda la mitad para culminar en el costado oriental de la Caracas.

Este manantial experimenta los contrastes de vida y muerte, en medio de dos vías que igualmente expresan dichas realidades: la pileta por la que emerge el agua está ubicada al lado oriental del parque, es decir, al costado de la carrera 13 A, que se caracteriza por ser solitaria, segura, aplacible y elitista; mientras que el agua azulada

* Abogado - Gerencia jurídica EAAB
Taller biblioteca Luis Ángel Arango

que se desborda de la pileta es conducida por una canaleta hasta desaparecer de la superficie sobre el costado occidental del parque, es decir, colindando con la avenida Caracas, una de las vías más inseguras, contaminadas y bulliciosas de la ciudad. En otras palabras, el agua termal nace en un sector agradable y muere al caer en picada en el sector que se viste de muerte y zozobra, ahogándose en las fétidas aguas que con afán llegan hasta el río Bogotá.

♦ Como en los tiempos de la Rebeca

Cuando participo del chapuceo de mi hijo de 11 años en la pileta, no "en cueros", claro está, rememoro aquellas épocas en que los únicos que lo hacían en el centro de Bogotá eran los niños de la calle, en la emblemática pileta de la Rebeca, antiguo Parque Centenario, hoy oculta entre las obras de la avenida 26. Al comentárselo a mi hijo, contesta que "*ni se enteren los andariegos que existe esta pileta porque si disfrutaban el chapuceo con agua fría, muy fría y sucia cómo será con agua calientita y azul*". Aunque suena excluyente, no es más que la sencilla reacción de un niño temeroso de que la pileta sea declarada zona recreacional y se repita la historia de la clásica escultura.

Según el estudio realizado por Ingeominas en el 2003, Inventario de Fuentes Termales del Departamento de Cundinamarca, si bien el agua del manantial del Parque Central Bavaria es de baja mineralización, ligeramente azulada y está identificada como agua termal clorurada, tiene una multiplicidad de ventajas medicinales, dado su contenido de sales y de sulfato de hidrógeno, que sirven como "*estimulante de la cicatrización y reparación de afecciones óseas y ganglionares, favorable en el tratamiento de afecciones respiratorias y cutáneas*", entre muchas otras enfermedades. Según el estudio de Ingeominas, este manantial —con una temperatura promedio de 31.1 grados centígrados— es "*estimulante, mejora circulación, activación de cambios metabólicos, vaso constrictores, es decir, ideal para uso tópico*".

El estudio de Ingeominas entra en el detalle de la técnica terapéutica para balnearios de aguas termales cloruradas: "*Balneario a temperatura variable, una vez al día durante 3 o 4 semanas. Duración de cada sesión: de 5 a 7 minutos para niños y aumento gradual hasta 13 minutos. En adultos, de 10 a 15 minutos*".

A pesar de no estar contaminado de coliformes, sí excede el límite permitido de metales pesados, por lo que su agua no es apta para el consumo humano. De los 42 manantiales termales identificados en Cundinamarca, los únicos con propiedades

diuréticas son los de la Hacienda Susatá, en Nemocón, Agua Clara en Suesca y Repetidora en Chocontá.

Patrimonio natural

Desde tiempos inmemoriales, si lo que brotaba del vientre de la tierra era agua termal, el sitio se convertía en sagrado, medicinal, balneario turístico y, en la comunidad chibcha y muisca, era sitio de descanso exclusivo para el cacique y su séquito de gobierno, como pasaba en lo que hoy son los municipios de Tena, Tabio, Tocaima y la localidad de Suba en Bogotá.

Pero el manantial termal Sie Chitupcua, también denominado El Salitre, que se encontraba en Suba, desapareció por la sobreexplotación de pozos y canteras. Se trataba de un manantial con fines terapéuticos y recreacionales para los caciques Muisca, Tuna y Suba, según lo recuerdan cronistas de Bogotá como Gonzalo Gómez.

Como nativo de Duitama —municipio ubicado a 10 minutos de Paipa— donde se encuentran las piscinas de aguas termales más afamadas de Colombia, recuerdo que el mejor paseo de familia con nuestros pocos recursos era visitar estas piscinas. Por ello, descubrir el manantial de aguas termales en el sitio donde un siglo atrás se surtían de cerveza los habitantes de Bogotá deja un sabor a reconquista del patrimonio.

Bellezas naturales como éste manantial, unido a la riqueza patrimonial histórica y cultural del lugar, así como al proyecto en marcha de renovación urbana del centro, producen un equilibrio agradable, lo que precisamente me llevó a trasladarme con mis hijos a vivir al centro de la capital. Decisión acertada de la que cada vez nos sentimos más orgullos, pues, debajo de esa parte fea e insegura de la ciudad se esconden muchas sorpresas agradables.

❖ El hedor serpenteante de El Tunjuelito ❖

William Alberto Salazar Castellanos *
salazarycastellanos@hotmail.com

De cómo los personajes de esta crónica crecieron con el hedor del río Tunjuelito en los 34 barrios del suroccidente de la ciudad que abarca su recorrido de 73 kilómetros. De la veneración al agua que hicieron los muiscas pasamos a matar la divinidad, al deicidio perpetuo.

Las aguas del Tunjuelito definen los 30 años de existencia de Freddy Toro. Sus padres, junto con otras familias, le robaron las riberas al río y construyeron un espacio propio marcado por la pobreza y la fealdad. Calles y casa erigidas sobre el lodo y el fango. De niño, recuerda con cierta emoción, sus pies descalzos corrían por entre los montes de inmundicias que coronaban los charcos dejados a su paso por las inundaciones. El río buscaba las vías naturales para recobrar su cauce. Las aguas arrasaban con todo. Y sobre el ambiente flotaba el olor. El olor del agua podrida de un río envenenado.

"*La contaminación del río* —dice Freddy— *es culpa de todos. Es Bogotá entera la que contribuye a que sus aguas sean un revoltijo de trabajo y mugre*". Levanta la quijada y con sus labios señala el horizonte: "*Mire que por estos lados ya ni huele. O de pronto, nos acostumbramos al mal olor*".

El hedor juega a las escondidas con la comunidad del Tunjuelito. Y se divierte con los extraños que lo recorren. Se lo encuentra posado sobre las aguas. Revolotea en los tejados. Se abalanza desde la hierba. Queda confinado en pocas calles. Desaparece en cualquier esquina. Tímido, brota desde un andén. Y de pronto, sin buscarlo, se topa uno con el vaho putrefacto que todo lo impregna. El hedor es real.

Afecta no sólo a San Benito, el barrio de Freddy, sino a los 34 que están asentados en la cuenca del río. Tres millones de personas que deben soportar la fetidez. Un olor

* Administrador de empresas
Taller biblioteca Julio Mario Santo Domingo

acre a boñiga. Químicos, cueros y deshechos vertidos a las aguas del río todos los días en sus 73 kilómetros de recorrido.

Un mar de historias salpica la contaminación del Tunjuelito. Dan vida al drama detrás de las estadísticas. Son propias o lejanas. Nos narran el error histórico, la ignorancia del desarrollo. La combinación, siempre difícil, del agua, el dinero y la pobreza. El choque entre dos culturas: una que considera el agua como elemento mercantil; otra, la marginada y desigual. La que sufre por su escasez. La que trabaja extrayendo sus arenas, lavando cueros, clasificando desperdicios. Entre unos —que operan gracias al derecho de pagar por contaminar— y otros que lo hacen por necesidad, sobreexplotaron su capacidad. Lo convirtieron en depósito de residuos y captación de materias primas. El azul gratuito se transformó en negro mortecino.

♦ Nacimiento y tragedia en Sumapaz

Los verdes pastizales del páramo de Sumapaz, donde nace el Tunjuelo, dan cuenta de lo idílico del paisaje: son caminos destapados de tierras fértiles holladas por ancestros que veneraban el agua. Potreros y casa rurales desperdigados entre el follaje. Conjunto de árboles vigilan cercas de púas. Un perro se escucha ladrar trastornado, quizá por el gris plomo de la tormenta. Minutos después las nubes ceden su paso. La lluvia despierta la belleza del páramo. Constelaciones de gotas forjan telarañas de diamantes en las hojas. El bosque sale de su letargo suavizado por la luz del sol que difumina el cielo.

Desde un promontorio observo los cultivos del páramo. El de papa no se destaca. A finales del siglo XIX, mil hectáreas cultivadas de papa redujeron en un 40% su vegetación. Fue el comienzo de la tragedia del río. A medida que el páramo se convertía en la despensa de Bogotá se reducía su capacidad hídrica. Me acerco a los arbustos de coníferas. La Bogotá de esas décadas era una ciudad sedienta: más población, más agua potable, más emergencias sanitarias. Se encontró la solución mirando hacia el Tunjuelito y construyendo el embalse de La Regadera. Toco las coníferas: ¿Pueden ser estas las mismas de hace 100 años? No lo sé. Para proteger el almacenaje del agua potable se plantaron coníferas europeas y norteamericanas. Árboles de otros suelos que subsistieron en el de Sumapaz minándole su fuerza. Otro golpe para el río. No se previó, o no se sabía, que este desarrollo contribuiría en parte a desecar las zonas anegables. El humedal desaparecería. Y se urbanizaría sobre las tierras húmedas.

A la sombra de los refugios permanentes nacieron las industrias. El Tunjuelito se reflejó, entonces, como una oportunidad de progreso. A la par con un techo sus aguas traerían un sustento económico. Curtiembres, gravilleras, areneras y otras más se instalaron muy cerca a sus orillas. Ya fueran operarios, propietarios nacientes o grandes empresarios; propios y foráneos aprovecharon el río para satisfacer sus necesidades.

A 389 kilómetros de distancia, en Bucaramanga, se crean diseños que calzan a buena parte de la población colombiana. Desde los años sesenta las curtiembres extendidas a lo largo del Tunjuelito se han convertido en el principal proveedor de materias primas para los fabricantes de calzado, informa Álvaro Salazar, un reconocido empresario de esa ciudad. Al indagarle sobre los problemas del río, agrega: "*Fui en días de inundaciones. El agua hasta los tobillos y uno comprando cueros. Se sabe que contaminan. Y el olor es pegajoso e incómodo*". Luego se refiere a los camiones que veía salir cargados de arenas y carnaza que, para él, también, son responsables del daño ambiental. Y añade: "*Insufrible debe ser vivir ahí*".

Las curtiembres nefastas

Atestadas unas junto a otras en calles largas y solitarias, las 400 curtiembres del Tunjuelito procesan las pieles con un arte milenario. El agua del río se mezcla con químicos, cal, sulfuro, amonio, sodio, cromo, en un coctel indispensable para que el cuero quede limpio, teñido y listo para la venta. El agua oscurecida por los deshechos es revertida al río. Este método continuo de contaminación ha menguado la vida en la cuenca. Sus efectos nocivos han repercutido más allá de lo irreparable a sus aguas.

Según un estudio dirigido por el Departamento de Toxicología de la Universidad Nacional de Colombia, la exposición al cromo ha incidido en el aumento del cáncer pulmonar en la población del Tunjuelito, sin importar sexo, edad o labor realizada. No obstante, es común ver los operarios de las curtiembres, en gran número empresas familiares de hasta ocho empleados, trabajar con mínimas medidas de seguridad e higiene.

En la actualidad, enfrentar la presión social es el mayor reto para las curtiembres. El río ya no invade sus propias tierras. La alcaldía y la empresa de acueducto lograron contener el brutal azote de las aguas al levantar los jarillones, pavimentar las calles y cambiar el sistema de alcantarillado. Y con los predios e industrias ya legalizados, la

mayor parte del dinero y tiempo disponible se invierte hoy en cumplir las exigencias de los grupos ecológicos, del medio ambiente y el gobierno. "*Las inundaciones ya no son el problema* —dice Freddy, empleado a su vez de curtidos Lince, de propiedad familiar—, *la dificultad radica ahora en las diferentes propuestas para descontaminar que se han planteado y en la poca asistencia, clara y práctica, para entenderlas*".

El año pasado, por ejemplo, se instalaron unos tanques subterráneos para el proceso de descontaminación. "*Nos hicieron invertir 40 millones de pesos a cada curtiembre en la construcción de los tanques. La técnica falló. El agua retornaba al río más limpia, pero ¿quién y cómo se purificaba el tanque de los residuos químicos? No se encontró respuesta y dieron la orden de sellar los tanques y de construir unos aéreos*", se lamenta Freddy. Y aunque las nuevas tecnologías hablan de químicos ecológicos, pocas empresas con capacidad monetaria han aplicado estos avances. "*El gobierno las apoya con asesoría y recursos de financiación, a las demás nos exhortan a cumplir o cierran las empresas*", dice Freddy.

Causar un daño de impacto ecológico puede conducir al cierre temporal o definitivo de las empresas que abusan del agua. Diferentes artículos periodísticos aparecidos en el diario *El Espectador* entre los meses de junio a septiembre de 2010, denunciaban las industrias que supeditaron el uso del agua y la naturaleza al arbitrio de sus necesidades. Las tres grandes gravilleras y cementeras de la ciudad desviaron el lecho del río de manera ilegal afectando su cauce, sus acuíferos y aguas subterráneas. En palabras de Juan Antonio Nieto Escalante, secretario distrital de Ambiente, Holcim, Cemex y la Fundación San Antonio causaron un daño ambiental irreparable. El ejercicio irresponsable de la minería obligó a clausurar las empresas de manera transitoria. Se les conminó a resarcir de manera pecuniaria a la ciudad e invertir en el perjuicio causado. Aunque no todos comparten esa decisión. La Cámara Colombiana de la Construcción sostiene que el metro cuadrado para construir dentro de la ciudad se ha disparado por el costo de traer arenas de sitios circunvecinos y la carga de los trabajadores cesantes.

♦ Desde el averno

Mientras se sellan unas empresas, otras siguen destruyendo la cuenca con su accionar diario. El relleno sanitario Doña Juana, único sistema de disposición de residuos de la capital de Colombia, recibe en forma permanente 5800 toneladas de basura. Desperdicios al aire libre que producen un exceso de lixiviados y emanaciones que están destruyendo los acuíferos y propagando infecciones respiratorias.

Desgajadas de los cueros, otras empresas se sostienen del río y participan de modo indirecto en su contaminación. Al esquilmar las pieles, los sobrantes cárnicos y carnazas son transportados desde las puertas de las curtiembres a otros portones testigos de su conversión en sebo, huesos para animales, gelatina, chicles, embutidos, carnes frías y cápsulas médicas.

A estas situaciones se refiere Freddy cuando habla de la contaminación: "*No solo los que vivimos en los barrios a lo largo de la ribera del río somos culpables de su muerte*". Afirmación que coincide con la de Luis Berneth Peña, investigador de la universidad Externado de Colombia: "*La urbanización de la cultura moderna ha implicado también la del agua. Es poca el agua que escapa al uso humano. Las ciudades explotan, contaminan y aprovechan. Por la severidad de la contaminación, el de la cuenca del río Tunjuelito es un caso triste y famoso. De alguna forma todos los bogotanos somos vecinos del Tunjuelito*".

Otras voces brotan sobre la superficie. Desde el Averno, los jóvenes del Tunjuelito perciben su entorno y vislumbran el futuro. Averno es una fábrica de confección de chaquetas de cuero. Su nombre justifica la vanidad del dueño, Orlando Soto. En un local donde el río no se divisa, el olor serpentea por los costados y los carteles de Therion, el famoso grupo sueco, se entremezclan con cueros y revistas, se escuchan los posibles desenlaces respecto al estado de la cuenca. Se predice un final aterrador: el agua nunca más se recuperará y habrá un desplome en la producción e incluso conflictos entre los habitantes. Orlando sigue trabajando al compás de la conversación. Su escenario es diferente. El estado del río es producto de la necedad de todos. El temor no es la amenaza de tener muy poca agua o demasiada; es no saber qué hacer con ella.

Entran otros clientes y hay nuevas ventas. Bien sabe Orlando que el fatalismo no es la respuesta. El desafío es hacer las paces con el agua. Reencontrar el orden natural en el Tunjuelito buscando una geografía urbana más justa. Y evitar la codicia porque: "*Tal vez ella ha hecho a airar a los dioses*".

Le pregunto a Freddy por sus expectativas. Su respuesta es simple: "*Seguir luchando y trabajando sobre el río. Aunque la contaminación no es sólo de los que vivimos en el Tunjuelito*".

❖ Orquesta de trinos en Itzatá ❖

Luz María Esperanza Gómez Acevedo *
lmega59@gmail.com

De cómo 99 especies de aves prenden la fiesta en las 40 áreas del humedal Córdoba protegidas por la comunidad vecina. Crónica biodiversa en sonidos y en colores.

El sol, como invitado de honor, asomó su cara caliente por los cerros para dar comienzo a la fiesta de bienvenida al caudal ecológico. El agua lo estaba esperando y, coqueta, le dio brillo a sus mejillas. El suelo puso su milenaria alfombra de ocres a disposición de todos. No hay en el planeta fiesta sin sol, agua, aire y tierra. La fiesta durará todo el año. Será permanente para que puedan venir los invitados del norte, sur, oriente y occidente. En 1999, el proyecto de la Alcaldía Mayor, bajo la responsabilidad de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá, "Rehabilitación de las zonas de ronda y zonas de manejo y preservación ambiental del Humedal de Córdoba", amenazó la fiesta.

La música estaba a cargo de las aves. Para participar en la misión vinieron, desde Virginia (Estados Unidos), México y Belice, los cardenales abejeros con sus finas flautas de gorjeos, vestidos de rojo como los príncipes de la iglesia para recordar, aún de fiesta, el valor del heroísmo y el sacrificio por la fe. Cualidades que hacen posible que viajen desde tan lejos impulsados sólo por sus alas, el trabajo en equipo y el soplo del viento. Vienen a pesar del riesgo; saben que en este lejano territorio el 9% de las aves que lo habitan está catalogado con algún grado de amenaza. Las malas noticias no les quitan fuerza. ¿Hubiera sido tan fuerte su fe si hubieran sabido que el proyecto implicaba talar 1500 árboles para reemplazarlos por igual número de lámparas e iluminar con ellas el nuevo parque lineal que conectaba el oriente con el occidente de la ciudad?

* Psicóloga generalista jubilada
Taller biblioteca Julio Mario Santo Domingo

Los mosqueritos gorguiblancos trajeron sus instrumentos hechos de semillas tomadas de las más de cuatro mil especies de árboles de la cordillera de los Andes, desde Argentina hasta Venezuela. Golpecitos de semillas contra semillas, unas huecas y otras compactas, en sutil percusión evocan un sonido que no puede faltar en un homenaje hecho en Latinoamérica. Los anfitriones, chamiceros y sus parejas, dan la señal para comenzar la fiesta. Si ellas, con seductora indecisión, no hubieran querido venir, ellos se habrían quedado en casa para acompañarlas. Saben de la importancia de esta celebración por eso; además, invitaron a sus vecinos el cucarachero y la cucaracherita, esa que desde que él la vio quería que fuera su parejita. "*Es mi amor tan grande que parecen dos, que parecen cuatro, mira, lo juro por Dios*". Con el proyecto, tanto amor será imposible. Las lámparas estarán encendidas toda la noche para iluminar el trayecto de quienes vengan por la ciclorruta o se reúnan en sus plazoletas, acabando de esa manera con la intimidad de los nidos que albergan desde siempre el amor pajarero. Para ciertos amores la oscuridad amplía las certezas.

La aurora boreal le pintó las patas de amarillo al chorlito para que viajara en 'patota', del sur, del norte de América. Vienen a hacerse cargo con sus ancestrales timbales de improvisar una cueca o algo de jazz listos, como siempre, a complacer a los invitados. Es por ese mismo generoso amor que los cazadores sólo tienen que matar a uno para que los demás vengan, casi sin pensarlo, a acompañar al caído en desgracia, haciendo de su amor filial recompensa efectiva para el cazador y, para ellos, pena de muerte. 'Cabeza de chorlito' le dicen a aquellos que en su ingenuidad confían en los perversos.

Sabemos que lo del chorlito no es despiste, es solidaridad. Esa misma que movió a Pablo Castillo, Alfonso Ronderos y a Alfonso Mantilla a organizar la Junta de Acción Comunal del Barrio Niza Sur y a instaurar una acción popular para defender todas las ciudadanías que hacen parte del territorio del barrio. También, para muchos, ellos eran cabeza de chorlito. ¿Cómo así que se atreven a oponerse a un proyecto que beneficia a los ciudadanos urgidos de espacios para el encuentro en plazoletas de adoquines, recreación activa en ciclorrutas, agua para sus barcas, campos de golf y caminos asfaltados para mantener limpios de barro sus zapatos deportivos? Y no es chiste, así fue.

Las tinguas de pico rojo, las de pico amarillo y las azules, como las Hermanitas Calle, cantan a tres voces, lo hacen a pesar de la contaminación de los humedales bogotanos; ellas aún no logran entender cómo a su hermana, la tingua bogotana, que recuerda con su caminar el elegante porte de las damas de La Candelaria y Chapinero, la ha puesto en peligro de extinción el interés de sus conciudadanos humanos por lo artificial, el cemento, los vehículos a motor, el dinero rápido, el

consumismo y demás perversidades que, revisadas, podrían ser devueltas a su justa medida.

Al pato barrequete, que más bien debería llamarse 'berraquete', por su capacidad para resistir la caza indiscriminada, le gusta el sur y por eso vino con su familia a "tropicalizar". Aportó la percusión. Lo hace escondido entre los juncos. Aún no logra recuperar la confianza que perdió el día en el cual, por el exquisito gusto *gourmet* de los humanos, se convirtió en plato exclusivo del menú: "Pato salvaje a la naranja". El pato es más que opción del gusto. Sus alas de color azul le confieren una belleza única, sus precoces polluelos nacen con los ojos abiertos, pueden caminar, nadar y encontrar su propio alimento pocas horas después. Saben de aerodinámica, vuelan en V para ahorrar energía y sufrir menos con las turbulencias. Han aprendido que los líderes son temporales y deben pasar a la cola con sus iguales cuando la misión encomendada por el colectivo ha sido cumplida.

Mauricio Castaño también lo sabe y con el apoyo de Vicky, su mamá, asumió el compromiso de orientar el Comité Ecológico de la Junta. Hoy, a sus 30 años, desbordante de compromiso, a veces solo dedica el poco tiempo libre que le deja su trabajo de diseñador gráfico a sacar el buchón cuando invade el humedal, cuidar con ética cuanto ser viviente se encuentra y, como buen tejedor, sostener y hacer posible la trama que soportó la acción popular contra el proyecto, ganada en franca lid ante el Acueducto en los tribunales en julio de 2001. El Consejo de Estado confirmó la sentencia. La fiesta se puede hacer, la Justicia lo garantiza.

Las aves con nombre de juego infantil, las tángaras, trajeron su paleta de colores. Los azulejos con todos los tonos de azul puestos encima, a la ventirroja le alcanzó el rojo sólo para la barriguita, la enmascarada trató de pasar camuflada y la veranera, a pesar del frío, vino. Los colibrís, originarios de América, tienen la difícil tarea de batir sus alas y hacer demostraciones de armonía y equilibrio cuando pongan su pico dentro de la flor del abutilón, su preferida, para polinizarla a cambio de un dulce beso. Hablando de dulce, la reinita cabecidorada trajo su corona y sus grandes deseos de miel y azúcar. A cambio promete cantar.

El dulce necesario para complacerla no hubiera sido posible si Roberto Meléndez Klaus Mieth y Liborio Sánchez no hubieran aprendido de los abutilones lo que son las "Centrales de néctar". Con dinero de sus bolsillos pagaron cada arbolito que sembraron y cuidaron, uno aquí y otro allá en laboriosa anarquía por 30 años e, igual que otros famosos anónimos, reconocieron que el "sólo por hoy" es el principio fundamental de cualquier cambio y este empieza siempre por sí mismo. Simple cuestión de amor propio cuidar un árbol para sus reinitas.

No hay fiesta sin tirano y sin quien la embarre. El tirano norteño vino desde Quebec (Canadá). Extraño que viniendo de esas tierras tenga una mirada de tirano que no deja lugar a dudas. La familia Columbidae ya estaba aquí, mejor dicho, en toda la ciudad hace presencia, la torcaza, la livia, la sabanera, la columba. Sí, claro, las llamadas vulgarmente palomas. Esas que casi siempre aparecen sólo para cagarla. Son su blanco preferido los monumentos a héroes perdidos en la historia y las majestuosas iglesias que exigen respeto. Ojalá la ciudad tuviera con ellas esa misma consideración para reconocer que sus embarradas aportan una que otra semilla las cuales, si en lugar de caer en los senderos y plazoletas de adoquín y pavimento lo hicieran en la tierra, su trabajo quedaría bien hecho y no serían tan mal vistas. Bien claro tenían esto quienes sin demora y sin excusas de distancia, vinieron dispuestos desde los otros humedales a ayudar a tejer la fiesta. Sólo se defiende lo que se ama y sólo se ama lo que se conoce, fue la bandera izada para marcar el lugar de la fiesta. El humedal de Córdoba.

El sirirí vino de África, algunos familiares ya estaban en América ¿Fueron de aquí para allá o de allá para acá? ¿Quién lo sabe? Sólo sabemos que le gusta la tierra caliente, mil metros sobre el nivel del mar, sin embargo, algo debe haber ocurrido en la ciudad para que hayan decido venir a veranear 1600 metros más arriba ¿El calentamiento global? Y como todo lo que nace en el trópico, su energía le aguanta hasta las horas crepusculares para mantener animados a los invitados con el sonido que lo distingue e, incluso, le da su nombre.

Luis Jorge Vargas, el biólogo, parece hecho de su misma naturaleza. Repite día a día, sin agotamiento ni desesperanza que la ciudad no puede seguir esquiva a lo ambiental. No puede, ni debe ignorar el amor que la biodiversidad le ofrece.

Los pasabocas están listos, es la cuota de los insectos y el zooplancton a la fiesta. Está definido en el protocolo, 50 clases, para todos los gustos, pulgas de agua, hidra, ciclops, ninfas de caballito de diablo, escarabajos, chinches, orugas ¿Qué le provoca? Es por la exquisitez de su sabor y contenido proteínico que el humedal ha podido demostrar, en las sólo 40 hectáreas de extensión que la presión urbana le ha dejado, que puede ser la cuna preferida de 99 especies de aves, 33 migratorias del hemisferio norte y 2 del hemisferio sur. A otras 19 especies les gusta venir a visitarlo. 132 razones suficientes para motivar al Instituto de Investigaciones Biológicas Alexander Von Humboldt y a BirdLife Internacional a declararlo como AICA (Área de Importancia para la Conservación de Aves).

Atender estas razones bien vestidos fue idea de Diana Balcázar, quien insistía que para venir a la fiesta había que hacerlo con ropa color tierra y de adorno traer unos

binóculos para observarlas, así no se asustan y nos permiten contemplarlas en toda su belleza. Razón para insistir en la fiesta.

El bosque, escenario de la fiesta

Los árboles del bosque protector son los responsables de la carpa y del aire que contiene. Viven juntos hoy, esbeltos, maduros y foráneos urapanes, eucaliptus y pinos al lado de nativos arrayanes, alisos, saucos, borracheros y cauchos tequendama y sabanero, frondosos y de mediana estatura, como lo hacen, en la localidad de Suba, los descendientes de chibchas y europeos. Es tan bueno su trabajo que los ruidos de la ciudad se desvanecen entre sus hojas para dejar que los sonidos de la fiesta se perciban con la exclusividad de un teatro en Milán.

Los sagrados nogales, cedros y el arboloco —no hay nada sagrado sin algo de loco— están listos a prestar sus tallos, ramas, flores, semillas y frutos para abrigar, acunar, alimentar, cuidar y remediar a los asistentes a la fiesta sin olvidar el aporte de material de trabajo que le hace al pájaro carpintero, que como honorable artesano, trabaja mientras se divierte. Igual hace Myriam Luján, quien dispuso su casa muchas veces para que, como todo lo que se hace de corazón, hacerlo desde adentro, dejando ver que la fuerza de lo femenino no puede estar ausente de la organización de la fiesta, menos si se es costeña. No fue la única, Martha Andrade, de Jaboque, hizo lo mismo. En su casa, el perro, recuerda a los visitantes que él está a cargo de su cuidado, tal como deben hacerlo quienes se comprometen a defender la vida, a nunca bajar la guardia.

Cuando cae la noche, las ranas sabaneras se hacen insustituibles evocando la llegada de una forma de silencio que marca el fin de la fiesta diurna y da comienzo a la nocturna. Traen otros tonos musicales, el pentagrama varía y eso la hace aún más maravillosa.

Los manteles a cargo de la vegetación acuática brindan cobertura al agua, el barbasco, la lentejitas de agua, el botoncillo, el helecho acuático, entretejidos con eneas, cortaderas, papiros, juncos, lengua de vaca y hasta el invasivo buchón, cubren la mesa que soporta el infatigable trabajo de un humedal: controlar las inundaciones haciendo de esponja de baño. En épocas de lluvia almacena agua y en la seguía la ofrece de nuevo a quienes la necesitan, recargando y descargando las aguas subterráneas, regulando el clima, reteniendo sedimento a los cuales les extrae ricos nutrientes. Ofrece, a pesar de su incomprendido trabajo, la belleza de un paisaje que en su inconsciencia el hombre ha querido cambiar por sus grises paredes de

cemento para terminar dándole la espalda, además de descargarle las sucias aguas de sus inodoros, industrias y talleres y calles, suficiente motivo para matarlo. La Contraloría no se dio por enterada, la Defensoría del Pueblo sí, menos mal.

A pesar de todo, como dice la canción, con cada nuevo sol el humedal sigue tejiendo sábanas y alfombras para Itzacá, nombre de la mujer sagrada cuidadora de los cerros de Chipacuy (Conejera) y espíritu guardián de la laguna. Los tímidos curíes que la gente confunde con ratas, ayudan a podar el pasto, el invasivo kikuyo. Es curioso, son los invasores los que realmente aprecian las riquezas que niegan los que deben sentirse orgullosos de poseerlas.

El humedal de Córdoba es la joya ofrecida en usufructo por la naturaleza, sin embargo, como todo lo que no se merece, es apropiada de manera inmisericorde y sin contraprestación por el invasor. Llegó el momento de reconocer lo que vale un humedal.

El aire, uno de los invitados, habría quedado minusválido sin los árboles. ¿Quién lo limpiaría? ¿Quién habría hecho la retención del polvo que deja el paso de los automóviles por las cuatro avenidas en las que se fragmentó el humedal —la Boyacá, la Suba, la Córdoba y la 127—, cuando la ignorancia sobre su valor campeaba entre quienes tomaron esas decisiones? ¿Cuánto polvo iría directamente a los pulmones de los habitantes de los barrios vecinos? Un árbol retiene 60 unidades de polvo por metro cuadrado, el pasto lo hace con 16 unidades y el pavimento lo hace sólo con una unidad en ese mismo espacio. ¿Cuánto polvo irá a los pulmones de los ciudadanos vecinos si el proyecto hubiera talado los 1500 árboles que se proponía?

Más aún, ¿quién habría descompuesto el dióxido de carbono, el venenoso CO2 producido por una ciudad que no para de crecer desde que se hizo grande? Gracias no dadas a quienes, mereciéndolo, limpian incansables el aire. Los árboles jóvenes fijan el carbono para crecer en tamaño, a lo alto y ancho, expeliendo, de su propia combustión, el infaltable oxígeno y conservando para sí el CO2 y, como a la mayoría de los jóvenes, casi nunca se les reconoce su irremplazable función. Revisar el proyecto evitó que los sembraran bajo las estrictas leyes del urbanismo, uno cada cierta y fija distancia, como lo hace la ciudad con ellos, impidiendo que se provoque la creativa e insustituible sinergia que surge de la comunión entre generaciones. Talados los viejitos por considerarlos inútiles ¿Quién cuidaría los nidos, brindaría apoyo, abrigo, comida, seguridad, carantoñas y la sabiduría de los frutos propios de la edad a los pequeños? Talar los viejitos y a los jóvenes aislarlos habría sacrificado relaciones vitales en aras de la estética, el miedo a los delincuentes y, sobre todo,

habría actuado a favor del miedo a perder el control, cuando en un universo hecho de incertidumbre, el control es una falacia.

El suelo también reclamaba ayuda. Había que evitarle la camisa de fuerza que, sin mediar locura, el proyecto le imponía. 3.6 metros de ancho hechos de ladrillo y pavimento rodearían todo el perímetro del humedal dejándolo endurecido e impermeabilizado, incapaz de cumplir la función de filtrar la materia orgánica. Hojas, plantas y animales muertos no serían alimento de insectos y zooplancton, a su vez alimento de aves, ranas y mamíferos, grupo al que pertenecen quienes diseñaron el proyecto y quienes lo defienden ¿Quién comería qué? Ciclorruta era la marca escarlata, color del ladrillo, así, peatones de afán, ciclistas, motociclistas y hasta zorreros pasarían de largo pisando su corazón inconscientes del daño que se hacían a sí mismos. Pasa tanto en la ciudad con el suelo que parece normal.

El agua, 80% en los bebés y 66% en el cuerpo humano adulto, alma de la tierra y de los seres vivos no corría mejor suerte, aunque lo pareciera. El proyecto proponía aumentar su capacidad de embalse en 1'220.000 metros cúbicos, sonaba bien. Ya se veían los 'chinos' de los barrios aledaños escapando de sus padres para bañarse en sus contaminadas aguas, como ocurre en el río Bogotá y el humedal de Tibabuyes (Juan Amarillo), donde se hizo dragado masivo en la zona alta sin descontaminar realmente sus aguas. Hoy, vecinos y autoridades se autoengañan, se hacen los de la vista gorda ante el baño inconsciente de sus niños y jóvenes y la pesca a escondidas. Agua contaminada que va al cuerpo humano y al de los peces que van a la olla con todo y sus tóxicos metales pesados: arsénico, mercurio, cadmio, talio, plomo entre otros. El plomo no viene sólo en balas, también está en aguas contaminadas y puede hacer más daño porque no se ve, ni se siente, mientras daña la hemoglobina de la sangre y el sistema nervioso. El cadmio daña el riñón y el pulmón. El mercurio provoca malformación congénita. En Córdoba, la comunidad quería ver sus ocho espejitos reflejando salud y belleza; el dragado había que hacerlo prácticamente a mano y el agua pura debía alimentarlos. Así se acordó.

Mingas de conocimiento sacadas del alma indígena que los mestizos llevan puesta, rescataron de sus profundidades la sabiduría que la madre tierra ha enseñado por milenios a quienes la saben comprender; se creó una red social: la Red de Humedales de la Sabana de Bogotá, que se consolidó y a pesar de los hilos rotos que no faltan fue posible la fiesta.

Hoy, un Plan de Manejo Ambiental debidamente concertado y aprobado (Resolución 1504 de 2008) orienta la acción y califica los resultados. La Gerencia Ambiental del

Acueducto, con Germán Galindo a la cabeza, cumplió lo prometido, se hizo parte del cerramiento perimetral, el saneamiento predial y el control de algunas conexiones erradas.

La red, transformada en canasto, contiene los frutos sembrados y cosechados por la comunidad. Los puntos más duros de la negociación, traer agua limpia al humedal desde los cerros y hacer el dragado prácticamente a mano son un hecho. Las magistradas Martha Betancourt Ruíz y Amparo Oviedo pueden ver su misión cumplida. En abril de 2010 se dio la bienvenida al Caudal Ecológico, nombre que le puso Luis Jorge al agua fresca que bajó de los cerros por entre un tubo de tres y medio kilómetros de largo y tres pulgadas de ancho luego de separarse de su madre, la quebrada Santa Bárbara, para venir a fecundar la vida. Itzatá, como novia en luna de miel, lo recibió con los brazos abiertos.

Decía un chamán de la Amazonía colombiana que robar es no dar nada de sí. Hoy, la ciudad ha comenzado a pagar su deuda y lo está haciendo bien. Serán necesarios muchos más de 10 años de trabajo para restaurar lo dañado, devolver lo quitado, proteger lo que merece por derecho propio ser protegido y amado, sin embargo, hoy la lección aprendida en Córdoba ha ayudado a los 13 humedales reconocidos por la ciudad a ser tratados mejor que antes. La fiesta continúa. Cada día llegan más invitados. Usted está invitado.

Aguas arriba, aguas abajo en el Tunjuelo

Juan Carlos Soto Castillo *
magnus324@gmail.com

De cómo hasta hace medio siglo el río Tunjuelo era fuente de vida; ahora, al internarse en la urbe pierde el encanto y la pureza que trae del páramo y se convierte en la alcantarilla fluvial del sur.

"*Cuando uno llega gritando, la laguna se pone brava y se esconde detrás de la neblina*", cuenta Alejandro Zárate, un pequeño de 11 años, rubio y de ojos verdes, que vive en una casita allá arriba, en el páramo de Sumapaz.

Mientras Alejandro habla de la espesa neblina y de lo mágico del lugar, otros niños rememoran al unísono las aventuras que han tenido cada vez que visitan la laguna de Los Tunjos. Él y sus compañeros van cada tres meses a modo de premio que les da la escuela por las buenas notas del curso. Su visita comunal ocurre en el más estricto silencio para no ir a espantar a las sagradas aguas que montaña abajo les provee la vida.

En un principio todo es agua. Está en el aire, en el viento, se condensa en las hojas de una vegetación paramuna y se desliza gota a gota. Agua que se vuelve charco, charco que se vuelve laguna, laguna que se vuelve quebrada, quebrada que se vuelve río. Allí, en un paraje tranquilo del Parque Nacional Natural del Sumapaz—que también es una localidad de la capital—, lleno de verde, de frailejones y de musgo, nace el río Tunjuelo.

* Técnico profesional en Periodismo
Taller biblioteca El Tintal

73 kilómetros de recorrido

Cada paso que se da sobre este suelo acuoso se convierte en un pozo minúsculo, limpio y frío. El río inicia allí un recorrido de 73 kilómetros por ocho localidades de Bogotá. A su cuenca le aportan 62 afluentes, riachuelos que brotan de la montaña y que se suman a las gélidas aguas que vienen del páramo más grande del mundo.

Toma su nombre del diminutivo que le dieran los conquistadores españoles al "Tunjo", una figurilla antropomórfica en oro elaborada por los sutagaos, tribu indígena que habitaba en las vecindades bajas de la región del Sumapaz, y que comerciaba con los muiscas asentados en la explanada de lo que hoy día es el corazón de Usme.

"*Gonzalo Jiménez de Quesada lo vio de lejos* –comenta Juan Gabriel Pineda, historiador urbano de la Universidad Nacional–, *cuando el Zipa de Bacatá, derrotado por el explorador ibérico y los 70 hombres a caballo que sobrevivieron a la travesía conquistadora desde el mar, le mostrara lo que eran sus dominios*".

En ese entonces la sabana no era sabana sino una intricada red de pantanos, lagos y humedales que engrosaban el Tunjuelo al desbordarse hacia el sur y que abarcaban el paisaje hasta los confines de la altiplanicie.

Desciende de sus sagradas alturas por entre verdísimos campos salpicados de tierra negra y frailejones. Su cauce gana fuerza y se vuelve agreste al chocar con las piedras. Un águila real surca el cielo, mientras venados, osos de anteojos y conejos conviven con los campesinos en las silenciosas praderas de la localidad más rural de Bogotá. En esta zona es aprovechado por los vecinos para regar los cultivos y para bañarse. Es un río limpio.

Pero el equilibrio natural peligra. "*Los padres de algunos niños queman frailejones el día de las velitas; otros estudiantes cazan desde temprana edad*", comenta Pilar Herrera, la maestra de Alejandro, que imparte clase de ciencias naturales en la escuela de la vereda El Destino.

—*Una vez maté un águila*— comenta orgulloso Camilo Pote, el gigante de la clase que apenas tiene 10 años.

Es una costumbre heredada.

—"*Mi papá hace tiempo cazó un oso de anteojos para llevarnos de comer"*— relata Angélica Pinzón, de 11 años, ojos azules y cabello azabache. "*Y lo demandaron porque está prohibido*", concluye un poco sonrojada.

Los niños de El Destino son conscientes de lo importante que es mantener el balance del ecosistema. Saben de oídas que en la ciudad el río es sucio, pero no imaginan cuánto.

Del campo a la ciudad

Del páramo de 3.860 metros sobre el nivel del mar, desciende el río hacia la represa de Chisacá, para después escurrirse hacia el embalse de La Regadera. Es allí donde empieza a llamarse Tunjuelo. Las obras de estos embalses y la construcción en 1950 de la planta El Dorado permiten el suministro de agua potable para 250.000 habitantes de las localidades ribereñas.

Luego llega al antiguo Usme, donde comienza el ritual de contaminación con los residuos que las carnicerías del otrora municipio arrojan en él. A partir de allí recibe 28 afluentes que vienen de zonas altas de sus localidades vecinas: Ciudad Bolívar, San Cristóbal y Rafael Uribe.

Continúa su suave fluir y pintado de un tono carmesí baja hasta la presa seca de Cantarrana. Es una estructura de 38 metros de altura y 600 metros de longitud con capacidad para almacenar hasta 2,5 millones de metros cúbicos de agua. Fue una obra realizada en tiempo récord durante la administración de Luis Eduardo Garzón: se construyó en tan sólo ocho meses. Su propósito primordial desde 2007 es evitar las inundaciones producidas por las crecientes del río Tunjuelo en los meses de mayo, octubre y noviembre.

Con sus aguas controladas se va por el lado bajo del relleno sanitario Doña Juana. En este enorme complejo donde se disponen y entierran las basuras de los bogotanos, el río es invadido por la pestilencia y los lixiviados, el líquido que emanan las 6.000 toneladas de basura que diariamente arrojan allí las cinco empresas operadoras del sistema de aseo, por disposición de la Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos del Distrito. El veneno humano que se vierte en el Tunjuelo cada segundo está compuesto por elementos como el cromo, el cobalto, el molibdeno, hierro, níquel, grasas y aceites. Las autoridades distritales estiman que en la cuenca del Tunjuelo que corre del relleno para abajo se encuentran asentadas alrededor de tres

millones de personas, que día a día conviven con ese sustrato cargado de sustancias peligrosas.

♦ Enemigos por todo el camino

En Ciudad Bolívar, una vez que el río entra en pleno contacto con la zona urbana de Bogotá, el cauce es modificado de manera drástica por los mineros que lo aprovechan al máximo en lo que han dado en llamar los parques minero-industriales del Tunjuelo, del Mochuelo y de Usme. Estas zonas del río han sido privatizadas por las cementeras y otras industrias para la extracción de arenas, gravas, areniscas y arcillas: son los materiales básicos para la construcción de la capital del siglo XXI.

Surcando la falda de las montañas cortadas por las canteras su claridad desaparece por completo. Entonces se vuelve marrón.

En Tunjuelito —la localidad nombrada en honor del río y construida en lo que fuera la hacienda del artesano Pedro Nel Uribe—, las aguas color café bordean el barrio de las curtiembres, San Benito. En inmensas bodegas, que abarcan 10 cuadras a lo largo del río, hay cueros colgados secándose para ser cortados y tinturados. Por angostas calles pasan camionetas llenas de grasa y de jirones de carne, residuos de las pieles que luego calzarán los bogotanos.

Casi no hay niños o son invisibles. Un jarillón (especie de montaña de contención) fue construido hace 13 años para evitar desbordamientos, pero mantiene a los habitantes de San Benito aislados de la vertiente.

"*Hacia 1950 el agua para las primeras curtiembres se recogía en unas canecas enormes. Además, se irrigaban los cultivos de frutas y legumbres, sustento de los habitantes*", dice Zenón Carreño, un viejo estibador de cueros de una pequeña marroquinería que ha visto correr mucha agua por el cauce. Hoy, los residentes son indiferentes y aceptan al inevitable río contaminado.

Los curtidores llevan años pidiendo ser reubicados. La Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá localizó allí una planta filtradora de residuos, pero no es suficiente y el río sigue su curso llevando ahora una carga más pesada, a la que se suma un tremendo coctel de cromo, plomo, mercurio, tanino, alcanfor, benceno y ácido sulfúrico. Así se va para el suroccidente.

”La posibilidad de una isla”

Es así como llega a Isla del Sol, que de isla sólo conserva el nombre, pues el cauce fue desviado hace más de veinte años para poner fin a las terribles inundaciones. Ahora está rodeada por una minúscula y seca copia del gran cañón, y las ruinas de una curtiembre. La única entrada al barrio es un puente.

“*Primero hicieron el puente y después pusieron el río… Este es el único punto de acceso al barrio y se ha convertido en un botadero de basuras*”, cuenta con tono de ironía Ana Cecilia Torres viuda de Gómez, una sobreviviente de los tiempos de la Isla, cuya casa queda a la entrada del barrio.

Por allí, los alrededores del río son propiedad y reserva de la EAAB. Algunos residentes del barrio salen a caminar los domingos por esta zona verde. “*El río es sucio, no nos gusta, nosotros mismos lo contaminamos*”, dice Abel Fandiño, uno de los escasos niños que juegan en las calles. La comunidad de este sector opina que el Tunjuelo debería canalizarse.

Donde reinan los ‘chulos’

A medida que serpentea por el sur, el agua del río se ve como un suave manto café que contrasta con el verde de los potreros y el gris del puente de la Autopista Sur con carrera 63. Fusiona los límites imaginarios entre Ciudad Bolívar, Tunjuelito, Kennedy y Bosa. Allí se ubica ‘efege’, la planta de procesos cárnicos Frigorífico Guadalupe, el mayor proveedor de carne de Bogotá. Cruzando la vía se levantan las coloridas casas de los expendedores del barrio Guadalupe en Kennedy, una esquina del río donde se distribuye la carne. Han pintado sus locales y viviendas de azul, naranja y verde para darle contraste al blanco aséptico de los uniformes de quienes a diario manipulan la carne que consumen los bogotanos.

Sus habitantes conviven con el río y los ‘chulos’ desde que llegaron. Han visto cómo a veces el agua se transforma y crece llevándose sus pertenencias, como le sucedió a doña Carmen Marroquín, de 65 años, en 1996. Hoy sienten el olor. Ven la sangre ensuciándolo todo con su tonalidad escarlata. Son intermediarios entre la muerte animal y la existencia humana. Algunos vecinos tratan de proteger el río haciendo jornadas de limpieza, pero siempre pueden más las basuras.

"*La vida aquí es dura, pero uno se acostumbra*", dice doña Carmen con algo de pesadumbre.

En la ribera opuesta, de una localidad a otra, Reynel Vásquez hace cruzar sus 25 vacas a nado para llegar a casa luego de pastar desde temprano en aquel rincón de Ciudad Bolívar. Él es un desplazado que llegó a Kennedy hace seis años, sin saber siquiera que esta localidad fue construida sobre una inmensa laguna bañada por varios ríos como el Tunjuelo.

El paisaje es tranquilo y eso le gusta. En los bosques cercanos canturrean pájaros mientras algunos delincuentes y consumidores de drogas aprovechan el espesor natural. El olor del agua en las noches es insoportable, como ocurre en el barrio Nueva Roma y aledaños. El río continúa, perdiéndose en los laberintos de su próximo destino.

Llega a Bosa. La estación de pondaje (almacenamiento artificial de aguas con el propósito de regular los caudales) del barrio el Grancolombiano sorbe sus aguas y las escupe desde una altura de una casa de dos pisos a razón de 12 metros cúbicos de agua por segundo. Oxigena al Tunjuelo y le renueva el brío para que siga la correría. Los habitantes de la ribera utilizan los montículos de contención de los bordes para desplazarse por los barrios circundantes. A lo largo del cauce que le corresponde a esta localidad existen sólo cinco puentes peatonales que la conectan.

"*Uno anda más rápido por aquí que por las calles, no da tantas vueltas y sale fácil para todo el sector*", afirma Pedro Rosales, vecino del barrio Laureles, quien pasa por allí regularmente. "*Eso sí, de noche no se asoma nadie por estos lares porque es muy peligroso. Hay malandros que aprovechan que a esas horas esto es solo y hacen de las suyas*", concluye.

♦ Adiós a las aguas

En territorio de Soacha confluyen el río Bogotá —cargando lo que le hereda el norte de la ciudad—, y el Tunjuelo, liberándose de aquello que el sur ya no quiere, no necesita o prefiere olvidar. Se mezclan pacíficamente. El primero entra tímidamente por la orilla derecha hacia el Tunjuelo que intenta romper con su tono parduzco el negro fúnebre del Bogotá, pero no puede; aquél pesa más. Entonces, pegado a la margen izquierda empuja con fuerza. Logra herir las aguas del río capital y algunos desechos viajan contra corriente con la ayuda del fuerte viento de esta zona despoblada de la sabana.

Unidos, ahora el Bogotá y el Tunjuelo se dirigen al sur occidente del departamento de Cundinamarca. Vuelan 157 metros por el mítico salto del Tequendama, donde por la fuerza de gravedad ganan ímpetu para correr entre las montañas hasta Girardot, y después encontrarse con el río insignia de Colombia, el Magdalena. Allá, sin pudor pero con hedor, se entregan los ríos capitalinos, inyectándole al río grande la nauseabunda herencia de quienes conviven con el Tunjuelo a lo largo y ancho de su travesía.

❖ Chorrillos, el humedal olvidado ❖

Jaime Andrés Benavides Espinosa *
jaime.a_benavides@hotmail.com

De cómo está de olvidado este humedal —situado en la parte rural de Suba— que no figura en el inventario de la Secretaría Distrital de Ambiente. Esa inexistencia legal pone en riesgo la reserva natural.

Al humedal lo rodea el tráfico vehicular de la Avenida Suba–Cota, un relleno ilegal de escombros, una empresa de floricultura que de vez en vez vacía sus aguas con motobomba y una manada de vacas que pastan y defecan en sus rondas. También, el río Bogotá, que a pesar de lo contaminado que se encuentra es su fuente principal de agua y todavía le permite ser refugio de gran diversidad de fauna y flora típica de la región.

El humedal se ubica en la vereda de Chorrillos, en el norte rural de Bogotá, localidad de Suba, a 20 minutos en carro desde la plaza fundacional de Suba. Los habitantes, en su mayoría campesinos y agricultores, residentes y trabajadores flotantes de la vereda, reconocen el ecosistema como el humedal de Chorrillos.

Este humedal no es reconocido como suelo de protección por las autoridades locales, según lo demuestra el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) que tan sólo reconoce 13 ecosistemas de humedal en Bogotá: Torca, Guaymaral, Conejera, Juan Amarillo, Córdoba, Jaboque, Santa María del Lago, Capellanía, Meandro del Say, El Burro, La Vaca, Techo y Tibanica. Estos son definidos por la Política Distrital de Humedales de la Secretaría de Ambiente como una red de áreas protegidas, constituida por ecosistemas de interés y valor ecológico y ambiental.

Sin embargo, Chorrillos tampoco es mencionado ni cartografiado en ningún mapa de Bogotá. Su existencia se plasma solamente en relatos y escritos de los indígenas

* Periodista y fotógrafo
Taller biblioteca Suba

muiscas que existen en la localidad de Suba, en las historias de algunos campesinos locales que lo recuerdan en sus mejores épocas y en documentos técnicos de la Alcaldía Local de Suba.

♦ Daños ambientales y factores de riesgo

Ser reconocido por el POT como humedal, significaría para el humedal de Chorrillos recibir recursos económicos por parte de las autoridades distritales para su protección y conservación, explica María Teresa Holguín, miembro de la Mesa de Educación Ambiental de Suba y profesora de la Universidad Libre. Al no estarlo, aclara, es un humedal en peligro de extinción.

Patricia Quintero, líder local y campesina que vive y trabaja en la vereda de Chorrillos, cuenta, al calor de su cocina de leña y el olor de las arepas que prepara y vende a los agricultores y conductores que frecuentan su negocio, que el humedal cada vez tiene menos agua y está más contaminado. Ella asocia esta situación con "*la falta de políticas claras sobre la ruralidad de Bogotá*".

Amílkar Rentería, biólogo que frecuenta este ecosistema, habla con preocupación sobre el tráfico de volquetas, con escombros de construcción, que ingresan al terreno colindante con la ronda del humedal. Según él, es el principal problema que afecta al humedal de Chorrillos. Estas volquetas también descargan desechos de los clubes, restaurantes y colegios cercanos. Lo más cuestionable es que la mayoría de vehículos que entran al humedal tienen calcomanías y otros distintivos del Instituto de Desarrollo Urbano, y de la Empresa de Acueducto y alcantarillado de Bogotá.

Quisimos hablar con los encargados de esta escombrera, pero ninguno manifestó deseos de hacerlo, argumentando que 'el patrón' se los tiene prohibido. Cuando quisimos sacar una cámara para fotografiar el lugar, amenazaron con palabrotas y los perros empezaron a ladrar.

Los que sí hablaron fueron algunos habitantes de la vereda. Uno de ellos —que prefirió no dar su nombre— con sombrero desgastado, chaqueta de cuero, botas de caucho y libreta en mano, nos explicó la situación. Según él, las escombreras son negocios muy rentables, ya que las volquetas pagan una cuota para poder descargar sus desechos y trabajan durante todo el día. Dice que sobre el dueño del terreno mucho se rumora, pero poco se sabe.

En el artículo "La Zona Negra del POT", publicado en el magazín *Territorio Suba - QUYCA ZHUBA*, de la Alcaldía Local de Suba y la Universidad de Ciencias Aplicadas y Ambientales (UDCA) y escrito por Saúl Cortés —Edil de la Localidad de Suba—, se encuentra una denuncia contra el "señor Echeverri", como propietario de muchos terrenos en la ronda del río Bogotá, que son utilizados como escombreras, entre ellos, el que colinda con el humedal.

Además de volquetas, en el terreno se mantienen dos retroexcavadoras. Su función, según pudimos constatar, es enterrar los escombros y residuos que se depositan en el terreno. El problema, nos explica Amílkar, es que al escarbar la tierra y enterrar todo este material, se sube el nivel del suelo y se desvía el cauce normal del agua, ocasionando que el flujo normal para el humedal se vea obstruido y ocupe zonas que no tendría que ocupar.

♦ Las vacas, enemigas pasivas

Otro problema asociado con el humedal son las vacas. El terreno donde se encuentra este espejo de agua fue arrendado a un señor cuya actividad consiste en cuidar una manada de vacas. Según comentan los vecinos de Chorrillos, desde su llegada el terreno fue cercado con alambres eléctricos y el pastizal de la ronda del humedal se puso al servicio de las vacas.

En ese sentido, Alexander Albarracín, ingeniero forestal encargado de diseñar planes de siembra en diferentes sectores de la capital, explica que las leyes prohíben el uso de zonas cercanas a fuentes de agua para el ganado debido a que las vacas compactan los suelos, contaminan las aguas con estiércol, se comen la vegetación y atacan a los animales residentes como las aves, algunos mamíferos y reptiles de menor tamaño. Por eso, no entiende porqué las autoridades han permitido la presencia de vacas en este ecosistema de humedal, que pertenece, según nos cuenta, a la zona de ronda y preservación ambiental del río Bogotá.

Igualmente, sobre el uso de las aguas del humedal que viene realizando la empresa de floricultura, Albarracín sostiene que esto también lo prohíbe la ley al ser el agua un bien público que no puede beneficiar a una empresa y mucho menos si va en detrimento de un ecosistema.

♦ La alternativa

La única posibilidad de conservar este humedal sería que fuera reconocido como área protegida o suelo de protección por las autoridades ambientales. Precisamente, en el portal web de la Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR), se encuentra un video sobre los humedales. Allí hablan sobre la oferta de servicios ecológicos que prestan los humedales, los problemas que enfrentan (asociados con el desarrollo urbano), su respectiva disminución en Bogotá y un final que brinda una solución: "*la Declaración de áreas protegidas es la alternativa*".

Entonces es inevitable preguntarse: ¿Por qué, siendo la CAR, la autoridad distrital que tiene jurisdicción en la ruralidad de Bogotá, aún no nombra el humedal Chorrillos como área protegida?

En el video también advierten que nombrar como área protegida un humedal, "*… solo es posible mediante el compromiso de la gente que debe tomar conciencia de la importancia de los humedales*". Pues bien, preguntamos a la comunidad aledaña al humedal y muchos manifestaron haber realizado múltiples pedidos tanto a la CAR, como a la Secretaría de Ambiente para labores de preservación. Pedidos que no han tenido respuesta.

De hecho, la ingeniera Joanna Cortés, de la oficina de Planeación Ambiental de la alcaldía local de Suba, conoce esos pedidos y manifiesta haberlos realizado ella misma sin escuchar solución alguna.

♦ Aves variopintas

A pesar de las prácticas negativas denunciadas, el humedal de Chorrillos es un espacio que aún conserva todos los elementos típicos de un paisaje de humedal bogotano: aves que revolotean desplegando sus colores, vegetación que brota en todos los rincones y un espejo de agua que contrasta con el cielo.

Chorrillos, al igual que otros humedales, tiene gran diversidad de especies de flora y fauna, así lo demuestra un estudio de biodiversidad, elaborado por la alcaldía local de Suba. Por varios días, acompañamos a María Amelia Moncada, bióloga de la Universidad Nacional y encargada del estudio, en sus monitoreos ambientales del lugar.

Las primeras especies que notamos y las más vistosas son las garzas, que vuelan entre los árboles, planean en los relictos de agua, se posan en las cimas de las acacias y eucaliptos, de predominancia en el ecosistema, y caminan sobre el césped que comparten con las vacas. En Chorrillos existen tres diferentes tipos de garzas: la garza ganadera, garza real y garza morena. También sobrevuelan el lugar los gavilanes maromeros y las golondrinas.

Las golondrinas son realmente fugaces. Hicimos un esfuerzo por capturar en una foto a una de ellas: velocidad de la cámara en 1000, diafragma en 17 y el resultado fue una foto sobreexpuesta que no sirve de nada. Los gavilanes son diferentes. Altos, erguidos y de fácil retratar, su silueta contrasta con el cerro de Majui, en Cota, y los picos de los pinos nativos.

Las famosas tinguas bogotanas son muy fáciles de observar. Son las 11 de la mañana y entre los juncos revuelan tropezándose unas con otras. En mayor número salen las de pico rojo, le siguen las de pico verde y en ocasiones se puede observar la esquiva gallareta morada. Amelia nos explica que la tingua de pico rojo, de mayor frecuencia en los humedales de Bogotá, es una de las aves más tolerantes a la presencia humana y de más adaptación a condiciones nocivas. Asegura que a diferencia de la tingua de pico verde y la gallareta morada, cuya adaptación a situaciones nocivas es mucho más difícil y en ocasiones imposible, no está en peligro de extinción.

Las tinguas son las aves habituales de los humedales bogotanos, según la literatura referente a la avifauna de la ciudad. Normalmente son aves residentes del humedal, pero hay quienes sostienen que a pesar de sus alas cortas y gran tamaño, vuelan en las noches por los humedales de la capital.

Las monjitas no paran en ningún momento de revolotear sobre los juncos del humedal. También se posan en las cercas que limitan el terreno de la escombrera y tienen un chillido que bien podría asociarse al de todos los humedales de Bogotá. Son amarillas, de pintas negras, picos cortos y muy agiles al volar. El momento ideal para fotografiarlas es cuando se posan en los juncos y se mueven con la brisa del lugar.

Los alcaravanes se paran en las islas flotantes del humedal. Son residentes ocasionales del humedal, nos cuenta Amelia. Tuvimos fortuna el día que los observamos; dos alcaravanes adultos seguían con su mirada el primer vuelo de un novato. Amelia se emocionó, apuntó sus binoculares y exclamó sin vacilar: "*Son dos padres enseñando a volar a su hijo*".

Los pajaritos de menor tamaño que revolotean el ecosistema son de todos los colores. Está el canario sabanero, el sirirí y el jilguero de color amarillo, el azulejo, el titiribí pechirrojo, el colibrí chillón de colores verdes y azul, el pinchaflor, el copetón, la torcaza y la mirla de color negro. Estas aves, nos explica Amelia, requieren de fuentes de agua cercanas y de árboles nativos para su existencia.

En esa medida, los vecinos de Chorrillos reconocen que la Alcaldía Local de Suba ha realizado jornadas de siembra de árboles y proyectos de restauración ecológica en toda la ruralidad de Suba. Amelia nos cuenta que de no ser por esas siembras, no existiría gran parte de la población actual de aves.

Las tardes en el humedal son diferentes. El tráfico de volquetas es menor y los dueños del lugar son los curíes. Este mamífero tropieza con los juncos y el retamo del ecosistema, allí es su morada. Entra y sale del agua como si fuera un ave más, tan dueño del humedal, que ninguna advierte ni teme su presencia. Se zambulle como los perros después un baño y tiene el aspecto de un hámster gigante.

El pato canadiense no siempre se deja ver, es un habitante ocasional del humedal. Son las cuatro de la tarde y casi en los límites del río Bogotá pudimos observar una bandada de patos que nadaba tranquila y pausadamente haciendo la forma de un gran rombo. El pato canadiense comparte su nado con las fochas americanas, un ave de aspecto similar al de la tingua bogotana, residente del humedal y a menudo del río Bogotá.

También existen reptiles de menor tamaño. Pedro Barrera, biólogo y acompañante ocasional, preguntó: "*¿Quieren ver culebras?*" "*Sí, contestamos los presentes en coro*". Caminó unos pasos, alzó una piedra y allí estaba la culebra sabanera. No es muy larga, mide 20 centímetros aproximadamente y es de color verde. "*No son peligrosas*", exclamó. Pelea por unos segundos tratando de huir de la mano de Pedro, una mano áspera y acostumbrada a los animales, hasta que se tranquiliza, al punto de dejarse retratar. Una vez se calma y es observada, él la regresa a su piedra de morada, a su ecosistema, a su Chorrillos, un ecosistema rodeado de contrastes, que a pesar de sufrir los embates de las vacas, las basuras, las volquetas y las retroexcavadoras llenas de escombros, no se ha dejado extinguir, esperando, tal vez a que un día el distrito se acuerde de que existe.

❖ Sumapaz, metido en un frailejonal ❖

Johanna Pérez Vásquez*
johannaperezv@gmail.com

De cómo la localidad 20 de Bogotá, que no figura en el mapa distrital, es la mayor reserva de agua de la capital y sus habitantes, que no han sido incluidos en los censos, esperan con paciencia —al ritmo que crecen los frailejones— que los tengan en cuenta "allá en la capital".

En la localidad más grande de Bogotá viven tantas personas como en un solo barrio, hay cinco bestias por cada habitante, se pueden ver pumas paseando por las calles y se dice que ha nevado.

Llegar a La Unión, una de las 30 veredas de Sumapaz, pone a prueba la paciencia y la tan de moda conciencia ambiental. Para lograrlo hay que viajar tres horas por carretera destapada desde el casco urbano, sin mencionar que si alguien se decidiera a incluir la temporada de lluvias en los planes de mantenimiento de las vías principales, solo sería una y media.

La localidad número 20 de Bogotá es la "expresión máxima de lo rural". Ninguna otra iguala las emociones que inspira con su majestuosidad. No importa si se habla de las hectáreas rurales de Chapinero o de Suba; esta simplemente es distinta porque está en el páramo.

Al salir de Usme, la zona que está inmediatamente al norte, se pueden comenzar a ver los potreros, algunos habitados por campesinos que cultivan papa, arveja o habas. Los frailejones, esas plantas blanquecinas de hojas alargadas y puntudas, particulares por tener abrigo propio, a veces distraen de lo evidente.

* Psicóloga
Taller biblioteca Virgilio Barco

Las bolsas blancas que yacen sobre la tierra negra y desnuda son restos de fertilizantes, los mismos que llegarán a "*las quebraditas que bajan por ahí*" y que en muchas ocasiones hacen parte del nacimiento de ríos grandes como el Magdalena.

Más adelante el frío, que hace tiritar con constancia, les explicará a los visitantes por qué la práctica de hacer ranchos y colchones con hojas de frailejón está tan extendida. Para cuando lleguen al primer retén del Batallón de Alta Montaña, omnipresente en toda la región, sabrán con solo verlo que ese refugio de tela militar sostenida con palos y decorado con sillas Rimax, es insuficiente para matar horas enteras, esperando el momento de revisar los documentos de los pasajeros que ocupan los cuatro carros que pasan cada día.

♦ *"Te robaré el alma con una fotografía"*

Los sumapaceños ya están acostumbrados a las visitas esporádicas de gente con cámaras al hombro. A veces son líderes ambientales motivándolos a luchar por "*el páramo más grande del mundo*", y otras, funcionarios de la Secretaría de Salud, diciendo que van a contar a los beneficiarios potenciales del Sisbén. En contraste, los funcionarios del Dane son una leyenda urbana. Ni en el 85 ni en el 93 se arrimaron por allá para censarlos. Quizás los caminos de herradura que hay, entre vereda y vereda, los obligaron a hacer una proyección y dejar la tarea ahí.

Sin embargo, en el páramo hay otras visitas que se recuerdan como milagros. Es fácil imaginar sonrisas, en las rojizas caras de los campesinos, el día que les anunciaron que su vereda sería la próxima en tener acueducto; luego casi se puede oír la carcajada cuando les contaron que además les potabilizarían el agua. Justamente porque hay muchos esperando que los milagros se repitan. En La Unión se puede ver la estatuilla de un Divino Niño sobre un pedestal, encerrada dentro de un pequeño armario y tras él, dos fotocopias pegadas a una pared, rogando por el regreso de un par de hombres con bigotes, funcionarios del Acueducto.

♦ La paciencia se da en Sumapaz

Así como los frailejones crecen un centímetro por año hasta alcanzar los cinco metros, los habitantes del páramo aprenden a esperar.

A inicios del siglo pasado los latifundistas obligaban a sus arrendatarios a llevarlos alzados, junto con sus perros, hacia los cotos de caza y les cobraban el derecho a

pernada tanto a sus esposas como a sus hijas; sin embargo, los habitantes no se rindieron. Pelearon con los chulavitas (la Policía del régimen conservador) incluso cuando Rojas Pinilla decidió en diciembre de 1954 que ese pedazo de Cundinamarca y Huila debía ser parte de la capital. Mucho después llegaron los títulos, pero no los universitarios.

Algunos de los ecoturistas que se acercan a Sumapaz han visto adultos, vestidos con ropa de trabajo y botas de caucho, ocupando los pupitres de los niños mientras intentan descifrar los garabatos escritos en el tablero. Los guías les explican que esos alumnos se esfuerzan por completar la primaria, pero no les dicen que ese es el nivel educativo promedio en esta población.

Otros detalles que el guía omitirá serán los que rodean las peripecias que tienen que hacer otros campesinos para seguir estudiando. Si quieren conocerlas es necesario que escuchen durante horas, miren a los ojos y presten atención a los relatos de los habitantes locales; empero los foráneos que sacan pecho para decir "*venimos de Bogotá*", ignorando que aún están en ella, en la ciudad, en "l*a expresión de la vida contemporánea*", rara vez tienen la disposición requerida para saber más de los paramunos capitalinos.

♦ En Sumapaz también hay fuga de cerebros

La idea de que los de ruana rara vez van a la universidad es una plaga extendida, una que cada tanto logran combatir los residentes de Betania, Nazaret y San Juan, los tres corregimientos de Sumapaz.

Primero tienen que olvidarse de la vergüenza de ser los mayores del curso. Se puede encontrar hasta algún estudiante de más de 30 años tomando clases con los niños para alcanzar su propósito. Una vez los proclaman bachilleres, tienen que seguir ahorrando no sólo para la matrícula, los materiales, la comida, la dormida —porque no se puede pretender ir a estudiar todos los días a la Nacional viviendo en La Unión, y de algo hay que vivir—; además, porque siempre hay algo más, tendrán que pensar en las sesiones de refuerzo. En Sumapaz todos los colegios que hay son públicos y cuando les han hecho evaluaciones institucionales para saber en qué nivel están, comparados con los de las otras localidades, suelen quedar de últimos.

La carrera de obstáculos educativos tiene muchas características en común con el inmenso frailejonal que vive en el páramo. En algunos sectores son montones de ellos los que no dejan ver la turbera que está debajo, pero en otros, donde el musgo

ya casi no existe y la tierra no deja fluir el agua por el frecuente pisoteo del ganado, se ven muchos menos. Así son los profesionales del Sumapaz, por momentos son como un espejismo, una multitud, pero más allá, al complicarse las condiciones, pocos lo consiguen.

La lucha cuerpo a suelo y las ocupaciones temporales le robarán algunos cerebros al páramo. Ante la imposibilidad de encontrar un trabajo calificado y permanente cerca de sus casas, preferirán quedarse en la mutante ciudad, donde la Policía sí lleva cuentas de los delitos de alto impacto que se cometen a diario. Aquellos que optaron por no estudiar tanto se ocuparán de oficios más tradicionales y peor pagados, como los dueños de la fábrica de queso que venden su producción en Fusagasugá, porque les queda más cerca y porque veían cómo a los conocidos les salía cada vez más caro sembrar papa, en ese suelo ácido de la montaña congelada.

♦ Fin del recorrido

Los visitantes regresarán a sus casas con las tarjetas de memoria de sus cámaras digitales más llenas, con la sensación de haber vivido experiencias pintorescas y llevando en las manos botellas de agua vacías, parecidas a las que en el futuro cercano serán llenadas con el agua glacial de las lagunas cercanas, después de que el Ministerio del Medio Ambiente comience a monitorear los niveles de contaminación; cuando haya declarado potable el líquido local como requisito para la comercialización de un recurso sin marca y sin dueño.

❖ Agua que mitiga la muerte ❖

Lizeth Salamanca Botía *
liz_salamanca@hotmail.com

De cómo el lago artificial del parque cementerio Jardines del Recuerdo, en el norte de Bogotá, más que parte del paisaje bucólico sirve de tónico y sedante a los dolientes que visitan el lugar.

Este es un lugar que evoca tranquilidad. Es curioso. Tengo alrededor un terreno rebosante de un verde tan vivo que parece pintado al óleo, donde rosas, geranios, lirios, gardenias, claveles, margaritas, astromelias y girasoles compiten por un metro cuadrado de lo más parecido al paraíso terrenal.

Podríamos ambientar el lugar. Hablar, por ejemplo, del frío lapidante que estremece los huesos; decir que, rara vez, el irreprochable silencio es interrumpido por una causa externa, que la solemnidad es el estado del tiempo y que hoy se pronostican, igual que todos los días, momentos tormentosos y lloviznas salobres. Pero aquí estoy, junto al lago que le da sentido al lugar.

Ésta es una ciudad distinta. No como las de las grandes civilizaciones que fundaron a orillas de grandes ríos y mares que aseguraban la fertilidad de sus tierras y el progreso de su gente. No. A orillas de este lago, que es testigo de lo que una vez fue un humedal, empezó a extenderse una ciudad solitaria, una ciudad de los que ya no están, una ciudad silenciosa que recibe turistas que vienen, limpian, oran y se van. Una ciudad a la que uno se puede mudar en compañía de mariachis o con melodías tenues y uno que otro llanto de aquellos que no nos puedan acompañar. Sólo se requiere una cosa: tener activo el certificado de defunción.

Estoy en los Jardines del Recuerdo, donde el lago posee algo mágico: atrapa, envuelve, hipnotiza, atrae con la quietud de sus aguas, con su azul verdoso, con ese

* Estudiante de Comunicación Social
Taller Julio Mario Santodomingo

musgo flotante, con sus modestos habitantes, con los patos, las garzas y los peces que lo adornan y le dan su razón de ser y esa entera mansedumbre que nos fue negada en vida a los humanos.

Pero la tierra no es la única protagonista. Sobre la tranquilidad de las aguas, se levantan las capillas de velación: un octágono compuesto por siete salas más la entrada y un espacio en el centro dispuesto como salón social, conectado desde la orilla por un puente flotante en acero. Cada sala de velación es una cúpula de no más de tres metros de ancho por cinco metros de largo, en donde se dispone el ataúd y las flores que han traído los dolientes. Todas las salas tienen ventanales que dan directamente hacia un costado diferente del lago y que permiten contemplar el agua, el nadar lento de los patos y las estelas que dejan a su paso.

Dicen los psicólogos que prestan asistencia en el lugar que el lago cumple una función determinante en el duelo de los familiares y allegados al difunto, porque ayuda a mitigar el dolor, porque, como elemento relajante, infunde esa misma tranquilidad, esa calma y esa paz que lo caracterizan, y porque el verde de sus aguas transmite la certeza innocua de que todo va a estar bien.

Y, entonces, soy fiel testigo de cómo la razón y la religión encuentran un punto común en el momento más difícil de nuestras existencias, cuando el diácono Ramón Pedraza, quien lleva cuatro años oficiando misas de difuntos, dice que las personas encuentran una paz interior en el lago y que la apacibilidad de sus aguas les devuelve la confianza, los aferra al recuerdo de sus seres queridos y les hace entender cuán valioso es nuestro paso por este mundo. "*El agua es también un símbolo en el sacramento del bautismo. Con la inmersión en ella se muere al pecado y a las tinieblas, pero se nace a la vida eterna, como elemento renovador*", agrega mientras se da un receso en su rutina de despedidas.

♦ Los costos del idílico lago

No obstante, mantener este "lujo", como lo llama Alcibíades Fernández, coordinador de servicios fúnebres, no es poca cosa. Desde la fundación del cementerio, hace 41 años, el proceso de mantenimiento de este atractivo natural le ha demandado a la firma una suma significativa. De hecho, la administración del lugar destina un presupuesto anual que supera los diez millones de pesos para el mantenimiento de su lecho, con el fin de que las hierbas no lo invadan y lo sequen, además, de la realización periódica de pruebas de contaminación y de un riguroso

proceso de oxigenación a cargo de Acuaminas, la empresa contratista que sumerge sus equipos aproximadamente diez metros, la profundidad del estanque.

De hecho, si el lago no fuera monitoreado periódicamente, sus aguas dejarían de evocar la vida y se convertirían en un foco de infección mortal, dado que los microorganismos presentes en la descomposición de los cadáveres producen líquidos tóxicos que se permean a través de la tierra y llegan hasta el lago, con riesgo de contaminación para los seres vivos.

Lo anterior demuestra que hace cuatro décadas, cuando se adquirieron los predios alrededor del lago para construir el camposanto, las aguas no necesitaban tales procedimientos, se mantenían solas y sólo se necesitaban a ellas mismas, como un proceso de auto regeneración. Así que una vez las tocó la mano del hombre, se iniciaron las construcciones en torno a sus orillas y hubo necesidad de eliminar algunos de los sauces que lo rodeaban y se intervinieron sus aguas con sistemas de regadeo para mantener en perfectas condiciones las praderas aledañas. El ecosistema natural cambió.

Hoy no se podrían dejar las aguas a su suerte; ya están acostumbradas al proceso de limpieza y de restauración en lo que se podría considerar como "un cambio en su curso natural". Acostumbradas, como Iván Ortiz y otras decenas de ciudadanos que a diario llegan a visitar a sus seres queridos, a adornar sus tumbas con bellos ramos de flores, a ofrecerles sus intenciones y sus oraciones para que descansen en paz y a hacerles compañía por unos minutos en su última morada, para luego darse un paseo por la orilla del lago y alimentar con trozos de pan a los patos que se acercan en romería. "*Hago esto desde hace diez años, nunca me falta la visita al lago, ni el pan para los patos y esta es quizás una necesidad que he desarrollado; es la costumbre, el agua me recuerda la parte viva de este cementerio*", concluye Ortiz.

El lago que parece una sopa de espinacas

Lina Tatiana Castro Guerrero *
linat19g@hotmail.com

De cómo el Lago Timiza, que ha sido el principal atractivo del parque que lleva su nombre, se encuentra altamente contaminado debido a las aguas de los lavaderos de carros. Los timicianos recuerdan mejores épocas de su lago.

"*¿Por qué la gente no cuidará el agua?, ¿es que acaso no les enseñaron en su hogar a respetar el medio ambiente?*", expresa enfadado Carlos Díaz, quien a sus 57 años sale a trotar con su esposa, María, alrededor del Lago Timiza, y ve cómo en la orilla se encuentran varios paquetes de papeles. La contaminación de sus aguas es tan aguda que una parte del lago parece una espesa sopa de espinacas dejada en reposo durante tres días.

Según Gina Pinzón, ingeniera química del Instituto de Recreación y Deporte (IDRD), los aireadores que tiene el lago se encuentran dañados hace más de seis meses porque los contratistas aún están gestionando su funcionamiento.

La contaminación del Lago Timiza ha sido una constante desde hace muchos años. El cuerpo de agua pertenecía a una gran finca colmada de fauna y flora, propiedad de la familia de Alfonso López Pumarejo, que luego la donó a la comunidad. A partir de la década del ochenta, las grandes zonas verdes fueron reemplazadas por avenidas, casas y apartamentos. Desde entonces, el vertimiento de aguas negras provenientes de los habitantes de 10 barrios aledaños, entre los que se encuentran Carimagua, Portales de Timiza, Cristales y otros cercanos, hicieron que la zona del Lago Timiza

* Estudiante de Comunicación Social
Taller biblioteca El Tunal

correspondiente a la parte baja de la cuenca del río Tunjuelo, quedara expuesta a grasas, aceites y otros contaminantes que han venido deteriorando este hábitat.

♦ La metamorfosis del lago

Carlos Díaz, líder comunal de la zona, recuerda los cambios que ha vivido el lago y sus alrededores. En 1968, el primer alcalde de Kennedy, Agoberto Mejía, fundó el Parque Timiza junto al lago, que se convirtió en espacio ideal para el esparcimiento familiar. "*Nosotros nadábamos con mis amigos en el lago, mientras que nuestras mamás se reunían en la orilla y preparaban un rico sancocho*", recuerda Carlos. El parque contaba con 27 hectáreas, había juegos para niños, baños y su principal atracción era el lago, que alcanzaba más de 1.500 metros de perímetro y estaba rodeado por una vasta arborización y zonas verdes.

En 1972, Carlos y sus vecinos vieron cómo el parque cambió tanto de administración como de estructura física. El Parque Timiza quedó a cargo de la Lotería de Bogotá, que instaló aviones, rueda panorámica y tazas, entre otras atracciones mecánicas. "*Construyeron un puente en madera, el lago contaba con siete lanchas, 30 botes de motor para dos personas y una lancha de control de rescate*".

Dos años después abrieron un pequeño zoológico con especies como conejos, micos, gansos, patos y codornices, y construyeron una isla en el lago. Para los habitantes del sector, el Parque Timiza era la mayor atracción.

"*Cuando Andrés Pastrana fue alcalde, en 1990, hizo un convenio con el Acueducto de Bogotá y logró que vaciaran dos pulgadas de agua*", afirma Carlos, agregando que las entradas del lago eran desagües, tubos de 20 pulgadas de aguas contaminadas.

En el año 2000, el IDRD hizo una remodelación total del parque y en el 2002 se abrió al público el nuevo Parque Timiza, cercado con tres porterías. Se rodeó con un circuito de ciclorruta, se quitaron las atracciones mecánicas y el zoológico, así como las aguas residuales que entraban al lago. Comenzó entonces su proceso de recuperación; sin embargo, aún existe una alcantarilla que vierte aguas contaminadas al lago, de la cual nadie se hace cargo.

A pesar de esto, diariamente, Johny y José —operarios encargados de la limpieza— tratan de retirar la acumulación de grasa que se filtra por la alcantarilla con una

malla y un pedazo de tarro de pintura atornillado a una de las puntas de un palo, una herramienta bastante rudimentaria. "S*e me quemaron las neuronas haciendo ese palo*", dice José con una risa pícara. "*Por estos lados hay muchos lavaderos de carros y esa es la grasa que se pasa por la alcantarilla, pero cuando hace bastante brisa eso se acumula y es más fácil sacarla*", explica el operario.

Hace unos años retiraban diariamente pescados muertos: "*Uno los sacaba todos inflados, quién sabe si era por la suciedad*", dice José, mientras Johny asiente todo el tiempo con la cabeza. Pero según Luis Sánchez, asistente de la administración del parque Timiza, la realidad es otra; los peces saltan libres en el lago. "*Uno mira al lago fijamente y ve que todavía nadan peces*", dice Sánchez mientras mira hacia las aguas engrasadas del Timiza. Después complementa: "*Parece que hoy los peces están descansando, hoy no salieron, quién sabe dónde andarán*".

El lago de día y el lago de noche

Carlos, timiciano de nacimiento, recuerda con nostalgia las historias que sucedieron en las aguas de aquel lago, que hacen parte de la memoria de los habitantes del sector.

"*Antes de que cercaran el lago, tenía más atracciones, de día vivía lleno de gente y se pasaba bien bueno*"; sin embargo, en la noche el lago era un arrojadero de cuerpos y un sitio peligroso, por lo que fue cobrando mala fama.

Rosa García, vecina de Carlos, hace memoria de un lago muy concurrido, pero resalta que había sectores donde el olor era insoportable; con los años la contaminación y la inseguridad aumentaron. "*Antes las basuras en los alrededores le daban mal aspecto al lago, ahora está mucho mejor*", dice.

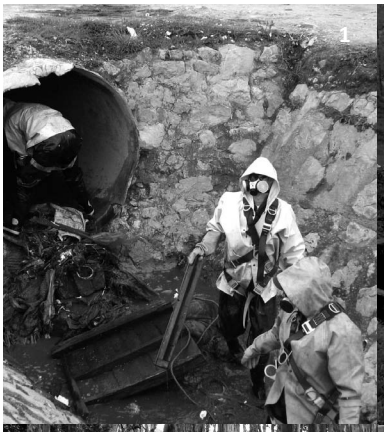
Carlos, el líder comunal que desde mediados de los años setenta se involucró en varias de las iniciativas por construir un mejor barrio, también participó en la conservación del lago. Con sus amigos hacían letreros en los que se leía: "*No contamine el lago", "No tire basura*", pero estas recomendaciones eran atendidas por pocos. "*Me cansé de ser ignorado por la gente, parece que a nadie le importa su entorno y, por el contrario, lo que buscan es destruirlo cada día más*", afirma desconcertado.

Al lago también llegaron varias personas que encontraron en el espejo de agua el lugar para tomar su último suspiro. "*Un día estábamos con unos amigos jugando*

fútbol a las 6:30 pm. De pronto, una señora pasó por nuestro lado, caminó, caminó y se sumergió en el lago, después desapareció en sus aguas".

Estos sucesos desafortunados dieron comienzo a la iniciativa del Plan Maestro, que en el año 1999 fue liderado por el arquitecto Eduardo Samper, quien con su equipo de trabajo realizó un estudio completo de la zona del río Tunjuelo que se unía con el lago. Se tomaron fotos mostrando los riesgos ambientales y el resultado fue el Parque Metropolitano Timiza, reinaugurado en el 2002.

Desde entonces, la seguridad mejoró notablemente. Sin embargo, los recuerdos de Carlos se han ido apagando. "*Me gustaría que Dios me diera ojos dentro de unos 50 años para ver cómo está el lago de mi niñez y poder seguir soñando con aquel espejo de agua natural que estará siempre en mi corazón*".



Personajes

1. **Wilson**. *Desde las entrañas de las aguas bogotanas*. Foto Myriam Sáenz Castro
2. **Lavaderos del Diana Turbay.** *Las lavanderas del Diana Turbay*. Foto María Isabel Arias Cadena
3. **El mapa de la vida y la muerte (detalle)**. *Mapa manos manantial mastodontes muiscas montaña mina mahal mas manos mapa manantial mujeres muerte*. Ilustración Marisol Leal Acosta
4. **Agua de la quebrada**. Los *amigos de La Vieja*. Foto Andrés Plazas Torres
5. **María Albina y sus hijas mayores**. *Tres vidas y un sueño en la quebrada Santa Librada*. Foto Rosanna Ovalle Vengoechea

❖ Para-aguas ❖

Ana María Díaz Castillo *
hanu_210@hotmail.com

De cómo se las ingenian los vendedores de paraguas del centro de la ciudad, personajes del clima, aliados del sol y de la lluvia cuyo oficio no figura en las páginas amarillas.

Cuando llueve, una gota se desprende de una nube sin saber dónde va a caer. Junto a ella miles de millones, innumerables gotas más no saben su destino, pero aun así caen, no tienen opción. Al despegarse de los intangibles algodones blancos y caer sobre los ríos de cabezas que caminan, todo el mundo corre a esconderse, como si las gotas hirieran o se llevaran consigo a las personas para fundirse en un charco con ellas. Es lluvia y es gente, son gotas y personas, nacen y no saben por qué, caen y no saben dónde. Viajan desde el cosmos hacia el centro de la tierra y mientras caen se les puede atravesar una ráfaga de aliento andino que les cambie el norte o se les pueden derretir los pies en el mar, y entonces cambia por completo el horizonte. Quizá por eso, cuando llueve el cielo se pone gris y desgraciado, porque todo el mundo le corre. Es un constante devenir. Abres los ojos, es de día, los cierras, es de noche, los vuelves a abrir, hace sol, los cierras, está lloviendo. Las cosas cambian. Cómo, cuándo o por qué, eso es cosa del viento. Por eso para evitar la terrible desgracia de tener que mojarse, hay unos pequeños incógnitos que antes caminaban creyendo saber para dónde iban, pero doblaron la esquina, el cielo se rompió en grises y ahí se quedaron, vendiendo pedacitos individuales de techo, un resguardo móvil o como todos los conocemos: paraguas. Desde entonces, para ellos, la salida del sol no ha vuelto a iluminar igual que antes.

♦ Sandra, la de los paraguas

En una noche fría encontré a Sandra, a eso de las 7:30 p.m., justo frente al Éxito de la 172 con autopista. Era una de esas noches donde uno camina entre charcos

* Estudiante de bachillerato
Taller Julio Mario Santo Domingo

y gotas que no se deciden si caer o no, entre un viento helado que ya después de un tiempo calienta las mejillas y mantiene los pies en un entumecimiento continuo. Sandra, una mujer tranquila, habla con calma, sin el afán de otros vendedores; es un poco gordita y tiene los huesos bien protegidos; lleva cinco años vendiendo paraguas y gafas de sol. Desde hace cinco años vive del clima. Dice que se venden más los paraguas porque entre gota y gota el afán aumenta y la mente no alcanza a pensarlo mucho, así que recurren a lo práctico y se llevan el de $5.000, el más barato. Esto no pasa con las gafas, porque la mente bajo el sol, tiene mucho tiempo para pensar, se duerme y no toma decisiones. Cuando le pregunto de dónde son me responde: "*Eso los hacen esos coreanos allá en China, vea, Made in China. Si le dicen que esto es nacional es mentira, eso es de por allá de Corea. Esos chinos son los que más saben*". Y tiene una gran variedad de paraguas: grandes, pequeños, medianos, azules, amarillos, con punticos. "*Le tengo el automático a $22.000 y el doble automático a $25.000. Esos abren grandísimo, y son los que duran. También están los de cinco mil que son los que más se venden, pero se dañan fácil, vea esa telita, sólo sirven pa' pasar el aguacero y ya*".

Le cuento que tengo dos paraguas que están dañados y que necesito cambiarlos, pero ella, poniendo una voz de cómplice, como quien está a punto de revelar un secreto, me dice: "*Mire, al final de la cuadra, en el toldo verde pregunte por don Guillermo. Él tiene un puesto de dulces, pero ese le arregla su problema y dígale que va de parte de Sandra, la de los paraguas. Vaya que él le hace un descuentico por ser recomendada mía*". No lo pensé mucho y me aventuré hacia donde don Guillermo.

Caminé bajo las luces amarillas, cansadas, que no iluminan ni acompañan porque no saben cómo y que en cambio sólo hacen sombras; llegué hasta el final de la calle y vi el toldo verde militar. Estaba en la esquina y mientras los demás vendedores buscaban estar debajo de las luces perezosas de los postes, don Guillermo se ocultaba bajo la sombra. Me acerqué y detrás de una vieja carreta de madera salió un hombre alto, blanco y apagado. Nuestra conversación fue como un reto, un concurso de quién decía la respuesta con menos sílabas. Le pregunté que si él era don Guillermo, —"*Sí*"—, le dije que venía de donde Sandra, la de los paraguas, —"*Ah*"—, le conté que necesitaba arreglar un par de paraguas y que Sandra me había dicho que él me podía ayudar, —"*Sí*"—. Buscando conversación le expliqué mi problema con el paraguas, pero a duras penas levantó y asintió con su cabeza que, cubierta de sombra a causa de la gorra de *Memphis* azul oscura que llevaba, no logré ver si me miraba o no. Quería acabar con mi presencia y me empujó con su aire taciturno, me preguntó si le dejaba el paraguas esa noche o si regresaba al día siguiente. Vi la hora, ya era tarde, le dije que volvería, me dijo que el arreglo costaría alrededor de $2.000, le di las gracias y me fui. Don Guillermo andaba mirando a los lados, parecía

nervioso, cerrado, pendiente de algo. En medio de nuestra "conversación" me atreví a mirar hacia los lados y hacia atrás a ver si veía qué era lo que lo intimidaba. Lo único que vi fue un policía de tránsito a diez pasos de nosotros. No sé si esa era la razón para que su tranquilidad anduviera nerviosa y se le escapara por sus ojos, que corrían de un lado a otro, pero su actitud, su postura y todas sus respuestas salían como por inercia.

Dos días después volví, fui como a las cinco de la tarde y llevé los dos paraguas que necesitaba arreglar. Ese día a esa hora hacía un sol de nubes y caían unos alfileres de gotas. Aquella tarde don Guillermo parecía más relajado, no-tan-preocupado. Me atendió como a cualquier otro, yendo directamente al grano, al paraguas, al problema y treinta segundos después de haberlo visto ya estaba volviéndose detrás de su carreta de madera, ya estaba revolcando un montón de alambres y ya salía otra vez con el repuesto en mano. Me asomé un poco, para ver lo que tenía allí detrás, lo que vi fue un embrollo de alambres y de esqueletos de paraguas. Empezó con un alicate a cortar el que había cogido, luego, de algún cajón oscuro y escondido sacó hilo y aguja, enhebró en dos segundos, y en otros diez, cosió. Lo hizo como quien ya está acostumbrado a ver lo mismo todos los días y que sin pensarlo dos veces podría hacerlo con los ojos cerrados. Sus manos parecían como las de un pintor inspirado, de esos que con la primera pincelada entran en trance, cogen y bailan un par de pinceladas y ya está, una obra maestra. De don Guillermo no puedo decir nada más salvo que es un muy buen arreglador de paraguas y que lleva tres años en el negocio, algo que hasta ahora le ha funcionado bien y todo sin un anuncio o algo que informe a la gente lo que hace. "*Ah, los que me conocen saben y si me necesitan, aquí me buscan*".

♦ De Johnny Walker a don Samuel y Leonardo

Sí, la gente tiende a buscar, sobre todo a inventar. Por eso los inventores son cosa seria, modifican todo lo que tienen en frente y sucede que eso que está ahí frente a ellos es nada menos que el mundo entero. Cada segundo las neuronas andan saltando por sus viscosos cerebros creando y recreando y luego cuando ya han juntado unos cuantos pensamientos, les llueven ideas en la cabeza. Se la pasan cambiando todo y el paraguas con su inocente arco impermeable, no se salva. Apareció en escritos antiguos de China y Egipto, fue símbolo de superioridad en la mitología hindú, luego objeto de moda en Grecia y así se fue colando en la historia, pasando de los dioses griegos a la clase alta de Inglaterra. Fue allí, en las calles de Londres, bajo ese cielo famoso por sus inagotables lluvias, donde Jonas Hanway (1712-1786) despegó el paraguas de las mujeres, lo abrió encima de los hombres

ingleses y protegiéndolos del agua, inauguró una eterna compañía. Donde quiera que lloviese, allí llegaban los paraguas para cubrir los sombreros de toda clase de ciudadanos. Así se difundieron los árboles de tela y acero, así fueron cubriendo los cielos de ingenieros y poetas, así se hicieron parte del diario vivir, así se aliaron al enmarañado clima y así llegaron a las manos de Charles Chaplin, de Johnny Walker, de Sandra y de don Guillermo.

La tierra es toda una circunferencia de nubes lloronas. Lagrimean en Bogotá, sollozan en París, se escurren en Hong Kong y rompen en caudales incontrolables en Nueva York. Y toda es siempre la misma.

Bajo una gorra blanca de *New York Knicks,* frente al edificio de Avianca, al lado de la plaza de Santander, en la sombra, se resguardan unos ojos claros, cristalinos, en los que dos peces negros nadan de lado a lado, miran y observan, son pupilas inquietas que corren de forma sincronizada. Alrededor de los dos manantiales circulares se desprenden canales de piel por los que esa mirada cristalina se riega y se convierte en mil arroyos que recorren todo su cuerpo. Uno, que es como la arena blanca, que está bajo el sol, que conserva su delicadeza y su blancura y en el que se puede ver el tiempo, pero no la historia. Con pestañas de aire, cejas desdibujadas y pelo blanco está don Samuel. Con sólo mirarlo se contagia esa sonrisa de dientes ordenados y labios desinflados. Tiene 73 años, vende paraguas y es feliz. En su mano derecha, sostiene una serie de columnas individuales que tienen compartimientos hechos en tela roja y en su dedo anular, destella el anillo plateado que anuncia un matrimonio. Está casado, vive con su esposa y tiene dos hijos, mayores de edad. En su otra mano don Samuel sostiene unos delantales blancos con figuras chinas; es porque está haciendo sol, si estuviese lloviendo sacaría su enorme paraguas bajo el cual cuelga los que vende.

Él tiene su propio sistema para que la Policía no lo moleste: él no deja nada en el piso, compartimientos para guardar zapatos y delantales, en la mano derecha; los paraguas, todos colgados bajo un gran paraguas que los esconde, en la mano izquierda. Así la policía no le pide que se vaya. Hace 10 años don Samuel estaba en la décima, pero no le gustaba —"*la Policía molestaba mucho, era muy peligroso y robaban*"— por eso se cambió y este nuevo sitio le gusta más. Don Samuel lleva 40 años en el negocio de los paraguas, desde que llegó a Bogotá. Él viene de Pensilvania, Caldas; antes era campesino, trabajaba recogiendo café en las fincas —"*yo trabajaba materialmente"*—, pero a sus 35 años se aburrió por allá, y viajó a Bogotá en busca de una nueva vida. Tuvo problemas de alcohol, pero salió del vicio y enderezó su vida. Desde entonces ha vendido en la calle y con eso ha mantenido su vida, a su esposa y a sus hijos, que ya se fueron. Don Samuel dice que es feliz y

todo su aspecto y su manera de hablar emana esa tranquilidad que lleva por dentro. Habla pasito, tomándose su tiempo para decir las cosas, su sonrisa no se borra en toda la conversación, sus ademanes son suaves y cortos. Lleva puesta una camisa blanca, un abrigo delgado gris, pantalones de dril café oscuro y zapatos del mismo color. Este personaje pasa sus días parado frente a ese enorme edificio, en medio de la cuadra, de lunes a sábado, desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde.

La lluvia es así, es vapor condensado por nubes que nos escupe el cielo en forma de gotas, es sustento de vida para las plantas, es vida que vuelve a la tierra y es trabajo, en el campo o en la ciudad, para Samuel. A dos calles de distancia, en la avenida Jiménez con octava, entre calles que conducen caudales de gente que camina por senderos indescifrables, existe, en las manos de un hombre, el mapa de esta ciudad ruidosa y fría.

Se llama Leonardo. Al principio, cuándo le pedí ayuda con una dirección, me contestó con brazos cruzados, mirada hacia el frente y voz neutra: "*Siga dos cuadras y llega*". Le volví a preguntar y mantuvo su postura, pero esta vez me miró con unos ojos oscuros, empolvados de calle; me respondió como quien le explica a un niño que uno más uno son dos: que esta es la octava, que la séptima es más allá, "*sólo siga dos cuadras y llega*". Un hombre paró a preguntarle dónde quedaba la notaría y al ver la naturalidad de su respuesta, tomé aire y le dije con cara de asombro: "*Pero usted debe llevar mucho tiempo aquí*"; me miró y dijo: "*Desde los siete años y ya tengo cuarenta*", luego desvió la mirada.

A Leonardo le faltan dos dientes, los incisivos inferiores centrales y en el resto de su dentadura, las caries han conquistado y tomado el control. Tiene una tez parda en la que los efectos del sol saltan por los poros, y su cabeza, pequeña y sin calorías se resguarda bajo una gorra gris. Se dedica a vender paraguas y esferos "*porque no hay nada más que hacer*", y lleva en la misma esquina desde que empezó, hace 33 años. Cuando le pregunto si tuvo la oportunidad de estudiar me cuenta que sí, que alcanzó a estudiar hasta quinto de primaria y que en ese tiempo su papá trabajaba cerca en un almacén para poder pagarle el colegio. "*Alma bendita de mi papá, él me quería pagar mi estudio, pero conocí la plata y lo dejé todo*". Esa última afirmación llevaba un tono despreocupado y natural: "*Ahí fue cuando dejé el colegio, me vine para acá y empecé a vender*".

Si Leonardo hubiera estudiado, seguro hubiese sido algo relacionado con las matemáticas, porque, según recuerda, le iba muy bien en eso. A esta altura de la conversación Leonardo ya agitaba sus brazos al son del viento, se reía descubriendo su sonrisa incompleta y mientras me despedía decía: "*Que vuelva, mi señora, yo*

siempre estoy aquí, de lunes a viernes". Sólo de lunes a viernes porque lo sábados no trabaja y los domingos se carga los paraguas y los esferos hasta el Veinte de Julio o como él dice: "*Hasta el Veinte*". Leonardo, cuando hace sol, saca sus esferos, pero cuando llueve los cambia por los paraguas y dice que vender eso le da para vivir, que en esta época sirve porque "*ya entramos en invierno*".

Cuando empecé a caminar por la carrera 8ª hacia la 7ª vi un letrero de un restaurante (ya cerrado) llamado *Café y Libro* en el que, según Leonardo, un tinto costaba $2.500 y era donde los magistrados, los de la Corte Suprema y los del Senado iban a almorzar. "*Yo me conozco toda Bogotá y aquí en este sitio he visto de todo. Me conozco a todos los ladrones y las ratas que andan por ahí, pero conmigo no se meten, sólo me tengo que quedar callado, shhh, y ya*".

Son dos hombres que con lejanos e inimaginables caminos cruzan sus vidas cuando el techo del mundo se rompe. No divisaron entre las titilantes lucecitas cosidas al infinito telón negro, la brisa bajo la cual sus pies se posarían, día tras día. Pero no fueron sólo ellos. Hay más.

♦ Hombres grises

Existen otros vendedores de paraguas un poco más grises, a los que las partículas de polvo, en las que se deposita el vapor de agua y la indiferencia de la calle, pareciera que se les mete en la piel. La nube más baja que se desprende sobre ellos cuando la acumulación de vapor llega a un punto crítico y un estado de saturación máximo, parece mezclarse con su aire, lo hace pesado, vago y melancólico. Están los que me ignoran, los monosilábicos y los desinteresados, o los que protegen su territorio, los que se apropian de un sitio e imponen su autoridad, los que excluyen a otros por medio de amenazas, los que hacen parte de la mafia en la venta de paraguas. También están los que le venden al aire, sin ponerme atención, hablándole como a mi amigo imaginario. Como una vendedora que me habla de "*mi amor*", me explica todo sobre los paraguas, que hay de 16 y 24 varas, que los mejores, pero los más caros, son los de Valentino "*porque vea la tela*" y que con unos *leggings* azul rey, una camiseta fucsia, una bufanda roja escocesa y el pelo rojo desteñido por el sol, me dice: "*No, mi amor, usted me dice psicodélico y me deja perdida ¿de diseños? No le entiendo*". O como otra que ni me deja hablar porque ya está: "*Pero, vea, no le gustan estos… la moda ahorita es… le tengo los…estos son muy bonitos para usted… yo creo que le irían bien…*" No me escuchan. Son como la lluvia, ella tampoco escucha a nadie, cae cuando quiere y como quiere.

Está lloviendo. Poco a poco el cielo se va cayendo y se convierte en un pretexto para un negocio que no necesita páginas amarillas, la misma lluvia lo promociona mientras cae. Ninguno imaginó que su vida estaría ligada al agua de esta ciudad desenfrenada o que sus días estuviesen empapados de lluvia y calles. Ellos son personajes del clima, son aliados del sol y de la lluvia, están preparados para lo que el cielo y la tierra traigan. Son indefinidas sombras, que negras y desapercibidas, guardan historias de ciudad. Son los ojos de la calle, la memoria del pavimento y en su vida está, por diferentes razones, ofrecernos parábolas de tela, para que el alma que se nos enfría con la lluvia, por lo menos, no se nos vaya a mojar.

❖ ‘El loco del sombrero’❖

María Helena Zamudio Sossa *
mahezaso@gmail.com

De cómo Jorge Zamudio Bolívar, uno de los tantos locos enamorados de las causas ambientales, dedicó buena parte de su vida a la recuperación del humedal Capellanía (localidad de Fontibón). Su hija dibuja su historia y su legado.

En 1949, después del Bogotazo, la familia Zamudio Bolívar se trasladó a las “afueras” de Bogotá, a los suburbios de la época, donde se construyó un barrio de casas idénticas para las familias de los empleados de los Ferrocarriles Nacionales. Un barrio llamado Ferrocaja.

Jorge Zamudio, mi padre, conoció allí lo que le marcaría para el resto de su vida: una laguna que atravesaba varias fincas, un lugar donde los niños se reunían a pescar, a coger ranas, a practicar con las caucheras, a elevar cometas y de vez en cuando a nadar, cuando el clima se lo permitía. Era el humedal Capellanía.

Pasaron los años. La ciudad fue creciendo a pasos agigantados, enterrando sus cuerpos de agua, volviéndolos botaderos y desagües al aire libre. Ya adulto, y con una familia para proteger, Jorge regresó a ese lugar lleno de memorias. Quería que sus hijas también lo disfrutaran. Pero se enfrentó con una realidad que lo dejó preocupado: aquella laguna se había convertido en una alcantarilla, un sitio en donde se criaban zancudos y ratas, que no ofrecía ninguna seguridad para sus hijas.

En Fontibón le decían ‘El loco del sombrero’ cada vez que lo veían llegar, porque en su indumentaria era infaltable un sombrero de dril, de los que usan los exploradores; lo que pocos sabían era que no podía salir de casa sin él: “*Ya lo habían tratado de un melanoma, lo que hizo que su fiel compañero estuviera entre una colección de sombreros que lo protegían del sol bogotano”*.

* Estudiante de Derecho
Taller biblioteca Luis Ángel Arango

Además, estaba loco "*porque era una persona que tendía a imponer su óptica*", dice una señora que lo conoció. "*Para Zamudio cualquier charco en la localidad era un humedal y salía a defenderlo, ¡tenía que estar loco para ponerse a defender alcantarillas!*", comenta un vecino.

"*Lo recuerdo como una persona alegre, con ideas interesantes. Aunque hablaba con mucha gente, lo sentía un poco egoísta o muy defensor de sus propias ideas, por eso siempre me sorprendió la forma en que me abrió algunas puertas. Creo que nunca llegamos a tener una relación muy cercana, aun así fue de los pocos que me cayó bien en medio de tanto personaje que encontraba; hoy en día valoro mucho todo lo que logró por el humedal*", cuenta Mauricio Calderón.

En ese momento de su vida, rozando los 50 años, con su compañera y dos hijas, decidió que era el tiempo de dedicarse a la labor social, que no le era ajena: fue elegido presidente de la Junta de Acción Comunal del barrio en el que vivió toda su vida y se dedicó a plantar árboles, junto con un grupo de policías bachilleres y algunos vecinos en el corredor férreo que está frente al barrio. Según él, le iba a demostrar al distrito que se podía mantener una zona verde a más bajo costo. Fue cuando, guadañadora al hombro, se dedicó a podar y a recuperar una zona que había sido invadida por los escombros. Así emprendió la recuperación del humedal.

♦ Inmóvil frente a la volqueta

"*Una de las escenas más impactantes en mi vida fue ver a mi papá frente a una volqueta llena de escombros y cómo se le enfrentaba al conductor para que no siguiera rellenando el humedal; yo estaba ahí con él y ¡el susto fue terrible! porque el conductor intentó seguir adelante, pero mi papá no se movió ni titubeó un minuto*", cuenta su hija mayor. Esto fue a mediados de la década de los noventa, cuando muchos de los humedales bogotanos entraron en decadencia.

Gracias a que muchas personas se empezaron a interesar por estos espejos de agua y a iniciar campañas de recuperación, también en la Conejera (Suba) y el Burro (Kennedy), empezaron a surgir grupos de amigos de los humedales y para ese tiempo se inició un proyecto, la Red de Humedales de Bogotá, que buscaba articular las iniciativas de conservación alrededor de los humedales de la sabana.

Nelly, su compañera, quien lo acompañó durante 26 años lo recuerda como "*un hombre de carácter fuerte, que cuando algo se le metía entre ceja y ceja no lo*

abandonaba, así descuidara a su familia o su negocio de turrones". Prueba de ese tesón fue cuando se proyectó la Avenida Longitudinal de Occidente (ALO); entonces se dedicó con persistencia a demostrarle a la Empresa de Acueducto de Bogotá y al Instituto de Desarrollo Urbano que por donde pretendían pasar el trazado de la vía había un humedal y que si bien ya había sido fragmentado por el paso de la avenida de La Esperanza, aún estaba vivo. En medio de este proceso se ganó amigos y enemigos entre la comunidad, ya que por su insistencia el trazado de la vía se modificó varias veces. Muchos de los habitantes veían ese espacio como "*un criadero de ratas, zancudos y refugio de marihuaneros y ladrones. Y lo mejor que podían hacer era rellenarlo y pasar una vía por ahí*".

También se convirtió en persona no grata para varias multinacionales que están en la ronda del humedal, ya que la recuperación podía "incomodar" a los vecinos y clausurar las conexiones erradas que posiblemente tenían algunas empresas como Coca-Cola Colombia y las comunidades que habían construido su vivienda en la cercanía del humedal. "*Había que ver qué otros daños se estaban presentando al ecosistema*", decía. Lo que algunos años después se comprobó, cuando Coca Cola fue sancionada en el 2008 con una multa impuesta por la Secretaría de Ambiente de Bogotá.

Poquito a poco y gracias a que otras personas se interesaron por el humedal de Capellanía, éste se fue ampliando y cada vez fueron más las personas que se acercaban a él y se unían a su lucha —de locos y desocupados— y se metían con el agua hasta las rodillas a "*limpiar y despejar de escombros la ronda del humedal*".

Para su hija menor, Constanza, la labor hecha por su papá fue "*una fuente de referencias para que mi trabajo se enfoque a mejorar la economía, pero pensando en el tema social y ambiental, buscando un equilibrio, que él siempre trataba de llevar*". Constanza es ingeniera ambiental y sanitaria y el título de su proyecto de grado fue *Uso y objetivos intermedios de calidad: el recurso hídrico de los humedales de Guaymaral, Torca y Capellanía*.

Hoy, al presenciar la oleada invernal que tiene a Bogotá a punto del colapso, ya que las lluvias han superado los promedios esperados e históricos de precipitaciones para estos meses, recuerdo las motivaciones de Jorge Zamudio para la recuperación de estos ecosistemas: "*Esto no lo hago por mí, es por las generaciones que nos siguen, porque si seguimos perdiendo los humedales ya no habrá espacios que ayuden en las inundaciones y ahí si nos va a llegar el agua hasta el cuello, porque la naturaleza da avisos, pero es posible que cuando se tome conciencia ya sea muy tarde*".

Era algo que se veía venir en una ciudad que fue construida sobre una rica cuenca de ríos y humedales, que por la falta de planificación se rellenaron y muchas familias viven sobre ellos, bajo el riesgo inminente de inundarse y de perderlo todo.

Han transcurrido seis años desde que murió Jorge Zamudio, el abanderado de una causa pequeña, que trató de dejarle algo no solo a su nieta, sino a los hijos de las comunidades que conviven en estos espacios, tan importantes para el desarrollo sustentable de una ciudad como Bogotá. Otros han heredado su causa; Israel Rodríguez, Ingrid Forero, Mauricio Calderón, María Teresa Andrade y muchas otras personas continúan visibilizando, sensibilizando y manteniendo vivo el deseo de conservación de espacios naturales. Ellos, como Jorge Zamudio, se enamoraron de estos espacios y luchan a diario contra las adversidades y las personas inescrupulosas a quienes sólo les importa el dinero, la conveniencia momentánea, a costa del bienestar de toda la comunidad.

Son ejemplo de que sí es posible recuperar los humedales y finalmente saber que podemos heredar a nuestros nietos ya no alcantarillas, sino espacios llenos de vida y esperanza para un mejor futuro en nuestra querida Bogotá.

❖ Las lavanderas del Diana Turbay❖

María Isabel Arias Cadena *
camotecadenar@gmail.com

De cómo día a día, mujeres de los barrios Diana Turbay y Rincón del Valle, de la localidad de Rafael Uribe Uribe, se reúnen en el lavadero del Diana Turbay para aprovechar el chorro de agua que sale de la quebrada Chiguaza.

Una llovizna tupida y fría, que parecía ser el preámbulo de un torrencial aguacero, me recibió de golpe al bajarme del bus. Apenas conocía este barrio de calles diurnamente tranquilas, de perros paseadores sin dueño, de gente trabajadora y sencilla.

El recorrido comenzó despacio. Poco a poco las calles fueron contando sus historias a través del guía que acompañó mis pasos, quien a grandes rasgos fue esbozando un retrato hablado de ese territorio en el que creció, lleno de verde, agua, y libertad; allí donde todavía se encuentran casas a la orilla de un río sin tener que salir de la ciudad. De repente, mientras caminábamos cerca de un parque, el sonido que antecede a la imagen del agua que corre libre, me sorprendió en medio de la conversación; un sol tenue en lo alto del cielo intentaba disipar lentamente el preámbulo de lluvia. Supe entonces que siguiendo el borde del camino de agua encontraríamos a las protagonistas de esta historia.

A medida que avanzábamos por el camino de asfalto, el sendero de agua iba estrechando su cauce. "*Los lavaderos deben estar cerca*", advirtió mi acompañante, y una joven mujer que divisamos a lo lejos, vestida de camiseta, pantalón corto y sandalias, mojada de las rodillas a los pies y llevando un carrito para mercar lleno de baldes vacíos, le dio la razón.

* Estudiante de medicina veterinaria
Taller El Tunal

Luego de saludarla y de presentarnos empezamos a preguntarle sobre los gajes de su oficio, asumiendo de antemano que venía de lavar. Daisy, de 22 años, de manos enrojecidas y frías, sonrió antes de contarnos que lava su ropa allí desde que llegó al barrio, hace unos siete años.

"*Y cómo no lo voy a hacer si me ahorro por lo menos la mitad del costo de la factura del agua*", afirma contundente. "S*i quieren saber más de este sitio pregúntele a 'la Melliza', dicen que ella ha estado aquí desde siempre; vayan hasta el final de la calle, vive en la segunda casa a la izquierda*", recomienda Daisy al despedirse.

♦ El planchón más colorido

Antes de llegar al lugar señalado, un improvisado tendedero a la orilla del camino, equipado con un buen número de cuerdas llenas de ropa de todos los tamaños y colores, fue el feliz preámbulo del encuentro con el legendario lavadero del barrio Diana Turbay: un planchón de concreto de unos dos metros de longitud sostenido por tres columnas de bloques y ladrillos sobre un rústico piso de cemento. Allí reposa una poceta mediana donde se almacena el agua que cae a través de un delgado tubo, el cual emerge horizontalmente de la cadena de pequeñas montañas, paisaje y pared de este sitio.

El sol había recuperado su fuerza y ahora brillaba sobre una menuda y joven mujer de tez clara que lavaba, mientras tres jóvenes se lanzaban agua entre sí detrás de ella, sin lograr perturbarla.

Un aire limpio y tranquilo inundaba el lugar, seguramente efecto de la cercanía con el agua que todo lo renueva a su alrededor; la música de fiesta navideña a todo volumen invadía el espacio recordando la proximidad de esta fecha.

La imperturbable lavandera se llama Angie, tiene 24 años, dos hijos, y un compañero que la espera en un Renault azul modelo 94, parqueado en frente del lavadero. Él la espera para transportar los bultos de ropa y porque no son residentes del barrio. Vienen desde Guacamayas, barrio de la localidad de San Cristóbal, a considerable distancia. "*Viene mucha gente de todas partes porque sabe que existe este sitio para lavar donde el agua es limpia y gratis*", dice Angie mientras le suma una camisa al montoncito de ropa que apila junto a ella.

Al preguntarle por 'la Melliza', responde con una sonrisa: "*Pero claro que sé quién es, aquí es reconocida por todas las que lavamos como una de las más antiguas; ella*

se la pasa dando recomendaciones para mantener ordenado y limpio este lugar". Continuamos el camino en busca de quien parecía ser la "lavandera mayor".

♦ 'La Melliza', guardiana del lavadero

Unos metros más adelante llegamos a la casa señalada y preguntamos por ella, quien respondió desde el fondo de la humilde vivienda: "*¿Y para qué me necesitan?*". Era doña Olga, de 50 años de edad, 4 hijos, 11 nietos, oriunda de Medellín, de mediana estatura, tez morena, cabello corto, carácter fuerte, mirada desconfiada. Vive allí, en el Rincón del Valle, desde 1976; nunca un nombre más apropiado para un lugar que poco a poco fue devorado por la ciudad, pero que todavía conserva parte del paisaje rural de la sabana.

Antes de comenzar a contar la historia del lavadero, da unos pasos fuera de su vivienda buscando la imagen del sitio para dar contexto a sus palabras: "*Este nacimiento de agua tiene por lo menos unos 46 años de estar allí; los lavaderos los hice yo con ayuda de una política, doña Gladis y unos vecinos de la parte de arriba de San Martín. Aquí siempre hemos lavado nuestra ropa; antiguamente había muchas peleas, mucha basura, pero ahora es un lugar muy tranquilo, así como lo ven*", cuenta 'la Melliza', mientras se dirige despacio hacia el lavadero. "*Yo por mi parte no tengo agua acá, un buen día asomaron los del Acueducto diciendo que yo tenía dizque agua de contrabando; después vinieron técnicos, ingenieros a ver qué era lo que pasaba y se dieron cuenta de que del contador hacia la casa ni tubos había*", añade.

Esta misma realidad la comparte buena parte de los habitantes de este barrio, cuya única fuente de agua potable es la que nace de la quebrada Chiguaza.

Volvemos al lavadero. Doña Olga se acerca despacio a la poceta de concreto que tantos pleitos le ha costado: "*Nosotros hicimos esto aquí porque toda esta agua se iba para la alcantarilla, ¿se imagina?, cómo se le va a ocurrir que podemos desperdiciar esa agua; ahora estamos pensando en hacer otro pozo allí, pero necesitamos que más gente se una*". Como era de esperarse, por el Diana Turbay han desfilado todo tipo de personajes: políticos, autoridades, funcionarios, negociantes, todos con un interés distinto y a todos algo les ha pedido 'la Melliza' para contribuir al lavadero.

Fue así como consiguieron la poceta, el piso de concreto y el planchón sobre el que lavan. Tampoco han faltado los vivos que quieren hacer de este sitio un negocio,

por lo que nadie llega al lavadero sin autorización de doña Olga. "*La gente quiere solamente cobrar y privatizar, apropiarse de lo que ha sido de todos; mire, este es un nacimiento de agua muy bonito, que necesita mantenimiento para que pueda seguir siendo utilizado por todos. Esa es mi pelea, porque aquí la gente viene, se beneficia del agua, y después nadie se compromete a mejorar el lugar, no piensan en que todo esto no se hizo por obra y gracia del espíritu santo, todo esto vale y tiene que cuidarse*".

Y en una localidad donde no toda la población cuenta con servicios públicos, ella se erigió en guardiana de ese derecho ciudadano. "*Todo el mundo dice que el pozo es libre; yo les digo: Sí, es libre pero todo lo que hay aquí y todo lo que falta cuesta. Ahora estamos diciéndole a la gente que viene a lavar que nos reconozcan $500 o $1.000 pesitos para pagar la malla que pusimos abajo y evitar que la alcantarilla se tapone con papeles; también estoy pidiendo que vengan a ayudarme a lavar todo esto, a quitarle toda esa lama que se va acumulando por la humedad; falta ver quién viene y colabora para mantener este espacio limpio*".

De inmediato nos ofrecemos para cumplir con esa tarea, y, al terminar, doña Olga nos despide con una bendición: "*Vuelvan cuando quieran, y ojalá esté yo por acá, porque usted sabe que todo está muy duro. ¡Ay Dios mío, que no vaya a llover más porque se me está cayendo la casa!*", exclama mientras se dirige a su casa. "*Ahorita mismo me voy a arreglar para ir a CityTV a denunciar lo que está pasando; yo no sé si es que están esperando a que la loma se nos venga encima para hacer algo, pero primero me voy hasta arriba para ver cómo está la gente*".

❖ Los amigos de La Vieja❖

Andrés Plazas Torres *
pozamansa@gmail.com

De cómo esta quebrada que baja de los cerros orientales, a la altura de la calle 71 con avenida Circunvalar, ha ayudado a estrechar los lazos entre 'Los Amigos de la Montaña'. Recorrido sentimental con el guía y cronista.

Todos hablamos de La Vieja con emoción. Decimos que nos cambió la vida y que no sabríamos qué hacer sin ella. Muy temprano en la mañana, cuando todavía está oscuro, nos levantamos con alegría al saber que la vamos a encontrar para empezar bien el día. Nos sentimos felices a medida que nos vamos acercando a ella.

Es generosa y tiene una capacidad infinita para escuchar todas nuestras preocupaciones. Con paciencia, La Vieja ha logrado quebrar muchas de nuestras rigideces, y es así como poco a poco hemos sido capaces de ponernos en sus manos para dejarnos moldear afectuosamente, y al mismo tiempo nos ha enseñado cómo es que la debemos cuidar.

Mientras subimos la montaña, también nos vamos encontrando con otros amigos de La Vieja que hoy son los nuestros, y con quienes compartimos ese mejor momento del día. "*¡Buenos días, Pilar, por qué madrugaste tanto! ¡Cómo vas, Germán, dime si la montaña no está muy hermosa con los aguaceros que han caído! ¡Hola, Lía, hace tiempo que no venías a la montaña! ¡Cómo vas, Marcela, apúrale a subir para que alcances a ver los nevados despejados! ¡Buenos días, Marta, qué alegría verte!*"

También se escuchan expresiones como: "*La montaña fue de gran ayuda durante la separación de mi esposa*"; "*fue aquí en la montaña donde conocí al hombre que quiero*"; "*gracias a La Vieja pude salir de la depresión en que me encontraba*";

* Líder de comunidad de caminantes
Taller biblioteca Luis Ángel Arango

"*antes, cuando tenía problemas, me ponía a llorar; ahora, cuando tengo problemas subo a la montaña a caminar y cuando bajo ya tengo las cosas más claras*"; "*se ve que don Gonzalo no subió hoy a la montaña*", dice su secretaria cuando lo ve llegar de mal genio a la oficina.

Y así, con La Vieja como testigo, al lado de una ciudad de siete millones de almas solitarias, con estas breves pero sentidas conversaciones vamos recordando que existimos, que importamos a los demás y que los demás nos importan.

Y en esos encuentros también vamos construyendo entrañables amistades; se van haciendo buenos y malos negocios; nos volvemos compañeros de viaje en la búsqueda de otros destinos; construimos complicidades; nos convertimos en orejas que intentan escuchar, que con frecuencia es lo que necesitamos para superar las dificultades de la vida.

Los nuevos visitantes al no saber explicar lo que está pasando se limitan a exclamar: "¡*Es que aquí la gente saluda*!".

Nosotros, los Amigos de la Montaña, tampoco entendemos completamente lo que ha ocurrido. Algo ha pasado en nosotros que nos hace sentir bien y no nos dimos cuenta de en qué momento nos convertimos en una comunidad.

Comunidad de la que también forman parte los inquietos colibríes volando a gran velocidad cuando ha llovido en la noche, y que toman el néctar de las flores cercanas, sin espantarse como si los caminantes fuéramos parte del paisaje; o las bromelias pidiéndole permiso a los eucaliptos para apoyarse en ellos y alegrar el camino; o los verdes y frágiles musgos cubriendo los troncos caídos que se pudren al borde del sendero; o las cascadas de agua fresca de esa quebrada La Vieja que con su música nos hace olvidar por un momento de los problemas cotidianos.

¿Y qué fue lo que pasó? ¿A qué se debe esta euforia colectiva? ¿De dónde esas ganas de subir a caminar cada mañana a la quebrada? ¿Cómo se construyó ese vínculo tan fuerte que hoy sentimos con los demás caminantes y Amigos de la Montaña?

"Qué comunidad tan organizada", nos dicen algunos. "*Ayúdenos a que eso que ha pasado en ustedes suceda en otras comunidades de la ciudad*", solicitan funcionarios de la Empresa de Acueducto: "*Es que la Empresa hace muchas cosas en los barrios y la gente no cuida. No tiene sentido de pertenencia*", apuntan.

Ya quisiéramos sentirnos así de organizados como nos ven. Seguramente esa rabia que expresamos cuando vemos a alguien que se roba una flor o bota un papel en la quebrada o en el camino, debe ser eso que llaman sentido de pertenencia.

Como podría haber tantas historias como caminantes tiene la montaña, sólo quisiera narrar algunos de esos momentos y a mencionar algunas de esas personas que ayudarían al lector a comprender un poco esa realidad que entre la quebrada La Vieja y los Amigos de la Montaña se ha venido construyendo.

- **Palitos de colores:** En 1999, cuando llegué a la montaña no eran más de veinte los caminantes que la recorrían con regularidad. Se conocían muy bien entre ellos y como forma de cuidarse, cada uno tenía un palito de diferente color que al llegar a la montaña dejaba a la entrada, en un lugar acordado, a manera de señal que indicaba que ya se encontraba dentro de la reserva. "*Ya subió Juan Jacobo*", pensábamos si encontrábamos el palito azul a la entrada. Y al salir cada uno se llevaba el suyo.

- **Cuando la gente no se saludaba:** Había personajes como don José, quien sube a la montaña desde 1960. Era cuñado del guardabosque de la Empresa de Acueducto de la época. "*En esa época la gente no saludaba*", comenta don José. "*Seguramente era por las diferencias en el nivel de educación*", explica. "*Pero ahora las cosas han cambiado mucho, porque la gente sí saluda. Ahora toda la gente es muy amable, para qué…..*", expresa mientras comparte con los demás caminantes las fotografías ligeramente amarillas que carga en su billetera, y que fueron tomadas el día de la despedida de soltero en la montaña hace 50 años con su máquina de retratar, como él la llama.

- **"Japiverdei tuyú":** Las cosas continuaron sin mayor novedad hasta el año 2005, cuando empezamos a desayunar una vez al mes en la montaña para celebrar los cumpleaños. Durante varios años nos reunimos con vino, torta, y *japiverdei tuyú* a las 5:30 de la mañana y así empezamos a romper el hielo citadino de quienes en ese entonces subíamos a caminar. Esos desayunos fueron el origen de la lista de correo en internet y del primer *blog* en el que compartíamos las fotografías que tomábamos.

Con el tiempo los caminantes fueron aumentando, y así la lista de correo. Empezaron a aparecer nuevas fotografías de otros temas y nuevas historias que llevaron a la

creación, en marzo de 2006, de un nuevo *blog*, el que hoy tenemos, y que se ha convertido en un punto de encuentro para compartir imágenes e historias comunes.

Los caminantes que fueron llegando crearon grupos con otros intereses y vinieron nuevos desayunos y celebraciones en otros lugares de la montaña. Poco a poco los diferentes grupos nos fuimos tejiendo y descubriendo que éramos más de los que creíamos.

♦ **Gloria:** Una caminante querida por todos, quien dio una lucha de casi dos años por superar un cáncer terminal, fue un aglutinante que nos acercó y nos ayudó a ser conscientes de la fuerza del vínculo que nos une. "*Yo quisiera que mis cenizas quedaran en la montaña*", nos decía Gloria unos días antes de su final. Voluntad que se cumplió en un lugar que llamamos el Jardín de Gloria, y que es una razón por la que la montaña es hoy un poco más sagrada de lo que era antes.

♦ **Muñeco:** En alguna ocasión empezamos a ver que alguien, con cincel y martillo, le estaba quitando el filo a todas las piedras del camino. Le preguntamos a Jorge, el guardabosques del Acueducto, si él sabía qué era eso tan extraño que estaba ocurriendo. "*Lo que pasa es que mi hija Camilita, bajando para el colegio se cayó del caballo, se golpeó en la cara con el filo de una piedra y la tuve que hospitalizar*", nos dijo.

Ante la imposibilidad de renunciar a su trabajo, la única opción que encontró fue la de coger el cincel y el martillo y tallar todas las piedras de un kilómetro de camino, quitándoles el filo. Y en el momento de la explicación apareció Camilita con la cara todavía negra por el golpe.

Conmovido por la escena, Francesco, un caminante conocedor de estos temas, explicó: "*Quitarle el filo a las piedras no es la solución. Lo que ocurre es que el animal apropiado para este tipo de caminos es el mulo, no el caballo*". Se formó entonces un grupo de caminantes que se puso en la tarea de conseguir el nuevo animal, su silla y sus aperos. Unas semanas después llegaba 'Muñeco', que además de solucionar el problema de Camilita ha servido para apoyar otras labores en la montaña.

♦ **La "vaca":** La Navidad también ha sido un buen pretexto para encontrarnos. Cada diciembre hacemos una "vaca" en la que recogemos dinero para los regalos de las familias de los guardabosques y para apoyar obras sociales. Cada cual aporta

lo que puede y los resultados crecientes nos han hecho sentir que de pronto somos capaces de hacer cosas más grandes juntos. Invitamos a cerca de 80 niños, de una biblioteca que acompañamos en Ciudad Bolívar, a celebrar la Navidad con nosotros en la montaña. Organizamos un comité para la compra de los regalos, nos reunimos en una casa a empacarlos y con Papá Noel incluido subimos caminando hasta el Claro de Luna y hacemos la fiesta para la entrega de regalos.

♦ **No hay mal que por bien no venga:** Como pasa en todas las comunidades, los problemas de seguridad hacen que la gente se organice para defenderse. Hace aproximadamente dos años hubo una serie de atracos en la montaña que nos llevaron a buscar la protección de la Policía. Se integró un comité de caminantes que desde ese entonces se reúne sin interrupción todos los martes, y que con el tiempo dejó de ser únicamente de seguridad para convertirse en el comité de 'Los martes de la montaña', donde nos ocupamos de temas relacionados con el cuidado del medio ambiente, o de la relación con la Empresa de Acueducto y otras entidades del Estado. Hoy estamos considerando la posibilidad de obtener la personería jurídica para que los Amigos de la Montaña puedan actuar ante las entidades del Estado y ante otras organizaciones.

♦ **Una perdida:** Un martes a las 2:30 de la tarde recibí la llamada de una señora. "*Buenas tardes, Andrés. Hablas con la mamá de Guillermo. Te llamo porque él salió de la casa a las 5:30 de la mañana, me dijo que iba para la montaña, y todavía no ha regresado. Salió sin su celular y estoy muy angustiada porque desde esa hora no hemos tenido noticia*". Le dije que se tranquilizara, que íbamos a hacer unas llamadas y que en un momento nos volveríamos a comunicar con ella.

Con las historias de atracos en los cerros orientales y de asesinatos de caminantes por robarles una cámara fotográfica había sobradas razones para sentirse preocupado. Unos caminantes llamaron a otros, y estos a otros y a la Policía y a los guardabosques del Acueducto y en menos de media hora ya se había formado una red pendiente de Guillermo. Mientras los policías y los guardabosques lo buscaban en la parte alta de la montaña, se organizó un grupo de caminantes para iniciar la búsqueda desde la puerta de la casa de Guillermo, siguiendo estrictamente la ruta de su recorrido diario. Después de andar 200 metros, todavía dentro de la ciudad, en el primer semáforo aparece Guillermo, entre caminando y bailando, feliz de la vida.

—"*¿Y ustedes para dónde van? Por qué están subiendo a esta hora a la montaña?*"— nos preguntó.

—"*Marica, y usted dónde estaba? ¡Pues vamos a buscarlo! ¡Está todo el mundo buscándolo!*"— le decíamos entre felices de verlo y con ganas de ahorcarlo.

—"*¡Bueno, pues ya me encontraron!*"— exclamó con una carcajada.

—"*¡Son las cuatro de la tarde! Vaya que su mamá está en su casa, prendida del techo de la angustia, esperándolo*"—le respondió Oscar.

—"*¡Qué pena con ustedes!*"—exclamó, con una sonrisita que le impedía ocultar que la emoción no era tanto de pena con nosotros sino de felicidad de haber descubierto lo importante que él era para los Amigos de la Montaña.

Guillermo había decidido ir a visitar a un amigo al otro lado de la montaña, en el Valle de Santiamén. No había llevado celular y el amigo tampoco tenía forma de comunicarse con la "civilización". No supo a qué hora se le pasó el día y a las cuatro de la tarde el amigo lo trajo de nuevo en su carro hasta Bogotá.

"*¡Yo no sabía que me quisieran tanto!*", nos decía esa noche en la reunión del comité de los martes de la montaña.

♦ **El palo de Germán:** Desde que subo a la montaña, hace cerca de once años, la gente dice que Germán tiene 70 años. Y la verdad es que a medida que pasan los años pareciera que Germán estuviera disminuyendo su edad. Dicen también que eso se debe a que de nosotros, él es el que más sube a la montaña y que lo hace desde hace 25 años.

Hay días en que Germán deja su bordón al pie del camino, recostado en un árbol, mientras hace sus calentamientos al lado del portón verde del túnel. Todos reconocemos el bordón que Germán usa para caminar y lo respetamos.

En alguna ocasión en que se organizó una caminata hasta Monserrate, al final del grupo de caminantes, Elsie pasó por el lado del palo y, sin saber que se trataba del bastón de Germán, se sintió muy afortunada de haberlo encontrado para apoyarse en esas tres horas de camino que le esperaban. Unos minutos después, Germán terminó sus calentamientos y al descubrir que alguien había tomado su bordón se enfureció.

A todo el que pasaba le pedía el favor de ayudarlo a buscar y a correr la voz para que se lo devolvieran. "*¡Ese palo lleva más de diez años conmigo!, ¡por favor, ayúdenme a encontrarlo!*", exclamaba.

Y la verdad es que sí. Todos habíamos llegado a verlo como una parte de Germán.

Un caminante rezagado alcanzó al grupo que iba para Monserrate y les contó la situación. Elsie, avergonzada, concluyó: "*Este debe ser el palo de Germán*". Y, efectivamente, los demás que iban en el grupo lo pudieron reconocer. Ya no era tiempo de devolverse. Había que continuar hasta Monserrate, con la pena para Elsie de haber dejado a Germán sin su bordón.

Con la sensación de haber perdido uno de sus bienes más queridos, al regresar a su casa Germán empezó a llamar a todos los Amigos de la Montaña, pero nadie daba razón. Todo se imaginaba Germán menos que su bordón estuviera llegando a Monserrate. Esa tarde, para tratar de compensar la contrariedad que pudiera haber generado en Germán, Elsie fue a comprarle un turrón.

Al día siguiente Germán madrugó a buscar al ladrón. Subió hasta el Claro de Luna y al bajar se ubicó al pie de la piedra que tiene la imagen de la virgencita de Guadalupe incrustada, a manera de peaje, para chequear a todos los caminantes que por allí pasaran.

Cuando ya estaba perdiendo las esperanzas de encontrar su palo, apareció Elsie, con el bordón en una mano y el turrón en la otra.

"*¡Esto se merece un abrazo!*", exclamó Germán alzándola con bordón y turrón, y abrazando a todos los que pasaban. Y en menos de media hora los caminantes ya habían llevado la historia a todos los rincones de la montaña, desde la puerta de entrada hasta el Bosque del Silencio y hasta la Virgen. Contaron la historia aunque con pequeñas variaciones, que el teléfono roto siempre produce.

Entre las múltiples versiones se dijo que una señora, sin querer, le había cogido el palo a Germán y que se lo había llevado hasta Monserrate, pero que después lo había tratado con mucho caramelo y que Germán había quedado muy contento.

❖ Mapa manos manantial mastodontes muiscas montaña mina mahal mas manos mapa manantial mujeres muerte ❖

Marisol Leal Acosta *
selmasultana@yahoo.es

De cómo este cronista-cartógrafo, encargado de levantar el mapa ambiental de la región de Tocancipá, pronostica los riesgos en el entorno de la montaña de Canavita y del río 'Grande' (el Bogotá), que la autora disfrutó en su niñez.

Si el emperador de Bengala, Sha Shujan, se levantara de su tumba. Si recordara haberle cortado las manos a los obreros que hicieron el mausoleo de su joven esposa muerta para que nunca más se rehiciera otra obra igual. Si al despertar viera desde esta montaña rota, la réplica de su Taj Mahal en el parque Jaime Duque, en esta sabana perseguida, moriría de nuevo.

Tres perros a la orilla de una carretera destapada me miran sin mirarme. Los tres lanosos y amarillentos parecen porcelanas sobre una repisa polvorienta en una casa de mujer sola. Los tres quietos no ladran, ni persiguen a las volquetas que sin descanso bajan y suben de la minas. Ellos, a la orilla de la carretera, en un balcón de la montaña de Canavita, donde Ómar tiene su casa, observan el vacío.

Pareciera que observaran ensimismados el aire polvoriento y el irreal paisaje bengalí en tierras de la sabana bogotana. También la presencia de las extensas lagunas brillantes, aquí y allá, y que no son lagunas, sino más bien armazones de plástico gigantes que forman los invernaderos de flores cultivadas por las aguas subterráneas, que secan la sabana y la llenan de espejismos enceguecedores.

* Psicóloga terapeuta de familia e ilustradora
Taller Julio Mario Santo Domingo

Porque en ese recorrido, el polvo lo cubre todo como una nube: las hojas de los árboles, los techos de las casas desprovistas, las fincas que una vez llevaron de nombre la selva, o el ensueño, las bicicletas diestras que suben la cuesta.

Un joven que enamora una muchacha comenta: "*Por aquí solo se respira polvo. Dicen que por eso los niños no paran de llorar*".

Una quebrada baja en silencio, sin importarle el polvo, o a pesar de él. Ella baja sola desde esa montaña rota. No siente el desconcierto que produce el paisaje del extenso valle del río Grande. Ni el verde rebelde que aún embellece el panorama. Ni tampoco la indiferencia con que acepta el atropello de las industrias que lo persiguen sin sosiego. Ella cada vez más pequeña baja a ese valle, hacia su destino solitario y silencioso como jalada por cuerdas invisibles.

En este sitio empolvado que confunde vive Ómar. El técnico ambiental de la alcaldía de Tocancipá. El encargado de velar día y noche, las aguas, los suelos y el aire de la zona. En su oficio de vigía, ha desarrollado el arte de la fotografía, la crianza de tres faras (zarigüeyas) recién nacidas que perdieron a su madre de un tiro despiadado, y el duelo de casi todos sus perros atropellados por esas volquetas que suben y bajan cargadas de recebo, o envenenados por algunos que odian su amor por la vida.

♦ El mapa de la vida y de la muerte

En este momento le han pedido su carta de renuncia y su última labor consiste en completar el mapa ambiental de la región de Tocancipá.

El mapa en que trabaja Ómar está dibujado en un papel de cuadrícula blanquísimo sobre el cual, a mano y a dos tintas, compara, dibuja o borra las zonas conservadas, las que están en peligro, las lesionadas y las muertas. Es el mapa de la vida y de la muerte de la región. Él está en la tarea de registrar la historia de los acontecimientos que han dejado mudos y quietos a tres perros lanosos y empolvados de la montaña de Canavita, y el destino ciego de una quebrada que baja solitaria hacia el río Grande.

Su oficina en realidad es un pasillo donde se acomodaron contra la pared un archivador de metal gris, una mesa de comedor de seis puestos y tres sillas blancas Rimax. El puesto de la cabecera corresponde al lugar en que él atiende y corrige el mapa. Detrás de él, una ventana mira al oriente. A lo lejos, la montaña rota, los tejados de barro y a veces de zinc. También el lugar donde funcionará el nuevo

acueducto (contra su parecer), vestigios de un bosque nativo —donde nace la quebrada solitaria— el polvo donde los niños nunca paran de llorar y el silencio.

A pesar del hacinamiento, Ómar se desliza entre los muebles como si estuviera en los juncales cuando hace su oficio de vigía. Sus piernas largas, en sus bluyines embarrados hasta la rodilla, salvan las sillas, la mesa y los archivadores. Ya no estamos ahí, sino en el monte o en los humedales rescatando huevos abandonados por las tinguas muertas. Así, liviano y con destreza, baja de un archivador un rollo de cartulina gruesa.

Lo extiende a lo largo de la mesa, y de rollo pasa a ser una superficie plana que se explaya sobre el mapa que corrige. La nueva superficie es una fotografía área de gran formato, en blanco y negro, llena de cuadrículas y líneas en todos los matices del gris.

Con esa forma de hablar sin hablar al mismo tiempo, me hace entender que esto le duele y que las cosas como están, no pueden ser posibles. "*Es que el otro día, el secretario de Minas de Cundinamarca dijo: 'Pues cuando no haya agua veremos, ahora ese no es el problema, tenemos que explotar las minas, esa es la nueva ley…'*" Entonces Ómar me mira abriendo sus manos largas y huesudas, encogiendo los hombros en señal de impotencia y desaprobación. No sé qué decir.

Esta conversación con gestos, este ir mostrando cómo hace su oficio, crea una informalidad cálida como de bosque recién descubierto. Su natural proceder de hombre que ama el campo va haciendo del encuentro una especie de amistad de años. Gesticula, desaprueba, juzga con guiños de molestia.

Entre líneas veo el amor que le tiene a esta tierra desde hace más de 30 años. Llegó allí, seducido por un hermano, una especie de hippie que junto al grupo Génesis soñó con una comuna. Ómar hizo su casa en una espacie de balcón, arriba en la montaña, donde Obama, Melisa, Frijol y Tasmania —sus perros— lo han querido y cuidado. También los ha enterrado con tristeza.

Vuelve al mapa que rehace, comparando uno con otro. Como un mago, saca de la nada un borrador y borra tres afluentes de la quebrada El Manantial, que baja solitaria. Los borra —porque ya están secos—; los nacimientos ahora son minas de recebo, arena y polvo. "*Mire, aquí acaban de vender este humedal, el que baja por el sajón, el que llaman 'el Resbalón', donde nace el mayor afluente de la quebrada El Manantial, para construir una casa*". Me muestra el trayecto casi invisible del agua

en la foto aérea; una línea tenue donde no están los peces capitanes, los cangrejos ni las ranas, tampoco el capitanejo, ni las pulgas de agua. Me hace pensar lo poco que muestra un mapa. Y continúa con su hablar entrecortado y molesto: "*¡Imagínese, el municipio lo acepta!*"

Al mostrarme cómo desaparecen los humedales y las quebradas, pienso que estas tierras parecen no recordar el paso de mastodontes y rebaños de venados que hace 12.500 años recorrían sus alrededores. Tampoco las noches de los grandes cazadores nómadas, provenientes del Tequendama, guareciéndose del frío, 1400 años después, en el refugio del Abra (formación rocosa perteneciente a Tocancipá) donde dejaron al descuido sus herramientas de caza, y que hoy se ubica en la fotografía aérea como una mancha grisácea. Ni luego a los primeros recolectores olvidando sus piedras de moler con sus semillas recién trituradas en el lugar oscuro de sus cuevas. En el tiempo de las aguas, cuando la leyenda del Bochica.

Si la fotografía satelital pudiera registrar el paisaje del pasado haría de este registro una fotografía oscura, muy oscura, casi negra.

Una zona en peligro o erosionada, sin agua, polvorienta y pobre, con minas abiertas, construida, sobre construida, asfaltada, sin árboles, iluminada con luz eléctrica, con humo y ruido, sin fuentes, ni lagunas, sin aves, ni flores, ni insectos que las nutran, sin la clorofila que oxigena. La tierra moribunda en un registro fotográfico y aéreo es lechosa, transparente. Como un fantasma, asusta.

♦ Aguas borradas del mapa

Los muiscas que disfrutaron el valle fértil del sinuoso río Grande, en sus asentamientos a lo largo del Tibitó, hasta la Sierra de Sopó en frontera con el caudal casi quieto de ese mismo río, vivieron en bohíos de bahareque y paja, esparcidos, sin cercas, ni límite de trashumancia. Ellos debieron su subsistencia y regocijo a sus afluentes. El Manantial, la Fuente y la Queca del Quenabita. Muchos de los cuales hoy borra Ómar.

Tal vez por eso, su Zipa le daría el nombre de Tocancipá, que en chibcha significa: "lugar de celebración y fiesta, alegría de los suyos", al amparo de la laguna sagrada de la Guatavita.

Hacer un mapa requiere de la bienaventuranza del tiempo, que a la lluvia no le dé por estar siempre ahí, y como no ha dejado de llover, esta labor está paralizada. Es

un ir y venir de la oficina de Ómar, a la ribera del río Grande, a la foto satelital, al papel calcante y a la hoja blanquísima con su cuadrícula y sus formas particulares de mapa. Para finalmente comparar. Lo cual significa dejar que aflore en la percepción del que ve, lo que ha visto, hacer uso de la memoria y comprender qué ha sucedido, según los múltiples referentes que permiten la comparación.

De esa suerte, hoy Ómar recorre la memoria. Los sitios sagrados y olvidados. Los pictogramas y la confusión de una tierra que a pesar de todo, aún vive en el pasado. De olleros de sal y adoradores del agua a campesinos labradores al cuidado de la virgen. En el presente, de nuevo confundidos, son víctimas de un cambio sin registro. Como si en el acontecer de los hechos no hubiera tiempo para la memoria, que otra vez se oculta.

Ómar, perceptivo, lo registra en sus fotografías que muestra en silencio, apenas ubicando en su mapa el sitio donde están esos sitios silenciosos y perdidos. El camino real de la Fuente, las cuevas de San Luis, la laguna Seca, el observatorio astronómico, los pictogramas de las rocas del Abra y los cielos al atardecer rosáceos casi violetas.

Hacer un mapa también es una labor de equipo y aquí en este lugar donde el desconcierto se ha apropiado de todos, de tres perros peludos y tiesos, de los colibríes, de los cangrejos y las ranas que habitaban la quebrada solitaria del Manantial, en estos días, en este sitio, Ómar lo hace todo solo. Realiza la operación de campo y la de escritorio en su mesa de comedor arrumada, compara, dibuja, borra y se deprime.

Pone la foto área sobre el mapa que corrige. "*Mire, mire fijamente*", me dice, ambos, el de encima y el de abajo, mientras levanta uno y el ojo intenta comparar el primero con el segundo. Es un juego de cinematógrafo elemental y curioso, un *flip book* o especie de animación, donde ojo y mano en veloz movimiento involuntario fijan una imagen de concordancia, e intentan unificar lo uno con lo otro.

Luego de esa clase práctica de construcción de mapas a una sola mano, me muestra cómo ha ido creciendo el pueblo. Ahora Tocancipá es la capital industrial de la sabana. La explotación minera es permitida y lo que un día fue la tierra de regocijo del Zipa hoy tiene dos ríos. El Grande, al que le han cambiado su curso sinuoso por uno recto que lo confunde, pero que según los estudios de Ómar, paradójicamente, no está tan deteriorado. Tal vez porque las últimas tierras que aún le apuestan a la vocación agrícola, lo protegen intentando contrarrestar la transformación despiadada de la región.

Y otro "río" es la Troncal del Norte que la atraviesa. 568 kilómetros de carretera eterna, desde Bogotá hasta Cúcuta, 1466 kilómetros a Caracas y 384 kilómetros a Bucaramanga. Esta vía central, transitada por camiones, volquetas, tractomulas, automóviles, motos, burros, ganado, bicicletas y peatones, sin aceras, ni señalización hacen de este tramo la calle principal del pueblo.

Así, lo que era un claro villorrio hasta hace menos de cinco años, ahora se extiende carretera arriba como un animal largo, muy largo, al borde del descuido de las necesidades de este gran río, que une el sur y el centro con el norte colombiano.

Lo que no registra el mapa de Ómar es que una de las quebradas que cruza las tierras de este municipio es la quebrada solitaria del Manantial. Y que en el momento en que entra al pueblo, un puente la atraviesa; ella ya no es agua, no es cauce natural de algas y cangrejos como la conocí de niña, sino cemento que cubre el agua a ras del agua, dejando libre el espacio entre el puente y lo que debería ser el agua. En una transformación extrema de no ser puente, de no ser túnel, de no ser canal, de no ser quebrada se convierte en una especie de cueva artificial e inútil.

Es decir, un no puente le da la bienvenida a la población donde transita en lo profundo —serena todavía— la quebrada El Manantial, y que Ómar, sin hablar de ella, todavía no la borra de su mapa en transformación. Y que aunque en peligro y asediada permanece viva. Tal vez porque el campo aún es su última compañía, no se sabe hasta cuándo.

Y Ómar no puede registrarlo todo. Tal vez piense que, como Le Corbusier sugirió a principios del siglo pasado, cuando planeaba a Bogotá, la sostenibilidad de una ciudad depende del respeto de las fuentes y sus lechos. Tampoco puede controlarlo todo; sólo mira los hechos y los apunta en su mapa en construcción eterna. Tal vez intuya que todo puede ser distinto, pero es tarde, le han pedido la carta de renuncia y el polvo lo está cubriendo todo.

❖ Chicha con agua de páramo❖

Martha Isabel Garzón Hernández *
marthaisabegarzon@yahoo.es

De cómo recolectaban agua la abuela Benita y otras mujeres del barrio Restrepo en el nacimiento del río San Cristóbal —páramo de Sumapaz— para el uso diario y para preparar la chicha.

Lo recuerdo como si fuera ayer y han pasado casi 27 años. Era un hombre macizo; para conocer el color azabache de sus ojos profundos tuvo que alzarme varias veces y mirarnos de cerquita. Tenía tez morena, pómulos salientes, nariz ancha y poco cabello. Cuando venía a visitarnos, siempre resplandecía el azul oscuro de su vestido de paño, y cuando se paraba en la puerta, ocupaba el alto y el ancho de ésta. Usaba el chaleco de bolsillos pequeños para guardar cositas, la camisa almidonada y de un blanco resplandeciente, el nudo de la corbata siempre bien hecho, jugaba con las calzonarias y esperaba que saliéramos a saludarlo. Se quitaba el sombrero negro de enormes alas y lo colocaba sobre la puntilla en un ritual delicado. Nadie lo podía tocar. Me tomaba en sus enormes brazos, me enrollaba en la ruana blanca. Yo podía percibir el olor a oveja y sentir el rocío de la mañana.

Fumaba tabaco que sacaba de una cajita dorada, le quitaba su delgada envoltura de papel, como de mantequilla, lo olía y mordisqueaba la punta antes de encenderlo. Yo veía las grandes bocanadas de humo que le salían de la boca después de saborear cada chupón de su tabaco; luego, cerraba la cajita para que no se perdiera el aroma y la guardaba en la gaveta. Había que esperar un rato a que fumara para luego escuchar sus relatos. En las tardes se acostaba en la hamaca de rayas que había en el salón a fumar y a contarnos cómo habían amasado una fortuna él y su mujer.

Corría el año 1938, cuando el viejo se casó con la abuela en el municipio de Guatavita, exactamente en la vereda de Guandita. Como mi abuelo era conservador de pura

* Licenciada en Lingüística y Literatura
Taller biblioteca Virgilio Barco

cepa, godo a morir, tuvieron que salir huyendo cualquier día a la madrugada, pues los liberales los iban a matar. Llegaron a Bogotá y fueron a parar a una pieza del barrio San Victorino.

Decían que la abuela era una hermosa mulata, enorme, ávida, activa, obstinada, terca y sagaz para los negocios. Fue ella quien decidió vender chicha en su casa para aumentar el ingreso familiar, pues lo que ganaba el marido no alcanzaba para sostener a seis criaturas, y al séptimo que venía en camino. El problema era conseguir agua barata, pues la compraban en la plaza del Restrepo a unos aguateros que la bajaban en burro desde el páramo y la vendían a un centavo el cuenco, un precio excesivo, por tal razón, la totumada de guarapo salía muy cara.

Un sábado, Benita madrugó y partió hacia Boyacá. Se vistió con el faldón negro largo hasta el tobillo, adornado con encaje; un delantal con enormes bolsillos para la plata y el pañuelo, de colores vivos, con arandelas y cintas de raso; una blusa blanca con encaje del mismo color, hasta el cuello —no se podía mostrar mucho— y el sombrero negro dominguero con plumas de colores. Se acicaló los cabellos largos y negros con una trenza bien tejida, se puso los zarcillos del matrimonio, amarró bien sus alpargatas con el galón hasta la media pierna, alzó al más chiquito en el pañolón, agarró a los otros dos pequeños de la mano, que apenas decían mamá. Juntos se embutieron en el tranvía rumbo a la calle 72, donde terminaba la ruta; allí los recogió un bus que los llevó hasta Tunja por unos cuantos centavos que la abuela sacó del fondo de su sostén. Ya en la capital boyacense, se acomodaron en un modesto hotel. A la madrugada del día siguiente viajaron a Ráquira.

Benita compró enormes jarrones de barro cocido y varios cuencos de menor tamaño para facilitar la cargada del agua y en un solo viaje traer suficiente. El domingo en la tarde hizo el mismo recorrido de ida y, hacia las seis, la volvieron a ver su familia y su marido, quienes ya extrañaban a la dueña del hogar. Por el camino compró una mula y un burro, que serían de gran ayuda para el naciente negocio.

Conforme mejoraba la situación económica y el negocio prosperaba, dejaron la pieza de San Victorino y se fueron a vivir a una casita del barrio Restrepo, cerca de la plaza. Benita contrató varias mujeres para que le ayudaran con la recogida del agua en el río San Cristóbal. Todos los días madrugaba a las tres de la mañana, alistaba su burro y sus cuencos, recorría la calle 22 sur, por un camino pedregoso, lleno de barro y materiales de construcción. A medida que iba subiendo golpeaba en las casas de las comadres para recogerlas y armar un grupo grande, pues no faltaba el ladrón que con cuchillo en mano la amenazara para robarle el agua. También aprovechaba el recorrido para conversar de sus cosas: amores olvidados, infidelidades, crianza de

los hijos, en fin, asuntos de mujeres. Debían subir casi hasta el nacimiento, pues allí el agua aún no bajaba tan contaminada como en el río Fucha. Llegando al nacimiento del río, en el páramo de Cruz Verde, donde corrían sus aguas limpias y cristalinas, desmontaban las bestias, se ponían en la tarea de llenar las vasijas del preciado líquido; no se podía descansar, debían cargar suficiente agua para comer, bañarse, preparar la chicha y guardar de reserva.

El regreso era inmediato porque a la media mañana debían tener el caldo listo para los obreros que venían a desayunar, preparar la chicha para que por la tarde ya estuviera fermentada o, como decía ella, "enfuertada" para saciar la sed de esos obreros. El lunes tenían que madrugar más porque los hombres llegaban sedientos.

A veces, cuando quedaba tiempo, se ponían a lavar ropa en el río. A la abuela le gustaba sentarse a mirar el paisaje, pensaba si sus nietos verían aquella hermosura, si perduraría ese manantial de aguas cristalinas, rodeado de árboles frondosos que apenas dejaban pasar los primeros rayos del día, flores bellísimas, frailejones que parecían cobijas suavecitas, ranas, salamandras, pájaros que interrumpían el conversatorio con sus cantos melodiosos. Aquello parecía el paraíso.

No faltaba que llegara el abuelo con parientes, familiares y políticos, y se armaba la fiesta con música de cuerda, mucha comida (marrano) y muchos invitados. Entonces, el trabajo se duplicaba y la abuela contrataba peones para que trajeran el agua. Atender tanta gente implicaba traer mucha agua y todavía no había redes de agua, y los que la vendían eran usureros.

Transcurría el año 1976, las chicherías se habían propagado por todas las esquinas y el negocio empezó a decaer. Además, la Policía no dejaba trabajar. Al abuelo le ofrecieron una finca y se fue al campo junto con su mujer a pasar sus últimos días, acompañado de sus hijos menores, nietos, nueras y todos los que querían escuchar la historia de su gran fortuna que un día se acabó.

Tres vidas y un sueño en la quebrada Santa Librada

Rosanna Ovalle Vengoechea *
rovalle@acueducto.com.co

De cómo fueron reubicadas tres familias que vivían en la ronda de la quebrada Santa Librada —localidad de Usme—, en la voz de quien vivió el drama y la solución desde adentro.

Dolores Mayusa Valbuena lloraba desconsolada. Rosalba, la mujer de su nieto, algo angustiada me dijo: "*Doctora, lo que pasa es que Lolita sabe que si usted la vino a visitar es porque le van a comprar su rancho y ella no se quiere ir, ha llorado mucho estos días*".

"*¿Ahora sí nos van a comprar el ranchito? Yo no me quiero ir, lo construí con mi familia, no tenemos servicio de acueducto pero le tenemos mucho cariño*", afirmaba María Albina Romero Salamanca.

"*Ayer llovió y la quebrada se me llevó una parte del comedor y de la sala; necesito irme rápido*", repetía Evangelina Castro Mesa con sus ojos llenos de angustia.

Tres mujeres madres cabeza de hogar: Dolores, de 80 años, María Albina, de 38, y Evangelina, de 44, en el 2008 vivían dentro de la zona de ronda de la quebrada Santa Librada; dos de ellas a menos de un metro de su cauce. Tres mujeres cuyas historias de vida se construyeron alrededor de la quebrada Santa Librada, que se asoma tímida en inmediaciones de los cerros surorientales en la localidad de Usme.

* Profesional Especializada en Área Social de Bienes Raíces
Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá
Taller Julio Mario Santo Domingo

El rancho de Dolores

La entrada al rancho de Dolores era una puerta de madera que se caía a pedazos cada vez que alguien tocaba. Vivía en el barrio La Esperanza. Era necesario tocar varias veces y en ocasiones gritar porque detrás de la puerta había un camino estrecho entre los muros de las casas vecinas que conducía a las habitaciones.

Cuando la conocí, Dolores había cumplido 78 años, vivía con dos de sus hijos y un nieto; al entrar en su casa la oscuridad y el frío penetraban en los huesos sin permiso y un olor a gallinero y pantano se mezclaban de forma explosiva, lo que en ocasiones hacía difícil la concentración. Tenía varias gallinas sueltas, que se paraban caprichosamente en sus muebles viejos y escasos, dejando a su paso excrementos y plumas.

Dolores nació el 15 de noviembre de 1930 en Ramiriquí, Boyacá, en una familia campesina. Se aventuró con su esposo Amadeo Mayusa —ya fallecido— a iniciar una nueva vida en el barrio La Esperanza en 1978. A esta humilde anciana analfabeta, cada vez que se le insinuaba que la Empresa de Acueducto y Alcantarillado iba a comprar su casa para realizar una obra de interés público se le llenaban los ojos de lágrimas.

En mis conversaciones con Dolores, no lograba entender cómo una persona se aferraba con tanta fuerza a unos muros construidos con bloques disparejos, un techo en tejas de zinc que se sostenía con piedras para evitar que volara con el viento, donde era difícil respirar y la humedad no permitía que la ropa se secara y donde nunca, ni por equivocación, entraba un rayo de sol. Luego comprendí que esa vivienda era lo único que Dolores tenía, un espacio que no cumplía con las mínimas condiciones de salubridad, pero que había sido construido por su esposo, donde nacieron y se criaron sus hijos, varios de sus nietos y ahora sus bisnietos, un lugar que atesora sus recuerdos, así permanecer allí le pudiera costar la vida.

Ella estaba muy enferma, el frío y la humedad la afectaban considerablemente; además, sobre sus pupilas se veía un color blancuzco —tenía cataratas, no podía pagar la operación y era difícil conseguir a alguien que la llevara al centro de salud que le cubría el Sisbén—. Dolores no escuchaba bien, así que crear lazos de confianza y lograr convencerla de salir de su predio para mejorar sus condiciones era un reto. El rancho donde vivía contaba con 60 metros cuadrados en los que se distribuían una cocina, un baño y cuatro cuartos. En uno vivía su hijo Wilson —de 48 años, pintor de brocha gorda— con sus hijos Jonathan y Jeimy; en otro vivía su hija Blanca,

de 40 años, dedicada a oficios varios, con sus hijas Erika y Yurani; en el tercero vivía su nieto Jaider, de 25 años, con su mujer Rosalba y sus dos hijos pequeños, Karen y Jaider.

El cuarto de Dolores era muy oscuro y húmedo, sólo contaba con su cama y sobre ella un tendido de colores vivos. Cada vez que llovía se formaba un gran charco; como su sentido de la vista era precario sus pies se mojaban con frecuencia, lo que deterioraba aún más su salud. Su nuera María Nieves, que vivía en una casa prefabricada a unos escasos metros de la quebrada, le llevaba el desayuno y el almuerzo.

Cuando se desborda la quebrada

Ese mismo día, el cielo se nubló y rompió en llanto; el frío era insoportable. En un abrir y cerrar de ojos la quebrada aumentó su cauce y los arroyos arrastraron miles de piedras de las calles sin pavimentar del barrio. Evangelina Castro Mesa, cuyo rancho se encontraba construido a menos de un metro del cauce de la quebrada Santa Librada, sufría cada vez que llovía; en cada aguacero la quebrada robaba un poco de su predio; ella y sus hijos corrían peligro inminente. Fue en varias ocasiones a la Dirección de Prevención y Atención a Emergencias (DPAE) donde le aseguraron que su predio estaba en zona de alto riesgo, pero no sería adquirido por la Caja de Vivienda Popular porque la Empresa de Acueducto y Alcantarillado lo requería para el Proyecto Quebrada Santa Librada. Siempre le decían que debía esperar; así fueron pasando los años hasta que la familia se acostumbró y cada vez que llovía rezaban y esperaban pacientemente que la quebrada no se llevara sus pertenencias.

La vida de Evangelina no ha sido fácil. Tuvo nueve hijos, su primera hija nació cuando ella tenía 17 años y desde ese momento su vida ha sido una lucha constante por sobrevivir. Sólo pudo estudiar hasta tercero de primaria. Actualmente, cinco de sus hijos y una nieta se encuentran a su cargo, Cecilia, de 24 años; Jhon, de 19; Carlos, de 17; Wilson, de 15; Esteban, de 13 años, y la nieta, Ana Karina, de 4 años. Ella trabaja en confección por temporadas; también ha trabajado en casas de familia y con esos ingresos mantiene su casa debido a que su ex esposo sólo colabora de vez en cuando.

Evangelina vive en el barrio hace 22 años. La vivienda ha sido una agonía desde que tuvo a sus hijos; siempre pagó arriendo, pero por la cantidad de niños no le arrendaban con facilidad. Su papá, José de Jesús Castro —pensionado de 82 años—, preocupado por su situación le compró con promesa de compraventa a la señora

Dora Estela Mendoza el lote en el que Evangelina construyó su rancho en el barrio La Flora, en 1999. Levantaron las paredes con madera y material de reciclaje y en el techo acomodaron tela negra para protegerse del frío y de la lluvia, con tan mala suerte que un día granizó y la tela se rompió; tiempo después, Evangelina se ganó un chance de $600.000 y con ese dinero compró tejas de zinc e hizo los baños. Solicitó el servicio de acueducto y nunca tuvo respuesta; solicitó el servicio de gas natural, pero se lo negaron porque no contaba con un muro. Codensa, la empresa de energía, instaló el servicio sin ningún problema, sin tener en cuenta que era zona de alto riesgo.

Para llegar a la casa de Evangelina era necesario caminar por un callejón lúgubre, con olor a humedad y a materia orgánica en descomposición por la cercanía al agua contaminada; en la entrada había una puerta en madera que empezaba a podrirse con una dirección escrita a mano. En noviembre de 2008 toqué con cautela y para mi sorpresa salió una niña preciosa, de expresivos ojos negros; era Ana Karina, la nieta de Evangelina. En el rancho había cuatro cuartos, un baño y una cocina; el piso era en tierra. El cuarto de Jhon quedaba en la parte de atrás, muy cerca al cauce de la quebrada, y cada vez que llovía tenía que dormir con sus hermanos porque se inundaba y corría el riesgo de que la corriente se lo llevara.

Evangelina recuerda que cuando construyó su rancho "*la quebrada ya estaba contaminada y en la temporada de lluvia arrastraba mucha basura; para lavar la ropa íbamos a una quebrada cercana, a veces mi cuñada me regalaba agua, pero mi hijo Miguel (que en paz descanse) se las ingenió y puso una manguera con la que nos llegaba agua del acueducto. Varias veces solicité el servicio para tenerlo legal, pero nunca tuve respuesta*".

Esto mismo le ocurrió a María Albina Romero Salamanca cuando solicitó los servicios para el rancho que había construido con tanto esfuerzo en las mismas condiciones que Evangelina, a menos de un metro del cauce de la Quebrada Santa Librada. Ella vivía en la carrera 13, que no ha sido pavimentada; la última casa a menos de cincuenta centímetros de la Quebrada Santa Librada era la de María Albina, donde vivía con sus tres hijas —Yury, Diana y Sara—, sus dos nietos recién nacidos y Anselmo, su hermano.

María Albina nació en Ramiriquí, Boyacá, como Dolores; a los 12 años llegó del pueblo con su familia. Un pariente de su madre, don Amelio, les ofreció una casa en el barrio La Esperanza para que se vinieran del pueblo, donde pasaban necesidades; pero lejos de ser una solución, la llegada de esta familia a la ciudad fue un problema debido a que los desplazaban de casa en casa, hasta que terminaron viviendo en un

rancho al borde de la quebrada propiedad de don Amelio. Ese rancho construido en madera sólo contaba con un cuarto para todos, no tenía cocina ni baño; se acomodaron allí sus padres y dos de sus hermanos. "*En esos años la quebrada era limpia, más profunda y más angosta, había árboles y sacábamos piedra para construir*". Tiempo después los sacaron de allí, y María Albina se fue a trabajar de empleada doméstica interna para sostener a su familia.

En esos años, ahorró dinero para comprar un lote que le ofrecieron en un millón de pesos; pagó la cuota inicial y lo demás a plazos. Tan pronto lo adquirió, en 1997, su familia le ayudó a construir y en 20 días levantaron la casa. Cuando solicitó los servicios públicos le instalaron la energía y el gas natural, pero al solicitar el servicio de acueducto, le dijeron que el predio estaba afectado y en unos años sería adquirido por la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá. En el 2008, María Albina y sus hijas llevaban once años viviendo en una casa sin servicio de acueducto. Una de sus vecinas le vendía "*un viajecito de agua cada ocho días por $5.000, y cuando llovía recogíamos agua de lluvia*". Ella y sus hijas llenaban baldes, ollas y demás recipientes para abastecerse.

Cuando llovía, tenían que estar pendientes de limpiar continuamente la quebrada para que siguiera su cauce y la basura no desviara sus aguas y se llevara parte de su casa; además, en esos momentos aprovechaban los roedores y moscos para entrar sin permiso a la casa, factores de alto riesgo para la salud, sobre todo de los bebés.

♦ La santa que las libró y las reubicó

Así transcurrían los días entre noviembre y diciembre de 2008, haciendo visitas domiciliarias en la zona de ronda de la quebrada Santa Librada, en plena temporada de lluvias. Con frecuencia caían unos aguaceros que asustaban y enfermaban; veía como se venían abajo las piedras de las calles sin pavimentar con los arroyos que se formaban. Los vecinos, desesperados, exigían soluciones a la humedad de sus predios, enfermedades de los hijos, el peligro de la corriente y la cantidad de roedores de la quebrada que pululaban buscando refugio.

Mi labor consistía en realizar visitas domiciliarias y acompañamiento en el proceso de adquisición predial de los inmuebles que la EAAB requería para la realización del proyecto de la quebrada Santa Librada. Gracias a esta labor conocí personas que me abrieron las puertas y me contaron sus historias, como Dolores, Evangelina y María Albina.

En esta zona es muy usual encontrar familias compuestas por una madre cabeza de hogar con sus hijos y sus nietos; familias provenientes del campo que han llegado a la ciudad en busca de esperanza. El sentido de pertenencia y arraigo de varias de las familias que habitan y habitaron la zona es sorprendente: los adultos mayores, que fueron los primeros en establecerse allí, recuerdan con nostalgia el tiempo en que la quebrada era limpia y recogían agua de su cauce para el consumo diario. En sus patios contaban con zonas verdes para cultivar y tener animales.

Tres años después, las historias de las mujeres protagonistas de esta crónica tienen un final feliz, un nuevo comienzo en el que no todo es color de rosa, pero pueden llevar una vida tranquila, sin preocuparse por las inclemencias del clima. A Dolores, una de sus hijas y su nuera le consiguieron una casa en Villavicencio con todos los documentos en regla y la disponibilidad de servicios; una de sus hijas, que vive en esa ciudad, aceptó hacerse cargo de ella; otra de sus hijas, que vive en Valledupar, se la llevó por una temporada mientras se cancela el valor total de la casa y le compran algunos muebles; además, para que le operen las cataratas. A finales del 2010 recibió la escritura de su nueva vivienda para hacer el último pago de su predio.

Evangelina fue la primera en ser reubicada de su cuadra. Quería irse a vivir a Patio Bonito, pero sus hijos preferían seguir viviendo en La Flora por la cercanía a su padre. Ella consiguió una casa, a una cuadra de donde vivía, que no contaba con escrituras; finalmente, se agilizaron los trámites y se mudó a comienzos de 2010. Evangelina no les dijo nada a sus hijos hasta la víspera de la mudanza para darles la sorpresa. Pasaron la primera Navidad en una casa de su propiedad construida en bloque, con tejas Eternit, piso de cemento y todos los servicios; aunque el trabajo ha sido escaso este año y Carlos, el padre de sus hijos, "*pocas veces colabora económicamente*", está tranquila porque finalmente logró un techo seguro para su familia.

La búsqueda de vivienda para María Albina y sus tres hijas fue ardua y en varias ocasiones visitaron viviendas con problemas, sin embargo, nunca perdieron la esperanza, querían seguir viviendo en el mismo barrio por el comedor comunitario en el que tenían inscritos a los niños y el colegio de Sara. Unos meses después, la señora Graciliana —reubicada por la Empresa de Acueducto por el Proyecto Bolonia— quería vender y dejó su casa a buen precio. A María Albina le quedó dinero para arreglar su casa nueva; hizo dos apartamentos independientes cada uno con dos cuartos, una sala comedor, un baño y una cocina y comparten el patio. Cada una de sus hijas, ella y Anselmo tienen su propio cuarto y comparten gastos. Por primera vez en doce años, cuentan con servicio de acueducto.

Quebrada de contrastes

Santa Librada es una quebrada de contrastes; a lo largo de su recorrido por los barrios Santa Marta, Barranquillita, Santa Librada Segundo Sector, Sector Peña, La Esperanza y La Flora entre otros, se pueden observar construcciones de viviendas de toda clase; en la parte media de su cuenca presenta gran flujo torrencial y las construcciones de su ronda han modificado sus características hidráulicas porque se encuentran dentro del cauce. Presenta así una alta probabilidad de ocurrencia de crecidas repentinas, y debido a la explotación de canteras y chircales en la parte media y baja de la cuenca hay riesgo de avalanchas por los volúmenes de sedimentos.

La EAAB continuamente hace limpiezas de su cauce donde se encuentra gran cantidad de basuras que han sido arrojadas o provienen de las calles cuando llueve. Las limpiezas ayudan, pero no son la solución; es necesario fomentar la cultura de la conservación de las fuentes de agua entre los habitantes de estos sectores.

Estas son sólo tres de las historias de los vecinos de la parte alta de la quebrada Santa Librada, en la localidad de Usme, testigo de la vida de quienes se asentaron en sus orillas, muchos de ellos atraídos por la cercanía al agua y al ambiente rural. Sin contar que con el pasar de los años, esta sería otra de las quebradas de Bogotá afectadas por altos niveles de contaminación.

Desde las entrañas de las aguas bogotanas

Myriam Sáenz Castro *
myriam.saenzcastro@gmail.com

De cómo salen a flote los empleados de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (EAAB) encargados del mantenimiento de los 14.000 kilómetros de tubería de aguas negras.

"*Me encontraba en un pozo, un pozo lleno de mierda, y me caí. Mis compañeros tenían prendida una máquina excavadora y otra que se llama vactor; así que por el ruido no me vieron ni me auxiliaron*", recuerda Luis Miguel Pinzón Sáenz, ayudante de reconstrucción, de equipos de sondeo y de succión de la EAAB.

Él, como muchos otros, debe entrar a los pozos y los sumideros o 'boca de desagües'; es decir, donde se encuentran las aguas sucias, negras, residuales, lluvias e industriales. Cuando estos pozos están atascados, debe destaparlos manualmente o con ayuda de máquinas y lograr que el agua circule. Para eso, hace un sondeo en la boca del tubo que está bloqueada y obstruyendo el paso del agua, pues la succión del vactor, que según él se parece a la trompa de un elefante, no es suficiente.

Todos los días, varias veces, debe sumergirse en las "entrañas de Bogotá", como él las define metafóricamente. Cuenta que son unos 14.000 kilómetros de tubería de aguas negras y oscuras. Por eso, cuando pueden, trabajan con la luz del día, pues allá abajo no hay ningún tipo de alumbrado. Aunque con tanta lluvia, a veces tienen que trabajar en la noche y ayudarse de luz artificial, lo que implica mayores riesgos para los operarios.

* Secretaria y ama de casa
Taller de Suba

"*No me da miedo. Antes de meterme en un pozo digo: 'En el nombre de Cristo Jesús', y a los intestinos de Bogotá…*". Los pozos miden 67 centímetros de diámetro por un metro con 20 de extensión, con una profundidad que va de cuatro a seis metros.

Asegura que algunos tienen un olor a detergente; otros, huelen a concentrado de restaurantes, a grasa y otros a materias fecales. Allí, se pueden encontrar llantas, partes de carros, piedras, colchones, perros y ratas muertas.

"*En las aguas negras, la mierda no tiene el olor de un inodoro sucio* —dice—*, sino que inicialmente tiene un ligero olor a excrementos, que cuando es combinado con otros químicos vertidos en el alcantarillado, la mezcla de todos los gases se llama gas metano*". Este gas, según explica Luis Miguel, da como resultado un alto consumo de oxígeno, eso hace que el ambiente se vuelva pesado y así no se puede trabajar fácilmente. Cuando esto sucede, hay que abandonar la zona porque además de la falta de oxígeno, el gas metano hace que el ambiente se vuelva altamente explosivo. Pero, si definitivamente hay que trabajar en un área así, se deben medir los gases, destapar el pozo, generar ventilación asistida y simultáneamente hacer extracción de gases.

♦ El uniforme de "astronauta"

Cuenta Luis Miguel que cuando los empleados van a introducirse en los pozos, deben usar un overol de dril, botas de cuero con puntera de acero, guantes de carnaza contra el ácido, casco, monogafas (gafas que tienen un solo lente) para protegerse de las partículas sólidas; protector auditivo y máscara de respiración contra gases. En algunos casos, emplean máscaras con oxígeno para 30 minutos.

Además, deben haberse aplicado la vacuna antitetánica, la de la hepatitis A y B, la del tifo y la de la influenza. Y en términos de seguridad industrial reciben dotación de botas de caucho, botas con puntera de acero, un overol de neopreno, una bota-pantalón o enterizo, una chaqueta de neopreno y una escafandra, que va casi adherida al resto del uniforme y a la que Luis Miguel se refiere como un 'uniforme de astronauta'.

Aún con toda la protección y siguiendo las normas de seguridad, este trabajo ha traído algunas consecuencias negativas en la salud de Luis Miguel. Cuenta que sufre de conjuntivitis y de alergias, especialmente, de rinitis, lo cual hace que las gripas sean muy fuertes. Hace un tiempo, se fracturó el hueso escafoides de la mano derecha y tiene cierta deficiencia en el manguito rotador de uno de sus hombros,

y lo que más parece molestarle es la tendinitis, producto del impacto del uso de la pica, la pala, las barras y el martillo del compresor que genera aire para romper las calles. También ha presentado osteocondritis (dolores en el pecho e inflamación osteomuscular) y hongos en la piel, producidos por la humedad y las salpicadura de las aguas negras, es que "*como dice el refrán: el que anda entre la miel algo se le pega*".

Como si eso fuera poco, se suma el riesgo del tránsito, porque cuando trabajan en la mitad de la calle y hay que destapar una alcantarilla, la tapa de la alcantarilla queda en el centro de la vía; entonces, si se mueven hacia la izquierda, los puede atropellar el automóvil que va por ese carril, y si se corren hacia el lado derecho, el auto que va por ahí también puede arrollarlos.

"*Todo trabajo tiene riesgos, unos más que otros, pero si se tienen en cuenta las normas de seguridad y de protección, si se sigue un manual de funciones, el trabajo sale perfecto y se protege la vida de los trabajadores*", dice Luis Miguel, a quien le satisface poder prestar un servicio a la comunidad. "*Siento que la comunidad me necesita, más en esta temporada de lluvias, pues es una manera de devolverle a Dios y a la vida, y a ayudar a aquellas personas que tienen dificultades*".

Cuenta Luis Miguel que a veces sale con sus compañeros en "plan de compras" y que los vendedores de los almacenes no los atienden porque están vestidos con el overol del uniforme del Acueducto. "*Pero les damos una lección porque sí somos capaces de comprar ropa. Eso mismo pasa en los restaurantes*".

Se trata de una actitud discriminatoria y, más que nada, de ignorancia, pues gracias a su labor y al conocimiento que tienen, pueden manejar las aproximadamente 70 plantas de bombeo de agua potable que hay en la ciudad, las 10 ó 12 de rebombeo, las 5 de tratamiento de agua potable (3 se encuentran en uso y 2 están en *stand by*), la Wiesner, las de Tibitó, Zipaquirá y Briceño, la de El Dorado, la del sector Uval y la toma agua del Río Blanco y del Guatiquía.

Luis Miguel está vinculado a la EAAB desde el 5 de marzo del 2001, "*y dado que el medio ambiente es una prioridad a nivel mundial, me siento orgulloso de trabajar en la empresa ambiental más grande del país*". Llegó allí gracias a un compañero del Sena, que le contó que necesitaban personal mecánico de mantenimiento en un área que se encargaba de tener el primer contacto con la comunidad en la periferia de la ciudad; es decir, en las plantas de bombeo o plantas perimetrales. "*Además, aunque el sueldo de la EAAB no es elevado, se acerca a lo que conocemos como el mínimo vital y no al mínimo legal. Es decir, el mínimo vital es el sueldo mínimo que se*

necesita para vivir; en cambio, el mínimo legal es el que el gobierno considera que es el mínimo para vivir, pero con el que a duras penas un ser humano puede sobrevivir".

Cuando entró a trabajar en la EAAB ingresó por contrato a término fijo, con una duración de cinco meses. Tenía formación académica como CAP (Certificado de Aptitud Profesional) en mecánica general de mantenimiento y técnico en línea de aviones. "*Cuando me presenté a mi jefe, lo primero que me dijo fue: 'Bueno, mijo, este es un listado de las plantas en las que va a trabajar, entonces aliste la maletica porque al comienzo va a estar por todo Bogotá recorriendo las plantas de distribución de agua potable y no va a tener sitio fijo'. A lo que yo le contesté: 'Listo, ¿cuál es el horario?, porque yo estoy estudiando en el Sena, en la jornada nocturna, una tecnología en mantenimiento Industrial'. Él me respondió: 'Mijo, aquí le tocará dejar de estudiar'*".

Aún así, Luis Miguel terminó su tecnología, se graduó como ingeniero mecánico en la Universidad Distrital y actualmente cursa una maestría en Gestión y auditorías ambientales, y se desempeña como educador popular y formador en la Escuela del Agua, en el colectivo de recursos naturales, soberanía y territorio.

♦ El recorrido de las aguas

Luis Miguel explica que hay tres clases o tipos de plantas: primera, de tratamiento del paso del agua cruda al agua potable; segunda, de aguas negras, de donde se retiran los sólidos, y de bombeo y rebombeo. Las estaciones de bombeo se encargan de tomar el agua de la red matriz y de bombearla a los tanques de la periferia de la ciudad, que, a su vez, están dispuestos con ramales de distribución de agua potable a las casas; y las estaciones de rebombeo reciben el agua de las casas, industrias y de aguas lluvias, a través de canales, colectores y humedales, y posteriormente es tomada y rebombeada a las siguientes estaciones de disposición final, llamadas plantas de tratamiento de aguas residuales.

Y de la manera más didáctica explica cómo circula el agua por las plantas: de Chingaza sale el agua cruda, pasa a la planta de tratamiento Wiesner (en San Rafael-La Calera), que la convierte en agua potable. En este punto hay unas estructuras de control o tanques que hacen que el agua pase a las estaciones de bombeo. De la estación 1, que es muy grande, sale por tubería a la estación 2; de esta, llega a las casas de manera dosificada. Si se hiciera al contrario, las casas o los tubos se estallarían, porque la presión es muy fuerte y rompe la tubería de las viviendas.

Ahora bien, de los hogares salen las aguas negras, pasan a unos colectores y luego por la '*Box Culvert*'. Por fuera de nuestras viviendas existen unas rejillas o cajas donde se depositan las aguas lluvias, las cuales pasan a unos canales y a los humedales. Todo se canaliza hacia la planta de tratamiento de aguas residuales Salitre, que retira los sólidos; es decir, separa los desechos líquidos de los sólidos.

El desenlace

El día en que Luis Miguel se cayó en el pozo de aguas negras que está situado de espaldas a la fábrica de helado Meals de Colombia, ubicada en la carrera 70 No. 98–09, tuvo que apresurarse para salir a flote rápido, pues el riesgo era que el pantalón (el botapantalón, que va desde el zapato hasta la pechera) se inundara. "*Como es agua espesa y llena de deshechos, al inundarse el pantalón me podía ganar en peso. Si eso hubiera sucedido, me habría hundido. Pero me arrastré y logré salir. Afuera, me cambié y seguí trabajando, porque en esta labor no se puede parar, pues la comunidad necesita de nuestros servicios. Aunque, eso sí, ese día estuve a punto de ahogarme en la mierda de Bogotá*".

Al 'Diablo' no lo asustan las aguas negras

Isabel Junca Fernández *
isajunca_17@hotmail.com

*De cómo un plomero habla con pasión de su oficio, que lo lleva de los techos donde tapa goteras a destapar las alcantarillas de aguas negras y podredumbre. "*Un oficio pa' machos*", como dice él.*

Como una gota, que paciente y sigilosa va dejando huellas y escribiendo historias, así se ha configurado su piel. Como si se tratara de un mapa que indica cada destino y advierte el camino, cada una de las cicatrices lleva consigo una anécdota del oficio que desde los 11 años empezó a realizar y del que hoy, a sus 32, habla con orgullo.

Quizá no resulte halagador tener que nadar en un 'jacuzzi' de excremento humano, acompañado del putrefacto olor que emana la inmundicia de cerca de 10.000 personas. "*Allí, en los colectores, se mezcla desde el caviar y los más exquisitos mariscos hasta la morcilla, chunchullo y tripitoria de la fritanguería de la esquina. Ahí sí no hay estrato que valga, todo va para el mismo lado*". Sin embargo, para William Guzmán, conocido como el 'el Diablo', el oficio de la plomería "*es cosa pa machos*".

Un escapulario de plata, dos manillas en filigrana y un anillo grueso en cada dedo pulgar son sus amuletos de la buena suerte, aunque tiene 37 cicatrices pequeñas en manos y brazos, una fractura de tabique, la 'desencajada' de un hueso en la mano derecha, la torcedura de un tobillo y una cicatriz de ocho centímetros en el extremo izquierdo del labio, que llega casi a la oreja. Y eso sí, con la virgencita de Santa Marta,

* Estudiante de Comunicación Social
Taller biblioteca de Suba

que no lo desampara, pues lo acompaña en su escapulario, porque como él dice, si no fuera por ella, el riesgo de subirse a los techos a tapar goteras, destapar cajas de concreto y cemento de más de 300 kilos, ya lo tendría "*en el otro lado*".

♦ *"Un pelado todero"*

William empezó a trabajar desde que tenía ocho años. Aunque sus padres contaban con el dinero necesario para pagar su estudio y darle 'para los dulces', él siempre quería tener su propia plata "*para no tener jefes ni esperar 15 días y rogar para que me pagaran*". Vendió chance, llaveros, chocolatinas y todo lo que se le pasaba por el frente.

Cuando tenía 11 años, empezó a visitar el Siete de Agosto. Se hizo amigo de varios plomeros del sector que poco a poco le fueron inculcando sus saberes y trucos del oficio. A los 17, su papá le regaló un carro Simca, en el que comenzó a trabajar haciendo servicios a los plomeros. Ganaba $5.000 o cuando estaba de suerte, $10.000; le pagaban por las carreras cuando necesitaban ayudantes. Don Rafael, su primer 'maestro', le decía: "*Usted como que es un pelado todero, lo voy a llevar como ayudante para que vaya aprendiendo*". Así le empezó a gustar ese mundo.

Por ese tiempo, hubo una crisis en el sector, se empezó a crear una 'rosca' y ya no lo llamaban para hacer servicios. William le ayudaba al papá en una joyería, pero el negocio se puso también pesado. Entonces, le propuso "*montar un aviso en 'las amarillas' para trabajar la plomería*". El aviso costaba entonces seis millones. Lo pusieron y todo iba bien hasta cuando un año después sus papás se separaron y empezaron los problemas. Por un tiempo no pagaron el aviso y el negocio se cayó.

♦ Dos mundos, una misma realidad

Son las tres de la madrugada y esta vez son su reloj biológico y la sed de ganar dinero lo que lo despiertan. Un duchazo de agua fría, un tinto 'bien cargado' y un 'pechi' (cigarrillo Pielroja) le dan la energía para iniciar el día.

Él es 'el Diablo' a la luz del sol y Montoya a la luz de la luna. Un taxi que empezó a conducir hace ocho años es otra de sus pasiones. El susurro del viento, el frío y la soledad de las calles es lo único que se percibe a esa hora. A toda máquina toma rumbo a la Primero de Mayo, a la Zona T, Galerías o cualquiera de los sitios donde está la rumba, "*porque ahí sí a la fija sale algo, aunque también es suerte;*

sales, te sacan la mano y de pronto ahí estuvo la enrutada del día. Que dejaste ese servicio, recogiste otro, por eso para uno es maluco que lo llamen y tener que parar, porque le dicen: 'Venga que lo necesito en tal parte', entonces uno: '¡Ah, juepucha, me desenruté!' y hasta ahí llega el trabajo. Por eso, yo preferiblemente cuadro las citas para plomería bien en la mañana y que no se me crucen los horarios, aunque cuando toca, toca".

"*Los dos trabajos se parecen mucho porque hay que lidiar con mucha gente y de todos los estratos. De la plomería lo llaman a uno desde la loma de Cazucá hasta los altos de Rosales. Lo mismo en el taxi, yo no me mareo como muchos compañeros hacen cuando hay que ir bien al sur, yo soy pa' las que sea*".

En el taxi lo han robado tres veces. La primera había llevado un servicio al sur y era el primero del día. Empezó bien, teniendo en cuenta que la carrera marcó $35.000 y en ese tiempo, el taxi era alquilado por lo que tenía que pagarle $45.000 al dueño. Pasó la jornada y a las 6:30 de la tarde, sobre la Caracas, en el barrio Tunjuelito, recogió a dos muchachos, entre 15 y 16 años, que iban para Santa Lucía. Por la 42 sur, le dijeron: "*Hermano, háganos un favor, súbanos aquí a dos cuadras que vamos a recoger a mi abuela*". Él los subió al barrio El Pesebre. De pronto, sacaron pala y cuchillos y se los pusieron sobre el cuello. Le pidieron la plata y tuvo que entregar lo único que le quedaba de la cuota del carro. También se robaron el radioteléfono y hasta los espejos. Pese al mal sabor y la zozobra que empezó a tener en adelante, continuó trabajando con paciencia, hasta un día de diciembre cuando le hicieron la Navidad tres tipos encapuchados. Fue ahí cuando decidió tomar en serio la plomería.

♦ Los nuevos dueños de aviso

Pagó el radioteléfono, que le costó cerca de $350.000, y entregó el carro. Aunque la plomería le daba para vivir relativamente bien, no daba para capitalizar, fue entonces cuando decidió pagar la cuota inicial de su propio taxi con algunos ahorros. Ahora William era independiente. Como ya no tenía que cumplir horarios en el taxi, decidió también ser el dueño y señor de su negocio en la plomería.

Cuando tenía 21 años, William se fue a vivir con su novia, Yesenia Robles. Ella lo impulsó para montar el negocio y juntos se fueron para el antiguo barrio El Cartucho, con $100.000 en mano, a comprar herramienta para comenzar con pie derecho. Mientras ella lo esperaba en una cafetería, él traía materiales por rondas, porque "*dar lora para que lo roben, no aguanta*". Compró entonces pico, zacapicas, pala, barra, segueta, cortadora, cincel, tajadera, martillo, maceta, tarraja, destornilladores,

llaves alemanas, inglesas, de cadena, calafate, soplete, crisoles, cucharas para plomo, empaques y accesorios.

Dos años después se fueron a vivir al Siete de Agosto, el barrio que lo vio crecer y donde cultivó el gusto por la plomería. Dos cuadras entre las calles 63 y 65, con carrera 22, son las más movidas en Bogotá en lo que tiene que ver con plomeros. No hay avisos, ni oficinas, mucho menos grandes almacenes. "*Simplemente es gente que tiene el modo, monta su 'aviso paisa en las amarillas' y la empresa la tiene en la misma casa*".

Y así montaron el aviso: "*Bacatá Plomería*. Somos técnicos del Sena. Máxima garantía en nuestros servicios, destape de cañerías sin romper, filtraciones, impermeabilizaciones al calor y frío, soldaduras en cobre, aumento de presión, calentadores. Emergencias 24 horas. Servicios a toda la ciudad. Contacto: William Guzmán".

Para los plomeros, las goteras son de los trabajos más costosos, pero menos agradecidos. Por lo general, el 70% de las goteras quedan fallando. Por eso, 'el Diablo' prefiere tapar goteras en temporada de verano para dar tres meses de garantía y si después se presenta una falla, sencillamente no corre por su cuenta.

♦ Entre aguas negras, reinas y tubos

Las paradojas traen consigo sorpresas y generan confusión. Quizá alguien piense que por tratarse de un oficio íntimamente ligado al agua, el plomero tenga una mínima conciencia de su uso, de su ahorro o quizá se deleite al tomar un vaso. En el caso de William, la paradoja viene a cumplir su cometido. No le gusta el agua ni es un ahorrador del recurso.

Para 'el Diablo' pocas sensibilidades existen, hasta inmune se ha vuelto a las bacterias. Tanto así, que el año pasado lo llamó uno de sus mejores clientes, 'el Chuli', un travesti de Chapinero Alto. Tenía una emergencia y tuvo que salir a las 2:30 de la mañana a arreglar un tubo que se rompió. Esa noche conoció una reina del Quindío, modelos y presentadoras famosas, que entre licor y drogas desbordaban sus emociones. Esa misma noche, tuvo que destapar uno de los baños que las 'bellezas' dejaron en un estado no muy presentable. Esta vez no iba solo. Lo acompañaba su cuñado, quien en medio de la repugnancia por las cañerías y el deleite por la belleza de las modelos, introdujo con cautela su mano envuelta en un guante de silicona, en la caja que contenía los desechos causantes del taponamiento. Al día siguiente,

‘el Diablo’ tuvo que visitar a su cuñado al hospital Simón Bolívar por un brote agudo en la piel.

Así transcurren sus días en este oficio, que quizá en mucho tiempo no abandonará, pues en medio del desagrado que produce el contacto con aguas negras y tubos, al ‘Diablo’ nada lo hace más “*asquerosamente feliz*”.

❖ Evangelina y el agua❖

Carlos Augusto Peña Morales *
karletoandariego@gmail.com

De cómo se desencantó una campesina tolimense al descubrir los "espejos de agua" del Eje Ambiental de Bogotá. Un relato de corriente poética.

Evangelina lloró durante gran parte del viaje de regreso a casa. Lloró para ella sola, sin escándalo, con lágrimas grandes como gotas de aguacero. Todo por culpa de un espejo de agua.

"*¡Esa niña aprendió a caminar y a comer dentro del agua!*", decían los padres de Evangelina recordando que a los dos años ya chapaleaba en la quebrada cristalina de una ladera del sur del Tolima que vertía sus aguas al río Ata. Amaba el agua, la defendía y la buscaba por instinto. En su vereda era líder en la preservación de fuentes. Aprendió, por capacitación de la Federación de Cafeteros, que talar y fumigar era matar el agua.

A Evangelina se le fueron los años entre sembrar café, criar cuatro hijos y ayudar al marido. Escuchó historias de parientes que viajaron a la capital del país, donde sufrieron muchas penurias: por el costo del agua, por lo fría, por lo escasa, por no poder bañarse a placer, y además oyó relatos que decían que había una calle donde habían instalado espejos de agua; ella no sabía muy bien qué era eso, pero de inmediato le despertó su curiosidad.

En su parcela había una fuente diáfana donde ella colocaba una manguera, de dos pulgadas de diámetro y 120 metros de larga, para llevar el agua a su casa. Le encantaba madrugar y ver que todo marchara bien y, de paso, observar su cara reflejada en el agua.

* Asistente administrativo-farmaceuta
Taller biblioteca Virgilio Barco

De unos meses para acá, la imagen que veía en el pozo no le gustaba nada: una arruga nueva por allá, una mancha que antes no estaba, largas canas nuevas, y los ojos marchitándose a sus 37 años; ella, la hermosa de la vereda, la alta y esbelta, la que entre los 15 y los 30 años rompió muchos corazones.

"*Los pobres creemos más en los presagios que en los milagros*", había escuchado en alguna parte. Sabía que en su cuerpo se había alojado algo ajeno y dañino; una hemorragia pertinaz la obligó a internarse cuatro días en un hospital regional y a someterse a todo tipo de exámenes que al no arrojar resultados fueron enviados a Bogotá. Los quebrantos de salud se repitieron y la solución para Evangelina fue viajar a la capital a esperar un diagnóstico; entonces, esa era la ocasión propicia para conocer los espejos de agua.

Llegó adonde Marlene, una hermana que vivía en uno de los infinitos y laberínticos barrios que forman Altos de Cazucá; después de 12 horas de viaje sólo quería un buen baño y dormir. "¡*Aquí el agua sube un día sí y un día no*!", le explicó su hermana; Evangelina llegó un día que no subió. Sin más remedio, se bañó con el método ancestral de la totuma, sacando hasta la última gota del fondo de una pequeña alberca.

♦ Los espejos de la Jiménez

Al día siguiente la acompañó un pariente que conocía la capital. Juntos hicieron la travesía de punta a punta de la ciudad en el nombrado Transmilenio. Nada de lo que vio le causó asombro. Recibió los resultados médicos sin más explicaciones que remitirse a su seguro de salud regional y algo que no comprendió, sobre prepararse para la cirugía. Llegaron al centro, carrera 10ª con avenida Jiménez, y empezaron a subir y a sortear esa calle; ahí debían estar los espejos de agua. Eran las ocho de la mañana y a esa hora la marea humana de oficinistas, vendedores callejeros, ladrones y busconas inundaban el lugar.

"*¡Mire, Evangelina, esos son los tales espejos que busca!*", le dijo Efraín, su pariente y guía por la capital. Espejos de agua los llamaron. Son en total 29 rectángulos como pocetas de cinco metros de largo por dos de ancho. Además, dos pozos circulares de tres metros de diámetro y cinco más de estos mismos, pero más pequeños. Sorprendida los miró uno a uno y se sentó al borde de algunos de ellos. Mientras iba subiendo por esa calle, que al llegar a la carrera 8ª se llama 'Calle de Los Carneros', notó que se asfixiaba , que le faltaba el aire y que eso definitivamente no era lo que había venido a buscar.

El panorama era desolador. Se trataba de 36 charcas hediondas donde flotaban hojas de periódico con noticias de crímenes, envases de gaseosas y cervezas, vasos desechables, colillas de cigarrillos, billetes de lotería perdedores, preservativos, llaves sin dueño, pedazos de teléfono y todo imaginable residuo que una ciudad pueda producir. Ella miraba desconcertada. Se le erizó la piel y sintió frío hasta en el alma; ¡tantos millones juntos y no hay para pagar a dos personas que mantengan limpias estas pocetas y otros dos que eduquen a la gente!, dice Evangelina que pensó. Se sentó al borde de un espejo y con sus manos apartó los desechos, esperó que el agua se aclarara un poco y entonces trató de mirar el reflejo de su cara, mientras su acompañante, apenado, miraba para otro lado y pensaba, quizá: "*Esta mujer está enferma, pero de la cabeza*".

"*¡Vámonos!*", le dijo a Efraín. No habló nada durante la hora de viaje hasta Cazucá y más por distraerse que por interés miró los resultados de los exámenes que había recibido esa mañana; allí se decían cosas como virus de papiloma, C.C.U., oncología, metástasis, histerectomía, palabras que ella no comprendió y que en todo caso no tenían la menor importancia si se comparaban con la frustración de no ver su cara antes bella y hasta su alma reflejada en un espejo de agua cristalina.

Al bus en que viajó a primera hora de regreso a su pueblo, se subió un vendedor a ofrecer el refresco de moda: Afretu se llamaba el elíxir y quería decir "agua fresca del tubo". Les contó el vendedor a los pasajeros la historia de una indigente que hablaba maravillas del agua bogotana tomada directamente de la llave y a quien una embotelladora de gaseosas le compró la idea y el nombre por unos pocos pesos, luego le invirtió millones en publicidad y la volvió un negocio exitoso.

Evangelina respondió durante días solo con un sí, un no, o un más o menos a todo el que le preguntaba sobre su viaje a Bogotá. De todas maneras ya se estaban acostumbrando a su melancolía, sus largos silencios. Pasaba cada vez más horas en el pozo que formaba el nacedero de agua de su parcela. Allá, tendida en el piso, inerte, sin un aliento de vida, la encontraron sus hijos una mañana. Al costado el envase vacío de una botella de Afretu, al otro lado un frasco a medio desocupar de Thiodan, el veneno fosforado plaguicida más potente y letal usado en agricultura para combatir los parásitos del café.

En la palma de la mano, apretado contra su pecho, tenía un pequeño espejo. Un espejo de bolsillo.

❖ El agua se comporta como las mujeres❖

Claudio Amaya Becerra*
claudioamayabecerra@gmail.com

De cómo el cronista-ingeniero, con el desafío de abrir una vía de acceso al vivero del parque Entrenubes, en el suroriente de Bogotá, se ingenia un sistema para recuperar el libre curso del agua en el otrora humedal.

Cuando los primeros rayos del sol calentaban el ambiente, la bruma obediente comenzó su ascenso sobre la copa de los árboles al mezclarse con la tenue llovizna que me traía corriendo y apareció en el firmamento el arco iris, coronando en forma natural el paisaje. Era como encontrarme en vida en medio del paraíso.

Todo el afán y el estrés citadino se me esfumaron de pronto, reemplazados por una tranquilidad espiritual sin par. Estaba tan distraído que no recuerdo cuánto tiempo permanecí allí; sólo cuando una corriente de aire se estrelló contra mi rostro me percaté de que la llovizna me empapaba por completo, pero no me importó en absoluto y aún hoy recuerdo con agrado ese paisaje memorable con que me recibió el parque ecológico distrital Entrenubes, el 6 de febrero de 2010.

Localizado en el extremo suroriental de Bogotá, este parque, con un área de 626 hectáreas pertenecientes a las localidades de Rafael Uribe, San Cristóbal y Usme, está conformado por los cerros de Guacamayas, Juan Rey y la Cuchilla del Gavilán, que en el pasado fueron en su mayor parte deforestados para extraer de sus entrañas arena y recebo indispensables para la construcción. Hoy es el área protegida de mayor extensión de Bogotá, que la administración distrital incluyó como parte de la estructura ecológica destinada a la preservación y restauración de la flora y fauna nativa y a la educación ambiental.

Constituye un lugar de importancia por ser encuentro de flora y fauna de los ecosistemas de los cerros orientales, la cuenca media del Tunjuelo y el macizo de

* Ingeniero civil
Taller biblioteca El Tintal

Sumapaz; en su área se encuentran relictos de bosque nativo alto andino, matorrales altos y bajos, vegetación de subpáramo, pastizales arbolados y plantaciones forestales exóticas.

♦ El vivero: fábrica de vida

Tras descender por senderos que cruzan sinuosamente por entre la tupida vegetación desembocamos en las ruinas de lo que algún día fue un carreteable que la vegetación trata de borrar por ambos costados —reclamando el espacio que le habían arrebatado años atrás— y este me condujo hasta un recodo donde un portal construido en madera, en su parte superior anuncia: Vivero Parque Distrital Entrenubes.

La reserva tiene forma de media torta gigante cuyos escalones fueron labrados en el talud de la montaña y estabilizados con madera rolliza empotrada en la base de cada uno de ellos hasta conformar terrazas de unos cuatro metros de ancho. Allí, formados en hileras de acuerdo con su tamaño y especie, crecen y se fortalecen más de cien mil árboles nativos anualmente, protegidos de los rayos del sol por una polisombra negra y de las corrientes del viento por una tela sintética verde.

Al lado izquierdo del portal de acceso, se encuentra un tanque de concreto lleno de agua; desde el mismo se desprende tubería que llega a cada una de las terrazas, donde los aspersores con un movimiento zigzagueante distribuyen en pequeños caudales el agua hacia arriba, que luego desciende en pequeñas y dóciles cantidades para humedecer suave e intermitentemente todas las plantas que la rodean. Es esta la fábrica de vida que allí me encontré.

♦ El viverista

Enoc es el penúltimo de 12 hermanos. Nació en la finca El Edén de Montenegro, Quindío, donde vivió hasta los 26 años; por ello para sus manos no es molesto ni extraño el contacto permanente con la tierra. Llegó hace menos de tres años a la capital en busca de un mejor futuro: "*Lo decidí cuando mi mejor cosecha no permitió siquiera costear mis estudios de cuarto semestre de agroindustria en la Universidad del Quindío*", dice sin ocultar su frustración. "*Sin embargo, lo más difícil para mí fue desplazarme sin perderme en Bogotá, por eso siempre he vivido cerca de los trabajos que he tenido, primero en el Barrio San Cristóbal Sur, luego en Suba, posteriormente en Fontibón y ahora resido en el Veinte de Julio*", agrega.

Aunque extraña su tierra y familia, sólo los visita para la época de Navidad y Año Nuevo. "*Es que me toca ahorrar mucha plata porque son muchos regalos: para 11 hermanos, 15 sobrinos y mi mamá, en total 27* —y sonríe para antes de agregar—. *Por eso aquí vivo solo, de lo contrario no podría volver a Montenegro*".

Este viverista, cuya piel tostada denota su exposición permanente al sol y el viento a pesar del sombrero de paja con que trata de protegerla, lleva un overol enterizo de color azul oscuro, donde abundan las manchas negras de la tierra que le penetra hasta en la uñas.

Cuando lo conocí sostenía con su mano izquierda un talego plástico con semillas de diferente tamaño, color y textura; al notar mi interés por su contenido me respondió sin preguntarle: "*Son semillas nativas, tomadas de este parque en mi recorrido de ayer* —toma aire y, como excusándose por haberlo encontrado sentado frente a un desvencijado escritorio, agrega—: *Las estoy clasificando para programar la siguiente producción*", y enseña un pequeño tablero blanco donde registra las tareas de cada día.

Enoc, haciendo honor a su nombre de origen hebreo que significa "fiel creyente de las leyes del señor", es quien manipula junto con otros dos operarios desde su creación —hace apenas 10 meses— esta fábrica ecológica, para que esas semillas, luego de meses y hasta años de riego, sol y cuidados, se conviertan en árboles nativos destinados a ser plantados, cuando alcancen una altura suficiente, en los sitios definidos por la Secretaría Distrital de Ambiente. Esta entidad, asesorada por expertos de las universidades Nacional y Javeriana, adelanta el programa de restauración ecológica, pionero en su género y considerado ejemplo digno de imitar en todas las zonas afectadas por la actividad minera —como este sitio—, para restablecer los bienes y servicios ecológicos destruidos por los explotadores de arena y recebo.

Su mayor preocupación es que si no logran evacuar el material que ya se encuentra listo para plantar, su trabajo se verá paralizado, "*pues no tengo espacio dónde embolsar las semillas que ya se encuentran germinadas, ni eras dónde trasplantar de bolsa pequeña a grande todo el material disponible* —y tras mostrar las eras de su costado izquierdo—, remata: *Si usted es el ingeniero, por favor, arregle esta vía cuanto antes y dirija las obras para que los camiones puedan llegar hasta aquí*". Así conocí a Enoc.

El reto

Transformar una trocha sinuosa y empinada —cuya exigua carpeta reflejaba las huellas del abandono, con innumerables cárcavas que surcaba el agua lluvia buscando su curso natural alterado sobre un terreno arcilloso— en un carreteable que permitiera el ascenso y el descenso seguro de los vehículos, aún en periodos de invierno, era el reto que enfrentaba.

Luego de caminar los 2.200 metros de longitud de esta trocha —que se inicia en un pequeño portal bien denominado 'La belleza', en el barrio Juan Rey, y que desemboca en una calle del barrio Santa Librada— determino que debemos retirar el material vegetal que ha invadido la calzada, construir las cunetas para encauzar y evacuar el agua lluvia, retirar el material que retenga la humedad sobre la vía y brindarle la resistencia a la fricción para que las llantas de los camiones puedan sortear las fuertes pendientes. La limitación económica obliga a intervenir apenas los 950 metros que separan el acceso de Santa Librada hasta el vivero.

Tras larga espera e innumerables llamadas fallidas, finalmente mis ojos se alegraron cuando llegó parte de la maquinaria solicitada: la moto-niveladora, el vibro-compactador y la volqueta, pero mi felicidad duró muy poco, pues traían el mensaje de que no podría disponer de la retroexcavadora ni del cemento solicitado. ¿Cómo quieren que arregle esta trocha sin máquina para extraer recebo, ni cemento para construir las alcantarillas y menos para la capa de asfalto? ¡Soy ingeniero civil, no mago! y estuve a punto de ahogar con la lluvia de improperios a quien me transmitía este desalentador mensaje, quien desde lejos y mientras raudo se perdía entre el bosque, me anunciaba: "*¡Doctor, esta maquinaria está a su disposición sólo por dos semanas!"*

No tuve más remedio que acudir a mi ingenio, a la optimización de los recursos técnicos, logísticos, a la paciencia y a mi experiencia como docente en mis años mozos para realizar la referida hazaña con un equipo mecánico incompleto, recursos económicos exigüos y como mano de obra un puñado de muchachos víctimas del abandono y en proceso de reincorporación social, pertenecientes al Instituto para la protección de la niñez y la juventud (Idipron), y que no sé si por obra de Dios quedó a mi servicio.

El resurgir de la vida acuática

Las aguas lluvias que caen dentro del parque confluyen donde la topografía agreste se convierte en un pequeño valle. "*Todo esto era un lago* —me advierte el

habitante de una chocita cercana— *hasta que uno de los muchachos que tenían la costumbre de venir a bañarse en los días soleados se ahogó. Entonces vinieron los bomberos, sacaron el cuerpo y la gente, para evitar un nuevo accidente, rompió con picas y mazos las rocas que contenían las aguas y se acabaron tanto el pozo como la visita de los muchachos y la vegetación acuática que crecía en sus alrededores; esas manchitas o charcos son apenas un recuerdo de lo bonito que era esto… Luego construyeron la vía por la mitad y por eso esta era la parte más enfangada y difícil de transitar en los periodos de lluvia*".

Como no soy partidario de luchar contra las fuerzas de la naturaleza, sino de conciliar con ellas y encauzarlas en beneficio mutuo, para recuperar la vía era indispensable el adecuado manejo de las aguas que allí drenaban. Para reconstruir parcialmente lo extinguido, al menos en un pequeño espacio, ordené excavar y trasladar el material sedimentado de la parte alta donde se iniciaba el valle, hacia el costado opuesto contiguo a la vía, retirando todo el pasto de esta área hasta conformar un gran vaso —inicialmente negro— que se llenó paulatinamente a medida que se presentaban las lluvias con aguas cristalinas, que alcanzaban entre 20 y 50 centímetros de profundidad.

Para proteger la vía construimos un jarillón, una cuneta que lo recorre paralelamente y un vertedero de excesos que descargan esas aguas reposadas y en forma controlada hacia la quebrada Yomasa.

A medida que el agua ocupaba este espacio, reaparecieron como por encanto juncos en la pequeña isla que dejamos en el centro del espejo de agua y en sus orillas plantas propias de humedal.

Hoy, en sus aguas tranquilas se observan innumerables ondas generadas por renacuajos y otras especies, y son merodeadas por varias libélulas de color rojo y otras de color negro que demuestran el resurgir de la vida acuática, mientras la vía permanece seca y los vehículos, el vivero, Enoc y el grupo de restauración ecológica de la Secretaría Distrital de Ambiente pueden cumplir su misión.

En un día lluvioso de mi última semana en este maravilloso sitio fui testigo del ascenso de un viejo camión Ford, modelo 1950, hasta el vivero donde entregó tierra negra y de su descenso cargado de plantas de diferentes especies, que terminarían sembradas en la ciudad para transformar la polución en oxígeno para los bogotanos.

El Ford se detuvo donde nos encontrábamos dando los toques finales al vertedero de excesos, hundió el galón y se surtió de agua para vaciarla repetidamente en el

radiador destapado de su vehículo. Al concluir su faena, el conductor manifestó con orgullo: "*¡Se recalentó, pero subió!*" y remató con aire de agradecimiento: "*¡Afortunadamente, usted arregló esta vía y reconstruyó este pozo donde tenemos agua suficiente no sólo para que nazcan esas ranas, sino para calmar la sed de mi camión!*".

Lo único que yo hice —con la ayuda de las máquinas, hombres y herramientas—, fue darle a este precioso líquido la importancia que se merecía, ofreciéndole un espacio apto para que circule naturalmente y hoy se pueda depositar en el vaso del humedal, dejar en él todos los sedimentos que alimentan a las plantas y animales que allí habitan y luego descender pausadamente con sus aguas claras a la quebrada Yomasa.

¡Es que el agua es como las mujeres!, le aclaré: Si usted las trata con cariño y afecto, ellas obedecen con docilidad a sus caprichos y compensan con creces sus atenciones; pero si, por el contrario, les cierra el paso de su discurrir sereno, tendrán que mostrar su poder y destruirán todo lo que se interponga en su camino...

❖ "Agüita pa' mi gente"❖

Erika Núñez Pardo*
eri_217@live.com

De cómo para una familia de Puerta del Llano, en la localidad de Usme, tomar un baño con totuma es todo un acontecimiento y cuidan cada gota que les regala un vecino.

El ambiente no distingue entre el frío y el calor. Ambos a veces son tan fuertes que causan daños naturales en la tierra. Hoy, a diferencia de las últimas semanas, no llueve. El cielo está calmado y a lo lejos un sol picante acompaña el camino. Es allá donde Bogotá se funde con carreteras y naturaleza, con grandes avenidas que le dan paso a los mágicos túneles que conducen al departamento del Meta. Es allá donde inicia la verdadera puerta al Llano.

Una carretera paralela bien señalizada acompaña un barrio aún ubicado dentro de Bogotá. Jesús Estrada es uno de sus antiguos residentes. Lleva tantos años en este pequeño barrio que ya las canas y las arrugas han olvidado cómo fue su llegada a ese terreno de invasión, hoy legalizado y llamado Puerto del Llano.

Sentado en una silla, y escuchando la música de la emisora La Cariñosa, Jesús divisa el paisaje y ve pasar sus días. "*El barrio ha cambiado. Están tratando de pavimentar, el señor de la Junta se ha pellizcado y ha traído muchas ayudas, esto ya está legalizado por lo menos*", comenta, mientras una pequeña parte de Usme se hace invisible entre el paisaje de cultivos de papa, cebolla y arveja.

Éste es Puerto del Llano: casas, pequeñas tiendas, trochas y más trochas; un barrio que muchos conocen de paso, desde las ventanas de sus carros que se alejan de la ciudad, pero que pocos como don Jesús entienden y aman.

* Estudiante de Comunicación Social y Periodismo
Taller de Suba

♦ Un vecino más

Es viernes 29 de octubre. El calor evapora el agua empozada y las alcantarillas tapadas por los fuertes aguaceros, secretan el olor fétido que se esconde bajo la tierra.

El sol, más caliente que de costumbre, avisa que en la tarde lloverá aún más y los vecinos salen a barrer el agua que ha afectado el interior de sus viviendas. Pero el famoso sol de lluvia es perfecto para que Diana Piña, una joven de 22 años, pueda bañar a sus hijos y sobrinos.

Diana es vecina de don Jesús. Hace ocho años, su mamá consiguió para ellas un pedacito de tierra en Puerto del Llano, que cuidan y aprecian. Diana vive con su mamá y sus tres hermanas de 20, 18 y 16 años. Ella, como sus siguientes dos hermanas, es madre soltera.

Hoy, en el colegio de los niños celebran su día, por lo que Diana y sus hermanas deben arreglarlos. Primero bañan a los más grandecitos; cinco niños entre los dos y los cinco años esperan su turno con el agua. Como en los viejos tiempos, a totumadas, Diana baña a los niños. El agua previamente calentada chapotea con el juego de los niños en la tina, mientras palomas y perros, sus mascotas, esperan afuera.

Hace varios días no se bañaban. Ni el clima, ni la situación económica se prestaba para ello. "*Nosotros no tenemos agua del acueducto hace como un año. Mi mami se colgó con el agua y la fue a financiar y se colgó otra vez. Con la refinanciación se pasaba unos días. No podía pagar puntual y nos volvimos a quedar sin agua*", dice Diana.

Luego siguen los más pequeños; dos bebés de tres y dos meses son bañados aún con más paciencia. Los niños van al colegio, y Diana y sus hermanas continúan en la casa cuidando a los bebés. El tiempo se pasa lento entre barrer, organizar la casa y lavar la ropa. "*Tenemos dos canecas grandes; una para bañarnos y otra para cocinar*", dice Diana, mientras alimenta a su bebé.

Desde que la familia de Diana se quedó sin agua, todo ha sido más complicado. Antes, el sueldo de su mamá, recicladora, la única que trabaja en la casa, alcanzaba para el servicio, pero con el aumento de gastos por cabeza, es decir, 11 personas, de los cuales siete son niños, todo lo que se consigue es para ellos.

Por eso, don Jesús respondió a la ayuda de sus vecinas. "*Mi mami le da al vecino 10 ó 15 mil pesos por la ayuda del agua. Él nos abastece con agua*", comenta Diana. Don Jesús asumió un papel más en el hogar; haciendo de único hombre, trajo el agua para la familia de Diana. "*Entre vecinos nos toca ayudarnos, colaborarles con la agüita mientras nosotros tengamos*", dice don Jesús.

Dos veces al mes, Diana y sus hermanas dejan su casa, en medio de la noche y llenas de canecas. Golpean a su vecino, y tratando de no hacer ruido, trasladan el valioso líquido de una casa a la otra. "*Cada vez que se nos acaba el agua, le decimos al vecino que nos regale*", dice Diana. Gota a gota, la pasean hasta llegar a la meta sin regarla. "*Consumimos mucha agua porque somos muchos. Nos toca cargarla por las noches cada dos semanas. Algunos vecinos son muy chismosos y llaman al Acueducto y ellos vienen. Nos metemos en problemas, siempre nos preguntan qué hacemos con ella, nos interrogan y es muy incómodo*".

Al otro lado de la calle sin pavimentar, Jesús, acompañado de su lora, entiende la situación. Sabe de los problemas de su vecina y sabe cuándo su ayuda es necesaria. "*Casi no se me ha incrementado el gasto. Un recibo a mí me llega entre 40 o 50 mil pesos. Lo importante es colaborarles a las vecinas con los niños*", dice.

Las casas del barrio Puerto del Llano pasan desapercibidas. En orden decreciente las mejores son las de los lados de la carretera. La casa de Diana se esconde tras una pendiente. Entre lona verde, madera y plástico, ocho perros cuidan la casa. Adentro Diana continúa con sus labores y comenta sus trucos de ahorro: "*En una caneca lavo y en la otra exprimo, cuando mi mami tiene plata compro un soflán que corta el jabón y el agua rinde más*".

♦ Del agua que cae del cielo

En el barrio ninguno tiene acceso a las aguas lluvia. La lluvia, en teoría, no les cae del cielo. "*El mayor problema del agua es la que viene de allá arriba. Toda el agua que viene de El refugio viene para acá. Como le hicieron esa vía allá arriba, no le dejaron canales, nos la botaron toda para acá. Y aquí se nos mete a todos*", comenta, enérgico, Jesús.

La casa de Diana no es la excepción. "*No podemos recoger agua de la lluvia, acá llega muy sucia... Tatiana, mi hija pequeña, tiene dermatitis crónica y se enferma, no podemos reutilizar ninguna clase de agua. Mi sobrina de tres años también está*

enferma, sufre de epilepsia y toca estar muy pendiente de su cuidado. Tenemos que mantener el agua en canecas altas para que los niños no jueguen con ella".

En Puerto del Llano un corte de agua puede ser traumático para todos, pero no para la familia de Diana, ni para Jesús. Periódicamente, el agua la quitan por obras y como la necesidad de agua es aún mayor, la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá envía sus carrotanques. "*Cuando hacen corte de agua, el carrotanque viene. Y aprovechamos y sacamos agua de ahí. Nos abastecemos lo más que podemos*", dice una de las hermanas de Diana.

El tiempo corre y aún en su casa, Jesús ríe de las ironías de la vida: "*Acá la mayoría trabajan con cultivos; todo necesita agüita, unos rezan para que llueva y otros como nosotros para que no llueva, porque todo puede venirse encima*".

En casa de Diana, por ejemplo, los deslizamientos están empezando. Media casa de ella está en la tierra y la otra parte se sostiene en el aire con palos de madera sobre un piso húmedo y con movimiento. "*La vez pasada se deslizó un pedazo de tierra. Fue un susto horrible. La Alcaldía vino y dijo que nos reubicaba por ser vivienda de alto riesgo, pero nosotros no tenemos escrituras. Mi mami sólo tiene una promesa de venta de hace ocho años, y no hay forma de ubicar al señor que nos la vendió. No podemos irnos para ningún lado*".

Cuando en el barrio Puerto del Llano dice llover, todo se queda en silencio. El sonido del agua acompaña el sueño de los pocos que duermen, que por lo menos tienen paredes de concreto, pero otros, como Diana, quedan insomnes. "*Tratamos de abrirle huequito a la tierra y hacerle camino al agua. Toca con el trapero con las canecas por las goteras*".

Luego, adentro sólo queda rezar, pedirle a Dios que los acompañe, mientras en alguna parte de la ciudad, en las profundidades de la noche, la madre de Diana recicla y vuelve con algo de dinero para la casa. "*Por lo que ha llovido esos palitos no están tan fuertes como antes, todo se ha ido desnivelando*", dice Diana, preocupada por la situación.

♦ Paradojas del destino

En Bogotá no toda la población goza del servicio del agua y menos del alcantarillado. Y aunque las políticas en torno al cuidado del ambiente buscan incentivar en la población el cuidado de los recursos naturales, son pocos los que

hacen buen uso del líquido. Según el Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE, cuatro de cada diez colombianos son pobres. Una familia se considera en estado de pobreza si el ingreso para cuatro personas es inferior a $1.100.000, y se encuentra en estado de indigencia si el ingreso para dichas cuatro personas no alcanza a cubrir el valor de la canasta familiar, avaluada en $450.000.

Seguro ni la casa de Diana ni la de Jesús alcanzan a cubrir la canasta familiar. Sin embargo, necesitan del agua como todos para poder vivir. Ellos, aún en las condiciones más precarias, son conscientes de su cuidado y luchan para que este recurso del que carecen a la vez no se les lleve la vida tras un deslizamiento.

❖ Sudar la gota❖

Blanca Cecilia Chaparro*
lacecy2010@gmail.com

De cómo una ama de casa y líder comunal se dedicó a luchar desde joven para que llegara el agua en los barrios del suroriente de la ciudad donde vivió. Crónica testimonial.

A comienzos de 1968 estaba esperando a mi primera hija y me encontraba trabajando en una casa de familia. La señora era buena gente, pero el esposo no permitió que me quedara ya que de pronto le echaban a él la culpa de mi barriga, así que llamé al papá de mi bebé y él fue por mí. "*Ríos, lléveme a donde su hermano Euclides y que nos deje una piecita mientras nace la niña*", le dije; y él me respondió: "*Vamos a ver, negrita, tranquila, pero queda lejos*". Era una pieza en tela asfáltica; peor era nada. Allí pasamos algunos años sufriendo por el agua ya que aquella zona carecía de ese derecho. "*Pues sí, vamos, mijo, porque a donde mi mamá ni modo, ella no me quiere ver hasta que esté casada*", le dije yo.

Para lavar la ropa nos tocaba caminar dos cuadras hasta una quebrada que la llamaban La Pichosa, porque era muy sucia y allí arrojaban basura. Y el agua para comer la sacábamos de un pozo naciente o aljibe, que se encontraba cerca de la quebrada. Todos los días había largas filas de gente. Los que vivían más lejos cargaban el agua en burro, los demás en canecas a dos manos, otros en ollas grandes; en fin, el todo era tener el agua limpia para las necesidades.

A mí me tocaba pesado porque tenía que caminar una pendiente con las dos vasijas llenas y mi barriga crecía cada día más. Además, la lavada de la ropa me significaba otra carga peor. Pasado un tiempo, se conformó una nueva Junta de Acción Comunal, cuyos líderes animaron a toda la comunidad para llevar a cabo una protesta con el fin de tener el servicio del agua potable.

* Ama de casa
Taller biblioteca El Tunal

Cuando estaban abriendo las calles para meter el alcantarillado, llovía mucho, las zanjas se tapaban de aguas y todo el ambiente se llenaba de un mal. Por esta razón los obreros paraban y dejaban abandonado el trabajo por temporadas. "*¡Sí ve!, otra vez, cuñada, ¿cuándo dejará de llover?*".

A los cinco años me separé de mi esposo y me fui a vivir con mis hijos a otro barrio. Como en el primero, los problemas con el agua eran una constante. En 1993 estábamos acomodados en el barrio La Merced y la misma historia: no había agua. La comunidad estaba conformada por familias que trabajan haciendo ladrillo para un único dueño, que era el que les compraba a miserables precios. La zona era denominada Los Chircales. Para hacer el ladrillo se necesita agua y por eso todas las familias iban desde muy temprano a buscar el líquido. Como el barrio se encontraba en plena loma, había que subir todos los días una gran cuesta. En algunos barrios de la parte baja había pilas de las que se sacaba el agua.

En ese barrio trabajé con la comunidad durante siete años con un grupo de mujeres. Recibíamos el apoyo de algunas personas externas como médicos, trabajadora social, un sacerdote; quienes nos brindaban orientación y formación en derechos humanos, formación social, política, espiritual y, por supuesto, alfabetización, ya que muchas personas no tenían ni la primaria.

Nos organizamos en torno a un proyecto de comedor escolar que logramos con Bienestar Familiar, llamado Casa Hogar La Merced. En ese momento pagaba arriendo en el barrio El Consuelo, abajito de La Merced. También estaba trabajando con el grupo de señoras —Elena, Lucelita, Marisela, María, Zoila y otras mujeres muy queridas— y con la colaboración de algunos compañeros de trabajo social y religiosos. El médico Ricardo Rojas nos daba charlas de formación en primeros auxilios; Martín en autoestima, derechos humanos, en fin, formación en valores.

Recuerdo aquel día, del año 1993, cuando nos fuimos a tomar un terreno porque no teníamos casita; era muy tarde en la noche, ya habíamos levantado varios ranchos en plástico, tela asfáltica, latas y, claro, agua no había; pensábamos que iba a ser complicado porque sin agua no podríamos vivir, pero ¡qué va!, estábamos terminando de levantar los ranchos y planeando el futuro cuando como a eso de las once de la noche llegó la policía y nos sacó. Se llevaron a muchos vecinos detenidos, algunos por quince días y hasta un mes, con la acusación de subversión. No alcanzamos a armar los ranchitos, algo nos salió mal y perdimos muchas cosas. Éramos muchas familias, como 450 que estábamos en busca de un lote para construir nuestra casa.

♦ En El Triángulo...

A partir de esa experiencia, unas 70 familias adquirimos un terreno por el sistema de compra global en la comuna Alfonso López. El terreno era totalmente triangular, por eso el nombre de El Triángulo. En 1996 decidí irme a vivir allí donde tenía mi casita en obra negra, pero no me importó: la construiría poco a poco con ayuda de mis hijos. La parte del baño y del lavadero estaban al aire libre, nos faltaba encerrar, pañetar y ajustar las tejas porque las primeras noches el agua caía más adentro de la habitación que afuera; los aguaceros fueron testigos de esas noches luchando con las goteras. Yo arreglaba las goteras, compramos una canal y en una caneca grande recogíamos el agua para lavar y para el baño. Eso nos ayudaba un poco.

Viviendo allí empecé a participar en varios grupos, asistí a talleres de formación política y comunitaria. Fui la presidenta de una asociación de vivienda —Asodep— y tesorera de la Junta de Acción Comunal del barrio, con algunos inconvenientes; pero aprendí a conocer a mi gente y me di a conocer como persona honesta y solidaria. También comencé a asistir a talleres de formación en política, con líderes que ya conocía en algunas reuniones, donde aprendí qué derechos tenía en temas como vivienda, salud, trabajo, libre expresión, educación, en fin, nos enseñaron cómo ser líderes.

Hicimos proyectos para que nos pusieran el acueducto, porque el conjunto de barrios de esta parte del suroriente carecía de este derecho vital. El agua que consumíamos no era tratada, se formaban eternas filas cada vez que anunciaban la llegada de un carro tanque y la gente se peleaba por llenar más canecas de agua limpia, sabiendo que nos tocaba a todos por igual.

Ejecutamos el proyecto del acueducto porque estábamos cansados de beber agua sucia, además, teníamos que echarle “alumbre”, una pastilla para aclarar el agua, y en el fondo de la caneca quedaba toda la mugre, el barro y las porquerías y encima el agua limpia. Tenía un sabor extraño, pero así nos acostumbramos. Una manguera aérea que iba desde arriba de la montaña y que cruzaba varios barrios, también se convirtió en una alternativa; era normal que la manguera la cortaran para anexar otra y otra. Así que casi nunca funcionaba.

Nelson Cruz, líder de la localidad de Usme, nos invitaba a todas las reuniones políticas y sociales, precisamente para buscar soluciones a los problemas que había, sobre todo en los barrios que quedaban más cerca del cerro, como el Nuevo Porvenir, El Triángulo y La Reforma.

Después de mucho tiempo logramos disfrutar de este derecho innegable, el agua. Pero aún sigue faltando la pavimentación de las calles centrales y de la principal. Aunque ya no vivo allí, sigo con la esperanza de que algún día mi barrio mejore. Actualmente, tengo mi casa en el barrio Quiroga Central donde participo en diferentes grupos de formación artística, recreativa y ambiental, y aunque no tenemos el problema del agua, sí existen otros. Pero eso será para la siguiente crónica.

❖ Se alquilan lavadoras ❖

Marcela Velásquez de Lozano*
mvelasquezdl@hotmail.com

De cómo una familia pionera en el alquiler de lavadoras en Kennedy cuenta las vueltas que ha dado este negocio, hoy demasiado competido para sacarle espuma. Crónica del agua como medio de subsistencia.

En Villa Liliana, un barrio de la localidad de Kennedy, al occidente de Bogotá, algunas familias completan su sustento diario con el alquiler a domicilio de lavadoras de ropa.

Los Martínez López viven en una humilde casa de un sólo piso, que se encuentra un poco por debajo del nivel de la calle; tiene un corredor de no más de un metro de ancho y ocho de largo, donde a mano derecha, entre los dos cuartos que ocupa esta familia, conformada por cuatro adultos y seis niños, están tres de las cuatro lavadoras Centrales de 14 libras, sin uso y llenas de ropa, zapatos y juguetes. Desde hace seis meses las recuperaron, cuando mataron a Joselito, uno de sus vecinos, y quien se encargaba de trabajarlas y darles a ellos un porcentaje de lo que recibía, luego de que a los Martínez López les robaron el triciclo en que las transportaban.

La cuarta lavadora sin uso está un poco más al fondo, en un patiecito cubierto, al lado de la pequeña cocina y también sirve de depósito de otros artículos de la casa. Estas máquinas, que ayudaron al sustento de esta familia por casi siete años, están a la espera de mantenimiento y de la compra del nuevo triciclo para continuar con el negocio.

José Martínez, de 39 años de edad, recuerda que cuando compraron la primera lavadora Centrales para su casa, con un préstamo que le hizo su mamá siete años atrás, por un valor de $350.000, se les ocurrió que podían conseguir unos pesitos

* Administradora de empresas
Taller de Suba

alquilándola cuando no la tuvieran en uso. Entonces, repartieron unos volantes por debajo de la puerta de sus vecinos de Villa Liliana y de barrios aledaños, en los que anunciaban que había una lavadora disponible en el sector, por la suma de $2.500 la hora o $5.000 las tres horas, tarifa que perdura hoy en día.

Los ingresos oscilaban "*entre $200.000 y $250.000 mensuales, de los cuales $80.000 eran para comida y el resto, para ir pagando la cuota*", comenta José.

♦ *Pioneros en el negocio*

José empezó con el negocio en el 2003, en compañía de su esposa, Marta. Fueron de los primeros habitantes de la zona que alquilaron lavadoras y, poco a poco, otras familias se animaron a comprar estas máquinas para mejorar sus ingresos. Así, la competencia aumentó significativamente. Hoy en día, "*no más en esta cuadra, ya son tres familias las que alquilan lavadoras*", comenta José, a lo que uno de sus hijos añade con preocupación que "*una de esas familias ofrece las lavadoras a $1.500 la hora o cuatro horas por $5.000, más un paquete pequeño de jabón*".

Muy pocas personas les quedaban debiendo, aunque José recuerda que "*uno me quedó debiendo $2.000, pero a uno le da pena cobrar. Y luego, lo ven a uno en la calle y le dicen: 'ay, venga que le quedé debiendo $2.000', y me pagan*", pues el alquiler no se paga por adelantado.

Entre llamada y llamada, especialmente los sábados, domingos y festivos, iban atendiendo las solicitudes del alquiler de su lavadora. Ellos llevaban los implementos necesarios para instalarla, como mangueras de diferentes longitudes, instalaciones eléctricas, etc., pues normalmente quienes solicitan el servicio no cuentan con la instalación requerida por las lavadoras.

Poco a poco se fue involucrando toda la familia en el negocio. A medida que los pequeños iban creciendo, ayudaban manejando el triciclo y cuando la hija mayor de la familia encontró pareja, su novio también participó en el negocio. Aunque los adultos son los que siempre se han rebuscado el resto del presupuesto con otros oficios, como el reciclaje, la construcción y oficios en el matadero, hay factores externos que pueden incidir de modo negativo en el negocio, como el invierno, que afecta mucho, pues durante los días de lluvia casi no piden lavadoras y ellos no ofrecen el servicio de lavado en su casa, porque "*el gasto del agua no sería reconocido por los clientes*".

La instalación y el transporte

La persona que alquila la lavadora se encarga de la instalación, que puede ser en "*la alberca, el lavaplatos o el baño*". Allí instalan las mangueras, que van haciendo el llenado de la lavadora. El usuario también debe estar pendiente de que se llene y haga su primer ciclo para retirar la manguera y que ésta haga el desagüe en el patio o en el baño.

Cuando los Martínez López alquilan una de sus lavadoras, le indican a la persona que la va a usar cómo debe hacerlo, sus ciclos y, más que nada, le recomiendan que no lave cortinas, ni zapatos y menos tapetes, porque es "*así como más se dañan las lavadoras* —dice José—, *pues muchos no le hacen caso a uno*".

A veces la tarea se complica, por ejemplo, cuando la lavadora es requerida en pisos superiores y hay que subirla al segundo, tercero o cuarto piso. "*Siempre le toca a uno subirla y, por supuesto, volverla a bajar, sin costo adicional por este servicio*", comenta José.

Para llevarlas al lugar donde las requerían, ellos solían usar un triciclo grande, que José le compró ya usado a una de sus hermanas, por la suma de $300.000 y que él le fue pagando por cuotas, pues uno nuevo, en ese momento, le costaba alrededor de $500.000.

José recuerda que en la época en que inició el negocio, el transporte era un poco más difícil, más que nada por el estado de las calles del sector que habitan, sin pavimentar, con muchos huecos y en las temporadas de lluvias era casi imposible transitar con el triciclo. En la actualidad las calles se encuentran en mejor estado y facilitan un poco más el transporte.

En el almacén donde compraron las lavadoras, la única recomendación que les hicieron fue limpiar el filtro; así que él y Joselito, conscientes del alto uso, les hacían el mantenimiento cada 15 o 20 días; es decir, les daban un buen aseo, pues, entre otras cosas, la rejilla se llenaba de mota.

Una usuaria

Herlinda, como le gusta que la llamen aunque su nombre en la cédula sea Ernida, fue usuaria de este servicio por varios años hasta hace cuatro cuando, con mucho esfuerzo, logró sacar por cuotas una lavadora Westinghouse de 14 libras,

en un almacén de cadena por la suma de $450.000, los cuales canceló durante 24 meses.

Recuerda que cuando fue usuaria de este servicio, llamaba a José y le decía que necesitaba la lavadora para el mismo momento o para el día siguiente y, si había disponibilidad, José iba se la instalaba. Una vez instalada, la dejaba en funcionamiento y en ese instante miraba el reloj y le informaba a qué horas regresaba a recogerla muy puntual.

Ella también le pedía recomendaciones sobre el manejo o uso del jabón. Él sólo le decía que no la recargara mucho, pues así la máquina no trabajaba bien y añadía que si la ropa estaba muy percudida, era necesario despercudirla un poco en el lavadero antes de meterla en la lavadora.

♦ Joselito

Joselito solía ayudar a José con el negocio. Él llegó al oficio debido a una tragedia familiar. Un vecino del sector estaba sacando su camioneta del garaje en un mes de mayo, hace seis años; en esas, atropelló y mató a la niña de Joselito, que sólo tenía 19 meses. La familia de Joselito recibió una indemnización de unos quince millones de pesos. Con ese dinero, él decidió montar el negocio de las lavadoras, pues quería que "*le quedara algo de la niña que le permitiera levantar al resto de la familia*".

Con el correr del tiempo, Joselito se separó de su esposa y quedó a cargo del niño, que al momento de morir su hermanita tenía días de nacido. Así que con el negocio de las lavadoras sostenía al pequeño. Cuando le iba mal, recibía $15.000 diarios y los días buenos recibía entre $42.000 y $50.000, recuerda una familiar de la ex esposa de Joselito, que ayudaba a cuidar el niño.

José y Marta se pusieron en contacto con Joselito porque a ellos les robaron el triciclo con el que transportaban las lavadoras. Él era muy responsable, de hecho, José recuerda que en una ocasión le pidieron dos lavadoras en alquiler y "*a la vuelta de la esquina estaba una camioneta esperándolo, en la que unos bandoleros se cargaron con las dos lavadoras, pero él les dio alcance en una moto y las salvó*".

Hace seis meses, a sus 57 años, Joselito recibió una llamada solicitando un servicio para un alquiler, un lunes festivo, a las siete de la noche. Cuando fue a hacer la entrega, subiendo a un segundo piso con la lavadora a cuestas, encontró la muerte,

sin que nadie sepa hasta la fecha exactamente qué pasó. Por eso, las lavadoras regresaron a la casa de José y Marta y aunque están quietas y nadie les está dando ningún uso, en el sector se siguen viendo avisos en las ventanas que anuncian: "*Se alquilan lavadoras por hora*" o habitantes del sector que ofrecen el servicio desde su triciclo en veinte o cuarenta cuadras a la redonda. En ciclo rápido o lento.

❖ Aguacero en motocicleta ❖

Guiovanni Alexander Benavides*
giobenavides@gmail.com

De cómo el cronista-motociclista supera la carrera de obstáculos para llegar al trabajo en medio de un aguacero y el caos vehicular en Bogotá.

Unas escasas gotas en la visera del casco son la transición de un viaje sereno a una tormentosa carrera en moto. La mano derecha hace girar el acelerador y entonces se inicia la fugaz marcha por entre el tráfico de la avenida Boyacá. Mientras sorteo los centenares de vehículos que encuentro a mi paso, de sur a norte a la altura de la calle 72, el motor de mi UM 200 ruge como si los pistones fueran a salir disparados.

Todos quieren llegar a tiempo a su destino. Todos van retrasados. Es una desbocada persecución en la que todos parecen cazadores y fugitivos a la vez. Se pasa de un carril a otro esquivando huecos y carros y, al llegar al semáforo, se culebrea y se pisa con cuidado la raya divisoria de carriles para alcanzar la cebra.

La Boyacá es una de las vías más transitadas y peligrosas que atraviesan Bogotá, con ocho carriles siempre repletos de carros, buses, camiones y carrozas de un caballo de potencia, más conocidas como zorras o vehículos de tracción animal. Además de las mil motos que se promedia pasan por hora.

El semáforo está en rojo y las gotas se acentúan, el panorama se oscurece y la esperanza se desvanece. A lado y lado me acompañan decenas de motociclistas. La caravana parece uno de los ejércitos medievales listo para dar un desenfrenado combate tan pronto como la luz se ponga amarilla.

* Estudiante de especialización en Gestión Ambiental, guardián de La Picota
Taller biblioteca Virgilio Barco

A unos 500 metros se encuentra el puente de la calle 80, el cual atraviesa por encima la avenida Boyacá. Paradójicamente, hace medio siglo este punto que sirve de resguardo a la caravana era parte del humedal Santa María del Lago.

Allí, cada motociclista sabe cómo enfrentar la situación: unos se orillan bajo el puente para enfundarse el traje de material impermeable, otros con menos afán salen de la ruta, con la esperanza de que sólo sea un espantaflojos, y otros aceleran la marcha como queriendo ganarle, en su corcel de acero, la batalla al clima y al tiempo.

El clima bogotano es impredecible; en época invernal lo es más. Pero en el 2010, con fenómenos del Niño y la Niña a bordo, no atinan ni las presentadoras de los noticieros, que de vez en cuando aciertan con los pronósticos del clima, anunciados con asesoría del Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales de Colombia IDEAM.

Para llegar al destino, en la calle 94 con carrera 16, habrá que sortear varios obstáculos. La ruta continúa por la Boyacá hasta la calle 116. En este corto trayecto la tormenta imposibilita la visibilidad y únicamente las luces traseras de las flotas interdepartamentales que van hacia el nororiente del país señalan la ruta.

Por la 116, más conocida como avenida Pepe Sierra —en honor al antiguo poseedor de los terrenos por donde posteriormente se trazó la vía—, se rueda hasta la carrera 19. En esta ruta se alcanzan a advertir vestigios del humedal de Córdoba, aunque el aguacero no permite ponerse con contemplaciones.

En este sector no transitan flotas ni tractomulas, sin embargo, tengo a mi espalda un tropel de escoltas de algún dignatario, quienes parecen interesados en meterse a mis espejos retrovisores y pasarme por encima; continúa lloviendo a cántaros y la masa vehicular que se desplaza por esta zona asegurará la congestión en algún momento.

El nivel del agua ha subido y los peligros de la vía también. La calle está inundada y los huecos en el asfalto y las alcantarillas destapadas no se ven; además, frenar sobre cualquier trazado puede ser mortal, pues al contacto con el agua, la pintura con la que demarcan las vías en el pavimento queda jabonosa.

Poco a poco la visibilidad se va volviendo nula. Ya no importa acudir impecable al trabajo, basta con llegar invicto de caídas; de todas formas no sobra encomendarse a la Virgen del Carmen para no tropezar con una trampa mortal.

De pronto la tempestad se ha apaciguado y la empresa está cada vez más cerca, la distancia entre la 116 a la 94 es muy corta; sin embargo, eso no es garantía de nada, todo aguacero trae sus consecuencias en la movilidad de Bogotá y justo antes del cruce de la 19 con 100 hay un viejo Renault 12 varado, seguramente a causa de algún corto por agua que se le alcanzó a meter.

Los policías de tránsito de Bogotá son muy eficientes para controlar la movilidad cuando hay buen tiempo, pero bajo la lluvia no se consigue ni un auxiliar bachiller, así que cualquier varada o choque menor paraliza calles y avenidas.

La ventaja de la moto es que cabe por cualquier lado, los trancones se esquivan con facilidad. La desventaja es que ya no es un lujo utilizado por unos pocos mensajeros o *harlistas*, sino que ahora es un vehículo de uso masivo: la cifra de motos de la capital es cercana a las 200 mil y va en aumento.

Luego de mucha precaución para sobrevivir al primer aguacero del día, sin policías a la vista y con un poquito de mal genio, ocurre la trasformación, el bárbaro que hay en todo motociclista sale a flote y sube la moto al andén. El obstáculo, pues, se ha superado.

Después de sortear tantas adversidades, por fin se cruza la meta en el parqueadero del edificio coronado, en la calle 94 con carrera 16. Sólo entonces se puede respirar profundo, apagar la moto y quitarse el impermeable para intentar cumplir con un día más de labores.

Impreso en
Bogotá D.C., Colombia
Subdirección Imprenta Distrital D.D.D.I
2011
©

Ubicación geográfica

LOCALIDAD No.1 USAQUÉN
* Orojaijú o los recuerdos del agua
* La pila

LOCALIDAD No. 2 CHAPINERO
* Los amigos de La Vieja

LOCALIDAD No.3 SANTAFÉ
* Los lavaderos del barrio Lourdes
* Aguas termales en Bavaria
* Evangelina y el agua

LOCALIDAD No.4 SAN CRISTÓBAL
* El agua se comporta como las mujeres

LOCALIDAD No.5 USME
* Un paraíso llamado J.J. Rondón
* Tres vidas y un sueño en la quebrada Santa Librada
* 'Agüita para mi gente'
* Sudar la gota

LOCALIDAD No6 TUNJUELITO
* El hedor serpenteante del Tunjuelito

LOCALIDAD No.7 BOSA
* Torbellinos de nostalgia

LOCALIDAD No.8 KENNEDY
* La culebra que se ahogó
* El lago que parece una sopa de espinacas
* Se alquilan lavadoras

LOCALIDAD No.9 FONTIBÓN
* Con el agua no se juega
* El loco del sombrero

LOCALIDAD No.10 ENGATIVÁ
* Las 'abuelas de piedra' de los muiscas
* El agua en la historia de Las Ferias

LOCALIDAD No.11 SUBA
* Los hijos de las ranas
* Orquesta de trinos en Itzatá
* Chorrillos, el humedal olvidado
* Agua que mitiga la muerte
* Aguacero en motocicleta

LOCALIDAD No.12 BARRIOS UNIDOS
* A 'el Diablo' no le asustan las aguas negras

LOCALIDAD No.13 TEUSAQUILLO
* Requiem por los escudos perdidos
* El Arzobispo, más que un separador vial
* Desde las entrañas de las aguas bogotanas

LOCALIDAD No.14 LOS MÁRTIRES
* Recuedos azules de una cachaca

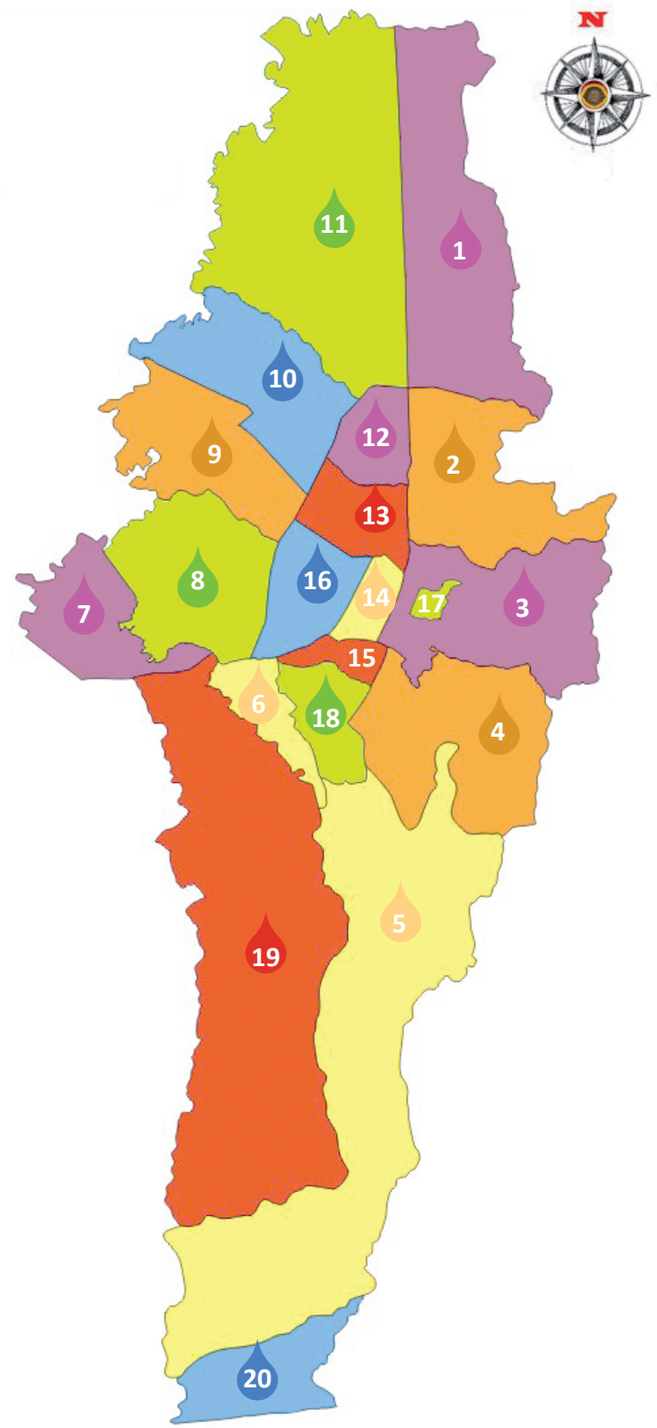
LOCALIDAD No.15 ANTONIO NARIÑO

LOCALIDAD No.16 PUENTE ARANDA
* Carrera de gigantes

LOCALIDAD No.17 LA CANDELARIA
* Un famoso "chorro" de orines
* Para-aguas

LOCALIDAD No.18 RAFAEL URIBE URIBE
* Las lavanderas del Diana Turbay

LOCALIDAD No.19 CUIDAD BOLÍVAR
* Batallas por la cuenca del Tunjuelo
* Una historia de burros y mangueras



LOCALIDAD No.20 SUMAPAZ
* Aguas arriba, aguas abajo en el Tunjuelo
* Sumapaz, metido en un frailejonal
* Chicha con agua de páramo

SABANA DE BOGOTÁ
* Mapa manos manantial mastodontes muiscas montaña mina mahal más manos mapa manantial mujeres muerte (Municipio de Tocancipá)

MEMORIAS del AGUA en Bogotá